# El país del fin del mundo

Terry Pratchett

Traducción de Albert Solé

*El Mundodisco es un mundo y un espejo de mundos.*

*Éste no es un libro sobre Australia. No; es sobre un lugar totalmente distinto que, en algunos aspectos y por pura casualidad, resulta un poquito… australiano.*

*Pero que nadie se ponga nervioso. Calma y tranquilidad, ¿de acuerdo?*

## 

Una tortuga se desplaza lentamente sobre el telón de fondo de las estrellas, transportando a cuatro elefantes sobre su caparazón.

Tanto la tortuga como los elefantes son inimaginablemente grandes, pero en el espacio estelar la diferencia entre lo enorme y lo minúsculo es, comparativamente hablando, muy pequeña.

Aun así, y para lo que estamos acostumbrados a esperar de las tortugas y los elefantes, no cabe duda de que esta tortuga y estos elefantes son realmente grandes. Sostienen sobre sus espaldas el Mundodisco, con sus vastas tierras, océanos y masas de nubes.

Decir que en el Disco viven personas distaría tanto de la verdad como decir que, en otras partes del multiuniverso no tan minuciosamente trabajadas, las personas viven desamparadas. Oh, los planetas tal vez sean los lugares donde sus cuerpos toman el té, pero en realidad las personas viven en otros sitios, en mundos de su propia creación que, de manera tan práctica como elegante, giran alrededor del centro de sus cabezas.

Cuando los dioses se reúnen cuentan la historia de un planeta cuyos habitantes contemplaron, con escaso interés, cómo láminas de hielo capaces de partir continentes enteros chocaban entre sí en otro mundo que, en términos astronómicos, era lo que podríamos llamar el vecino de la puerta de al lado... y luego no hicieron absolutamente nada al respecto porque esa clase de cosas sólo ocurre en el Espacio Exterior. Una especie inteligente por lo menos habría encontrado alguien a quien poder presentar una queja, ¿verdad? De todas formas nadie da demasiado crédito a esa historia, porque una raza tan estúpida ni siquiera habría sido capaz de llegar a descubrir el slood.*[[1]](#footnote-1)*

Pero la gente es capaz de creerse prácticamente cualquier cosa, desde luego. Por ejemplo, ciertas personas creen en la leyenda de que en algún lugar hay un anciano que transporta todo el universo dentro de un saco de cuero.

Y además están en lo cierto.

Otras personas dicen: «eh, un momento, si lleva todo el universo dentro de un saco, entonces se lleva a sí mismo y al saco dentro del saco, porque el universo lo contiene todo. Él incluido. Y el saco, naturalmente».

A lo que se les contesta: «¿y qué?».

Si asignamos un valor supuesto al término «verdad», entonces todos los mitos tribales son ciertos.

El que un dios pueda ver caer a un pajarillo es una de las pruebas más frecuentes de la omnipotencia divina. Pero sólo hay un dios que tome notas y haga unos cuantos ajustes para que la próxima vez el pajarillo pueda caer más deprisa y a mayor distancia.

Quizá acabaremos averiguando por qué.

Así quizá descubriríamos por qué está aquí la humanidad, aunque esa cuestión es más complicada y suscita la pregunta: «¿Dónde íbamos a estar si no?» Sería terrible pensar que alguna deidad impaciente podría separar las nubes y exclamar: «Maldita sea, ¿todavía estáis ahí? ¡Creía que ya hacía diez mil años que habíais descubierto el slood! ¡He encargado diez trillones de toneladas de hielo para el lunes!»

Quizá incluso podríamos descubrir el porqué del ornitorrinco de pico de pato.

U[[2]](#footnote-2)na gran nevada estaba cayendo sobre los jardines y los tejados de la Universidad Invisible, la máxima academia de magia de Mundodisco.

Era una nieve bastante pegajosa, lo que daba al recinto académico el aspecto de un adorno tan caro como falto de gusto, y se acumulaba alrededor de las botas de McAbre, el Primer Cancelero, mientras éste avanzaba con paso lento y cansino bajo el gélido vendaval nocturno.

Dos canceleros más[[3]](#footnote-3) se apartaron del puntal al que se habían pegado para protegerse del viento, se colocaron detrás de McAbre e iniciaron una solemne marcha hacia la entrada principal.

Era una costumbre que ya tenía varios siglos de antigüedad, y en verano siempre había algunos turistas que se quedaban por allí para verla, pero la Ceremonia de las Llaves tenía lugar cada noche en todas las estaciones. Naderías como el viento, la nieve y el hielo jamás la habían interrumpido. Canceleros del pasado se habían encaramado a monstruosidades tentaculadas para llevar a cabo la Ceremonia; habían vadeado riadas, dispersado con sus sombreros hongo a palomas extraviadas, arpías y dragones, e ignorado a meros miembros del cuadro académico cuando éstos abrían las ventanas de sus dormitorios para aullar imprecaciones del estilo de: «¿Queréis dejar de armar tanto jaleo, maldición? ¿Es que no tenéis nada mejor que hacer?» Los canceleros nunca se detenían y, de hecho, ni siquiera se les pasaba por la cabeza la idea de hacerlo. Nadie puede detener a la Tradición. Como mucho, lo único que puedes hacer es añadirle otra capa.

Los tres hombres llegaron a las sombras que envolvían la entrada principal, la cual apenas podía distinguirse entre los torbellinos de nieve. El cancelero de guardia les estaba aguardando.

—¡Alto! ¿Quién Va?—gritó.

McAbre saludó.

—¡Las Llaves Del Archicanciller!

—¡Pasad, Llaves Del Archicanciller!

El Primer Cancelero dio un paso al frente, adelantó ambos brazos con las palmas vueltas hacia su cuerpo y después empezó a tentarse el pecho en el lugar donde un cancelero enterrado hacía mucho tiempo había lucido dos bolsillos. Palmadita, palmadita. Después dejó caer los brazos y deslizó las palmas a lo largo de su chaqueta. Palmadita, palmadita.

—¡Maldición! ¡Habría Jurado Que Las Tenía! —tronó, articulando cada palabra con la lenta y algo torpe precisión de un bulldog que hubiese adquirido el don del habla.

El guardián de la puerta saludó. McAbre saludó.

—¿Ha Mirado En Todos Los Bolsillos?

McAbre saludó. El guardián de la puerta saludó. Una pequeña pirámide de nieve estaba empezando a acumularse sobre su sombrero hongo.

—Me Parece Que Me Las He Dejado Encima De La Cómoda. Siempre Pasa Igual, ¿Verdad?

—¡Tendría Que Acordarse De Dónde Las Pone!

—Un Momento, Un Momento... ¡Quizá Estén En Mi Otra Chaqueta!

El joven cancelero al que le había correspondido desempeñar las funciones de Guardián de la Otra Chaqueta aquella semana dio un paso adelante. Cada hombre saludó a los otros dos. El cancelero más joven carraspeó y consiguió decir:

—¡No, Pues Examiné Los Bolsillos... Esta... Mañana!

McAbre le dirigió una casi imperceptible inclinación de la cabeza en reconocimiento de la eficiencia con que el joven había sabido desempeñar su difícil trabajo, y volvió a palmearse los bolsillos.

—¡Que No Cunda El Pánico Y Que Lapiden A Las Vacas, Pues Se Hallaban En Este Bolsillo Después De Todo! ¡Qué Despistado Soy!

—¡No Se Preocupe! ¡Puede Pasarle A Cualquiera!

—¿Tengo La Cara Roja? ¡Uno De Estos Días Me Olvidaré La Cabeza!

Una ventana se abrió entre crujidos en algún lugar de la oscuridad.

—Eh... Disculpen, caballeros...

—¡Aquí Están Las Llaves, Pues! —anunció McAbre alzando la voz.

—¡Muchísimas Gracias!

—Me estaba preguntando si no podrían... —siguió diciendo la voz temblorosa, pidiendo disculpas por haber osado concebir la idea de quejarse.

—¡Sin Novedad Y Sereno!

—... hacer un poco menos de...

—¡Dios Bendiga A Todos Los Presentes! —aulló McAbre, con las venas hinchándose sobre su grueso cuello carmesí.

—Y Ahora Tenga Cuidado Con Dónde Las Deja, ¿Eh? ¡Ja! Ja! ¡Ja!

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! —relinchó McAbre, hecho una furia.

Después saludó rígidamente, ejecutó la Media Vuelta haciendo mucho más ruido del estrictamente necesario con los pies y, una vez completado el antiguo intercambio, echó a andar hacia la vivienda de los canceleros refunfuñando entre dientes.

La ventana del pequeño sanatorio de la Universidad volvió a cerrarse.

—Cada vez que veo a ese hombre me entran ganas de maldecir a todos sus antepasados —dijo el tesorero. Rebuscó en su bolsillo y sacó de él su cajita verde de píldoras de extracto de rana, esparciendo unas cuantas por el suelo al abrir la tapa—. Ya he perdido la cuenta de las notas de orden interno que le he enviado. Él dice que es tradicional, pero... Oh, no sé, pero casi juraría que disfruta haciendo ruido. —Se sonó— ¿Qué tal se encuentra?

—Nada bien —dijo el decano.

El bibliotecario estaba muy enfermo.

La nieve empezó a adherirse a la ventana cerrada.

Delante del fuego que crepitaba dentro de la chimenea había un montón de mantas. De vez en cuando el montón temblaba de manera casi imperceptible. Los magos lo contemplaban con preocupación.

El catedrático de Runas Recientes estaba pasando febrilmente las páginas de un libro.

—¿Cómo podemos saber si es senilidad o si se trata de otra cosa? —preguntó—. ¿Qué se considera edad avanzada para un orangután? Y es un mago. Y nunca sale de la Biblioteca. Toda esa radiación mágica durante todo el tiempo... La gripe está atacando de alguna manera su campo mórfico, pero la causa podría ser cualquier cosa.

El bibliotecario estornudó.

Y cambió de forma.

Los magos lanzaron miradas de tristeza a lo que parecía un sillón muy cómodo que, por alguna razón, había sido tapizado con una piel rojiza.

—¿Qué podemos hacer por él? —preguntó Ponder Stibbons, el miembro más joven del cuadro académico.

—Quizá le irían bien unos almohadones —dijo Ridcully.

—Me parece que no le sentarían muy bien, archicanciller.

—¿Por qué lo dice? Cuando estás un poco destemplado siempre te sientes más cómodo con unos cuantos almohadones, ¿verdad? —replicó el hombre para el que la enfermedad era un misterio.

—Esta mañana era una mesa. De caoba, creo. Por lo menos parece capaz de conservar su color.

Runas Recientes cerró el libro con un suspiro.

—Está claro que ha perdido el control de su función mórfica —dijo—. Supongo que eso no tiene nada de sorprendente, claro. Me temo que una vez ha sido cambiado, luego volverá a cambiar con más facilidad. Es un hecho ampliamente conocido.

Lanzó una rápida mirada a la sonrisa congelada en los labios del archicanciller y suspiró. Todos sabían que si había alguien cerca que pudiera evitarle esa molestia, Mustrum Ridcully nunca intentaba entender nada.

—Cambiar la forma de un ser vivo resulta bastante difícil, pero cuando se ha hecho una vez luego cuesta mucho menos —tradujo.

—¿Cómo ha dicho?

—Antes de ser un simio el bibliotecario era humano, archicanciller. ¿Lo recuerda?

—Oh. Sí, claro —dijo Ridcully—. Hay que ver con qué facilidad se acostumbra uno a las cosas, ¿verdad? Y según nuestro joven Ponder, los simios y los humanos son parientes.

Los otros magos pusieron cara de no entender nada. Ponder torció el gesto.

—Stibbons me ha estado enseñando algunos de los escritos invisibles —dijo Ridcully—. Son fascinantes.

Los otros magos dirigieron un ceño colectivo a Ponder Stibbons, lanzándole la clase de mirada normalmente reservada para los hombres a quienes se acaba de sorprender fumando dentro de una fábrica de fuegos artificiales. Bien, por fin sabían a quién había que culpar de lo ocurrido. Como de costumbre...

—¿Le parece prudente, señor? —preguntó el decano.

—Bueno, decano, da la casualidad de que soy el archicanciller de esta institución —dijo Ridcully sin inmutarse.

—Un hecho cegadoramente obvio, archicanciller —repuso el decano con un tono con el que se habría podido cortar queso.

—Hay que demostrar interés por las cosas. Mantiene la moral, ya saben —dijo Ridcully—. Mi puerta siempre está abierta. Me considero un miembro más del equipo.

Ponder volvió a torcer el gesto.

—Pues yo estoy seguro de que no hay ningún mono en mi familia —dijo el prefecto mayor—. Quiero decir que... Bueno, en ese caso yo lo sabría, ¿no? Me invitarían a sus bodas y ese tipo de cosas. Mis padres habrían hecho algún comentario como «No te preocupes por el tío Charlie, niño. Se supone que ha de oler así», ¿verdad? Y además habría retratos en...

El sillón estornudó. Hubo un momento de incertidumbre mórfica bastante desagradable, y después el bibliotecario volvió a asumir su antigua forma. Los magos le observaron con atención para ver qué ocurriría a continuación.

En realidad ya casi no se acordaban de que el bibliotecario había sido un ser humano. Nadie recordaba qué aspecto había tenido, y ni siquiera se acordaban de su nombre.

Una explosión mágica —algo que siempre era una posibilidad en un lugar como la Biblioteca, donde tantos libros de magia inestables se hallaban tan peligrosamente cercanos los unos a los otros— le había familiarizado de manera inesperada con los misterios de la simiedad. Desde entonces el bibliotecario no había vuelto la mirada hacia el pasado, y tampoco solía volverla hacia el suelo. Su enorme silueta peluda, agarrada al último estante con un brazo mientras reordenaba los libros con los pies, había llegado a hacerse muy popular entre todo el cuadro académico de la Universidad Invisible. Su devoción al deber se había convertido en un ejemplo para todos.

Esa última frase acababa de cobrar forma por sí sola en la cabeza de Ridcully y el archicanciller cayó en la cuenta de que, de una manera inconsciente, había estado redactando una necrológica.

—¿Alguien ha llamado a un médico? —preguntó.

—Esta tarde hicimos venir a Donut Jimmy —dijo[[4]](#footnote-4) el decano—. Trató de tomarle la temperatura, pero me temo que el bibliotecario le mordió.

—¿Le mordió? ¿Teniendo un termómetro en la boca?

—Ah... No exactamente. De hecho, al hacer esa pregunta ha estado muy cerca de descubrir la razón por la que le mordió.

Hubo un momento de solemne silencio. El prefecto mayor alzó una fláccida pata tan negra como el cuero y le dio unas palmaditas.

—¿Qué dice ese libro sobre el pulso de los monos? —preguntó—. Porque los monos tienen pulso, ¿no? ¿Y es normal que tenga la nariz tan fría?

Se oyó un ruidito curiosamente parecido al que producirían media docena de personas al contener la respiración al mismo tiempo. Los otros magos empezaron a alejarse de su prefecto mayor.

Y durante unos segundos no hubo más sonido que los chasquidos del fuego y el aullar del viento en el exterior.

Los magos fueron volviendo lentamente a sus posiciones anteriores.

El prefecto mayor, moviéndose con la lentitud entre recelosa y asombrada habitual en quienes acaban de descubrir que todavía conservan todos sus miembros, se quitó su sombrero puntiagudo. Normalmente era algo que un mago sólo hacía en las circunstancias más sombrías.

—Bien, se acabó —dijo—. El pobrecito ya va camino de casa. Ha vuelto al gran desierto del cielo.

—A la gran selva del cielo, posiblemente —dijo Ponder Stibbons.

—Bueno, la señora Panadizo quizá podría prepararle un poco de caldo nutritivo bien caliente —dijo Runas Recientes.

El archicanciller Ridcully pensó en el caldo nutritivo y caliente de la encargada.

—Sí, supongo que eso lo curaría o lo mataría —murmuró, y le dio un par de palmaditas al bibliotecario—. Ánimo, viejo amigo —dijo—. Pronto podrá levantarse y, con los pies plantados en el suelo, seguirá aportándonos su valiosa contribución.

—Los nudillos —le corrigió el decano.

—¿Cómo ha dicho?

—Que los orangutanes apoyan casi todo su peso en los nudillos, no en los pies.

—Como los castores —dijo Runas Recientes. —Ya veo que la zoología nunca ha sido su fuerte, ¿eh? —dijo el archicanciller.

Salieron de la habitación y sus voces se fueron alejando por el pasillo:

—Me ha parecido que el antimacasar se le estaba poniendo muy pálido.

—Pero seguramente habrá alguna clase de cura, ¿no?

—Esta vieja Universidad no sería la misma sin él.

—Desde luego que no. Nuestro bibliotecario es realmente único.

Después de que se hubieran ido el bibliotecario extendió cautelosamente un brazo, se tapó la cabeza con una manta, estrechó la bolsa de agua caliente contra su pecho y estornudó.

Y un instante después había dos bolsas de agua caliente, una de las cuales era mucho más grande que la otra y estaba envuelta en una funda de piel rojiza.

En el Disco la luz viaja despacio y es ligeramente pesada, por lo que tiende a acumularse en las cordilleras más altas. Los magos que se dedican a la investigación tienen la teoría de que existe un tipo de luz mucho más rápida que permite que la luz más lenta sea visible, pero como esta otra luz se mueve demasiado deprisa para ser vista, hasta el momento no han conseguido encontrarle ningún uso.

Esto significa que, a pesar de que el Disco es plano, no todas sus partes experimentan el mismo momento en, valga la redundancia, el mismo momento. Cuando en Ankh-Morpork la noche ya estaba tan avanzada que faltaba poco para que saliera el sol, en otro lugar eran las...

... pero allí no había horas. Había amanecer y crepúsculo, mañana y tarde y, presumiblemente, medianoche y mediodía, pero básicamente lo que había era calor. Y rojez. Algo tan artificial y humano como una hora no habría durado ni cinco minutos en aquel lugar, porque se habría resecado y encogido en pocos segundos.

Y por encima de todo, había silencio. El silencio de aquel lugar no era la ausencia de sonidos helada y lúgubre del espacio infinito, sino el abrasador silencio orgánico que aparece cuando, desde un tembloroso confín del horizonte rojizo al otro, todo lo que se puede divisar está demasiado cansado para hacer ruido.

Pero mientras la oreja de la observación se deslizaba por el desierto, captó algo parecido a un cántico, una frágil letanía que chocaba con el silencio ilimitado tan tozudamente como una mosca decidida a estrellarse una y otra vez contra el cristal de la ventana del universo.

La persona que cantaba con aquella voz quebradiza y un tanto entrecortada no podía ser vista porque estaba de pie dentro de un agujero cavado en la tierra rojiza. De vez en cuando, un poco de tierra era lanzada al montón que se elevaba detrás de él. Un sombrero puntiagudo bastante sucio y maltrecho oscilaba de un lado a otro al compás del canturreo. La palabra «Echicero» quizá hubiera estado bordada sobre él con lentejuelas en algún lejano momento del pasado. Las lentejuelas se habían desprendido, pero la palabra todavía era legible en relucientes trazos rojizos allí donde podía distinguirse el color original del sombrero. Varias docenas de moscas minúsculas trazaban órbitas a su alrededor.

Y lo que estaba diciendo el canturreador era:

—¡Bichos! ¡Eso es lo que vamos a comer! ¡Los bichos son deliciosos, y por eso nos los comemos! ¿Y de dónde vamos a sacar nuestros bichos? ¡Pues de este suelo en el que estamos cavando, porque los bichos viven en el suelo! ¡Hurra, hurra! —Otra paletada de tierra describió un arco en el aire y cayó sobre el montón, y la voz siguió hablando—. Me pregunto si las moscas serán comestibles...

Dicen que el calor y las moscas de este lugar pueden volver loco a un hombre. Pero no estás obligado a creértelo, como tampoco está obligado a creérselo ese elefante de color malva que acaba de pasar a lo lejos montado en una bicicleta.

Por extraño que resulte, el loco del agujero era la única persona del continente que habría podido arrojar alguna luz sobre el pequeño drama que se estaba desarrollando a unos mil quinientos kilómetros y a varios metros por debajo de allí, donde el buscador de ópalos conocido por sus amigos como Strewth estaba a punto de hacer el descubrimiento más valioso, pero también más peligroso, de toda su carrera.

El pico de Strewth apartó la roca y el polvo de milenios, y algo relució a la luz de la vela.

Era verde, como un fuego verde congelado.

Cautelosamente, con la mente tan paralizada como la claridad que brillaba bajo sus dedos, Strewth empezó a hurgar entre los fragmentos de roca. El ópalo fue captando y reflejando cada vez más luz sobre su rostro a medida que los guijarros y las partículas de polvo eran apartadas de él. El resplandor parecía no tener límite.

Strewth dejó escapar de golpe el aliento que había estado conteniendo.

—¡Cuernos!

Si hubiera encontrado un opalito verde, digamos que del tamaño de una judía, habría llamado a gritos a sus amigos y todos se habrían ido a tomar unas cervezas. Un ópalo del tamaño de su mano habría hecho que empezara a dar puñetazos en el suelo. Pero con esto... Strewth seguía inmóvil dentro del agujero, limpiando delicadamente el ópalo con los dedos, cuando los demás mineros vieron la luz y corrieron hacia allí.

O por lo menos eso hicieron durante los primeros momentos, porque en cuanto estuvieron un poco más cerca fueron aminorando su carrera hasta convertirla en una especie de procesión reverencial.

Por un momento nadie dijo nada. El resplandor verde iluminaba sus caras.

—Bravo, Strewth.

—No hay dinero suficiente para pagarlo, amigo.

—Ojo, ¿eh? Puede que sólo sea un peñasco vidriado y entonces...

—Aun así seguiría valiendo una pasta. Venga, Strewth... Sácalo.

En silencio y atentos contemplaron cómo el pico iba desprendiendo más y más roca y encontraba un borde. Y otro borde.

Los dedos de Strewth empezaron a temblar.

—Con cuidado, amigo... Ahí asoma un lado...

Los mineros dieron un paso atrás cuando los últimos vestigios de tierra fueron apartados. El objeto tenía forma oblonga, aunque el canto inferior era una confusión de polvo y curvas opalinas.

Strewth dio la vuelta a su pico y colocó el extremo del mango sobre el cristal reluciente.

—Cuernos, he de hacerlo —dijo—. Tengo que saberlo...

Golpeó suavemente la roca.

La roca respondió con un eco.

—No puede estar hueco, ¿verdad? —dijo un minero—. Nunca he oído hablar de uno que estuviera hueco.

Strewth cogió una palanca.

—¡Claro que no! Bueno, vamos a...

Con un plin casi imperceptible, un gran fragmento de ópalo se desprendió de la parte inferior. Era tan delgado como una bandeja.

El desprendimiento reveló dos dedos de un pie, que se movieron lentamente dentro del caparazón iridiscente.

—Cuernos —dijo un minero mientras todos empezaban a retroceder—. Está vivo.

Ponder sabía que nunca hubiese debido permitir que Ridcully examinara los escritos invisibles. Después de todo, no dejar que tu jefe sepa qué demonios haces durante todo el día siempre ha sido, es y será un principio básico de las relaciones laborales.

Pero sean cuales sean las precauciones que adoptes, tarde o temprano el jefe acaba husmeando por ahí y empieza a soltar indirectas como «Así que aquí es donde trabajas, ¿eh?», «Juraría que os había enviado una nota de régimen interno sobre el traerse plantas de casa» y «¿Cómo se llama esa cosa que tiene un teclado?»

Y eso fue particularmente problemático para Ponder, porque leer los escritos invisibles era un trabajo delicado y meticuloso, muy adecuado a la clase de temperamento que no se pierde ni una sola retransmisión del Campeonato Mundial de Carreras de Glaciares, dedica sus ratos libres a cuidar bonsáis de montaña o incluso conduce un Volvo. Requería una gran atención. Requería la clase de mente que disfruta montando rompecabezas en una habitación a oscuras. Lo que no requería, en cambio, era la presencia de Mustrum Ridcully.

La hipótesis levantada alrededor de los escritos invisibles era risiblemente complicada. Todos los libros están tenuemente conectados a través del espacio-L y, por consiguiente, el contenido de todo libro jamás escrito o todavía no escrito puede, en las circunstancias adecuadas, ser deducido mediante un estudio concienzudo de los libros ya existentes. Los libros futuros existen en potencia, por así decirlo, de la misma manera en que un estudio suficientemente detallado de una cucharada de la sopa viscosa primordial acabará sugiriendo la existencia futura de los muslitos de cangrejo.

Pero debido a las técnicas primitivas utilizadas hasta el momento, basadas en hechizos tan viejos como el Algoritmo Poco Fiable de Bizcochario, eran necesarios varios años de trabajo para obtener aunque sólo fuese el fantasma de la página de un libro todavía no escrito.

En un momento de inspiración genial, Ponder había encontrado una forma de salvar ese obstáculo mientras estaba dándole vueltas a la máxima «Si todavía no lo has intentado, ¿cómo sabes que no puede hacerse?». Y los experimentos con Maleficio, la máquina pensante de la Universidad, habían revelado que, de hecho, muchas cosas no son imposibles hasta que intentas hacerlas.

Como si fuera uno de esos gobiernos sobrecargados de trabajo que dedica todo su tiempo a promulgar leyes carísimas prohibiendo algo nuevo e interesante después de que la gente haya encontrado una forma de hacerlo, el universo tendía a confiar en que había muchas cosas que nadie intentaría hacer jamás.

Ponder había descubierto que cuando intentas hacer algo no sueles tardar mucho en descubrir que no puede hacerse, pero que antes debe transcurrir cierto tiempo para que ese algo realmente no pueda hacerse... o mejor[[5]](#footnote-5) dicho, para que las leyes de la causalidad —que tienen muchísimo trabajo— puedan venir corriendo y fingir que siempre ha sido imposible hacerlo. Usar a Maleficio para repetir a gran velocidad el intento de muchas formas casi imperceptiblemente distintas produjo un elevado índice de éxitos, y Ponder empezó a componer párrafos enteros en cuestión de horas.

—Así que en realidad es como uno de esos trucos de magia de salón, ¿eh? —había dicho Ridcully—. Lo que hace es quitar el mantel tan deprisa que la vajilla no tiene tiempo de recordar que debe caer al suelo.

Y Ponder, poniendo cara de consternación, había dicho:

—Sí, archicanciller, es exactamente eso. Lo ha expresado usted muy bien.

Y ése había sido el origen de todos los problemas ocasionados por Cómo gestionar dinámicamente a las personas para obtener resultados dinámicos de una, forma dinámicamente eficaz pero humana en un corto período de tiempo. Ponder no sabía cuándo sería escrito aquel libro, y ni siquiera sabía en qué mundo sería publicado, pero resultaba evidente que iba a ser muy popular porque las incursiones aleatorias en el espacio-L solían producir fragmentos suyos. Quizá incluso fuese más de un libro.

Y los fragmentos estaban encima de la mesa de Ponder cuando Ridcully empezó a husmear por ahí.

Por desgracia, y como es habitual en las personas incapaces de hacer las cosas bien, el archicanciller se sentía muy orgulloso de lo bien que sabía hacer las cosas. Confiar la gestión de los recursos humanos a Ridcully equivalía a permitir que el rey Herodes se encargara de organizar los recreos para la Asociación Infantil de Belén.

Su enfoque mental de la cuestión habría podido representarse mediante un gráfico de flujos empresariales coronado por un círculo correspondiente a «Yo, que soy el que manda» unido por una línea a otro círculo, mucho más grande, dentro del que hubiera escrito «Todos los demás».

Hasta entonces el sistema había funcionado bastante bien porque, aunque Ridcully era un administrador imposible, la Universidad era igualmente imposible de administrar y, como consecuencia, todo había ido sobre ruedas.

Y todo habría seguido así si Ridcully no hubiera empezado a desarrollar un repentino Interés por la preparación de paquetes promocionales y, aún peor, las actividades correspondientes a cada cargo.

Runas Recientes había sido uno de los primeros en pasar por aquella terrible experiencia.

—Me llamó a su despacho y me preguntó qué hago exactamente. Es inaudito, ¿verdad? ¿Qué clase de pregunta es ésa? ¡Esto es una Universidad!

—Pues a mí me preguntó si tenía preocupaciones personales —dijo el prefecto mayor—. Francamente, no veo por qué he de contestar a esa clase de preguntas.

—¿Y han visto ese letrerito que ha colocado encima del escritorio? —preguntó el decano.

—¿Se refiere al que pone «Los problemas se originan aquí»?

—No, no. Me refiero al otro, al que pone «Cuando te encuentres con el agua hasta el cuello y veas cocodrilos nadando a tu alrededor, sabrás que hoy es el primer día del resto de tu vida».

—¿Y eso significa...?

—No creo que tenga ningún significado. Me parece que se supone que basta con que sea.

—¿Que sea qué?

—Proactivo, creo. Últimamente Ridcully utiliza mucho esa palabra.

—¿Qué significa?

—Bueno... En favor de la actividad, supongo.

—¿De veras? Qué peligroso. Siempre he tenido muy claro que la inactividad te saca de muchos apuros.

La Universidad no estaba pasando por sus mejores momentos, y las comidas y las cenas eran lo peor. Ponder tendía a quedar aislado en un extremo de la Gran Mesa, ya que se le consideraba el arquitecto involuntario de aquella tendencia repentina por parte del archicanciller a tratar de Convertirlos En Un Equipo Eficaz, Bien Coordinado Y Realmente Temible. Los magos no tenían ninguna intención de ser eficaces o de llegar a estar bien coordinados, pero en cambio el cabreo general estaba empezando a alcanzar niveles preocupantes.

Y para colmo, el repentino Interés por todo lo relacionado con tomarse un interés personal en las cosas que estaba mostrando Ridcully significaba que Ponder tendría que darle algunas explicaciones sobre su nuevo proyecto, y un aspecto de Ridcully que no había cambiado era su horrible costumbre de, o eso sospechaba Ponder, entender deliberadamente mal las cosas.

Ponder siempre se había sentido muy impresionado por el hecho de que el bibliotecario, un simio —por lo menos habitualmente, aunque aquella noche parecía haber decidido ser una mesita ocupada por un servicio de té forrado de piel rojiza—, tuviera una forma tan básicamente humana. De hecho, había muchas cosas que tenían básicamente la misma forma. Casi todo lo que veías a tu alrededor era una especie de tubo complicado provisto de dos ojos y cuatro brazos, patas o alas. O si no eran peces. O insectos. De acuerdo, también podían ser arañas y también había unas cuantas cosas raras como las estrellas de mar y las almejas. Pero aun así, en general la gama de diseños mostraba una sorprendente falta de imaginación. ¿Dónde estaban los monos de seis brazos y seis ojos que hacían piruetas por el dosel verde de la jungla?

Oh, claro, también estaban los pulpos, pero en realidad sólo eran una especie de araña subacuática...

Ponder se había dedicado a inspeccionar el más o menos abandonado museo universitario de Cosas Francamente Poco Usuales, y había hecho un descubrimiento sorprendente. Quien hubiera diseñado los esqueletos de los animales tenía todavía menos imaginación que el encargado de diseñar su exterior. El diseñador de exteriores por lo menos intentó introducir algunas novedades en el departamento de manchas, rayas y pelajes varios, pero el creador de los huesos se había limitado a colocar un cráneo encima de una caja torácica, después de lo cual añadió una pelvis un poco más abajo y unos cuantos brazos y piernas, y luego se tomó el resto del día libre. Ciertas cajas torácicas eran más largas, ciertas patas eran más cortas y ciertas manos se convertían en alas, pero todos los seres vivos parecían basarse en el mismo diseño, con una talla básica agrandada o encogida según los diversos usuarios.

A Ponder no le sorprendió demasiado descubrir que era la única persona a la que todo aquello le parecía muy interesante. Cuando le comentaba a alguien que los peces tenían una forma asombrosamente piscatoria, sólo conseguía que le miraran como a un loco.

La paleontología, la arqueología y el cavar en el suelo no despertaban gran interés entre los magos. Todos opinaban que si algo estaba enterrado sería por alguna razón, y preguntarse cuál podía ser sólo servía para perder el tiempo. No vayas desenterrando cosas por ahí, porque luego quizá no querrán volver a dejarse enterrar.

La teoría más coherente era una que Ponder le oyó exponer a su aya cuando era pequeño. Los monos, afirmaba el aya, eran niñitos malos que no acudían corriendo cuando los llamaban, y las focas eran niñitos malos que se dedicaban a hacer el vago en la playa en vez de estudiar sus lecciones. El aya no había dicho que los pájaros fueran niñitos malos que se acercaron demasiado al borde del acantilado, y en cualquier caso esa explicación parecía más adecuada para las medusas, pero Ponder no podía evitar pensar que, por muy inofensivamente loca que hubiera estado aquella mujer, quizá tuviese su parte de razón.

Ponder había empezado a pasar la mayor parte de sus noches viendo cómo Maleficio examinaba los escritos invisibles en busca de alguna pista. En teoría, y debido a la naturaleza del espacio-L, Maleficio disponía de un acceso ilimitado a absolutamente todo, pero eso sólo significaba que nunca había manera de localizar lo que estuvieras buscando, que es para lo que han sido concebidos los ordenadores.

Ponder Stibbons era uno de esos infortunados que han sido maldecidos con la convicción de que si van averiguando cosas acerca del universo, al final todo acabará teniendo sentido de una manera u otra. La meta es la Teoría del Todo, pero Ponder estaba dispuesto a conformarse con la Teoría del Algo y, a altas horas de la noche, cuando Maleficio parecía deprimido y de mal humor, incluso desesperaba de llegar a obtener una Teoría del Lo-Que-Fuese.

Y a Ponder tal vez le habría sorprendido saber que los magos más veteranos habían acabado aceptando a Maleficio, a pesar de los comentarios como «En mis tiempos pensábamos por nuestra cuenta y sin ayuda de nadie». La hechicería siempre había sido muy competitiva, y aunque la Universidad Invisible estuviera atravesando por un prolongado período de paz y casi hubiera olvidado los pintorescos asesinatos que hicieron de ella un lugar tan emocionante en el pasado, un mago de los niveles superiores siempre desconfiaba de cualquier joven que estuviera haciendo rápidos progresos, ya que tradicionalmente la ruta a la fama de ese joven podía pasar por tu yugular.

Por todo ello, había algo muy reconfortante en el hecho de saber que algunos de los mejores cerebros de la Universidad, que una generación antes habrían estado concibiendo planes realmente apasionantes que incluirían los falsos suelos y el papel de pared explosivo, pasaban noches enteras en el Edificio de Magia de Altas Energías intentando conseguir que Maleficio aprendiera a cantar Lidia, la dama tatuada o dando saltos de alegría cuando, tras seis horas de esfuerzos, lograban que una máquina hiciera algo que cualquier ser humano escogido al azar en la calle habría hecho en cuestión de momentos a cambio de un par de monedas, después de lo cual pedían que les trajeran unas pizzas de plátano con sushi y acababan dormidos encima del teclado. Los magos más veteranos lo llamaban tecnomancia, y el saber que Ponder y sus estudiantes no estaban durmiendo en sus camas hacía que ellos durmieran más tranquilamente en las suyas.

Ponder debía de haberse dormido, porque unos instantes antes de las dos de la madrugada fue despertado por un grito y se dio cuenta de que tenía la cara metida en su cena. Se quitó de la mejilla un trocito de caballa aromatizada con plátano, dejó a Maleficio enfrascado en los suaves chasquidos y crujidos de su rutina y siguió el rastro de los ruidos.

El estrépito acabó llevándole hasta la antesala de las enormes puertas que daban acceso a la Biblioteca. El tesorero yacía en el suelo, y estaba siendo abanicado con el sombrero del prefecto mayor.

—Suponemos que el pobre hombre no podía dormir, archicanciller, y entonces bajó a coger un libro... —estaba diciendo el decano.

Ponder alzó la mirada hacia las puertas de la Biblioteca. Alguien había colocado sobre ellas una gruesa tira de cinta negra y amarilla, jumo con un cartel de «Peligro. No entrar bajo circunstancia ninguna». El cartel había caído al suelo, y las puertas se hallaban entreabiertas. Eso no tenía nada de sorprendente, por supuesto. Cualquier mago que se encontrara ante un cartel del estilo de «No abrir esta puerta. Va en serio, ¿eh? Esto no es una broma. Abrir esta puerta significará el fin del universo», abriría la puerta para averiguar a qué venía tanto jaleo. Eso hacía que los carteles fueran una pérdida de tiempo, pero por lo menos significaba que cuando entregabas lo que quedaba del mago a sus desconsolados familiares podías decir, mientras ellos cogían el recipiente, que se le había advertido que no debía hacerlo.

La oscuridad que se extendía al otro lado del umbral estaba sumida en el silencio más absoluto.

Ridcully extendió un dedo y empujó una de las puertas.

Algo produjo una especie de aleteo detrás del panel de madera y las puertas se cerraron de golpe. Los magos retrocedieron de un brinco.

—¡No lo haga, archicanciller! —exclamó el catedrático de Estudios Indefinidos—. ¡Hace un rato intenté entrar y me encontré con que toda la sección de Ensayos Críticos ha entrado en fase crítica!

Un parpadeo de claridad azulada tembló debajo de las puertas.

En cualquier otro lugar alguien habría podido decir «Sólo son libros. Los libros no son peligrosos». Pero hasta los libros corrientes son peligrosos, y no únicamente los que se titulan Fabrique su propia gelignita siguiendo los procedimientos de los profesionales. Un hombre se sienta en un museo y escribe un libro inofensivo sobre economía política, y de repente millares de personas que ni siquiera lo han leído mueren porque algunos no han entendido el chiste. El conocimiento es peligroso, y ésa es la razón por la que los gobiernos suelen ponerse tan duros con quienes son capaces de tener ideas cuyo calibre rebasa determinado nivel.

Y la Biblioteca de la Universidad Invisible era una biblioteca mágica, construida sobre un retazo de espacio-tiempo realmente minúsculo. Los estantes más lejanos contenían libros que aún no habían sido escritos, y libros que nunca llegarían a escribirse. O por lo menos, no aquí. La Biblioteca tenía una circunferencia de unos centenares de metros, pero su radio carecía de límite conocido.

Y en una biblioteca mágica los libros aprenden los unos de los otros...

—Atacan a cualquiera que entre ahí —gimió el decano—. ¡Sólo el bibliotecario puede controlarlos!

—¡Pero somos una universidad! ¡Debemos tener una biblioteca! —exclamó Ridcully—. Eso añade prestigio a la institución. ¿Qué clase de personas seríamos si nunca pusiéramos los pies en la Biblioteca?

—Estudiantes —dijo el prefecto mayor.

—Ah, todavía me acuerdo de cuando era estudiante —dijo Runas Recientes—. El viejo Horrores Tragallett nos convenció de que debíamos organizar una expedición para encontrar la Sala de Lectura Perdida. Vagamos de un lado a otro durante tres semanas, y al final tuvimos que comernos las botas.

—¿La encontraron? —preguntó el decano.

—No, pero encontramos los restos de la expedición del año anterior.

—¿Y qué hicieron? —También nos comimos sus botas. Un repentino aleteo parecido al que habrían producido muchas tapas de cuero abriéndose y cerrándose frenéticamente llegó hasta ellos desde el otro lado de las puertas.

—Algunos de esos grimorios son realmente feroces —dijo el prefecto mayor—. Pueden arrancarte el brazo de un bocado.

—Sí, pero por lo menos no entienden de picaportes —dijo el decano.

—Si en algún lugar de esa biblioteca hay un libro titulado Picaportes para principiantes, entonces tienen que saber todo lo que se puede llegar a saber sobre los picaportes —dijo el prefecto mayor—. Esos libros... Bueno, digamos que se leen los unos a los otros. El archicanciller miró a Ponder. —¿Qué probabilidades hay de que tengamos un libro de esas características ahí dentro, Stibbons?

—Según la teoría del espacio-L, podemos estar prácticamente seguros de que lo tenemos, señor.

Los magos iniciaron un retroceso colectivo y se fueron alejando de las puertas.

—Esto no puede seguir así —dijo Ridcully—. Tenemos que curar al bibliotecario. Sufre una enfermedad mágica, así que deberíamos encontrar una cura mágica, ¿verdad?

—Eso sería muy peligroso, archicanciller —dijo el decano—. El organismo del bibliotecario está hecho un lío porque se encuentra saturado de influencias mágicas enfrentadas. Si añadiéramos todavía más magia, podría ocurrir cualquier cosa. Su glándula temporal ya está fuera de control. Un poco m[[6]](#footnote-6)ás de magia y... Bueno, no sé qué podría llegar a suceder.

—Ya lo averiguaremos —dijo Ridcully—. Necesitamos poder entrar en la Biblioteca. Vamos a hacer esto por la institución, decano. Y la Universidad Invisible es más grande que un hombre...

—...mono.

—...mono, gracias, y no debemos olvidar que a la hora de escoger entre «nosotros» y «yo», «nosotros» siempre debe ocupar el primer lugar.

Otro golpe sordo resonó detrás de las puertas.

—En principio, y desde un punto de vista meramente alfabético, no cabe duda de que tiene usted toda la razón —dijo el prefecto mayor—, pero si consulta una lista de pronombres descubrirá que «yo» siempre ocupa el primer lugar. Y además, estoy seguro de que...

—Claro, claro —dijo Ridcully, ignorando aquella última intervención por considerarla parte de la habitual lógica retorcida de la Universidad Invisible—. Supongo que siempre podría nombrar otro bibliotecario...

Debería ser alguien con mucha experiencia que conociera a fondo este sitio. Hmmmm... Vamos a ver, vamos a ver... ¿A alguien se le ocurre algún nombre? ¿Decano?

—¡De acuerdo! —dijo el decano—. Hágalo a su manera, archicanciller. Como de costumbre.

—No podemos hacerlo, señor —se atrevió a decir Ponder.

—¿Oh? —dijo Ridcully—. ¿Se está ofreciendo voluntario para poner un poco de orden en las estanterías, quizá?

—Quiero decir que no podemos usar la magia para cambiarle, señor. Hay un grave problema que nos lo impide.

—Los problemas no existen, señor Stibbons. Sólo existen las oportunidades.

—Sí, señor. Y en este caso la oportunidad consiste en averiguar el nombre del bibliotecario.

Un asentimiento colectivo surgió de los otros magos.

—El muchacho tiene razón —dijo Runas Recientes—. Nadie puede utilizar la magia sobre un mago sin conocer su nombre. Es una regla básica.

—Bueno, le llamamos el bibliotecario —dijo Ridcully—. Todo el mundo le llama el bibliotecario. Es más que suficiente, ¿no?

—Eso sólo describe su trabajo, señor.

Ridcully miró a sus magos.

—Pero alguno de nosotros debe saber cómo se llama, ¿verdad? Oh, venga, me parece que todos tenemos el deber y la obligación de conocer los nombres de nuestros colegas. No creo estar pidiendo algo tan difícil, porque después de todo... —Miró al decano, titubeó y luego dijo—. Eh... ¿decano?

—El bibliotecario lleva mucho tiempo siendo un mono, archicanciller —dijo el decano—. Y en cuanto a sus colegas originales, la mayoría ya no... ya no están con nosotros. Creo recordar que estábamos pasando por uno de esos períodos de droit de mortis

—Sí, pero s[[7]](#footnote-7)u nombre tiene que constar en algún registro.

Los magos pensaron en los enormes riscos formados por pilas de papeles que constituían los archivos de la Universidad Invisible.

—El archivista nunca ha dado con él —dijo Runas Recientes.

—¿Quién es el archivista?

—El bibliotecario, archicanciller.

—Pues entonces por lo menos debería figurar en el anuario correspondiente al año de su graduación.

—Es curioso —dijo el decano—, pero todos los ejemplares del anuario correspondiente a esa promoción parecen haber sufrido alguna u otra clase de accidente.

Ridcully se dio cuenta de que el decano había adoptado una expresión particularmente impenetrable.

—¿Se refiere a accidentes como el que determinada página haya sido arrancada y en su lugar sólo haya quedado un tenue olor a plátano?

—Acaba de dar en el blanco, archicanciller.

Ridcully se rascó el mentón.

—Una pauta empieza a salir a la luz —dijo.

—Verán, el bibliotecario sería capaz de hacer cualquier cosa para impedir que alguien averiguara su nombre —dijo el prefecto mayor—. Teme que intentemos volver a transformarle en un ser humano. —Lanzó una mirada significativa al decano, quien se apresuró a poner cara de ofendido—. Ciertas personas han llegado a afirmar que no deberíamos permitir que un mono ocupase el cargo de bibliotecario.

—Me limité a expresar la opinión de que eso va contra las tradiciones de la Universidad Invisible... —repuso el decano.

—Las cuales consisten básicamente en perder el tiempo, celebrar grandes banquetes y gritar un montón de estupideces sobre unas llaves a altas horas de la noche —dijo Ridcully—. Bien, no creo que...

Las expresiones que acababan de aparecer en los rostros de los otros magos le hicieron volverse.

El bibliotecario acababa de entrar en la antesala. Caminaba muy despacio debido a las muchas prendas que se había puesto encima: el volumen de chaquetas y jerseys con el que cargaba era tan elevado que sus brazos, en vez de ser utilizados como pies extra, sobresalían casi horizontalmente a ambos lados del cuerpo. Pero el aspecto más horripilante de aquella aparición era el gorro de lana roja.

El colorido era muy alegre, y la borla de adorno le daba un toque gracioso. El gorro había sido tejido por la señora Panadizo, una auténtica experta en el manejo de las agujas de tejer que solía cometer el pequeño error de no tomar en consideración las medidas exactas del futuro usuario. Los magos a quienes se les había hecho ofrenda de sus creaciones solían descubrir que éstas daban por sentado que sus destinatarios tenían tres tobillos o un cuello de un metro de grosor. La mayoría de las prendas acababan siendo discretamente entregadas a instituciones benéficas. Una de las peculiaridades más admirables de Ankh-Morpork es que por muy deforme que sea una prenda, siempre habrá alguien a quien le vaya bien.

El error cometido por la señora Panadizo en esta ocasión era el de suponer que al bibliotecario, por el que sentía un considerable respeto, le encantaría tener un gorro rojo provisto de borla y faldones laterales para atarse debajo del mentón. Pero el bibliotecario había optado por llevarlos sueltos.

Se detuvo y mostró un rostro lleno de pena hacía los magos. Extendió un brazo, a continuación dijo «k» con un hilo de voz, y después estornudó.

El montón de prendas acabó cayendo al suelo. Cuando los magos las apartaron, se encontraron con un grueso volumen encuadernado en un cuero rojo que tenía un aspecto curiosamente peludo.

—En la tapa pone «Ook» —dijo el prefecto mayor después de unos momentos de silencio y con tono tenso.

—¿No pone quién lo ha escrito? —preguntó el decano.

—Un caballero nunca hace esa clase de preguntas.

—Lo que quiero decir es que así quizá habríamos podido saber cuál es su verdadero nombre.

—¿Y si echamos un vistazo al libro? —preguntó Estudios Indefinidos—. Tal vez haya un índice.

—¿Algún voluntario para echar un vistazo dentro del bibliotecario? —preguntó Ridcully—. Y no se ofrezcan todos a la vez, por favor.

—La inestabilidad mórfica responde al entorno —dijo Ponder—. Eso es muy interesante, ¿verdad? Ahora se encuentra muy cerca de la Biblioteca, así que se convierte en un libro. Podría decirse que es como... como una especie de camuflaje protector. Es como si evolucionara para no desentonar dentro del...

—Gracias, señor Stibbons. ¿Quería decirnos algo o sólo hablaba por hablar?

—Bueno, supongo que podríamos echar un vistazo —dijo Ponder—. Los libros están hechos para abrirlos, ¿no? Incluso tiene un marcador de cuero negro, ¿ven?

—Ah, así que eso es un marcador... —dijo Estudios Indefinidos, que lo había estado contemplando nerviosamente.

Ponder puso la mano sobre el libro. Estaba caliente, y no tuvo que hacer ningún esfuerzo para abrirlo.

No había ni una sola página en blanco, y en todas ponía lo mismo: «ook».

—Buen diálogo, pero la historia es un poco aburrida.

—¡Decano! Le agradecería que se tomara esto más en serio —dijo Ridcully mientras golpeaba el suelo con el pie—. ¿Alguien tiene más ideas?

Los magos se miraron y se encogieron de hombros.

—Bueno, supongo que... —dijo Runas Recientes.

—Sí, Runas... Arnold, ¿verdad?

—No, archicanciller...

—Da igual. Hable, hombre, hable.

—Supongo que... Ya sé que suena ridículo, pero...

—Adelante, hombre. Nos tiene intrigadísimos.

—Supongo que siempre nos queda... Rincewind.

Ridcully le contempló en silencio.

—¿Un tipo flaco? ¿Con una barba despeinada? Un mago, ¿verdad? Un auténtico inútil, ¿no? ¿El que tiene esa especie de caja con piernas?

—Exacto, archicanciller. Bravo, archicanciller. Eh... Estoy seguro de que recordará que Rincewind fue bibliotecario suplente durante un tiempo.

—No, la verdad es que no lo recuerdo, pero siga —dijo Ridcully.

—De hecho, estaba aquí cuando el bibliotecario... se convirtió en el bibliotecario. Y recuerdo que en una ocasión, cuando estábamos observando cómo el bibliotecario le ponía el sello a cuatro libros a la vez, dijo: «Asombroso, sobre todo cuando piensas que nació en Ankh-Morpork.» Estoy seguro de que si alguien conoce el nombre del bibliotecario, ese alguien es Rincewind.

—¡Bueno, pues entonces tráiganlo aquí ahora mismo! Supongo que saben dónde se encuentra ahora, ¿verdad?

—Técnicamente sí, archicanciller —se apresuró a decir Ponder—. Pero, y esto quizá le parezca un tanto extraño, no estamos muy seguros de dónde se encuentra el lugar en que se encuentra ahora.

Ridcully volvió a mirarle fijamente.

—Verá, archicanciller, creemos que Rincewind está en EcksEcksEcksEcks —dijo Ponder—. EcksEcks...

—... EcksEcks, archicanciller.

—Creía que nadie sabía dónde quedaba ese sitio —dijo Ridcully.

—Exacto, archicanciller —dijo Ponder, porque a veces tenías que impulsar a los hechos en varias direcciones hasta que conseguías encontrar una forma de introducirlos en la cabeza de Ridcully.

—¿Y qué está [[8]](#footnote-8)haciendo allí?

—Pues no lo sabemos, archicanciller. Quizá recuerde que Rincewind acabó yendo a parar a ese sitio después de todo aquel asunto agateano...

—¿Y para qué podía querer ir allí?

—No creo que quisiera ir allí-dijo Ponder—. Eh... nosotros le enviamos allí debido a un error trivial en el proceso de taumaturgia bilocacional que cualquiera habría podido cometer.

—Pero creo recordar que fue usted quien lo cometió —dijo Ridcully, cuya memoria era ocasionalmente capaz de dar sorpresas tan desagradables como aquélla. —Soy un miembro del equipo, señor —dijo Ponder con leve sarcasmo.

—Bueno, si Rincewind no quiere estar allí y nosotros necesitamos que esté aquí, entonces traigámosle de vuel...

El resto de la frase fue engullido no por un ruido sino por una especie de explosión de silencio que, mientras envolvía a los magos, resultó tan opresivo y falto de sonidos que ni siquiera, te dejaba oír los latidos de tu corazón. La Vieja Tom, la campana mágica carente de badajo de la Universidad Invisible, dio las dos de la madrugada desgranando los silencios.

—Eh... no es tan sencillo —dijo Ponder. Ridcully parpadeó.

—¿Por qué no? Tráiganlo aquí mediante la magia. Enviamos a Rincewind allí, así que podemos hacer que vuelva.

—Eh... si quiere que Rincewind vuelva a aparecer en el lugar exacto, necesitaríamos meses de trabajo para calcularlo todo —dijo Ponder—. Si cometemos un error, cuando volviera acabaría llegando dentro de un círculo de unos quince metros de diámetro.

—Eso no es ningún problema, ¿verdad? Con tal que nos mantengamos fuera de la zona de llegada, da igual cuál sea el sitio donde aparezca.

—Me parece que no me ha entendido, señor. Teniendo en cuenta el ruido de fondo que acompaña a todas las transferencias taumatúrgicas y el efecto combinado de la rotación del Disco, podemos estar seguros de que a su llegada el sujeto se vería sometido a un proceso de promediación que abarcaría un área mínima de cien metros cuadrados.

—¿Le importaría repetirlo?

Ponder respiró hondo antes de hablar.

—Lo que quiero decir es que Rincewind acabaría llegando aquí bajo la forma de un círculo de unos quince metros de diámetro.

—Ah. Y en ese caso ya no nos sería de mucha utilidad en la Biblioteca, claro.

—Sólo como marcador de libros de tamaño extra-grande, señor.

—Muy bien. Entonces todo se reduce a una simple cuestión de geografía. ¿A quién tenemos que entienda de geografía?

Los mineros salieron del pozo vertical como hormigas que abandonan un hormiguero en llamas. Se oían golpes sordos procedentes de las profundidades, y el sombrero de Strewth salió disparado por los aires, dio unas cuantas vueltas y volvió a caer.

Después hubo silencio durante un rato y luego, desprendiendo fragmentos como un pollito recién salido del huevo, la cosa emergió del pozo y...

... miró alrededor.

Los mineros, agazapados detrás de varios matorrales y cobertizos, estuvieron seguros de ello a pesar de que el monstruo carecía de ojos visibles.

La cosa se volvió, con sus centenares de piernecitas moviéndose de manera más bien rígida y con cierta dificultad, como si hubieran pasado demasiado tiempo enterradas.

Después, tambaleándose y haciendo eses, empezó a alejarse,

Y muy lejos de allí, el hombre del sombrero puntiagudo salió de su agujero entre el rielar del desierto rojo. Sus manos sostenían un cuenco hecho con corteza. El cuenco contenía montones de vitaminas, proteínas de alto valor nutritivo y grasas esenciales. ¿Ven cómo no ha sido necesario hablar de cositas que se retorcían?

Una hoguera ardía a poca distancia. El hombre colocó el cuenco sobre las llamas, cogió un palo y, tras permanecer inmóvil un momento, empezó a dar saltos alrededor del fuego mientras golpeaba el suelo con el palo y gritaba «¡Ah!». Cuando el suelo hubo quedado suficientemente domesticado para su gusto, el hombre empezó a golpear los arbustos con tanta saña como si acabaran de insultarle a él y a toda su familia, y también utilizó el palo contra un par de árboles.

Finalmente fue hacia un par de rocas planas, las levantó, volvió a gritar «¡Ah!» y amenazó al suelo con las rocas.

Con el paisaje aceptablemente pacificado, el hombre se sentó y se dispuso a tomar su cena antes de que se le escapara.

El sabor recordaba un poco al del pollo. Si estás suficientemente hambriento, casi cualquier cosa puede saberte a pollo.

Y unos ojos le observaron desde la charca cercana. No eran los ojillos diminutos de los insectos y renacuajos que convertían el examen de cada sorbo de agua ingerida en una precaución vital. Aquellos ojos eran mucho más viejos, y en ese momento carecían de todo componente físico.

Un hombre cuya capacidad de encontrar agua se limitaba a examinarse los píes para ver si los tenía mojados llevaba semanas sobreviviendo en aquel país precocinado gracias a que de vez en cuando caía dentro de una charca. Un hombre para el que las arañas eran bichitos inofensivos y sólo había experimentado un par de molestas picaduras. En una ocasión el hombre incluso llegó a la costa y nadó unos metros mar adentro para echar un vistazo a aquellas medusas azules tan bonitas, y sólo recibió un aguijonazo que dejó de dolerle pasados unos días.

La charca burbujeó y el suelo tembló como si, a pesar del cielo despejado, hubiera tormenta en algún sitio.

Eran las tres de la madrugada. Ridcully siempre había sido capaz de prescindir de las horas de sueño de los demás.

La Universidad Invisible era mucho más grande por dentro que por fuera. Miles de años como la más eminente institución de la magia práctica en un mundo donde, en cualquier caso, las dimensiones ya eran básicamente una cuestión de azar, la habían agrandado considerablemente en sitios donde no habría debido tener sitios. Había salas que contenían salas que, si entrabas en ellas, resultaban contener la sala de la que habías salido en primer lugar, lo cual puede llegar a ser un auténtico problema a la hora de formar una fila para bailar la conga.

Y al ser tan grande podía permitirse tener un personal casi ilimitado. El nombramiento era automático o, para ser más exactos, inexistente. Encontrabas una habitación, ibas al comedor a las horas habituales y generalmente nadie se fijaba en ti, aunque siempre podías tener la mala suerte de atraer estudiantes. Y si estabas dispuesto a recorrer las regiones periféricas de la Universidad Invisible durante el tiempo necesario, podías acabar encontrando un experto en cualquier cosa.

Incluso podías encontrar un experto en encontrar expertos. El profesor de Arquitectura Recóndita y Plegado de Mapas en Origami había sido despertado y presentado al archicanciller, quien no lo había visto en su vida, y les había proporcionado un mapa de la Universidad Invisible del que probablemente podrían fiarse durante unos días y que recordaba a un crisantemo sorprendido en el acto de estallar.

Los magos acabaron llegando a una puerta y Ridcully, clavando los ojos en la plaquita de latón que había sobre ella, la fulminó con la mirada como si el pequeño rectángulo metálico acabara de faltarle al respeto.

—«Profesor Egregio de Cruel y Desusada Geografía» —leyó—. Supongo que será él.

—Debemos de haber andado kilómetros —dijo el decano, apoyándose contra la pared—. No reconozco nada de todo esto.

Ridcully miró alrededor. Las paredes eran de piedra, pero en algún momento habían sido pintadas con ese verde institucional que se obtiene cuando una taza de café casi vacía queda olvidada en un rincón durante un par de semanas. Un tablero de anuncios recubierto por un fieltro verde oscuro salpicado de calvas había sido optimistamente adornado con la palabra «Avisos» sujetada mediante una chincheta. Pero a juzgar por su aspecto nunca había habido avisos, y jamás los habría. Un tenue olor a cenas viejas flotaba en el aire.

Ridcully se encogió de hombros y llamó a la puerta.

—No le recuerdo —dijo Runas Recientes.

—Pues yo creo que sí-dijo el decano—. No era un chico muy prometedor. Tenía unas orejas enormes. Pero no se le ve mucho por ahí. Siempre está muy moreno. Curioso, ¿verdad?

—Forma parte del cuadro académico. Si alguien sabe algo sobre geografía, tiene que ser él —dijo Ridcully, y volvió a llamar.

—Quizá haya salido —dijo el decano—. Si quieres llegar a ser un experto en geografía tienes que salir mucho de casa, ¿no?

Ridcully señaló un pequeño artefacto de madera colocado junto a la puerta. Había uno delante del estudio de cada mago. Consistían en pequeños paneles correderos, rodeados por un marco. En ese momento mostraba la palabra presente y, presumiblemente, ocultaba la palabra ausente, aunque con ciertos magos nunca había manera de saber si estaban en casa o habían salido.

El decano inten[[9]](#footnote-9)tó correr el panel, pero éste se negó a moverse.

—Tiene que salir de vez en cuando —dijo el prefecto mayor—. Además, a las tres de la madrugada cualquier hombre que tenga dos dedos de frente debería estar en la cama.

—Desde luego —observó el decano.

Ridcully volvió a llamar a la puerta.

—¡Le ordeno que abra! —gritó—. ¡Soy la máxima autoridad de esta institución académica!

La puerta tembló bajo los golpes, pero no mucho. Estaba bloqueada por lo que, después de laboriosos empujes asestados por todos los magos, resultó una enorme montaña de papeles. El decano cogió una hoja que empezaba a amarillear.

—¡Es la nota interna comunicando que se me había nombrado decano! —exclamó—. ¡Ya hace años de eso!

—Pero tiene que salir de vez en... —dijo el prefecto mayor—. Oh, cielos...

Los otros magos acababan de pensar exactamente lo mismo.

—¿Se acuerdan del pobre Wally Sluvver? —murmuró Estudios Indefinidos, mirando alrededor con nerviosismo—. Tres años de clases de licenciatura post mortem.

—Bueno, los estudiantes siempre decían que no hablaba mucho —comentó Ridcully y olisqueó el aire—. Aquí dentro no huele mal. De hecho, huele a aire fresco. Agradablemente salado. Aja...

Había luz debajo de una puerta al otro extremo de la habitación repleta de muebles, polvo y papeles, y los magos pudieron oír un suave chapoteo.

—Un baño nocturno. Así me gusta —dijo Ridcully—. Bueno, no es necesario que le molestemos. —Empezó a examinar los títulos de los libros que llenaban la habitación—. En algún lugar de este cuarto tiene que haber un montón de información sobre EcksEcksEcksEcks —añadió, cogiendo un volumen al azar—. Bien, empecemos: que cada uno coja un libro.

—¿Y no podríamos pedir que nos trajeran algo para desayunar? —gruñó el decano.

—Es demasiado temprano para desayunar —dijo Ridcully.

—Bueno, pues entonces un poco de cena...

—Es demasiado tarde para cenar.

Estudios Indefinidos paseó la mirada por el resto de la habitación. Una lagartija cruzó una pared a gran velocidad y desapareció.

—Esto está un poco desordenado, ¿no? —dijo, clavando los ojos en el sitio por el que había desaparecido la lagartija—. Todo está lleno de polvo. ¿Qué hay dentro de esas cajas?

—En este lado pone «Rocas» —dijo el decano—. Parece lógico, ¿verdad? Si vas a estudiar los grandes exteriores, hazlo en un sitio donde no tengas que pasar frío.

—Pero ¿qué me dice de las redes de pesca y los cocos?

El decano tuvo que admitir que tenía razón. El estudio estaba muy desordenado incluso para los estándares asombrosamente tolerantes de la hechicería. Cajas llenas de rocas polvorientas ocupaban el escaso espacio que no estaba ocupado por libros y papeles. Todas habían sido etiquetadas con inscripciones como «Rocas de más abajo», «Otras rocas», «Rocas curiosas» y «Probablemente no sean rocas». Ponder, cada vez más interesado, vio que en las etiquetas de algunas cajas ponía «Huesos notables», «Huesos» y «Huesos del montón».

—Me parece que es una de esas personas que siempre andan metiendo las narices donde no deben —dijo Runas Recientes, y husmeó el aire. Después volvió a husmearlo y bajó la mirada hacia el libro que había cogido al azar—. Esto es una colección de calamares prensados-dijo.

—¿De veras? ¿Y qué tal está? De pequeño yo coleccionaba estrellas de mar —dijo Ponder.

Runas Recientes cerró el libro y miró con ceño a Ponder por encima de las tapas.

—Le creo perfectamente capaz de haberlo hecho, jovencito. Y supongo que también coleccionaría viejos fósiles.

—Siempre pensé que los viejos fósiles tenían muchas cosas que enseñarnos —dijo Ponder—. Quizá estaba equivocado —añadió con expresión sombría.

—Bueno, pues yo nunca he creído en todas esas tonterías de animales muertos que se convierten en piedra —dijo Runas Recientes—. Va contra todas las enseñanzas de la razón. ¿Qué cuernos sacan de volverse de piedra?

—¿Y entonces cómo explica la existencia de los fósiles? —preguntó Ponder.

—Ah, pero es que no la explico —dijo Runas Recientes con una sonrisa triunfal—. Al final las explicaciones siempre acaban metiéndote en líos. Las salchichas sin piel no se deshacen, ¿verdad? Bien, ¿y cómo explica usted eso, señor Stibbons?

—¿Eh? Pues yo... ¿Cómo diablos quiere que lo sepa?

—Oh, claro. No lo sabe, pero se considera cualificado para saber cómo fue organizado todo el universo, ¿verdad? De todas maneras, los fósiles no necesitan ninguna explicación: sencillamente están ahí y punto, ¿Por qué tratar de convertirlo todo en un gran misterio? Sí dedica su vida a ir por ahí haciendo preguntas, lo único que conseguirá será perder el tiempo.

—Bueno, ¿y para qué estamos aquí? —preguntó Ponder.

—Ya vuelve a empezar —dijo Runas Recientes.

—Aquí dice que está circundado por el mar —anunció el prefecto mayor, y alzó la cabeza para encontrarse con las miradas de todos los magos—. Me refiero a ese continente llamado EcksEcksEcksEcks —añadió, señalando una página—. Aquí dice: «Es muy poco lo que se sabe sobre él, salvo que está circundado por el mar.»

—Me alegra ver que alguien se acuerda de lo que hemos venido a hacer —dijo Ridcully—. Y en cuanto a ustedes dos, háganme el favor de ser un poco más estudiosos. Bien, bien... Circundado por el mar, ¿eh, prefecto mayor?

—Aparentemente.

—Bien, bien... Sí, parece lógico. ¿Algo más?

—Hace tiempo conocí a una chica que se llamaba Circundada-dijo el tesorero.

—Sir Roderick Purdeigh —dijo el prefecto mayor, pasando las páginas— dedicó muchos años de su vida a buscar ese continente, y acabó afirmando que no existía.

—Era muy alegre. Me parece recordar que se llamaba Circundada Rechónchez. Tenía una cara como un ladrillo.

—Sí, pero en una ocasión el tal Purdeigh consiguió perderse en su dormitorio —dijo el decano, que estaba pasando las páginas de otro libro—. Lo encontraron dentro del armario.

—Me pregunto sí no estaremos hablando de la misma persona... —dijo el tesorero.

—Podría ser, tesorero —dijo Ridcully—. No permitan que tome fruta o azúcar, ¿de acuerdo? —les dijo a los otros magos.

Durante un rato no hubo más sonido que los chapoteos al otro lado de la puerta, el susurro de las páginas y el canturreo inconexo del tesorero.

—Según esta nota de Las vidas más soporíferas de nuestra época, de Wasport —dijo el prefecto mayor, entrecerrando los ojos para leer la minúscula tipografía del volumen—, se encontró con un viejo pescador que le dijo que durante el invierno en aquella tierra la corteza se desprendía de los árboles y las hojas seguían en el árbol.

—Los escritores siempre se están inventando ese tipo de cosas para dar un poco de interés a sus historias —dijo Ridcully—. Si vuelves a casa y lo único que puedes contar es que naufragaste y que te has tirado dos años comiendo caracoles marinos en una isla, nadie te hará mucho caso. Debes adornarlo con memeces sobre hombres que sólo tienen un pie muy grande, la Tierra de las Ciruelas Gigantes y todos esos cuentos para niños.

—¡Caramba! —exclamó Runas Recientes, que había estado absorto en la lectura de un volumen en la otra punta de la mesa—. Aquí dice que los habitantes de la isla de Slakki no llevan ropa y que sus mujeres son de una hermosura incomparable.

—Esa isla debe de ser un sitio horrible —dijo Estudios Indefinidos con tono seco.

—Hay varios grabados.

—Estoy seguro de que ninguno de nosotros siente interés por ese tipo de cosas —dijo Ridcully. Miró al resto de los magos y repitió, esta vez más alto—. Estoy seguro de que ninguno de nosotros siente interés por ese tipo de cosas. ¿Decano? ¡Vuelva aquí ahora mismo y recoja su silla!

—Hay una mención de EcksEcksEcksEcks en el Serpientes de todas las naciones de Wrencher —dijo Estudios Indefinidos—. Aquí dice que el continente tiene muy pocas serpientes venenosas... Oh, también hay una nota a pie de página. —Su dedo descendió por la página—. Dice que las arañas han acabado con la mayoría. Qué curioso, ¿verdad?

—Oh —exclamó Runas Recientes—. Aquí también dice que «Los moradores de la isla de Purdee viven asimismo en un estado natural», y además... —se interrumpió mientras luchaba con los caprichos del estilo antiguo—. Ah, sí: «mas gozan de salud muy buena y son de noble porte y de noble y buena estatura, y son realmente nobiliarios salvajes».

—Déjeme ver eso —dijo Ridcully. El libro recorrió la mesa y el archicanciller frunció el entrecejo—. «Nobiliarios salvajes», ¿eh? Supongo que pensó que estaba abusando un poco de la palabra «noble», y que en realidad quería poner «nobles salvajes». Eso quiere decir que... que te comportas como un caballero o algo por el estilo, o al menos eso creo.

—¿Vas a cazar zorros, te inclinas ante las damas y no le pagas al sastre? ¿Se refiere a ese tipo de cosas?

—No creo que ese tipo le deba mucho dinero a su sastre —dijo Ridcully, echando un vistazo a la ilustración que acompañaba al texto—. Bien, muchachos, vamos a ver qué más podemos encontrar...

—El profesor de geografía se está dando un baño bastante largo, ¿no? —dijo el decano pasados unos momentos—. Quiero decir que... Bueno, soy tan partidario de la higiene como el que más, pero parece decidido a convertirse en una ciruela pasa.

—A juzgar por los ruidos parece estar chapoteando —dijo el prefecto mayor.

—Suena a mar y orilla —exclamó jovialmente el tesorero.

—Por favor, tesorero, tratemos de ser realistas... —dijo Ridcully con tono de cansancio.

—Pues de hecho y ahora que hablamos de ello, me parece que también hay cierto componente gaviotesco —dijo el prefecto mayor.

Ridcully se levantó, fue hacia la puerta del cuarto de baño y alzó el puño para llamar.

—Soy el archicanciller —gruñó, bajándolo—. No he de pedir permiso a nadie para abrir ninguna puerta —añadió, e hizo girar el pomo—. Ahí lo tienen —dijo mientras la puerta se abría ante él—. ¿Lo ven, caballeros? Un cuarto de baño de lo más corriente. Bañera de piedra, grifos de latón, gorro de baño, cepillo de baño con forma de patito... Un cuarto de baño de lo más normal. Este cuarto de baño, y voy a tratar de ser lo más claro posible, no es ninguna playa tropical. No se parece en nada a una playa tropical.

Señaló la ventana abierta del cuarto de baño y el lugar donde las olas se deslizaban lánguidamente hasta acariciar una playa ribeteada de árboles bajo un luminoso cielo azul. Una brisa cálida agitaba las cortinas.

—Eso sí es una playa tropical —dijo—. ¿Lo ven? No hay ninguna similitud.

Después de aquel nutritivo refrigerio que contenía montones de vitaminas y minerales esenciales y, desgraciadamente, montones de sabores, el hombre en cuyo sombrero se leía «Echicero» decidió dedicar un rato a las labores domésticas, o por lo menos a la clase de labores domésticas posibles en ausencia de una casa.

Éstas consistieron en tallar un trozo de madera con un hacha de piedra. El hombre parecía estar fabricando un tablón muy corto, y la rapidez con que trabajaba sugería que no era la primera vez que lo hacía.

Una cacatúa se posó en el árbol que se alzaba encima de él para contemplarle. Rincewind le lanzó una mirada de suspicacia.

Cuando el trozo de madera hubo quedado alisado a su satisfacción, Rincewind puso un pie encima de él y, con cierta dificultad, resiguió los contornos del pie en el suelo con un trozo de madera quemada que sacó de la hoguera. Después repitió la operación con el otro pie, y luego se sentó para seguir trabajando la madera.

El observador de la charca comprendió que el hombre estaba tallando dos planchas con forma de pie.

Rincewind sacó un trozo de cordel de su bolsillo. Había descubierto una liana que, si se le arrancaba la corteza despacio y con cuidado, te producía un sarpullido terrible. Lo que había estado buscando en realidad era una liana que, si le arrancabas la corteza despacio y con cuidado, te proporcionara una especie de cordel, y descubrir la variedad adecuada había requerido varios intentos más y varias clases distintas de sarpullido.

Si hacías un agujero en la suela e introducías en él una lazada de cordel, de tal forma que luego pudieras meter un dedo del pie por la lazada, acababas obteniendo una especie de protocalzado. Dicho calzado te obligaba a arrastrar los píes como si fueras un prehomínido recién bajado del árbol, pero eso también tenía sus ventajas. En primer lugar, el rítmico flop-flop que producías al caminar hacía que cualquier criatura peligrosa con la que estuvieras a punto de encontrarte —y dadas las últimas experiencias de Rincewind, dicha categoría abarcaba a todos los seres vivos— creyese que se le estaban acercando dos hombres en vez de uno. En segundo lugar, y aunque no hubiese forma de salir corriendo con ellos puestos, siempre resultaba fácil salir corriendo de ellos: de esa manera, mientras la oruga o el escarabajo rabiosos todavía estaban contemplando tu calzado y se preguntaban dónde estaba la otra persona, tú ya te habías convertido en un puntito humeante sobre el horizonte abrasador.

Rincewind había tenido que dedicar muchas horas a huir. Cada noche se fabricaba otro par de sandalias, y cada día acababa dejándolas en algún lugar del desierto. Cuando hubo quedado satisfecho de su obra, sacó un rollo de delgada corteza de su bolsillo. Su posesión más preciada, un trocito de lápiz, colgaba de un cordel anudado alrededor del rollo de corteza. Rincewind, que había decidido llevar un diario con la esperanza de que le fuese de alguna ayuda, releyó las últimas entradas.

Probablemente martes: calor, moscas. Cena: hormigas melíferas. Atacado por hormigas melíferas. Me caí en una charca.

Miércoles (a lo mejor): calor, moscas. Cena: bayas de arbusto o excrementos de canguro, no estoy seguro. Perseguido por cazadores, no sé por qué. Me caí en una charca.

Jueves (podría ser): calor, moscas. Cena: lagarto de lengua azul. Agredido por lagarto de lengua azul. Perseguido por otros cazadores. Me caí de un acantilado, reboté en un árbol, un osito de peluche incontinente se me meó encima y acabé dentro de una charca.

Viernes: calor, moscas. Cena: unas raíces que sabían a vómitos. Eso me ahorró tiempo.

Sábado: más calor que ayer, todavía más moscas que de costumbre. Mucha sed.

Domingo: calor. Delirios causados por el calor y las moscas. Nada de nada hasta el horizonte, con arbustos en la nada. Decidí morir, me desplomé, caí rodando por una duna de arena y acabé en una charca.

Rincewind escribió, lentamente y con letra minúscula: «Lunes: calor y moscas. Cena: orugas y bichos.» Después contempló lo escrito. No había nada más que decir.

¿Por qué toda la gente de aquel lugar parecía odiarle? Se encontraba con una pequeña tribu y al principio todos se mostraban muy amistosos. Rincewind reunía un poco de información, empezaba a familiarizarse con algunos nombres e iba adquiriendo un vocabulario, el suficiente para hablar de las cosas normales y cotidianas, como por ejemplo el tiempo que hacía, y entonces de repente le echaban a patadas. Después de todo, ¿quién no hablaba del tiempo de vez en cuando?

Rincewind siempre se había tenido por un hombre de carrera, y estaba orgulloso de serlo. Los Cien Metros, el Kilómetro, la Maratón... Rincewind había corrido todas esas distancias. Cuando se enteró del auténtico significado de la expresión «hombre de carrera» y una vez superada la sorpresa inicial, estuvo igualmente seguro de que no había nacido para ser un hombre de carrera. Pensándolo bien, nadie necesitaba ir a la universidad para ser capaz de dividir el mundo en personas que trataban de matarte y personas que no trataban de matarte. Rincewind estaba sentado junto a la hoguera intentando entablar una sencilla conversación, y de repente todos se ponían furiosos y Rincewind tenía que salir huyendo. Nadie esperaba que la gente empezara a ponerse desagradable meramente porque habías dicho algo como «Parece que hace siglos que no llueve, ¿verdad?»

Suspiró, cogió su palo, le dio una buena somanta a un punto del suelo y después se acostó y se quedó dormido.

De vez en cuando dejaba escapar gritos ahogados y sus piernas se movían como si estuviera corriendo sin moverse, lo cual demostraba que sólo estaba soñando.

Una ondulación recorrió la superficie de la charca, que no era muy grande, apenas un agujero lleno de arbustos abierto entre algunas rocas, y el líquido que contenía sólo podía ser llamado agua porque los geógrafos se negaban a aceptar expresiones como «ciénaga sopera».

Pero aun así onduló, como si algo acabara de caer en su centro. Y lo extraño de las ondulaciones era que no desaparecían cuando llegaban a la orilla de la charca, sino que continuaban por encima de la tierra como círculos de tenue luz blanquecina en continua expansión. Cuando llegaron a Rincewind se rompieron y fluyeron alrededor, con lo que se convirtió en el centro de una serie de líneas concéntricas de puntitos blancos, como sartas de perlas.

Y entonces la charca entró en erupción. Algo ascendió por los aires y se esfumó en la noche.

Aquel algo fue describiendo zigzags, saltando de una roca a la montaña y la charca. Y a medida que el ojo del observador se iba elevando, la franja viajera iluminaba brevemente otras líneas de tenue claridad suspendidas como hilachas de humo, con lo que, visto desde arriba, todo el terreno parecía poseer un sistema circulatorio, o nervios...

Después de haberse alejado mil kilómetros del mago dormido, la línea volvió a entrar en contacto con el suelo, emergió en una cueva y se deslizó sobre las paredes como el haz de un fanal.

Se detuvo delante de un enorme peñasco puntiagudo y luego, como si acabara de tomar una decisión, volvió a ascender hacia el cielo.

El continente fluyó bajo ella mientras regresaba. La luz se hundió en la charca sin producir ningún chapoteo pero, una vez más, tres o cuatro ondulaciones se extendieron sobre las turbias aguas y la arena circundante.

La noche volvió a desplegarse sobre la tierra. Pero entonces una especie de trueno lejano retumbó debajo del suelo. Los arbustos temblaron. Los pájaros despertaron en los árboles y emprendieron el vuelo.

Pasado un rato, unas líneas blancas surgieron de la nada sobre una roca cerca de la charca y empezaron a formar una imagen.

Rincewind había atraído la atención de otro observador aparte de lo que fuera que estaba vigilándole desde la charca.

La Muerte había decidido guardar el reloj de Rincewind en un estante especial de su estudio, tal como haría un zoólogo que no quisiera perder de vista a un espécimen particularmente interesante.

La inmensa mayoría de relojes que medían la vida de las personas tenían la forma que la Muerte consideraba más elegante y adecuada para esa función. Parecían enormes relojes de arena formados por dos cestas para huevos unidas por el centro aunque, como las arenas que medían eran los segundos que componían la vida de una persona, se podía decir que todos los huevos estaban en una sola cesta.

El reloj de Rincewind parecía algo creado por un soplador de cristal que hubiera sufrido un ataque de hipo mientras se encontraba dentro de una máquina del tiempo. A juzgar por la cantidad de arena que contenía —y a la Muerte siempre se le habían dado muy bien esa clase de estimaciones—, Rincewind ya tendría que llevar mucho tiempo muerto. Pero con el paso de los años el cristal había desarrollado extrañas curvas, extrusiones y retorcimientos, y la arena solía fluir hacia atrás, o diagonalmente. Rincewind había sido bombardeado por tanta magia y se había visto violentamente desplazado a través del espacio y el tiempo en tantas ocasiones que incluso había estado a punto de chocar consigo mismo mientras iba en dirección opuesta, por lo que el final exacto de su vida acabó volviéndose tan difícil de localizar como el inicio de un rollo de cinta transparente y pegajosa.

La Muerte estaba familiarizada con el concepto del héroe eterno, el campeón de los mil rostros, y siempre se había abstenido de hacer comentarios al respecto. Había conocido a muchos héroes: generalmente se hallaban rodeados por, y esto era importante, los cadáveres de casi todos sus enemigos y se estaban preguntando qué demonios había ocurrido. En cuanto a si existía o no alguna clase de acuerdo que les permitiera volver posteriormente, ése era un tema sobre el que la Muerte prefería guardar silencio.

Pero se había preguntado en más de una ocasión si, en el caso de que dicho ser existiera, no tendría una especie de contrapeso equilibrador en la figura del cobarde eterno. ¿El héroe de las mil espaldas entrevistas mientras huía, tal vez? Muchas culturas tenían alguna leyenda sobre un héroe que no podía morir y que algún día volvería a alzarse de la tumba, así que quizá el equilibrio de la naturaleza requería la existencia de uno que no volviera.

Fuera cual fuese la verdad oculta detrás de la cuestión, el hecho era que la Muerte no tenía ni idea de cuándo iba a morir Rincewind. Para una criatura que se sentía tan orgullosa de su puntualidad, eso resultaba molesto e irritante.

La Muerte se deslizó a través del vacío aterciopelado de su estudio hasta que llegó al modelo del Mundo Disco, que en realidad quizá no fuera un modelo.

Dos órbitas carentes de ojos bajaron la mirada.

—MUESTRA —dijo la Muerte.

Los metales y piedras preciosas se esfumaron. La Muerte vio corrientes oceánicas, desiertos, bosques, masas de nubes que desfilaban por el cielo como manadas de búfalos albinos...

—MUESTRA.

El ojo de la observación describió una curva y se sumergió en el mapa viviente, y una mancha rojiza creció en las aguas de un mar turbulento. Viejas cordilleras fluyeron velozmente junto a él, y desiertos de roca y arena se perdieron en la lejanía.

—MUESTRA.

La Muerte contempló la figura dormida de Rincewind. De vez en cuando, una sacudida repentina hacía vibrar las piernas del durmiente.

—HUMMM.

La Muerte sintió que algo trepaba por la espalda de su túnica, se detenía durante unos momentos sobre su hombro y saltaba. Un diminuto esqueleto de roedor envuelto en una túnica negra aterrizó en el centro de la imagen y empezó a golpearla frenéticamente con su minúscula guadaña mientras chillaba nerviosamente.

La Muerte cogió a la Muerte de las Ratas por el capuchón y la alzó para inspeccionarla.

—NO, NO LO HACEMOS DE ESA MANERA.

La Muerte de las Ratas se debatió frenéticamente. —¿cuic?

—PORQUE VA CONTRA LAS REGLAS —dijo la Muerte—. LA NATURALEZA DEBE SEGUIR SU CURSO.

Volvió a bajar la mirada hacia la imagen como si acabara de tener una idea, y dejó en el suelo a la Muerte de las Ratas. Después fue a la pared y tiró de un cordón. Una campana repicó en la lejanía.

Pasado un rato, un anciano entró con una bandeja.

—Le pido disculpas, amo. Estaba limpiando el baño.

—¿DECÍAS ALGO, ALBERT?

—Que por eso me he retrasado con su té, señor —dijo Albert.

—OH, NO IMPORTA. DIME QUÉ SABES ACERCA DE ESTE SITIO.

El dedo de la Muerte rozó el continente rojo. Su sirviente se inclinó sobre la imagen.

—Oh, ese sitio —dijo Albert—. Cuando vivía lo llamábamos «Terror Incógnita», amo. Nunca llegué a ir allí. Las corrientes, ya sabe... Muchos pobres marineros han acabado llegando a sus costas fatales en vez de caerse por el Borde, y supongo que lo han lamentado después. Más pelado que un hues... Peladísimo, amo, o eso dicen. Y muy seco, y más caliente que la parrilla de un demo... Muy caluroso, también. Pero supongo que usted habrá ido allí en alguna ocasión, ¿verdad?

—OH, SÍ. PERO YA SABES QUE CUANDO VAS A UN SITIO POR CUESTIONES DE NEGOCIOS APENAS TIENES TIEMPO DE VER EL PAISAJE...

La Muerte señaló la gran espiral de nubes que giraban lentamente alrededor del continente, como chacales describiendo cautelosos círculos alrededor de un león agonizante que, aunque parecía estar acabado, quizá aún fuera capaz de asestar un último mordisco.

—QUÉ EXTRAÑO —dijo—. UN ANTICICLÓN PERMANENTE. Y DENTRO DE ÉL, UNA INMENSA TIERRA SERENA QUE NUNCA VE UNA SOLA TORMENTA. Y SOBRE LA QUE NUNCA CAE UNA GOTA DE LLUVIA.

—Buen sitio para unas vacaciones, entonces.

—VEN CONMIGO.

La Muerte y Albert, seguidos por la Muerte de las Ratas, entraron en la inmensa biblioteca de la Muerte. En las alturas, cerca del techo, había nubes.

La Muerte extendió una mano.

—QUIERO UN LIBRO SOBRE LAS CRIATURAS PELIGROSAS DE CUATROECKS... —dijo.

Albert miró hacia arriba y se apresuró a lanzarse al suelo, sufriendo sólo contusiones leves porque había sido suficientemente previsor para hacerse una bola.

Cuando volvió a hablar pasado un rato, la Muerte lo hizo en voz más baja.

—ALBERT, TE AGRADECERÍA QUE ME ECHARAS UNA MANO.

Albert se levantó del suelo y empezó a tirar de algunos de los grandes volúmenes, consiguiendo finalmente apartar los suficientes para que su amo pudiera volver a moverse.

—HUMMM...

La Muerte cogió un libro al azar y leyó la cubierta.

—MAMÍFEROS, REPTILES, ANFIBIOS, AVES, PECES, MEDUSAS, INSECTOS, ARAÑAS, CRUSTÁCEOS, HIERBAS, ÁRBOLES, MUSGOS Y LIQÚENES PELIGROSOS DE TERROR INCÓGNITA —leyó. Su mirada descendió por el lomo del libro—. VOLUMEN 29C —añadió después—. oh. tercera parte. comprendo. —Alzó la mirada hacia los estantes que les escuchaban en silencio—. ¿simplificaría TAL VEZ LAS COSAS EL QUE ME LIMITARA A SOLICITAR UNA LISTA DE LAS CRIATURAS INOFENSIVAS DEL CONTINENTE ANTES MENCIONADO?

Esperaron.

—BIEN, AL PARECER...

—No, amo, espere. Ya llega.

Albert señaló algo blanco que surcaba el aire en un perezoso zigzag. Finalmente la Muerte alzó la mano y cogió la hoja de papel.

La leyó atentamente, y después la volvió por si acaso había algo escrito en el dorso.

—¿Puedo? —preguntó Albert.

La Muerte le pasó la hoja de papel.

—«Algunas de las ovejas» —leyó Albert en voz alta—. Oh, bueno. En ese caso, quizá sería mejor pasar una semana en la costa.

—QUÉ SITIO TAN INTERESANTE —dijo la Muerte—. ENSILLA AL CABALLO, ALBERT. TENGO LA SEGURIDAD DE QUE MI PRESENCIA SERÁ NECESARIA.

—cuic —dijo la Muerte de las Ratas.

—¿CÓMO HAS DICHO?

—Ha dicho «Calma y tranquilidad», amo —dijo Albert.

—¿DE VERAS? PUES NO ENTIENDO POR QUÉ DICE ESO.

Cuatro colosales erupciones de silencio se deslizaron sobre la ciudad cuando la Vieja Tom, majestuosa como siempre, no dio la hora.

Unos sirvientes estaban empujando un carrito por el pasillo. El archicanciller había acabado cediendo, y el desayuno adelantado no tardaría en llegar. Ridcully bajó su cinta métrica. —Volvamos a intentarlo, ¿de acuerdo? Salió de la ventana y recogió una concha de la arena calentada por el sol. Después volvió a entrar en el cuarto de baño y fue hacia la puerta que había junto a la ventana.

La puerta daba a un patio de luces lleno de moho, humedad y musgos que permitía que un poco de mugrienta claridad diurna de segunda mano acabase llegando a aquellos pisos tan horriblemente oscuros. La nieve también intentaba llegar hasta ellos, pero de momento sólo había conseguido introducir unos copos.

La ventana de aquel lado relucía como un charco de aceite negro bajo la luz que surgía de la puerta.

—Muy bien, decano —dijo Ridcully—. Meta su cayado y muévalo de un lado a otro.

Los magos contemplaron la superficie recorrida por suaves ondulaciones de la que habría tenido que estar sobresaliendo más de un metro de madera sólida.

—Bien, bien, bien —dijo el archicanciller, abandonando el aire frío y volviendo a entrar—. ¿Saben que es la primera vez que veo uno?

—¿Alguien se acuerda de las botas del archicanciller Bewdley? —preguntó el prefecto mayor mientras se servía cordero frío del carrito—. Bewdley cometió un error, y una de esas cosas apareció de repente justo en su bota izquierda. El pobre lo pasó francamente mal. ¿Cómo vas a ir por ahí teniendo un pie en otra dimensión?

—Bueno, no... —dijo Ridcully, contemplando la escena tropical y golpeándose pensativamente el mentón con la concha.

—Para empezar, no puedes ver encima de qué estás andando —dijo el prefecto mayor.

—Una vez apareció uno en un sótano, por sí solo y sin que nadie hubiese hecho nada —dijo el decano—. Sólo era un agujero redondo de color negro, pero cualquier cosa que metieras dentro de él sencillamente desaparecía. Se lo tragaba todo, así que Ceravieja ordenó que construyeran un retrete encima del agujero.

—Buena idea —dijo Ridcully, todavía con aire pensativo.

—A nosotros también nos lo pareció hasta que descubrimos que en los desvanes había aparecido otro agujero. Resultó ser el otro lado del mismo agujero. Seguro que no necesitan que les haga un dibujo, ¿verdad?

—¡Nunca había oído hablar de estas cosas! —exclamó Ponder Stibbons—. ¡Las posibilidades son asombrosas!

—Eso es lo que dice todo el mundo cuando oye hablar de ellos por primera vez —dijo el prefecto mayor—. Pero cuando lleves tanto tiempo siendo mago como yo, muchacho, comprobarás que si descubres algo que ofrece posibilidades asombrosas para la mejora de la condición humana, lo más aconsejable es echarle tierra encima y fingir que nunca ha ocurrido.

—Pero si pudieras conseguir que uno de esos agujeros apareciese justo encima de otro, entonces podrías tirar algo dentro del agujero de abajo y saldría por el agujero de arriba y volvería a caer dentro del de abajo. Alcanzaría una velocidad meteorítica y la cantidad de energía que podrías llegar a generar sería...

—Eso es aproximadamente lo que ocurrió entre el sótano y el desván —dijo el decano, cogiendo un muslo de pollo del carrito—. Y demos gracias de que existe algo llamado fricción del aire.

Ponder metió cautelosamente la mano por la ventana y sintió el calor del sol.

—¿Y nadie los ha estudiado nunca? —preguntó.

El prefecto mayor se encogió de hombros.

—¿Estudiar el qué? Sólo son agujeros. Cuando un montón de magia se acumula en un sitio, tarde o temprano acaba abriéndose paso a través del mundo como una bola de acero caliente a través de la grasa de cerdo. Si se encuentra con el borde de algo, se mete dentro de ese algo y lo llena.

—Puntos de tensión en el continuo espaciotemporal... —dijo Ponder—. Tiene que haber centenares de usos posibles...

—Ah, claro. No me extraña que nuestro egregio profesor siempre esté tan moreno —dijo el decano—. A mí me parece que ha estado haciendo trampas. El acceso a la geografía debería resultar difícil, ¿verdad? Lo que estoy diciendo es que no deberías tenerla justo en el alféizar de tu ventana, y no sé si me explico... Nadie debería poder llegar a ella escapándose de la Universidad por un pasaje secreto.

—Bueno, pero en realidad él no ha hecho eso —dijo el prefecto mayor—. Lo único que ha hecho ha sido ampliar un poco su campo de estudios.

—Oigan, ¿creen que ese sitio podría ser EcksEcksEcksEcks? —preguntó el decano—. Tiene un aspecto muy extranjero.

—Bueno, no cabe duda de que hay mar —dijo el prefecto mayor—. Pero ¿les parece que está circundando?

—Eh... Yo diría que lo único que hace es... moverse y salpicar un poco, ¿no?

—No entiendo mucho de estas cosas, pero supongo que un mar que circundara algo debería tener un aspecto más... más desafiante —dijo Runas Recientes—. Ya saben a qué me refiero, ¿no? Olas atronadoras y todas esas cosas. Debería enviar un mensaje muy claro para que todos los forasteros supieran que estaba circundando esta costa y que exigía ser tratado con todo el respeto debido.

—Quizá podríamos ir allí e investigar un poco —dijo Ponder.

—Si lo hacemos ocurrirá algo terrible —vaticinó el prefecto mayor con voz lúgubre.

—Pues al tesorero no le ha ocurrido nada terrible —dijo Ridcully.

Los magos se agruparon alrededor de él. Una silueta que se había subido la túnica por encima de las rodillas permanecía inmóvil entre las olas. Unos cuantos pájaros trazaban círculos sobre su cabeza. Las palmeras ondulaban detrás de ella.

—Oh, vaya —dijo el prefecto mayor—. Seguro que ha decidido echar un vistazo cuando no estábamos mirando.

—¡Tesorero! —gritó Ridcully.

La silueta no se volvió hacia ellos.

—No es que quiera armar jaleo, entiéndanme —dijo Estudios Indefinidos mientras lanzaba miradas entre melancólicas y anhelantes a la playa bañada por el sol—, pero en mi dormitorio hace un frío horrible y anoche había escarcha en mi edredón. Después de todo, un paseito bajo los rayos del sol no puede hacernos ningún daño.

—¡Hemos venido aquí para ayudar al bibliotecario! —repuso secamente Ridcully.

El volumen titulado Ook estaba dejando escapar suaves ronquidos.

—Pues precisamente por eso. El pobre chico estaría más a gusto entre esos árboles de ahí abajo.

—No estará pensando en dejarlo encajado entre un par de ramas, ¿verdad? —dijo el archicanciller—. Todavía no ha dejado de ser La historia de Ook.

—Ya sabe en qué estaba pensando, Mustrum. Un día junto al mar le sentaría mucho mejor que... que un día junto al mar visto desde una ventana. Salgamos fuera, ¿de acuerdo? Me estoy congelando.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Podría haber monstruos terribles! ¡Mire a ese pobre tipo de pie allí donde rompen las olas! Ese mar probablemente está lleno de...

—Tiburones —dijo el prefecto mayor.

—¡Exacto! —exclamó Ridcully—. Y...

—Barracudas —dijo el prefecto mayor—. Merlines. Peces espada. Yo diría que estamos viendo algún lugar en los alrededores del Borde. Los pescadores dicen que ahí hay peces que pueden arrancarte el brazo de un mordisco.

—Exacto —dijo Ridcully—. Exacto...

Su voz acababa de experimentar un cambio pequeño pero significativo. Todos habían visto los peces disecados que adornaban las paredes del archicanciller. Ridcully era capaz de cazar cualquier cosa. El único gallo que seguía lanzando su llamada matutina en un radio de doscientos metros alrededor de la Universidad Invisible había tenido que buscar un carro debajo del que esconderse para poder abrir el pico.

—Y esa jungla —dijo el prefecto mayor, olfateando el aire—. Tiene un aspecto peligroso, ¿no? Ahí dentro podría haber cualquier cosa. Cualquier cosa letal, quiero decir... Tigres, gorilas y piñas. Yo no me acercaría a ella. Estoy con usted, archicanciller. Prefiero congelarme aquí a tener que mirar a los ojos a algún devorador de hombres rabioso.

Los ojos de Ridcully brillaban con una nueva luz. El archicanciller se acarició pensativamente la barba.

—Tigres, ¿eh? —dijo. Luego su expresión cambió—. ¿Piñas?

—Letales —dijo el prefecto mayor con firmeza—. Una de ellas acabó con mi tía. No conseguimos sacársela de dentro. Yo le había dicho que las piñas no se comen así, pero ¿creen que me escuchó? ¡Oh, no, claro que no!

El decano lanzó una rápida mirada de soslayo al archicanciller. Era la mirada de un hombre que tampoco quiere pasar otra noche en un dormitorio helado, y que acaba de descubrir dónde se encuentran las palancas que debe accionar.

—Secundo la moción, Mustrum —dijo—. Quien quiera ver cómo me meto por un agujero abierto en el espacio que lleva a una playa soleada con un mar lleno de peces y una jungla repleta de trofeos de caza, ya puede esperar sentado. No sé qué harán ustedes, pero yo me vuelvo a mi querida camita helada. ¿Archicanciller?

—Creo que... —empezó Ridcully.

—¿Sí?

—Almejas —dijo el prefecto mayor meneando la cabeza—. Parece el tipo de playa ideal para esos demonios. Pregúntenselo a mi prima. Pero antes tendrán que encontrar una buena médium, claro. No deberían estar rezumando esa cosa verde, le dije. No deberían desprender burbujitas, le dije. Pero ¿creen que me escuchó?

El archicanciller había pasado a engrosar las filas de los que no estaban dispuestos a escucharle.

—Piensan que llevarle ahí es justo lo que le conviene al bibliotecario en estos momentos, ¿verdad? —preguntó—. Un par de horas bajo el sol serían el tónico ideal para nuestro pobre amigo, ¿eh?

—Sí, pero supongo que todos estaríamos dispuestos a protegerle, ¿verdad, archicanciller? —preguntó inocentemente el decano.

—Pues claro que sí. En realidad no había pensado en eso —dijo Ridcully—. Hmmm, sí. Una cuestión importante, desde luego. Que me traigan la ballesta de veinticinco kilos con las flechas especiales anticorazas y el equipo de taxidermia casera. Ah, y las diez cañas de pescar. Y las cuatro cajas de sedales y cebos. Y la balanza industrial.

—Buena idea, archicanciller —dijo el decano—. Cuando se sienta mejor, el bibliotecario quizá quiera darse un baño.

—En ese caso, creo que iré a coger mi thaumodolito y mis cuadernos de anotaciones —dijo Ponder—. Los necesitaremos para averiguar dónde estamos. Supongo que ese sitio podría ser EcksEcksEcksEcks, después de todo. Tiene un aspecto muy extranjero.

—Bien, en ese caso iré a coger mi prensa de reptiles y mi herbario —dijo Estudios Indefinidos, que por fin había entendido a dónde querían ir a parar—. Apuesto a que las plantas de ese lugar pueden enseñarnos muchas cosas.

—Y yo haré cuanto esté en mis manos para estudiar a cualquier pueblo primitivo vestido con falditas de hierba que pueda haber por ahí —añadió el decano con un brillo de cortadora de césped en los ojos.

—¿Y usted, Runas? —preguntó Ridcully.

—¿Yo? Oh... esto... —Runas Recientes miró a sus colegas, que le dirigían frenéticos asentimientos—. Eh... obviamente sería un buen momento para leer esos libros que he ido guardando por ahí.

—Perfecto —dijo Ridcully—. Porque no, y quiero dejarlo muy claro, no vamos a hacer esto para disfrutar de la experiencia. ¿Ha quedado entendido?

—¿Y qué pasa con el prefecto mayor? —preguntó aviesamente el decano.

—¿Yo? ¿Disfrutar de la experiencia? Pero si incluso podría haber camarones —dijo, poniendo cara de horror.

Ridcully titubeó. Cuando miró a los otros magos, éstos se encogieron de hombros.

—Oiga, viejo amigo —acabó diciendo Ridcully—, creo que he entendido lo de las almejas, y digamos que he acabado formándome una imagen mental de lo que ocurrió entre su abuela y la piña...

—Mi tía.

—... su tía y la piña, sí, pero ¿qué puede haber de mortífero en los camarones?

—Pase por debajo de una grúa que esté descargando cajas de camarones justo cuando se les caiga una y lo sabrá, y luego dígame si le ha gustado —dijo el prefecto mayor—. ¡Puedo asegurarle que a mi tío no le gustó nada!

—Bien, creo que lo he entendido. Precaución de seguridad muy importante que todos debemos adoptar: mantenerse alejado de cualquier caja —dijo Ridcully—. ¿Comprendido? ¡Pero no hemos venido aquí a disfrutar de unas vacaciones! ¿Me han entendido todos?

—Absolutamente —dijeron los magos al unísono.

Todos le habían entendido.

Rincewind despertó aullando. Así ya tenías una cosa hecha y ahorrabas tiempo.

Y después vio al hombre que le estaba observando.

Estaba sentado con las piernas cruzadas, dando la espalda al amanecer. Era negro: no marrón o negro azulado, sino negro como el espacio. Aquel lugar cocía a las personas.

Rincewind se incorporó y pensó en coger su palo, pero enseguida se lo pensó mejor. El hombre tenía un par de lanzas clavadas en el suelo y allí todo el mundo era un auténtico experto en el uso de la lanza, porque si no adquirías eficiencia en lo referente a darle a las cosas que se movían deprisa, entonces tenías que comerte las cosas que se movían despacio. También empuñaba un bumerang, y no era uno de esos modelos de juguete que volvían. Aquel bumerán pertenecía a la variedad pesada, grande y suavemente curvada que no volvía porque se quedaba atascada en la caja torácica de alguien. La idea de usar armas de madera dejaba de parecerte risible en cuanto veías la clase de madera que crecía por allí.

El bumerán había sido pintado con franjas de todos los colores, pero conservaba el aspecto de ser una herramienta de uso cotidiano.

Rincewind intentó parecer inofensivo, lo cual no requería un gran esfuerzo por su parte.

El observador siguió contemplándole en un silencio expectante. Y Rincewind procedía de una cultura en la que, si no había nada que decir, decías algo.

—Esto... —dijo Rincewind—. Yo... gran tipo... tipo... pertenece... Maldición, ¿cómo se dice...? —Se dio por vencido y alzó la mirada hacia el cielo azul—. Parece que vamos a tener otro día magnífico —añadió.

El hombre pareció suspirar, metió el bumerán debajo de la tira de piel de animal que era su cinturón y, de hecho, la totalidad de su atuendo, y se puso en píe. Después recogió un saco de cuero, se lo colgó de un hombro, cogió las lanzas y, sin mirar atrás, echó a andar hacía una roca.

A cualquier persona ese comportamiento le habría resultado grosero, pero Rincewind siempre se alegraba de ver alejarse a un individuo bien armado. Se frotó los ojos y empezó a pensar en la horrible tarea de capturar el desayuno.

—¿Te apetecen algunos bichos? —La voz fue casi un susurro.

Rincewind miró alrededor. No muy lejos de allí estaba el agujero del que había sido extraída la cena de anoche. Aparte de eso, hasta el horizonte no había nada salvo matorrales polvorientos y rocas rojizas recalentadas.

—Me parece que ya no deben de quedar muchos —dijo con un hilo de voz.

—Te equivocas, amigo. Voy a contarte el secreto de cómo encontrar manduca en los arbustos. Si sabes dónde buscar, siempre conseguirás darte un buen banquete.

—¿Cómo es que hablas mi lengua, voz misteriosa? —preguntó Rincewind.

—No lo hago. Tú me estás escuchando en la mía. Hay que alimentarte como es debido. Y con unas cuantas canciones, acabarás convertido en un auténtico buscador de manduca.

—Adoro los bichos —dijo Rincewind.

—Quédate donde estás y no te muevas.

Y entonces la voz invisible pareció canturrear muy suavemente a través de una nariz igualmente invisible.

Rincewind era, después de todo, un mago. No era muy buen mago, pero era muy receptivo a la magia. Y el canto estaba produciéndole unos efectos muy raros.

El vello de las manos se le erizó, y empezó a sudarle la nuca. Después notó una especie de chasquido en los oídos y, lentamente, el paisaje empezó a girar a su alrededor.

Bajó la mirada hacia el suelo. Allí estaban sus pies —o por lo menos Rincewind estaba casi seguro de que aquellos pies eran suyos—, firmemente plantados en el suelo rojizo, y no se movían. Pero las cosas se movían a su alrededor. Rincewind no estaba mareado pero, a juzgar por su comportamiento, el paisaje sí lo estaba.

El cántico cesó de repente. Después hubo una especie de eco que parecía proceder del interior de la cabeza de Rincewind, como si las palabras sólo hubieran sido la sombra de algo más importante.

Rincewind cerró los ojos y luego volvió a abrirlos.

—Eh... bonito —dijo—. Muy... pegadizo.

No podía ver a su interlocutor, por lo que empleó la clase de cautelosa cortesía con la que nos dirigimos a una persona armada que se encuentre justo detrás de nosotros.

Rincewind se volvió.

—Bueno, supongo que... que has tenido que ir a algún sitio, ¿verdad? —le preguntó al aire—. Eh... esto... ¿Hola?

Incluso los insectos se habían callado.

—Eh... Bien, yo... ¿No habrás visto por casualidad una caja con piernas que va de un lado a otro?

Rincewind intentó atisbar si había alguien escondido detrás de un arbusto.

—Bueno, da igual. No tiene importancia. Es sólo que mi ropa interior limpia está en esa caja.

El silencio, tan ilimitado como elocuente, le dejó muy claro lo que opinaba el universo de la ropa interior limpia.

—Bien, bien... Así que voy a saber cómo encontrar comida entre los arbustos, ¿eh? —se atrevió a preguntar. Alzó la mirada hacia los árboles más cercanos, que parecían estar tan vacíos de frutos como antes, y se encogió de hombros—. Qué tipo tan extraño.

Rincewind fue hacia una piedra plana y, manteniendo en alto un palo por si algo saltaba desde debajo de la piedra, la levantó.

Debajo había un bocadillo de pollo.

Y sabía a pollo.

A cierta distancia de allí, un dibujo se fundió con la piedra detrás de las rocas que había junto a la charca.

Aquél era otro desierto y se encontraba en otro lugar. Estuvieras donde estuvieras, aquel sitio siempre estaría en otro lugar. Era uno de esos sitios tan alejados de todo que ningún viaje concebible puede llevarte hasta ellos pero, al mismo tiempo, posiblemente estuviera tan cerca como el otro lado de un espejo, o quizá sólo se encontrara a un suspiro de distancia.

Allí no había sol en el cielo, a menos que todo el cielo —que ardía con una claridad amarilla— fuera sol. El desierto seguía siendo arena rojiza, y estaba lo bastante caliente para quemar.

Un garabato que pretendía representar a un hombre apareció en una roca. Después, capa a capa y gradualmente, se fue volviendo más complejo, como si una mano invisible estuviera intentando dibujar huesos, órganos, un sistema nervioso y un alma.

Y el hombre salió de la roca y dejó en el suelo su saco que, allí, parecía pesar mucho más. Después estiró los brazos y se estrujó los nudillos hasta hacerlos crujir.

Por lo menos allí podía hablar normalmente. Cuando se encontraba en el mundo de las sombras no se atrevía a alzar la voz, porque siempre había la posibilidad de que al hacerlo también alzara unas cuantas montañas.

Pronunció una palabra que, al otro lado de la roca, había sacudido los árboles y creado praderas. En el lenguaje verdadero de las cosas que hablaba el anciano, la palabra significaba algo como Bromista. El Bromista aparece en muchos sistemas de creencias, pero la alegre jovialidad sugerida por dicho nombre puede inducir a error. Los Bromistas poseen ese robusto sentido del humor que es capaz de colocar una mina debajo de un cojín para provocar unas cuantas carcajadas.

Un pájaro blanco y negro surgió de la nada y se posó en su cabeza.

—Ya sabes qué has de hacer-dijo el anciano.

—¿Él? Menudo wonga-dijo el pájaro—. Le he estado observando. Ni siquiera es heroico. Simplemente está en el lugar adecuado en el momento adecuado.

El anciano le indicó que ésa tal vez fuera la definición del héroe.

—De acuerdo, pero ¿por qué no te encargas de todo personalmente?—preguntó el pájaro.

—Los héroes son necesarios —dijo el anciano.

—Y supongo que yo tendré que ayudar —dijo el pájaro y soltó un bufido, cosa nada fácil cuando has de expulsarlo a través de un pico.

—Exacto. Vete.

El pájaro se encogió de hombros, cosa nada difícil si tienes alas, y alzó el vuelo. No se posó sobre la roca sino que entró en ella: por un momento el dibujo de un pájaro fue visible sobre la roca, y después desapareció.

Los creadores no son dioses. Dan forma a los sitios, lo que no es nada fácil. Son los hombres quienes dan forma a los dioses, lo que explica muchas cosas.

El anciano se sentó y esperó.

Cuando un mago tiene que enfrentarse al concepto del traje de baño, enseguida empieza a ponerse nervioso. ¿Por qué no han sido un poco más generosos con la tela?, preguntará. ¿Dónde voy a meter los bordados dorados? ¿Cómo se puede ir por el mundo sin un traje que disponga de un mínimo de cuarenta bolsillos útiles? ¿Y qué pasa con los símbolos arcanos hechos con lentejuelas? No parece haber ningún sitio para ellos. Y, ya puestos a preguntar, ¿dónde están las solapas?

Y también está el concepto del área corporal, claro. Es de vital importancia que la porción de mago cubierta por las ropas sea lo más grande posible, porque así se evita que los caballos y las personas sensibles se asusten. Puede que en algún lugar haya magos jóvenes y robustos con músculos tan sólidos como tablones y la piel del color del cobre, pero no después de sesenta años de cenas en la Universidad Invisible. Gracias a dichas cenas los magos de los niveles superiores van adquiriendo lo que ellos creen se conoce como gravitas pero que, en realidad y para ser más exactos, debe ser llamado gravedad.

Además, para separar a un mago de su sombrero puntiagudo hay que emplear maquinaria pesada.

El catedrático de Estudios Indefinidos lanzó una mirada de soslayo al decano. Los dos lucían una amplia gama de prendas, en las que predominaban las franjas rojas y blancas.

—¡El último en tirarse al agua se quedará solo en la playa durante unos momentos! —gritó Estudios Indefinidos.

En el extremo de [[10]](#footnote-10)un promontorio rocoso, con el oleaje bañándole los pies desnudos, Mustrum Ridcully encendió su pipa y lanzó a las aguas un sedal terminado en un despliegue tan temible de pesas y flotadores que muy posiblemente dejara sin sentido del golpe al pez que no se lo tragara.

El cambio de paisaje parecía estar teniendo efectos beneficiosos en el bibliotecario.

Unos minutos después de que lo hubieran dejado al sol recuperó su antigua forma mediante un estornudo, y en aquel momento estaba sentado en la playa con una manta alrededor del cuerpo y una hoja de helecho en la cabeza.

Hacía un día realmente precioso. El sol calentaba, el mar producía un murmullo delicioso y el viento susurraba en los árboles. El bibliotecario era consciente de que habría debido sentirse mucho mejor, pero, en vez de eso, estaba empezando a sentirse extremadamente nervioso y preocupado.

Miró alrededor. Runas Recientes se había quedado dormido con el libro sobre los ojos para que le hiciese sombra. Antes de que llegaran a la playa el libro había tenido por título Principios de la propagación taumatúrgica pero, debido a la acción de la luz solar y a ciertas vibraciones de alta frecuencia emitidas por los gránulos de arena de la playa, las palabras escritas en la tapa habían pasado a ser La Conspiración Omega.

La ventana era visib[[11]](#footnote-11)le en la lejanía. Flotaba en el aire, un simple cuadrado que daba a una habitación llena de sombras. El archicanciller, no queriendo confiar en el pestillo, la había bloqueado con un trozo de madera. Una etiqueta sujetada al trozo de madera mediante una chincheta contenía una advertencia cuya redacción había sido cuidadosamente meditada: «No quitar este trozo de madera. Ni siquiera para ver qué pasa. ¡importante!»

Detrás de la playa parecía haber un bosquecillo que cubría parte de la ladera de una montaña pequeña pero extremadamente puntiaguda, y que ciertamente no era lo bastante alta para que hubiera nieve en su cima.

Algunos de los árboles que crecían junto a la playa tenían un aspecto vagamente familiar, y cuando los miraba el bibliotecario no podía evitar pensar en el hogar. Eso era bastante extraño, porque el bibliotecario había nacido en la calleja del Charco de la Luna, justo al lado del barrio de los talabarteros de Ankh-Morpork. Pero cada vez que los miraba, sus huesos oían la llamada del hogar. De hecho, sentía el impulso de empezar a trepar por ellos...

Pero había algo equivocado en aquellos árboles. El bibliotecario bajó la mirada hacia las bonitas conchas de la playa. También había algo equivocado en ellas, y se trataba de algo aterradora e inquietantemente equivocado.

Unos pájaros describían círculos sobre su cabeza, y también había algo erróneo en ellos. Los pájaros tenían la forma correcta, al menos a juzgar por lo que él sabía sobre pájaros, y parecían emitir los ruidos adecuados. Pero seguían pareciéndole fuera de lugar.

Oh, no...

El bibliotecario intentó detener el estornudo mientras éste iba adquiriendo inercia nasal, pero eso es imposible para cualquier persona que quiera seguir andando por la vida con un par de tímpanos.

El estornudo fue seguido por un breve estrépito, y el bibliotecario se convirtió en algo adecuado para la playa.

Se suele decir que en los entornos desérticos hay montones de alimentos nutritivos esparcidos por ahí, y que basta con saber dónde hay que buscar para dar con ellos.

La mente de Rincewind estaba absorta en cavilaciones de esa naturaleza mientras sus manos sacaban de su madriguera un plato lleno de bollos recubiertos de chocolate y moteados de coco rallado.

Rincewind sostuvo el plato delante de sus ojos mientras le iba dando la vuelta.

Bueno, la existencia del plato saltaba a la vista y no podía ser negada. Rincewind estaba encontrando comida en el desierto. De hecho, incluso estaba encontrando postres en el desierto.

Quizá se tratara de algún talento especial todavía no descubierto por las personas que habían tenido la amabilidad de compartir su comida con él durante los últimos meses. Ellas no habían comido esa clase de cosas.

Machacaban semillas, desenterraban ñames resecos y comían cosas con más globos oculares que los descubiertos por la Guardia después de aquellos pequeños problemas con Mezclante, el Cleptómano Amante de la Medicina.

Así que por fin algo le estaba saliendo bien. En algún lugar de aquel desierto al rojo vivo había algo que quería que Rincewind siguiera con vida. Eso era un poco preocupante, porque Rincewind ya había tenido ocasión de descubrir que cuando alguien quería que siguiera viviendo, nunca era para algo bueno.

Éste era Rincewind después de varios meses; su túnica de mago había sufrido un considerable acortamiento. Trozos de ella habían sido arrancados o usados como cordeles o, después de que se hubiera encontrado con un entremés particularmente decidido a ofrecer resistencia, como vendajes. La túnica dejaba al descubierto sus rodillas y, hasta el momento y que se sepa, ningún mago ha conseguido clasificarse para un campeonato de rodillas. Las rodillas de los magos, de hecho, tienden a ser nudosas.

Pero conservaba su sombrero. Se había fabricado una nueva ala y tuvo que reparar la punta en un par de ocasiones con trozos de ropa, y la mayoría de las lentejuelas habían sido sustituidas por trocitos de concha sujetados con tallos de hierba, pero seguía siendo el mismo viejo sombrero de siempre. Un mago sin sombrero sólo era un hombre de aspecto abatido cuyos gustos en lo referente a la indumentaria rozaban lo sospechoso. Un mago sin sombrero no era nadie.

Aunque aquel mago en particular tenía un sombrero, sus ojos no eran suficientemente agudos para ver aparecer el dibujo que se materializó sobre una roca rojiza medio escondida entre los arbustos.

El dibujo empezó siendo un pájaro. Después, y sin que en ningún momento llegara a ser algo más que manchas de hollín y tierra marrón que llevaban años allí, empezó a cambiar de forma...

Rincewind echó a andar hacia las lejanas montañas. Ya hacía varios días que podía verlas. No tenía la menor idea de si representaban una dirección aconsejable, pero por lo menos le ofrecían una dirección a seguir.

El suelo tembló bajo sus pies. Últimamente lo hacía una o dos veces al día, y eso también resultaba extraño, porque no parecía haber volcanes por allí. Aquel desierto era la clase de sitio en el que, si dedicas unos centenares de años a contemplar un acantilado, quizá acabes viendo cómo una roca se desprende de él para proporcionarte algo de que hablar durante los siglos venideros. Todo aquel paisaje estaba diciendo que ya se había hartado de los ejercicios geológicos más violentos y que era una tierra tranquila y agradable que, en otras circunstancias, podría resultar muy acogedora para el hombre.

Pasado un rato, Rincewind se dio cuenta de que un canguro le estaba observando desde lo alto de un peñasco. Ya había visto a esas criaturas con anterioridad cuando se desplazaban a grandes saltos por entre los arbustos. Normalmente se apresuraban a desaparecer cuando había humanos cerca.

Pero aquel canguro parecía estar acechándole. Los canguros eran vegetarianos, ¿verdad? Y Rincewind no iba vestido de verde.

El canguro acabó saliendo de entre los arbustos y su salto terminó justo delante de Rincewind. Se rascó una oreja con una pata, y le lanzó una mirada significativa. Luego se rascó la otra oreja con la otra pata y frunció el hocico.

—Sí, claro. Estupendo, muy bien —dijo Rincewind.

Empezó a retroceder, pero se detuvo. A fin de cuentas, sólo era un... bueno, un conejo grande, con una cola larga y la clase de pies que normalmente asocias con narices rojas y pantalones en los que caben varias piernas. —No me asustas —dijo Rincewind—. ¿Por qué debería tenerte miedo?

—Bueno, una patada mía podría hacer que tu estómago pasara a formar parte de tu cuello. —Ah. Puedes hablar. —No se te escapa nada, ¿eh? —dijo el canguro, y volvió a rascarse una oreja. —¿Te pasa algo?

—No, es el cangurés. Lo estoy probando. —¿Rascarse una vez quiere decir «sí» y rascarse otra vez quiere decir «no»? Es eso, ¿verdad?

El canguro se rascó una oreja, y después se acordó de lo que había ido a hacer allí.

—Aja-dijo, y frunció el hocico.

—¿Y ese fruncimiento? —preguntó Rincewind.

—Oh, eso quiere decir «Ven corriendo, alguien se ha caído dentro de un pozo» —repuso el canguro.

—¿Y se usa mucho?

—Te asombraría lo mucho que se usa.

—¿Cómo se dice en cangurés «Tu colaboración es necesaria para una empresa de la máxima importancia»? —preguntó Rincewind con astuta inocencia.

—¿Sabes una cosa? Tiene gracia que me hagas esa pregunta, porque...

Las sandalias apenas se movieron. Rincewind salió disparado de ellas como un hombre que deja tras de sí los tacos que indican el inicio de la pista.

Pero el canguro le alcanzó y empezó a acompañarle con una serie de ágiles saltos.

—¿Por qué huyes sin siquiera haber escuchado lo que tengo que decir?

—Tengo mucha experiencia en esto de ser yo —jadeó Rincewind—. Ya sé qué va a ocurrir. Me veré metido en cosas que no deberían ser de mi incumbencia. ¡Y no eres más que una alucinación causada por un repentino exceso de platos suculentos en un estómago vacío, así que no intentes detenerme!

—¿Detenerte? ¿Cuando estás yendo en la dirección que me interesa?

Rincewind intentó reducir la velocidad, pero su método de correr por los aires estaba basado en la idea de que detenerse sería lo último que haría. Con las piernas todavía en movimiento, siguió corriendo durante unos momentos y se precipitó en el vacío.

El canguro frunció el hocico con cierta satisfacción.

—¡Archicanciller!

Ridcully despertó y se incorporó. Runas Recientes venía corriendo hacia él, jadeando y sin aliento.

—El tesorero y yo fuimos a dar un paseo por la playa —dijo—. ¿Y a que no adivina dónde acabamos llegando?

—A la calle Kiddling de Quirm —dijo Ridcully con sarcasmo mientras se quitaba de la barba un escarabajo—. A ese tramo con árboles que hay junto al salón de té, para ser exactos.

—Me asombra, archicanciller, y digo que me asombra porque... Verá, de hecho no llegamos allí. Acabamos volviendo aquí. Nos encontramos en una isla minúscula. ¿Estaba descansando?

—He estado meditando —dijo Ridcully—. ¿Ya tiene alguna idea de dónde estamos, señor Stibbons?

Ponder alzó la mirada de su cuaderno de anotaciones.

—No podré saberlo con exactitud hasta la puesta de sol, señor. Pero creo que nos encontramos bastante cerca del Borde.

—Y yo creo que hemos descubierto dónde ha estado acampando el profesor de Cruel y Desusada Geografía —dijo Runas Recientes mientras hurgaba en un bolsillo interior—. Había un campamento, y los restos de una hoguera. También había muebles de bambú, montones de trastos, calcetines colgando de una cuerda de tender... y esto. —Se sacó del bolsillo los restos de un cuaderno del modelo habitualmente utilizado en toda la Universidad Invisible. Ridcully no permitía que nadie obtuviera un cuaderno nuevo hasta que no hubiese llenado por los dos lados cada página del viejo—. Estaba tirado en el suelo —añadió—. Me temo que las hormigas habían empezado a comérselo.

Ridcully lo abrió y leyó la primera página.

—«Algunas observaciones interesantes sobre la isla. Mono es un sitio de lo más singular» —leyó, y después fue pasando las páginas—. Sólo contiene una lista de peces y plantas —dijo—. No me parece que tenga nada de especial, desde luego, pero la geografía nunca ha sido lo mío. ¿Por qué la llama Mono?

—Eso significa Uno —dijo Ponder.

—¿Isla Uno? Bueno, ustedes mismos acaban de decirme que estamos en una isla —dijo Ridcully—. Y puedo ver varias más a lo lejos. Aguda falta de imaginación, sugeriría yo. —Guardó el cuaderno en un bolsillo de su túnica—. Bien, bien... ¿Y no había ni rastro del profesor?

—No.

—Probablemente decidió ir a nadar un rato y fue devorado por una piña —dijo Ridcully—. ¿Y qué tal se encuentra nuestro bibliotecario, señor Stibbons? ¿Está cómodo?

—No sé sí está cómodo, señor, pero no cabe duda de que es comodísimo —dijo Ponder—. Usted mismo ha tenido ocasión de comprobarlo, porque lleva tres cuartos de hora sentado en él.

Ridcully bajó la mirada hacia la silla y vio que estaba recubierta de piel rojiza.

—¿Esto es...?

—Sí, señor.

—Pensé que nuestro hombre de la geografía quizá la había traído consigo,

Ridcully inspeccionó más atentamente la silla.

—¿Qué opinan ustedes?

—Ahora el bibliotecario es una silla, señor, así que... Bueno, supongo que el que se le sienten encima es una actividad perfectamente normal para él.

—Debemos encontrar una cura, Stibbons. Esto es demasiado extraño...

—¡Yuuuuu-ju, caballeros!

Había actividad delante de la ventana. La actividad tenía como centro una visión de color rosa, aunque había que admitir que se trataba de la clase de visión asociada con las variedades más erráticas de las sustancias alucinógenas.

En teoría, una señora de cierta edad no puede entrar por una ventana manteniendo intacta la dignidad, pero aun así aquella señora lo estaba intentando. De hecho se movía con algo más que dignidad, algo que se posee cuando se dispone de unos cuantos reyes y obispos: lo que poseía aquella señora era respetabilidad, la cual es un producto de manufactura doméstica obtenido a partir del hierro forjado. A pesar de ello tendría que enseñar un poco de tobillo en un momento u otro, y la señora había quedado incómodamente atrapada en el alféizar mientras intentaba evitar que eso llegara a ocurrir.

El prefecto mayor tosió. De haber llevado corbata se habría enderezado el nudo.

—Ah —dijo Ridcully—. La inestimable señora Panadizo. Que alguien vaya a echarle una mano, Stibbons.

—Yo la ayudaré —dijo el prefecto mayor, sin poder evitar un leve temblor en la voz.

En una ocasión Estudios[[12]](#footnote-12) Indefinidos había dejado consternado al prefecto mayor cuando afirmó que el ama de llaves tenía demasiados mentones para tan poca cara, pero lo cierto era que su cutis poseía una rotundidad y un brillo especial que a ciertas personas les recordaba a una vela que lleva demasiado tiempo encendida. No había nada que se aproximara a una línea recta en toda la señora Panadizo... por lo menos hasta que ella descubría algo a lo que no se le había quitado el polvo adecuadamente, porque en ese momento sus labios habrían podido servirte de regla.

En la Universidad Invisible era una figura entre respetada y temida. Poseía extraños poderes que los magos no lograban entender del todo, como por ejemplo la capacidad de conseguir que las camas estuvieran hechas y las ventanas lavadas. Un mago capaz de alzar un cayado envuelto en chisporroteos de poder contra espantosos monstruos surgidos de alguna horrenda región era, al mismo tiempo, perfectamente capaz de empuñar un plumero por el extremo equivocado y no saber qué hacer con él.

Si a la señora Panadizo se le antojaba, las ropas eran lavadas y los calcetines quedaban remendados. Quienes incurrían en sus i[[13]](#footnote-13)ras veían cómo sus habitaciones eran objeto de repetidas limpiezas primaverales, y dado que para un mago su habitación es un objeto tan personal como los bolsillos de sus pantalones, aquello era una venganza terrible.

—He pensado que a los caballeros les gustaría tomar un tentempié matinal —dijo la señora Panadizo mientras los magos la ayudaban a salir de la ventana—, así que ordené a las chicas que preparasen una colación fría. Iré a traerla y...

El archicanciller se apresuró a levantarse,

—Ha hecho muy bien, señora Panadizo.

—¿Un tentempié matinal? —dijo el prefecto mayor—. Yo diría que ya es media tarde... —añadió, aunque su tono dejaba muy claro que si la señora Panadizo quería que la tarde fuese la mañana no sería él quien le llevara la contraría.

—La velocidad de la luz atravesando el Disco —dijo Ponder—. Estoy seguro de que nos encontramos bastante cerca del Borde. Si consiguiera recordar cómo se determina la hora mirando el sol...

—Yo esperaría un rato antes de intentarlo —dijo el prefecto mayor mientras entrecerraba los ojos haciéndose visera con la mano—. Ahora brilla tanto que no hay forma de ver los números.

Ridcully asintió alegremente.

—Estoy seguro de que un pequeño tentempié nos sentaría estupendamente a todos —dijo—. Algo adecuado para la playa, quizá.

—Tocino frío y mostaza —dijo el decano, despertando de repente.

—Y un poco de cerveza —dijo el prefecto mayor.

—¿Tenemos algunos de esos pasteles, ya sabe, los que llevan el huevo dentro? —preguntó Runas Recientes—. Aunque admito que siempre me ha parecido una auténtica crueldad para las pobres gallinas, claro...

Hubo un sonido casi inaudible, muy similar al que obtienes cuando, a los siete años de edad, te metes el dedo en la boca y luego lo sacas rápidamente y te parece que lo que acabas de hacer es increíblemente gracioso.

Ponder volvió la cabeza, temiendo lo que estaba a punto de ver.

En una mano la señora Panadizo sostenía una bandeja llena de cubertería mientras la otra sondeaba infructuosamente el aire con el palo que empuñaba.

—Sólo lo moví un poco para pasar las cosas —dijo—, y ahora parece que no consigo encontrar dónde se supone que está esa ridícula ventana.

Allí donde unos momentos antes había un rectángulo oscuro que daba al nada acogedor estudio del geógrafo, ahora sólo se veían palmeras ondulantes y arena bañada por el sol.

Rincewind emergió a la superficie, tosiendo y jadeando. Había caído en una charca.

La charca estaba en... bueno, parecía como si aquel lugar hubiera sido una caverna y el techo se hubiese derrumbado. Un círculo azul relucía justo encima de Rincewind.

El viento fue trayendo arena y algunas rocas cayeron al suelo de la caverna, y las semillas echaron raíces. Fresco, húmedo y verde: aquel sitio era como un pequeño oasis resguardado del sol y el viento.

Rincewind salió de la charca y miró alrededor. Las lianas habían crecido entre las rocas. Unos cuantos arbolitos habían conseguido enraizar en la hendidura. Incluso había un trocito de playa. A juzgar por las manchas de las rocas, el nivel del agua había sido más alto en algún momento del pasado.

Y allí... Rincewind suspiró. Era típico, ¿no? Lograbas encontrar un paraje tranquilo y hermoso a kilómetros de cualquier lugar habitado, y siempre aparecía algún artista de la pintada listo para echarlo a perder. Se acordó de aquella ocasión en que se estaba escondiendo en las montañas de Morpork y descubrió que algún vándalo había dibujado montones de ridículos toros y antílopes en el extremo más escondido de una de las cavernas más profundas. Rincewind se enfadó tanto que los borró todos. Ah, y además habían dejado montones de huesos viejos y de basura esparcida por todas partes. Realmente, algunas personas son capaces de cualquier cosa.

Rincewind vio que allí habían cubierto las rocas con trazos blancos, rojos y negros. Otra vez animales, y ni siquiera tenían un aspecto particularmente realista.

Se detuvo, goteando agua, delante de un dibujo. Alguien probablemente había querido dibujar un canguro. Las orejas, la cola y los píes de payaso estaban allí. Pero tenían un aspecto un poco raro, y había tantas líneas y trazos distintos entrecruzados que la figura producía una impresión... extraña. Parecía como si el artista no hubiera querido limitarse a dibujar el canguro visto desde fuera sino que también hubiese querido mostrar su interior, y luego había querido mostrar al canguro del año pasado, de aquel día y de la semana próxima y también lo que estaba pensando, todo al mismo tiempo, y había puesto manos a la obra con un poco de ocre y un trozo de carboncillo.

El canguro pareció moverse dentro de su cabeza.

Rincewind parpadeó, pero la molestia no desapareció. Sus ojos parecían estar tratando de alejarse por diversos caminos.

Rincewind se adentró en la cueva sin prestar atención al resto de los dibujos. Los montones de rocas y cascotes del techo derrumbado casi llegaban hasta la superficie, pero la oscuridad se prolongaba al otro lado para formar un nuevo espacio. Al parecer Rincewind se encontraba en un tramo de túnel que se había desmoronado.

—Acabas de pasar junto a él —dijo el canguro. Rincewind se volvió. El canguro le estaba observando desde la pequeña playa.

—No te he visto bajar hasta aquí —dijo Rincewind—. ¿Cómo lo has hecho?

—He de enseñarte algo, así que ven conmigo. Ah, si quieres puedes llamarme Scrappy.

—¿Por qué?

—Somos compañeros, ¿no? Estoy aquí para ayudarte.

—Oh, cielos.

—Nunca podrás atravesar estas tierras sin ayuda, compañero. ¿Cómo crees que has conseguido sobrevivir hasta ahora? Últimamente cuesta muchísimo encontrar agua.

—Oh, no creas. Cada dos por tres me estoy cayendo en alguna... —empezó Rincewind,

—Claro —dijo el canguro—. ¿Y eso no te parece un poco extraño?

—Pensé que estaba teniendo suerte. Algo natural, ya sabes... —dijo Rincewind, y luego reflexionó en lo que acababa de decir—. Debía de haber perdido el juicio.

Allí abajo ni siquiera había moscas. De vez en cuando una pequeña ondulación recorría el agua y eso no era muy tranquilizador, porque no parecía haber nada que pudiera remover la superficie. Arriba el sol abrasaba el suelo, y los enjambres de moscas estaban muy ocupados haciendo lo que suelen hacer los enjambres de moscas.

—¿Por qué no hay nadie más aquí abajo? —preguntó Rincewind.

—Pues porque... Bueno, ven a ver esto —repuso el canguro.

Rincewind alzó las manos y retrocedió.

—¿Estamos hablando de dientes, aguijones y colmillos?

—Echa un vistazo a esa pintura de ahí, compañero.

—¿Cuál, la del canguro?

—¿Cuál es ésa, compañero?

Rincewind recorrió el muro con la mirada. El dibujo del canguro no estaba donde recordaba haberlo visto.

—Habría jurado que...

—No, la que quiero que veas es ésta de aquí.

Rincewind alzó la mirada hacia la roca. Encima de ella, perfiladas con trazos de ocre rojizo, había dibujadas docenas de manos.

Rincewind suspiró.

—Oh, claro —dijo con cansancio—. Ya veo cuál es el problema. A mí me ocurre exactamente lo mismo.

—¿De qué me está hablando, caballero?

—Digo que a mí me ocurre lo mismo cada vez que intento tomar instantáneas con un iconógrafo —explicó Rincewind—. Escoges algo bonito y el demonio lo pinta, y cuando lo miras resulta que tu pulgar estaba en medio. Debo de tener una docena de instantáneas de mi pulgar. Casi puedo ver a tu artista, que quiere acabar lo más pronto posible porque tiene mucha prisa, con el pincel preparado, y entonces va y no se acuerda de que su mano...

—No, caballero, no. Yo estoy hablando de la pintura que hay debajo.

Rincewind se inclinó sobre el muro. Había unos trazos y líneas más tenues que, si no prestabas atención, podían pasar por grietas e imperfecciones de la roca. Rincewind entrecerró los ojos. Otras líneas parecían encajar con... Sí, alguien había pintado figuras. Y eran...

Rincewind sopló sobre la roca para quitar la arena pegada.

Sí, eran...

... curiosamente familiares.

—Sí —dijo Scrappy, y su voz pareció recorrer una cierta distancia antes de llegar a Rincewind—. Se parecen un poco a ti, ¿verdad?

—Pero son... —empezó Rincewind y se incorporó—é ¿Cuánto tiempo llevan aquí estas pinturas?

—Bueno, veamos —dijo el canguro—. A salvo del sol y la intemperie, sin nada que pueda borrarlas... ¿Veinte mil años?

—¡No puede ser!

—No; tienes razón. En un sitio tan tranquilo y protegido como éste, probablemente ya tengan treinta mil años.

—Pero son... Eso es mi...

—Claro que cuando digo «treinta mil años» hay que tener en cuenta que todo depende de cómo lo mires —dijo el canguro—. Esas manos de ahí arriba, por ejemplo, llevan cinco mil años aquí. Y aquellas pinturas, las que apenas se ven... Oh, sí, tendrían que ser muy antiguas, decenas de millares de años como mínimo, si no fuera por...

—¿Por...?

—Porque la semana pasada no estaban aquí, compañero.

—Me estás diciendo que llevan eras aquí... pero que hace poco que las hicieron

—¿Ves? Ya sabía que eras un chico listo.

—¿Vas a explicarme de qué demonios estás hablando?

—Claro.

—Disculpa. Voy a ver si encuentro algo de comer.

Rincewind levantó una roca. Debajo de ella había un par de rebanadas de pan untadas con mermelada.

Los magos eran hombres civilizados provistos de una considerable cultura y educación. Cuando descubrieron que un descuido los había dejado atrapados en una isla desierta, enseguida comprendieron que lo primero era decidir quién iba a cargar con las culpas.

—¡Estaba clarísimo! —gritó Ridcully, agitando frenéticamente la mano en el aire allí donde había estado la ventana—. ¡Y puse un cartel!

—¡Sí, pero también ha clavado un letrero de «No molestar» en la puerta de su estudio y a pesar de eso espera que la señora Panadizo le traiga su té por las mañanas! —dijo el prefecto mayor.

—¡Caballeros, por favor! —terció Ponder Stibbons—. ¡Tenemos que aclarar algunas cosas ahora mismo!

—¡Desde luego que sí! —rugió el decano—. ¡Y toda la culpa ha sido suya! ¡El cartel no era lo bastante grande!

—Lo que quiero decir es que debemos...

—¡Hay señoras presentes! —dijo secamente el prefecto mayor.

—Señora —le corrigió la señora Panadizo, articulando la palabra con la meticulosa lentitud de una jugadora profesional que coloca la mano ganadora encima de la mesa.

Después se dedicó a observarles en silencio y sin mover ni un músculo. Su expresión decía: «No estoy preocupada, porque habiendo tantos magos cerca no puede ocurrir nada malo.»

Los magos procedieron a efectuar varios ajustes en sus actitudes generales.

—Si he hecho algo que no debía, les pido disculpas —dijo la señora Panadizo—, Si he hecho algo mal...

—Oh, no es que lo haya hecho mal —se apresuró a interrumpirla Ridcully—. Todos hemos podido ver cómo actuaba con su eficiencia habitual, señora Panadizo.

—Y además habría podido pasarle a cualquiera —dijo el prefecto mayor—. Esas letras eran tan pequeñas que yo apenas si podía leerlas.

—Siempre estaremos mejor atrapados en una playa fresca y soleada que metidos en ese estudio lleno de polvo —añadió Ridcully—. Creo que todos deberíamos tratar de ver el lado bueno de la situación.

—Desde luego, señor, pero en este caso quizá tardemos un poco en encontrárselo —dijo Ponder, que no parecía muy convencido.

—Y además, todos volveremos a casa en menos tiempo del que tarda un cordero en menear la cola —dijo Ridcully con una ancha sonrisa.

—Por desgracia este tipo de terreno no parece muy adecuado para la cría de... —empezó Ponder.

—Una mera figura retórica, señor Stibbons, una mera figura retórica.

—El sol se está poniendo, señor —insistió Stibbons—. Eso quiere decir que pronto será de noche.

Ridcully miró nerviosamente a la señora Panadizo y luego al sol.

—¿Hay algún problema? —preguntó la mujer.

—¡Oh, no, desde luego que no! —se apresuró a decir Ridcully.

—Veo que el agujerito de la pared no parece haber vuelto-dijo ella.

—Nosotros... esto...

—Sólo es una bromita, ¿verdad? —siguió la encargada de mantenimiento—. Estoy segura de que los caballeros se lo han pasado en grande, ¿eh?

—Sí, nos lo hemos...

—Pero le agradecería que me enviaran de vuelta ahora mismo, archicanciller. Esta tarde vamos a hacer la colada, y me temo que tendremos un montón de problemas con las sábanas del decano.

De repente el decano supo cómo se siente un mosquito atrapado por el haz de un reflector de la defensa antiaérea.

—No se preocupe, señora Panadizo, enseguida resolveremos este pequeño problema —dijo Ridcully sin quitarle los ojos de encima al infortunado decano—. Mientras tanto, ¿por qué no se sienta y disfruta de estas maravillosas sába... de este maravilloso sol?

Y entonces la silla se plegó a sí misma con un chasquido sin que nadie la hubiera tocado y después estornudó.

—Ah. Veo que ya vuelve a estar con nosotros, bibliotecario —siguió Ridcully mientras el orangután caía sobre la arena—. Tenga la bondad de ayudarle a levantarse, señor Stibbons. En cuanto a los demás, querría hablar con ustedes. ¿Nos disculpa un momento, señora Panadizo? Reunión del cuadro académico, ya sabe...

Los magos formaron corro.

—Era salsa de tomate, ¿de acuerdo? —balbuceó el decano—. ¡Se me ocurrió llevarme un pequeño aperitivo a la cama, y ya saben cómo mancha esa cosa!

—Estoy seguro de que nadie siente el menor interés por el estado de sus sábanas, decano —dijo Ridcully.

—Desde luego que no —dijo el prefecto mayor.

—Sus sábanas no nos interesan en lo más mínimo —dijo Runas Recientes, dándole una palmada en la espalda al decano.

—Tenemos que volver —dijo Ridcully—. No podemos pasar la noche a solas con la señora Panadizo. No sería decente.

—Además tampoco había tanta salsa de tomate, y no entiendo por qué se lo ha de tomar tan a la tremenda. Por lo menos limpié todas las manchas de judías y...

—Bueno, en realidad no estamos solos, ¿verdad? Después de todo, no creo que se trate de esa clase de estar-a—solas —dijo Runas Recientes—. Quiero decir que... En fin, somos siete, y eso sin contar al bibliotecario.

—Sí, pero estamos a solas juntos —dijo Ridcully con creciente desesperación—. Los rumores, las habladurías... La gente podría hablar.

—¿De qué? —preguntó Estudios Indefinidos, que nunca se había distinguido por su agilidad mental.

—Oh, ya saben —dijo Runas Recientes—. Siete hombres y una mujer... No quiero ni pensarlo.

—No sé qué opinarán ustedes, pero les aseguro que yo vetaré cualquier sugerencia de que encarguemos seis mujeres más —dijo Estudios Indefinidos.

—El agujero quizá volverá a abrirse —dijo el prefecto mayor.

—Lo dudo —repuso Ridcully—. Ponder dice que nuestro paso por el agujero probablemente habrá alterado el equilibrio taumostático. ¿Qué opina, decano?

—Sólo era salsa de tomate —dijo el decano—. Podría haberle pasado a cualquiera.

—Me refiero a lo de que estemos atrapados en esta isla —dijo Ridcully—. ¿Alguien tiene alguna idea? Somos un equipo, y debemos enfrentarnos a esto como un equipo.

—¿Y qué le diremos a la señora Panadizo? —murmuró el prefecto mayor—. Ella cree que esto es una broma.

—Prefecto mayor, somos magos maduros, sabios y experimentados —dijo Ridcully—. Los bromardistas son los estudiantes.

—Bromistas, posiblemente —murmuró Ponder Stibbons.

—Como se diga. Los magos no perdemos el tiempo gastando bromas.

—¿Magos gastando bromas? ¡Qué tontería! O catástrofes de tamaño natural chapadas en oro o nada —dijo Runas Recientes.

—No entiendo por qué todo el mundo está armando tanto escándalo por una manchita de salsa de tomate que apenas se nota-masculló el decano.

—¿Nadie se ha traído ningún hechizo que pueda sernos de utilidad en estas circunstancias? —preguntó Ridcully.

—¿A las cuatro de la madrugada? ¿Para ir a la playa?—exclamó Runas Recientes—. Claro que no.

—Entonces tendremos que confiar en nuestros propios recursos —dijo Ridcully—. Tarde o temprano alguna embarcación pasará por aquí. No debemos olvidar que somos el producto de una educación universitaria, caballeros —añadió—. Estoy seguro de que los hombres primitivos no tendrían que hacer ningún gran esfuerzo para sobrevivir en un lugar como éste, y piensen en todas las cosas de las que carecían nuestros toscos antepasados y de las que nosotros disponemos.

—Para empezar, ellos no disponían de la señora Panadizo —dijo Estudios Indefinidos.

—La señora Panadizo es toda una dama y no consiente que nadie le falte al respeto —observó el prefecto mayor.

—¿Sabe algo sobre embarcaciones, decano? Tengo entendido que cuando estaba más delgado ganó una Cinta Marrón en el campeonato de remo, ¿no? —dijo Ridcully—. Le ruego tome nota de que esta pregunta no tiene ninguna relación con la cuestión de las sábanas.

—Bueno, construir una embarcación no es una tarea difícil —dijo el decano, volviendo a la superficie—. Incluso los primitivos pueden construir embarcaciones, y después de todo nosotros somos hombres civilizados.

—Entonces queda nombrado presidente del Comité de Construcción de Embarcaciones —dijo Ridcully—. El prefecto mayor puede ayudarle. En cuanto a los demás, será mejor que averigüen si hay agua potable en algún sitio. Y comida, claro. Ya saben a qué me refiero, ¿no? Hagan caer unos cuantos cocos y... Bueno, ese tipo de cosas.

—¿Y usted qué hará, archicanciller? —preguntó el prefecto mayor con un tono levemente sarcástico.

—Yo seré el Comité de Adquisición de Proteínas —dijo Ridcully, blandiendo su caña de pescar.

—¿Va a quedarse ahí y volverá a pescar? ¿Y de qué nos va a servir eso?

—Quizá sirva para que podamos cenar pescado, prefecto mayor.

—¿Alguien tiene tabaco? —preguntó el decano—. Daría cualquier cosa por fumar un cigarrillo.

Los magos se dispusieron a iniciar sus tareas, quejándose y culpándose los unos a los otros.

Y en el inicio del bosque, entre los trozos de hojas y los restos de vegetación, una serie de raíces se desplegaron y unas plantitas minúsculas empezaron a crecer a toda velocidad...

—Éste es el último continente —dijo Scrappy—. Fue... concebido y organizado en último lugar, y... de una manera distinta.

—Pues a mí me parece bastante viejo —dijo Rincewind—. Tiene aspecto de antiguo. Esas colinas parecen haber visto nacer un montón de colmas.

—Fueron creadas hace treinta mil años —dijo el canguro.

—¡Oh, vamos! ¡Pero si parecen tener millones de años!

—Aja. Hace treinta mil años fueron creadas con un millón de años de antigüedad. Aquí el tiempo es... —el canguro se encogió de hombros— un poco distinto. Fue... juntado de una manera diferente, ¿entiendes?

—No, pero supongo que da igual —dijo Rincewind—. Soy un hombre sentado en el suelo que está escuchando a un canguro. No voy a discutir contigo.

—Estoy intentando encontrar palabras que puedas entender —dijo el canguro con tono levemente reprobatorio,

—Estupendo. Continúa intentándolo y al final lo conseguirás. ¿Quieres una rebanada de pan con mermelada de arándanos?

—No. Estrictamente herbívoro, compañero. Escucha...

—Mermelada de arándanos... No es nada corriente, ¿sabes? Quiero decir que no sueles verla. De fresa y de albaricoque sí, e incluso de moras. Pero de arándanos... Yo diría que de cada cien tarros de mermelada sólo uno es de mermelada de arándanos, y eso como mucho. Oh, disculpa. Sigue, sigue.

—Te estás tomando en serio todo esto, ¿verdad?

—¿Estoy sonriendo?

—¿Nunca te has dado cuenta de que en los espacios grandes el tiempo transcurre más lentamente?

La rebanada de pan se detuvo a medio camino de la boca de Rincewind.

—Pues ahora que lo dices... Sí, es verdad. Pero sólo parece ir más despacio.

—¿Y? Cuando fue creado este lugar ya no quedaba mucho espacio y tiempo con los que trabajar, ¿comprendes? Su creador tuvo que comprimirlos un poco y juntarlos para que fueran más eficientes. El tiempo le ocurre al espacio y el espacio le ocurre al tiempo, y...

—Me parece que también lleva un poco de ciruela pasa —dijo Rincewind con la boca llena—. Y puede que incluso un poco de ruibarbo. Te asombraría la frecuencia con que hacen ese tipo de cosas. Ya sabes, lo de meter fruta más barata... Hace tiempo conocí a un tipo en una posada. Trabajaba para un fabricante de mermeladas de Ankh-Morpork, y me dijo que les metían toda clase de desperdicios viejos y un poco de tinte rojo, y yo le pregunté de dónde sacaban los trocitos de mora y él me dijo que los hacían con madera. ¡Madera! Me dijo que tenían una máquina que los cortaba y les daba forma. Increíble, ¿verdad?

—¿Quieres dejar de hablar de la dichosa mermelada y comportarte como un ser racional por unos momentos?

Rincewind bajó la rebanada de pan.

—No lo quieran los cielos —dijo—. Estoy sentado en una caverna en una tierra donde todo te muerde y nunca llueve y estoy hablando, dicho sea sin ánimo de ofender, con un herbívoro que huele como la moqueta de una casa llena de gatos, y resulta que he adquirido el talento de encontrar rebanadas de pan untadas con mermelada y repostería encantada de origen inexplicable en sitios inesperados, y acaban de enseñarme algo muy extraño en una pintura que alguien hizo sobre una pared de la caverna, y de repente el susodicho canguro va y me suelta que el tiempo y el espacio están hechos un lío, ¿y encima quieres que me comporte como un ser racional? ¿Qué esperas que saque de ello?

—Oye, este lugar todavía no está terminado del todo, ¿comprendes? No ha acabado de encajar en su sitio porque... porque no se le ha llegado a dar la vuelta y... —El canguro miró a Rincewind como si le estuviera leyendo la mente, que era precisamente lo que estaba haciendo—. Ya sabes lo que suele pasar con los rompecabezas, ¿verdad? La última pieza tiene la forma correcta, pero debes darle unas vueltas y presionarla un poco para conseguir que encaje. Bien, pues ahora piensa en la pieza como un continente condenadamente grande al que hay que darle la vuelta a través de nueve dimensiones, y entonces estás en casa y...

—¿Y ya no te mojas? —¡Exactamente, maldición!

—Eh... Ya sé que esta pregunta quizá te parezca un poco estúpida, pero... ¿por qué yo? —preguntó Rincewind mientras intentaba desalojar una partícula de mora de una cavidad dental.

—Tú tienes la culpa. Llegaste aquí, y de repente las cosas siempre habían estado mal.

Rincewind volvió la mirada hacia la roca. El suelo volvió a temblar.

—¿Te importaría repetirlo? —dijo después.

—Algo salió mal en el pasado. —El canguro contempló el rostro perplejo y manchado de mermelada de Rincewind y volvió a intentarlo—. Tu llegada introdujo una nota equivocada —dijo.

—¿Dentro de qué?

El canguro agitó una pata.

—Dentro de todo esto —dijo—. Podrías definirlo como un condenado nudo multidimensional de espacio localizado en fase, y también podrías llamarlo la canción.

Rincewind se encogió de hombros.

—Confieso que he alzado la mano contra unas cuantas arañas y que las he matado —dijo—. Pero no me arrepiento de haberlo hecho, porque eran ellas o yo. Oye, algunas de esas arañas vienen directas hacia tu cabeza y...

—Cambiaste la historia.

—Oh, vamos. ¿Qué pueden importar unas arañas de más o de menos? Algunas de ellas estaban usando sus telas como trampolines...

—No, no me refiero a la historia a partir de ahora —dijo el canguro.

—¿He cambiado cosas ocurridas hace mucho tiempo?

—Exacto.

—¿Al llegar aquí cambié lo que ya había ocurrido?

—Aja. Oye, el tiempo no es tan sencillo como crees...

—Nunca he creído que fuera sencillo —dijo Rincewind—. Y te aseguro que lo he recorrido unas cuantas veces.

El canguro agitó una pata.

—No se trata meramente de que las cosas del futuro puedan afectar a las cosas del pasado —dijo—. Las cosas que no ocurrieron pero que podían haber ocurrido pueden... afectar a las cosas que sí ocurrieron. Incluso las cosas que han ocurrido y que no habrían debido ocurrir y que fueron eliminadas siguen teniendo... nosotros las llamamos sombras en el tiempo, una especie de residuos que interfieren con lo que está sucediendo. Esto debe quedar entre tú y yo, pero —prosiguió, meneando las orejas— ahora toda la estructura se está aguantando por los pelos. Nadie se ha molestado en poner un poco de orden. Que el mañana todavía siga al hoy nunca deja de asombrarme, y te aseguro que no estoy exagerando.

—A mí también me asombra —dijo Rincewind—. Oh, sí, es asombroso...

—Pero no nos pongamos nerviosos, ¿de acuerdo? Calma y tranquilidad, ¿eh?

—Me parece que he estado abusando de la mermelada —dijo Rincewind, y dejó la rebanada en el suelo—. ¿Por qué yo?

El canguro se rascó el hocico.

—Alguien tenía que ser —dijo.

—¿Y qué se supone que he de hacer?

—Darle cuerda para que vuelva a estar unido al mundo.

—¿Hay alguna llave para darle cuerda?

—Podría haberla. Depende.

Rincewind volvió la cabeza para lanzar otra mirada a las pinturas de la roca, aquellas pinturas que hacía unas semanas no estaban allí y que de repente siempre habían estado allí.

Figuras que empuñaban palos largos. Figuras vestidas con largas túnicas. El artista tuvo que dibujar algo nuevo y desconocido para él, y había hecho un trabajo magnífico. Y por si todavía te quedaba alguna duda, sólo tenías que echar un vistazo a lo que llevaban en la cabeza.

—Sí. Nosotros las llamamos «los cabezas puntiagudas» —dijo el canguro.

—Ya ha empezado a pescar peces —dijo el prefecto mayor—. Y ya sabemos cómo es Ridcully, ¿verdad? Eso quiere decir que de un momento a otro aparecerá por aquí y nos preguntará qué planes tenemos para construir una embarcación.

El decano inspeccionó los dibujos que el prefecto mayor había hecho en una roca.

—Construir una embarcación no puede ser tan difícil —dijo—. Gentes que llevan huesos en la nariz construyen embarcaciones, y nosotros somos el resultado final de millares de años de progreso e instrucción. Construir una embarcación no es algo que se encuentre más allá de las capacidades de hombres como nosotros.

—Por supuesto que no, decano.

—Lo único que debemos hacer es registrar esta isla hasta que encontremos un libro con un título como Aprenda a construir su propia embarcación.

—Exactamente, decano, y a partir de ahí todo irá viento en popa. Ja ja ja.

Alzó la mirada y tragó saliva. La señora Panadizo estaba sentada en un tronco a la sombra, abanicándose con una hoja de grandes dimensiones.

Aquel espectáculo hizo que algo se agitara dentro del prefecto mayor. El mago no sabía con exactitud qué era, pero algunos pequeños detalles —por ejemplo, el que cada movimiento de la señora Panadizo fuera acompañado por un suave crujido— estaban haciendo que ciertas partes del prefecto mayor vibrasen.

—¿Se encuentra bien, prefecto mayor? Me parece que este calor le está sentando mal.

—Sólo estoy un poco... acalorado, decano.

El decano miró por encima del hombro mientras el prefecto mayor se desabrochaba el cuello.

—Vaya, no han tardado mucho —dijo.

Los otros magos se aproximaban por la playa. Una de las grandes ventajas de las largas túnicas de los magos es que pueden ser sostenidas como un delantal, y la parte delantera del catedrático de Estudios Indefinidos se había vuelto todavía más protuberante de lo habitual.

—¿Han encontrado algo que comer? —preguntó el prefecto mayor. —Esto...sí.

—Fruta y nueces, supongo —gruñó el decano. —Esto... sí, y al mismo tiempo no-dijo Runas Recientes—. Ejem... Es muy curioso...

Estudios Indefinidos permitió que su carga se esparciera sobre la arena. El cargamento consistía en cocos, nueces y todo un surtido de vegetales recubiertos de pelos o nudosidades.

—Bastante primitivos —dijo el decano—. Y probablemente venenosos.

—Bueno, el tesorero se los ha estado comiendo como si el mundo se fuera a acabar mañana mismo —dijo Runas Recientes mientras el tesorero dejaba escapar un eructo y ponía cara de felicidad.

—Nunca se sabe, nunca se sabe —dijo el decano—. ¿Qué les ocurre? No paran de mirarse los unos a los otros.

—Eh... nosotros también hemos probado unas cuantas cosas, decano —dijo Runas Recientes.

—¡Ah, veo que los recolectores han regresado! —exclamó alegremente Ridcully, yendo hacia ellos y agitando tres peces suspendidos de un cordel—. ¿Han encontrado algo que se parezca a las patatas, muchachos?

—No se lo van a creer —farfulló Runas Recientes—. Nos acusarán de haber hecho trampa.

—¿De qué están hablando? —preguntó el decano—. ¿Han ganado esos cocos en una partida de cartas o qué?

Estudios Indefinidos suspiró.

—Coja un coco —dijo.

—¿Estallan o algo por el estilo?

—No, no... No se trata de eso.

El decano cogió un coco, lo examinó con suspicacia y luego lo golpeó contra una piedra. El coco se partió en dos mitades exactamente idénticas, pero no dejó escapar ni una gota de leche. La cáscara contenía un caparazón interior marrón lleno de delgadas fibras blancas.

Ridcully cogió unas cuantas y las olisqueó.

—No me lo puedo creer —dijo—. Esto no es natural.

—Ah, ¿no? —exclamó el decano—. Es un coco lleno de coco. ¿Qué hay de raro en eso?

El archicanciller arrancó un trozo de cáscara y se lo tendió. La cáscara era blanda y tenía cierta tendencia a desmigajarse.

El decano lo probó.

—¿Chocolate? —preguntó después.

Ridcully asintió.

—Y a juzgar por el sabor, es chocolate con leche relleno de crema de coco.

—Eso es imposible-farfulló el decano con las mejillas hinchadas.

—Entonces escúpalo.

—He pensado que quizá podría probar otro trocito —dijo el decano, tragando—. Impulsado por un noble espíritu de investigación, ya sabe...

El prefecto mayor cogió una nuez de color azulado y aspecto nudoso que tendría el tamaño de un puño y le dio unos golpecitos con los dedos. La nuez se partió, pero la sustancia pegajosa que contenía evitó que los fragmentos de la cáscara cayeran al suelo.

El olor era muy familiar. Una cuidadosa cata confirmó las primeras sospechas. Los magos contemplaron el contenido de la nuez en un silencio lleno de perplejidad.

—Pero si hasta tiene las vetas azuladas —dijo el prefecto mayor.

—Sí, lo sabemos. Probamos una —dijo Estudios Indefinidos con un hilo de voz—. Y después de todo existe algo llamado árbol del pan, ¿no?

—He oído hablar de él —dijo Ridcully—. Y podría creer en la existencia de un coco naturalmente recubierto de chocolate, porque el chocolate es una especie de patata...

—Una leguminosa, posiblemente —dijo Ponder Stibbons.

—Lo que sea. ¡Pero no estoy dispuesto a creer en la existencia de una nuez llena de queso azul de Lancre! —gritó Ridcully mientras hurgaba dentro de la nuez con un dedo.

—Pero la naturaleza puede llegar a producir coincidencias extrañas, archicanciller-dijo Estudios Indefinidos—. De niño, en una ocasión saqué del suelo una zanahoria que, ja ja ja, tenía un aspecto graciosísimo, porque parecía un hombre con...

—Esto... —dijo el decano.

El sonido fue muy tenue, pero poseía cierta cualidad portentosa. Todos los magos se volvieron hacia el decano, que había estado abriendo la vaina amarillenta de lo que parecía una especie de pequeña judía. Lo que sostenía entre los dedos era...

—Ja, sí, muy gracioso —dijo Ridcully—. Bueno, esto no crece en...

—¡No he hecho nada! ¡Miren, pero si todavía tiene pegados restos de vaina! —dijo el decano, agitando desesperadamente el objeto.

Ridcully lo cogió, lo olisqueó, se lo acercó a la oreja y lo sacudió.

—Enséñenme dónde lo han encontrado, ¿quieren? —murmuró después.

El arbusto crecía en un pequeño claro. Docenas de pequeños brotes verdes colgaban entre sus diminutas hojas. Cada uno estaba coronado por una flor, pero las flores ya se estaban marchitando y empezaban a caer al suelo. La cosecha estaba lista para ser recogida.

Varios escarabajos multicolores se alejaron a toda velocidad del arbusto mientras el decano seleccionaba una vaina, la abría y revelaba un cilindro blanco ligeramente húmedo. El decano lo examinó y después se metió un extremo del cilindro en la boca, sacó una caja de cerillas de un bolsillo de su sombrero y lo encendió.

—Un tabaco muy suave —dijo. La mano le tembló ligeramente mientras se sacaba el cigarrillo de la boca y exhalaba un anillo de humo—. Y además tiene filtro de corcho.

—Esto... Bueno, el tabaco y el corcho son dos productos vegetales muy comunes en la naturaleza —dijo Estudios Indefinidos con voz temblorosa.

—Estudios Indefinidos —dijo Ridcully.

—¿Sí, archicanciller?

—¿Querría hacer el favor de callarse?

—Sí, archicanciller.

Ponder Stibbons abrió el extremo de un corcho. Dentro había un diminuto anillo formado por unas partículas que parecían...

—Semillas —dijo—. Pero eso es imposible, porque...

El decano, envuelto en una humareda azul, había estado contemplando los matorrales.

—¿Alguien se ha dado cuenta de que todas esas vainas son notablemente rectangulares? —preguntó.

—Adelante, decano —dijo Ridcully.

Una cáscara externa de color marrón fue arrancada.

—Ah —dijo el decano—. Biscotes. El acompañamiento ideal para el queso.

—Esto... —dijo Ponder, señalando con un dedo.

En el suelo, detrás del arbusto, había dos botas.

Rincewind deslizó los dedos por la pared de la caverna. El suelo volvió a temblar.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Oh, algunas personas dirían que es un terremoto, otras dirían que es la tierra resecándose y otras dirían que es una serpiente gigante que repta a través del suelo —repuso Scrappy.

—¿Y cuál de esas tres cosas es?

—Te has equivocado de pregunta.

No cabe duda de que parecen magos, pensó Rincewind. Tenían esa forma cónica básica familiar para cualquiera que hubiese estado en la Universidad Invisible. Empuñaban cayados. Los artistas de la antigüedad no disponían de materiales muy sofisticados, pero aun así habían conseguido dibujar las nudosidades de los extremos.

Pero hacía treinta mil años la Universidad Invisible ni siquiera existía...

Y entonces, por primera vez, se fijó en la pintura que había al final de la caverna. Encima de ella había un gran número de aquellas huellas ocres dejadas por unas manos, casi —y el pensamiento se fue expandiendo dentro de su cabeza— como si alguien hubiera pensado que las huellas podrían mantenerla atrapada en la roca, impidiendo que lograra salir de ella.

Rincewind quitó el polvo acumulado sobre la pintura.

—Oh, no —murmuró.

Era una caja oblonga. El artista no estaba muy familiarizado con los misterios de la perspectiva convencional, pero no cabía duda de que había intentado pintar centenares de pequeñas piernas.

—¡Eso es mi Equipaje!

—Siempre pasa lo mismo, ¿verdad? —dijo Scrappy detrás de él—. Tú llegas a un sitio y tu equipaje acaba en otro fugar.

—¿A millares de años en el pasado?

—Podría ser una antigüedad de gran valor.

—¡Mi ropa está dentro!

—Entonces probablemente volverá a ponerse de moda.

—¡No lo entiendes! ¡Es una caja mágica! ¡Se supone que debe acabar llegando al mismo sitio que yo!

—Probablemente está en el mismo sitio que tú, sólo que no en el mismo momento.

—¿Qué? Oh.

—Hace un rato te dije que el espacio y el tiempo andaban bastante revueltos, ¿no? Espera a que hayas emprendido tu viaje. Hay lugares en que varios tiempos están ocurriendo a la vez y lugares en que apenas queda tiempo, y tiempos en que apenas hay lugar. Tienes que poner un poco de orden, ¿entiendes?

—¿Como si barajara unas cartas? —preguntó Rincewind, haciendo una anotación mental referente a lo de su viaje.

—Aja.

—¡Eso es imposible!

—Lo sé, lo sé... Yo habría dicho exactamente lo mismo. Pero lo harás. Y ahora tienes que concentrarte un poco para entender esta parte, ¿de acuerdo? —Scrappy respiró hondo—. Sé que vas a hacerlo porque ya lo has hecho.

Rincewind apoyó la cabeza en las manos.

—Creía haberte explicado que aquí el espacio y el tiempo estaban hechos un lío —dijo el canguro.

—Ya he salvado estas tierras, ¿verdad?

—Aja.

—Bien, no ha sido tan difícil. No quiero gran cosa... Una medalla, tal vez, la gratitud de la población, una pequeña pensión y un billete de vuelta a casa... —Alzó la mirada—. Pero no voy a conseguir nada de todo eso, ¿verdad?

—No, porque...

—¿Porque todavía no lo he hecho?

—¡Exactamente! ¡Empiezas a pillarle el truco! Tienes que ir allí y hacer lo que sabemos que vas a hacer porque ya lo has hecho. De hecho, y excúsame la repetición, si no lo hubieras hecho ahora yo no estaría aquí para asegurarme de que se haga. Así pues, será mejor que lo hagas.

—¿Enfrentándome a peligros terribles?

El canguro agitó una pata.

—Ligeramente terribles —dijo.

—¿Y atravesando muchos kilómetros de terreno reseco y agrietado en el que nadie ha puesto nunca los pies?

—Bueno... sí, claro. Aquí no tenemos otro tipo de terreno.

Rincewind pareció animarse un poco.

—¿Y me iré encontrando con camaradas cuya fortaleza y extrañas habilidades me serán de gran ayuda?

—Yo no confiaría en ello.

—¿Alguna posibilidad de encontrar una espada mágica?

—¿Y qué ibas a hacer tú con una espada mágica?

—Sí, tienes razón. Olvídate de la espada mágica. Pero he de contar con algo. Capa de invisibilidad, poción de fuerza... Esa clase de cosas, ya sabes.

—Esas cosas son para las personas que saben utilizarlas, compañero. Tendrás que confiar en tu astucia y tu ingenio naturales.

—¿No cuento con nada? ¿Qué clase de misión heroica es esta? ¿No puedes darme ninguna pista?

—Quizá tengas que beber un poco de cerveza —dijo el canguro, y se encogió sobre sí mismo como si esperara verse sometido a un bombardeo de preguntas.

—Claro. Bueno, eso sé hacerlo —dijo Rincewind—. ¿Qué dirección se supone que he de seguir?

—Oh, ya lo descubrirás.

—Y cuando llegue a ese sitio, ¿qué se supone que he de hacer?

—Será... será evidente, ¿comprendes? —¿Y cómo sabré que lo he hecho?

—Lo-Que-Moja volverá.

—¿Lo-Que-Moja? ¿Qué quieres decir?

—Que lloverá.

—Creía que aquí no llovía nunca —dijo Rincewind.

—¿Ves? Sabía que eras un chico listo.

El sol se estaba poniendo. Las rocas que se alzaban alrededor de la caverna empezaban a relucir con destellos rojizos. Rincewind las contempló y acabó llegando a una valerosa decisión.

—No soy de los que escurren el bulto cuando el destino de países enteros está en juego —dijo—. ¡Partiré al amanecer para completar esta tarea que ya he completado, por hoki, o no me llamo Rincewand!

—Rincewind —dijo el canguro.

—Eso.

—Bravo, compañero. Bien, en ese caso... Oye, yo de ti intentaría dormir un poco. Mañana quizá tengas un día bastante ajetreado.

—Siempre he sabido responder a la llamada del deber-dijo Rincewind. Metió la mano en un tronco hueco y, después de hurgar, acabó sacando un plato que contenía una tortilla y patatas fritas—. Nos veremos al amanecer.

Diez minutos después se acostó sobre la arena con el tronco como almohada y alzó los ojos hacia el cielo purpúreo. Ya había unas cuantas estrellas visibles.

Rincewind se acordó de algo que... Oh, sí. El canguro se había acostado al otro lado de la charca.

Rincewind alzó la cabeza.

—Antes dijiste que «él» creó este sitio, y hablaste de «él»...

—Ajá.

—Es sólo que... Bueno, estoy casi seguro de que he conocido al Creador. Es más bien bajito, y cuando necesita copos de nieve siempre se los prepara él mismo.

—¿Sí? ¿Y cuándo le conociste?

—Cuando estaba creando el mundo, de hecho. —Rincewind decidió abstenerse de mencionar que por aquel entonces se encontraba junto a una laguna y que se le había caído un bocadillo dentro. A la gente no le gusta enterarse de que puede haber evolucionado a partir del almuerzo de alguien—. Viajo mucho

—añadió.

—¿Estás comiendo mi camarón crudo? —¿Qué? Oh, no, claro que no. ¿Comerte el camarón crudo? ¡Te aseguro que nunca he metido mano en los platos de los demás! Ni aunque estuvieran comiendo camarones en su salsa o cualquier clase de crustáceos, de veras, y especialmente no dentro de las lagunas. No, no. Eh... ¿Qué era lo que querías decir en realidad?

—Bueno, pues él no creó este sitio —dijo Scrappy, ignorándole—. Todo esto fue hecho después.

—¿Y eso puede ocurrir?

—¿Por qué no?

—Bueno, porque no estamos hablando de... de construir un altillo encima del establo, ya sabes —dijo Rincewind—. ¿Alguien que pasaba por allí se encontró con un mundo que ya estaba terminado y le añadió un continente extra?

—Ocurre continuamente —dijo Scrappy—. Que sí, demonios. Y de todas maneras, ¿por qué no? Si otros creadores son capaces de dejarse vacíos océanos enteros, entonces alguien debe llenarlos, ¿verdad? Y además eso le sienta bien al mundo: nuevas ideas, nuevos estilos, una nueva perspectiva... Resulta muy beneficioso.

Rincewind volvió a alzar los ojos hacia las estrellas y tuvo una visión mental de alguien que iba de un mundo a otro y se dedicaba a añadir sigilosamente unos cuantos países cuando nadie miraba.

—Sí, claro —dijo—. A mí nunca se me habría ocurrido lo de hacer que todas las serpientes fueran mortíferas y que las arañas fuesen todavía más mortíferas que las serpientes. ¿Y lo de ponerle bolsillos a todo? Una gran idea.

—Ahí lo tienes —dijo Scrappy.

La oscuridad estaba invadiendo la caverna, y el canguro ya apenas era visible.

—Así que creó montones de cosas, ¿eh?

—Aja.

—¿Porqué?

—Porque así a lo mejor una de ellas seguirá funcionando como es debido. Ah, y además siempre pone canguros en todo lo que crea. Una especie de firma, por así decirlo.

—¿Y este Creador tiene un nombre?

—No. Sólo es el hombre que carga con el saco que contiene todo el universo.

—¿Un saco de cuero?

—Diría que sí-asintió el canguro.

—¿Todo el universo dentro de un saquito?

—Aja.

Rincewind volvió a acostarse.

—Me alegro de no ser demasiado religioso —dijo—. Tiene que resultar muy complicado.

Cinco minutos después empezó a roncar, y pasada media hora movió ligeramente la cabeza. El canguro se había esfumado.

Con lo que casi era una velocidad de super-Rincewind, Rincewind se levantó y, trepando ágilmente por los montones de rocas, dejó atrás la entrada de la caverna y salió al horno oscuro de la noche.

Después escogió una estrella al azar y echó a andar, sin prestar atención a los arbustos que le azotaban las piernas.

¡Ja!

Rincewind no estaba dispuesto a hacer oídos sordos a la llamada del deber. Cuando el deber le llamara, él ya estaría bastante lejos de allí para no oír su llamada.

Dentro de la caverna, el agua de la charca onduló bajo la luz de las estrellas y los círculos se fueron expandiendo lentamente hasta lamer la arena.

En la roca había una pintura muy antigua que mostraba un canguro trazado con líneas blancas, rojas y amarillas. El artista había intentado crear un efecto que habría sido bastante difícil de obtener incluso disponiendo de ocho dimensiones y un acelerador de partículas de tamaño industrial: incluir no sólo al canguro en el momento actual sino también al canguro en el pasado y al canguro en el futuro y, en resumen, no el aspecto que tenía el canguro sino lo que realmente era.

De todas las complejidades que componían al bípedo inteligente conocido como señora Panadizo, una de las más curiosas era que en su mundo no había sitio para las comidas informales. Cuando la señora Panadizo preparaba unos bocadillos, siempre los adornaba con perejil incluso si era ella quien iba a comérselos. Cuando tomaba una taza de té, se ponía una servilleta encima del regazo. Si en la mesa había un jarrón con flores o un mantelito adornado con uno de esos paisajes tan elegantes, tanto mejor.

Que la señora Panadizo mantuviera en equilibrio los alimentos sobre las rodillas mientras comía era impensable. De hecho, la mera idea de que la señora Panadizo pudiera tener rodillas ya era impensable, aunque el prefecto mayor había tenido que abanicarse ocasionalmente con su sombrero. Por consiguiente, la playa había sido minuciosamente examinada hasta localizar la madera suficiente para armar una tosca mesa y unas cuantas rocas de las dimensiones adecuadas para ser utilizadas como asientos.

El prefecto mayor, recurriendo nuevamente a su sombrero, le quitó el polvo a una.

—Bueno, señora Panadizo, aquí estamos... —dijo.

La mujer frunció el entrecejo.

—La servidumbre no debe comer con los caballeros —dijo—. No es correcto.

—Vamos, señora Panadizo... Coma con nosotros —dijo Ridcully.

—No puedo, de veras. Todos hemos nacido para ocupar un sitio determinado, y no debemos discutir con el destino —dijo la señora Panadizo—. Nunca podría volver a mirarle a la cara, señor. Creo que sé cuál es mi sitio.

Ridcully la contempló sin saber qué decir.

—¿Reunión del cuadro académico, caballeros? —se apresuró a murmurar después.

Los magos formaron otro corro unos cuantos metros playa abajo.

—¿Qué se supone que vamos a hacer?

—Pues eso dice mucho en favor de ella. Después de todo, su mundo está debajo de la escalera.

—Sí, de acuerdo, pero en esta isla no hay escaleras.

—Quizá podríamos construir algunas.

—Lo que quiero decir es que no podemos permitir que la pobre mujer coma sola en cualquier rincón.

—¡Tardamos siglos en construir esa mesa!

—¿Y no ha notado algo raro en la madera que recogimos de la playa, archicanciller?

—A mí me ha parecido de lo más normal, Stibbons. Ramas, troncos de árboles... Ese tipo de cosas, ya sabe.

—Eso es lo extraño, señor, porque...

—Es sencillísimo, Ridcully. Espero que, siendo unos caballeros, sabremos cómo tratar a una mujer...

—Señora.

—Ese sarcasmo era innecesario, decano —dijo Ridcully—. Muy bien. Si el profeta Ossorio no va a la montaña, entonces la montaña irá al profeta Ossorio. Como dicen en Klatch... —añadió y, conociendo a sus magos, se calló.

—De hecho, creo que es en Omnia donde...

—empezó Ponder.

Ridcully agitó la mano.

—O algo por el estilo, da igual.

Y así fue como la señora Panadizo acabó cenando sola en la mesa mientras los magos se sentaban alrededor de una hoguera a unos metros de ella, aunque con frecuencia uno de ellos iba a la mesa para ofrecer algún bocado selecto de las reservas naturales a la señora Panadizo.

Resultaba evidente que el hambre no iba a ser un problema en aquella isla, aunque la dispepsia y la gota quizá sí acabarían siéndolo.

El plato fuerte de la cena era pescado. Una frenética búsqueda no había conseguido localizar ningún arbusto de bistecs, pero sí había descubierto, además de numerosos frutos más convencionales, un arbusto de pasta, una especie de calabaza que contenía algo muy parecido a la mostaza y, para gran disgusto de Ridcully, una planta con aspecto de piña cuyo fruto, una vez pelado, había resultado ser un budín de moras y ciruelas.

—Obviamente no es un budín de moras y ciruelas

—había protestado Ridcully —. Nos parece que lo es porque sabe exactamente igual que... un budín de moras y ciruelas.

—Pero está lleno de moras y ciruelas —dijo el prefecto mayor—. Páseme la calabaza de la mostaza, por favor.

—Lo que quiero decir es que sólo pensamos que parecen moras y ciruelas...

—También pensamos que saben a moras y ciruelas

—dijo el prefecto mayor —. Oiga, archicanciller, no hay ningún misterio. Es obvio que no somos los primeros magos que ponen los pies en esta isla. Todo esto es el resultado de una simple operación mágica de lo más normal y corriente. Nuestro geógrafo perdido quizá llevó a cabo algunos experimentos. O quizá sea hechicería, no sé. Algunas de las cosas que se crearon en los viejos tiempos... Bueno, en comparación con eso, crear un arbusto que dé cigarrillos resulta tan sencillo como abrir una botella de cerveza, ¿eh?

—Hablando de cerveza... —dijo el decano, agitando la mano—. ¿Podrían pasarme el ron, por favor?

—La señora Panadizo no aprueba el consumo de licores de alta graduación —dijo el prefecto mayor.

El decano miró al ama de llaves, que estaba comiendo un plátano con elegante delicadeza, una proeza que resulta muy difícil de ejecutar. El decano dejó la cáscara de coco en el suelo.

—Bueno, pues la señora Panadizo... Yo... no veo por qué... Oh, maldita sea. No tengo nada más que decir.

—Y tampoco aprueba el lenguaje malsonante —dijo Runas Recientes.

—Propongo que nos llevemos a algunas de esas abejas cuando volvamos —dijo Estudios Indefinidos—. ¡Qué criaturitas tan maravillosas! No se conforman con fabricar algo tan aburrido como la miel, no señor.

—Le va quitando la piel lentamente antes de comérselo. Oh, cielos... —dijo el prefecto mayor.

—¿Se encuentra bien, prefecto mayor? ¿Demasiado calor, quizá?

—¿Qué? ¿Eh? ¿Hmmm? Oh, no es nada. Sí. Abejas. Unas criaturas maravillosas.

Los magos dirigieron la mirada hacia un par de abejas, que estaban aprovechando la última claridad del día para zumbar alrededor de un matorral en flor. Las abejas dejaban tras de sí pequeñas estelas de humo.

—Parecen pequeños cohetes —dijo el archicanciller—. Es asombroso.

—No consigo dejar de pensar en esas botas —dijo el prefecto mayor—. Me tienen un poco preocupado, ¿saben? Se diría que el usuario fue extraído de ellas mientras las llevaba puestas.

—Esta isla es minúscula, amigo mío —dijo Ridcully—. Sólo hemos visto pájaros, unas cuantas cositas que hacen «cuic» y un montón de insectos. Las islas que tienen un tiro de piedra de longitud no producen animales grandes y feroces. Nuestro geógrafo quiso ponerse cómodo y luego se olvidó de recoger sus cosas. Y de todas maneras, hace demasiado calor para llevar botas.

—¿Y entonces por qué no le hemos visto?

—¡Ja! Probablemente estará intentando pasar desapercibido —dijo el decano—. Está tan avergonzado que no se atreve a dejarse ver. Esconder una preciosa isla soleada en tu estudio va contra las reglas de la Universidad.

—¿De veras? —dijo Ponder—. No sabía que mencionaran las islas. ¿Cuánto tiempo lleva en vigor esa regla?

—Desde que tuve que dormir en un dormitorio donde hacía un frío de muerte —dijo el decano con expresión sombría—. Páseme el budín, ¿quiere?

—Ook-dijo el bibliotecario.

—Ah, me alegro de ver que vuelve a ser el de siempre, viejo amigo —dijo Ridcully—. Y esta vez intente mantener la forma durante más tiempo, ¿eh?

—Ook.

El bibliotecario estaba sentado detrás de un montón de fruta. Normalmente esa posición le habría parecido perfecta, pero ahora incluso los plátanos le estaban poniendo nervioso. Seguía experimentando aquella extraña sensación de que algo andaba mal. Había plátanos largos y amarillos, plátanos más cortos, plátanos rojizos, plátanos gruesos y amarronados...

El bibliotecario contempló los restos de los peces. Había uno grande y plateado, y uno grueso y rojizo, y uno pequeño y gris, y uno aplanado que recordaba un poco a una platija...

—Obviamente algún mago desembarcó aquí y quiso que este sitio fuera más acogedor —estaba diciendo el prefecto mayor, pero su voz sonaba curiosamente lejana.

El bibliotecario empezó a contar.

La planta del budín de moras y ciruelas, la calabaza de la mostaza, el coco relleno de chocolate... Volvió la cabeza para mirar los árboles. Ahora que sabía qué estaba buscando, comprobó que no se veía por ninguna parte.

El prefecto mayor se calló cuando el mono se incorporó sobre los nudillos y fue rápidamente hacía la línea de la marea alta. Los magos contemplaron en silencio cómo hurgaba entre los montones de conchas. El bibliotecario volvió con las dos manos llenas de conchas y las dejó caer con expresión triunfal delante del archicanciller.

—¡0ok!

—¿Qué pasa, viejo amigo?

—¡Ook!

—Sí, son muy bonitas, pero ¿qué...?

—¡OOK!

El bibliotecario pareció acordarse de la clase de intelectos con los que estaba tratando. Alzó un dedo y le lanzó una mirada interrogativa a Ridcully.

—¿Ook?

—Me temo que no le sigo...

Dos dedos se elevaron.

—¿Ookook?

—Me parece que no acabo de...

—¡Ookookook!

Ponder Stibbons contempló los tres dedos que acababa de levantar el bibliotecario.

—Me parece que está contando, señor —dijo, y el bibliotecario le alargó un plátano.

—Ah, el viejo juego del «¿cuántos dedos he levantado?» —dijo el decano—. Pero antes tendríamos que beber un poco más de la cuenta...

El bibliotecario señaló los peces, los restos de la cena, las conchas y los árboles que se alzaban detrás de ellos. Un dedo se elevó hacia el cielo.

—¡Ook!

—¿Todo le parece uno? —preguntó Ridcully—. ¿Un solo y gran lugar? ¿Un sitio digno de ser recordado? El bibliotecario volvió a abrir la boca y después estornudó.

Una enorme concha roja quedó inmóvil sobre la arena.

—Oh, cielos —dijo Ponder Stibbons. —Qué interesante —dijo Estudios Indefinidos—. Se ha convertido en un excelente espécimen de caracola gigante. Si soplas por el extremo puntiagudo, puedes producir un sonido realmente precioso...

—¿Algún voluntario? —preguntó el decano con un hilo de voz.

—Oh, cielos —repitió Ponder.

—¿Se puede saber qué le pasa? —preguntó el decano.

—Sólo hay uno —dijo Ponder—. Eso era lo que estaba intentando decirnos.

—¿Sólo hay uno, dice? ¿De qué está hablando? —preguntó Ridcully.

—Digo que sólo hay uno de cada, señor. Sólo hay un ejemplar de cada cosa.

Era, y en el futuro Ponder así lo pensaría en más de una ocasión, una frase magnífica y realmente impresionante. Todos tendrían que haberse mirado los unos a los otros con horror y repentina comprensión mientras exclamaban «¡Por todos los cielos! ¡Tiene razón!». Pero Ponder estaba tratando con magos, y los magos son capaces de concebir pensamientos enormes yendo paso a paso y manejando fragmentos muy pequeños.

—¡No diga tonterías, hombre! —exclamó Ridcully—. Para empezar, hay millones de esas malditas conchas.

—Sí, señor, pero... Si se fija bien verá que todas son distintas, señor. Todos los árboles que hemos encontrado en la isla... Sólo había uno de cada especie, señor. Hay muchos árboles que dan plátanos, pero cada uno produce un tipo de plátano distinto. Y sólo había un arbusto de cigarrillos, ¿verdad?

—Pero hay montones de abejas —dijo Ridcully.

—Y solamente un enjambre —dijo Ponder.

—Millones de escarabajos —dijo el decano.

—No creo haber visto dos iguales, señor.

—Bueno, eso es muy interesante —dijo Ridcully—, pero no entiendo adonde quiere...

—Uno solo de cualquier cosa no funciona, señor —dijo Ponder—. No puede reproducirse.

—Sí, Stibbons, pero sólo son árboles.

—Los árboles también necesitan machos y hembras, señor.

—¿De veras?

—Sí, señor. A veces son partes distintas del mismo árbol, señor.

—¿Qué? ¿Está seguro?

—Sí, señor. Mi tío tenía un huerto de árboles frutales.

—¡Baje la voz, muchacho, baje la voz! ¡La señora Panadizo podría oírle!

Ponder no pudo evitar poner cara de perplejidad.

—¿Cómo dice, señor? Pero... ella es la señora Panadizo, señor.

—¿Y qué tiene que ver eso con el precio de los metros?

—Quiero decir que... presumiblemente hubo un señor Panadizo, señor...

Ridcully le contempló con expresión impasible y sus labios se movieron mientras su mente ensayaba varias respuestas. Finalmente, no muy convencido, acabó decidiéndose por:

—Puede ser, pero todo este asunto me parece bastante turbio.

—Me temo que la naturaleza es así, señor.

—He pasado muchas hermosas mañanas de primavera paseando por el bosque, Stibbons. ¿Y ahora me está diciendo que mientras yo paseaba por el bosque los árboles sólo pensaban en... en eso?

Los conocimientos de horticultura de Ponder ya habían empezado a dar señales de agotamiento. El joven mago recurrió a los escasos recuerdos que conservaba de su tío, el cual había pasado la mayor parte de su vida subido a una escalera.

—Esto... eh... me parece que a veces los pinceles de pelo de camello también juegan cierto papel en la cuestión, porque... —La expresión de Ridcully le indicó que aquella revelación no iba a ser muy bien acogida, por lo que se apresuró a cambiar de tema—. El caso es que siempre se necesita más de uno, señor. Y también hay otra cosa, señor. ¿Quién se fuma los cigarrillos? Quiero decir que... bueno, si el arbusto se conforma con esperar que las colillas acaben esparcidas por el suelo, ¿quién piensa que va a fumarse los cigarrillos?

—¿Qué dice? Ponder suspiró.

—El fruto es una especie de señuelo, señor. Un pájaro se lo comerá y luego dejará caer las semillas por ahí. Así es como las plantas esparcen sus semillas. Pero en esta isla sólo hemos visto pájaros y unos cuantos lagartos, así que me pregunto cómo...

—Ah, ya comprendo —dijo Ridcully—. Está pensando: ¿qué pájaro sería capaz de interrumpir su vuelo para fumarse un pitillo?

—Un pájaro adicto al tabaco —dijo el tesorero. —Me alegra ver que sigue con nosotros, tesorero —dijo Ridcully sin volverse.

—Los pájaros no fuman, señor. Lo que debe preguntarse es qué saca el arbusto de todo esto, ¿entiende? Si aquí hubiera personas, entonces... Bueno, supongo que con el paso del tiempo podría acabar apareciendo una especie de árbol de nicotina, porque las personas se fumarían los cigarrillos y entonces... No, lo que quiero decir —se corrigió, porque Ponder siempre había estado muy orgulloso de su capacidad para pensar de una manera lógica— es que se fumarían esas cosas que parecen cigarrillos y luego irían apagando las colillas en cualquier sitio, y de esa manera esparcirían las semillas que contiene el futro. Ciertas semillas necesitan calor para germinar, señor. Pero si no hay personas, entonces la existencia de ese arbusto no tiene ningún sentido.

—Nosotros somos personas —dijo el decano—, y a mí me encanta fumarme un cigarrillo después de cenar. Todo el mundo lo sabe, ¿no?

—Sí, señor, pero permítame recordarle que sólo llevamos un par de horas aquí y dudo que la noticia haya llegado hasta las islas más pequeñas —dijo Ponder pacientemente y, como se descubriría después, con absoluta inexactitud—. No creo que una planta de esas características pueda evolucionar en un par de horas.

—¿Me está diciendo que piensa que cuando se come una manzana la está ayudando a...? —preguntó Ridcully con tono casi horrorizado y sin llegar a completar la pregunta—. Lo de los árboles ya era bastante horrible. —Soltó un bufido—. Me parece que seguiré fiel al pescado. Al menos los peces resuelven esos asuntos en privado y sin pedirle ayuda a nadie, y tengo entendido que se mantienen decentemente alejados los unos de los otros mientras lo hacen. En cuanto a la evolución, señor Stibbons, ya sabe qué opino de ella. Si ocurre, y francamente siempre me ha sonado un poco a cuento de hadas, entonces tiene que ocurrir deprisa. Fíjese en los lemmings, por ejemplo.

—¿Los lemmings, señor?

—Exacto. Esos bichitos que siempre están lanzándose al vacío desde lo alto de los acantilados, ya sabe. ¿Cuántos lemmings se han convertido en pájaros durante la caída, eh? ¿Eh?

—Bueno, ninguno...

—¡Precisamente! —exclamó Ridcully con voz triunfal—. Y el que alguno de ellos piense «Eh, quizá debería agitar las garras mientras caigo» no sirve de nada, ¿verdad? No, lo que debería hacer es tomarse en serio todo el asunto, decidirse de una maldita vez y desarrollar un auténtico par de alas.

—¿En un par de segundos? ¿Mientras está cayendo al vacío?

—Es el mejor momento.

—¡Pero los lemmings no se convierten en pájaros, señor!

—Pues no les iría nada mal hacerlo.

Un rugido llegó hasta ellos desde las profundidades de la pequeña jungla. El sonido recordaba un poco al de la sirena de un faro.

—¿Están seguros de que no hay ninguna criatura peligrosa en esta isla? —preguntó el decano.

—Creo que he visto unos cuantos camarones —dijo nerviosamente el prefecto mayor.

—No, el archicanciller tenía razón: esta isla es demasiado pequeña —dijo Ponder, intentando desechar la idea de unos lemmings voladores—. Nunca podría mantener a ninguna criatura lo bastante grande para hacemos daño, señor. Después de todo, ¿con qué se iba a alimentar?

Oyeron cómo algo se abría paso ruidosamente entre los árboles.

—¿Con nosotros? —balbuceó el decano.

Un extraño animal surgió de la selva y empezó a avanzar sobre la arena bañada por la claridad rojiza del crepúsculo. Era muy grande y parecía consistir básicamente en cabeza, ya que poseía una de aspecto reptiliano casi tan grande como el cuerpo. También había una cola, pero dada la cantidad de dientes visibles al otro extremo los magos apenas prestaron atención a los detalles adicionales.

La criatura husmeó el aire y volvió a rugir.

—Ah —dijo Ridcully—. La solución al misterio del geógrafo desaparecido, supongo. Bravo, prefecto mayor.

—Me parece que voy a... —empezó el decano.

—¡No se mueva, señor! —siseó Ponder—. ¡Muchos reptiles sólo pueden verte si te mueves!

—Le aseguro que a la velocidad que tengo intención de utilizar, nada podrá verme.

El monstruo volvió la cabeza de un lado a otro y avanzó.

—¿No puede ver las cosas que no se mueven? —preguntó el archicanciller—. ¿Nos está diciendo que debemos quedarnos quietos y esperar hasta que se dé con un árbol?

—¡La señora Panadizo sigue sentada ahí! —exclamó el prefecto mayor.

De hecho la señora Panadizo acababa de coger un biscote y, con su habitual elegancia, lo estaba recubriendo de queso para untar.

—¡Creo que m siquiera lo ha visto!

Ridcully empezó a arremangarse.

—Me parece que habrá que recurrir a las bolas de fuego, caballeros —dijo.

—Espere, espere —dijo Ponder—. Quizá sea una especie en peligro de extinción.

—La señora Panadizo también lo es.

—Pero ¿tenemos derecho a acabar con lo que...?

—Por supuesto que sí-dijo Ridcully—. Si su creador hubiese querido que sobreviviera, le habría proporcionado una piel a prueba de llamas. Su querida evolución funciona así, Stibbons.

—Pero quizá deberíamos estudiarla... La criatura empezaba a ganar velocidad. Teniendo en cuenta lo grande que era, resultaba asombroso lo deprisa que podía llegar a moverse.

—Esto... —dijo nerviosamente Ponder. Ridcully alzó el brazo.

La criatura se detuvo, dio una especie de salto convulsivo y después se aplanó como una pelota de goma recién pisada y, de hecho, cuando recuperó su forma original lo hizo con un ruido bastante parecido al que acompaña a los esfuerzos de un prestidigitador de pacotilla cuando intenta dar forma a las patas traseras del animal que está construyendo con un globo. Suponiendo que la criatura hubiera tenido alguna clase de expresión, ésta habría sido más de asombro que de dolor. Pequeños relámpagos chisporrotearon a su alrededor. El animal volvió a aplanarse, se enrolló sobre sí mismo hasta componer un cilindro, pasó por toda una gama de formas interesantes pero probablemente muy incómodas de adoptar, se encogió hasta quedar convenido en una bola del tamaño de una granada y después, con un último y patético ruidito —algo bastante parecido a «prarp»—, volvió a caer sobre la arena.

—Eso no ha estado nada mal —dijo Ridcully—. ¿Quién de ustedes lo ha hecho? Los magos se miraron.

—No hemos sido nosotros —dijo el decano—. Habíamos acordado que bastaría con unas cuantas bolas de fuego, ¿no?

Ridcully le dio un codazo a Ponder. —Bien, adelante —dijo—. Estúdielo. —Esto... —Ponder contempló a la perpleja criatura que yacía sobre la arena—. Eh... parece haberse convertido en un pollo de considerables dimensiones.

—Bravo, bravo —dijo Ridcully, como queriendo poner punto final al asunto de una vez por todas—. Visto lo cual sería una auténtica pena desperdiciar esta bola de fuego, ¿verdad? Y la lanzó.

Era un camino.

O, por lo menos, era un largo trozo de desierto plano lleno de roderas. Rincewind lo contempló.

Un camino. Los caminos iban a algún sitio. Tarde o temprano acababan yendo a todos los sitios. Y cuando llegabas allí, generalmente encontrabas paredes, edificios, puertos, embarcaciones... Y, además, también te encontrabas con una notable escasez de canguros parlantes. A todos los efectos prácticos, la ausencia de canguros parlantes era una de las características definitorias de la civilización.

No se trataba de que Rincewind se opusiese a que alguien salvara el mundo, o cualquiera que fuese la parte de éste que parecía necesitar que la salvaran. Sencillamente, le parecía que no necesitaba ser salvado por él.

¿Hacia dónde ir? Rincewind escogió una dirección al azar y trotó camino abajo durante unos minutos mientras el sol iba subiendo en el cielo.

Pasado un rato, una nube de polvo apareció sobre el amanecer y empezó a aproximarse. Rincewind, esperanzado, se detuvo y esperó.

Lo que acabó apareciendo en el ápice invertido de la nube fue una carreta negra tirada por una recua de caballos negros. Y no parecía estar reduciendo la velocidad.

Rincewind agitó su sombrero cuando los caballos pasaron junto a él.

Tras un rato, el polvo se disipó. Rincewind se levantó y avanzó con paso tambaleante por entre los arbustos hasta que encontró la carreta, que se había detenido. Los caballos le observaron con recelo.

La carreta no era tan enorme como para necesitar los ocho caballos que tiraban de ella, pero el vehículo y los caballos estaban recubiertos por tales cantidades de madera, cuero y metal que con semejante peso para desplazar los caballos probablemente no andarían muy sobrados de energías. Hasta la última superficie estaba erizada de pinchos y tachones.

Las riendas no llevaban al pescante habitual, sino a unos agujeros en la parte delantera de la carreta. La estructura había sido recubierta con madera y con los resultados de un concienzudo trabajo de herrería formado por trozos de estufas viejas, corazas aplanadas a martillazos, tapas de cacerola y latas de conservas aplastadas a pisotones y sujetadas con clavos.

Encima de la especie de rendija por la que desaparecían las riendas había lo que parecía un trozo de tubo de estufa doblado que atravesaba el techo de la carreta. El cilindro metálico tenía un aspecto curiosamente vigilante.

—Eh... ¿Hola? —dijo Rincewind—. Si he asustado a tus caballos, lo lamento.

Ante la ausencia de réplica, se encaramó a una rueda blindada y echó un vistazo a la carreta. Había una tapa redonda, y estaba levantada.

A Rincewind ni siquiera le pasó por la cabeza la idea de mirar dentro. Eso significaría que su cabeza quedaría perfilada contra el cielo, lo cual era una forma infalible de conseguir que los contornos de tu cuerpo acabaran perfilados en el suelo.

Una ramita crujió detrás de él.

Rincewind suspiró y se incorporó lentamente, asegurándose de no darse la vuelta mientras lo hacía.

—Me rindo por completo —dijo levantando las manos.

—Haces bien —dijo una voz—. Esto es una ballesta, compañero. Echemos un vistazo a tu fea jeta.

Rincewind se volvió. Detrás de él no había nadie.

Después bajó la mirada.

La ballesta estaba casi vertical. Si era disparada, Rincewind acabaría con un dardo dentro de la nariz.

—¿Un enano? —preguntó Rincewind.

—¿Tienes algo contra los enanos?

—¿Quién, yo? ¡No! Algunos de mis mejores amigos serían enanos, Si tuviera algún amigo, quiero decir... Me llamo Rincewind.

—¿Sí? Bueno, pues yo tengo muy mal genio —dijo el enano—. La mayoría de la gente me llama el Loco.

—El Loco, ¿eh? Qué nombre tan... original.

—No es un nombre.

Rincewind le miró. No cabía duda de que su captor era un enano. No tenía la barba o el casco de hierro tradicionales, pero había pequeñas pistas que permitían reconocerle como tal. El mentón con el que podías romper cocos era una, así como la inmutable expresión de ferocidad y esa cabeza en forma de bala, señal de que su propietario podía atravesar paredes con la cara por delante. Y, naturalmente, el hecho de que su coronilla quedara a la altura del estómago de Rincewind resultaba muy significativo. Loco llevaba un traje de cuero pero, al igual que la carreta, todas las superficies que podían acoger alguna clase de sujeción estaban recubiertas de metal. Donde no había remaches había armamento.

La palabra «amigo» pasó a ocupar un primer plano en el cerebro de Rincewind. Hay muchas razones para trabar amistad con alguien, y el hecho de que te esté apuntando con un arma letal figura entre las cuatro primeras.

—Buena descripción —dijo Rincewind—. Fácil de recordar.

El enano ladeó la cabeza y escuchó en silencio. —Maldición, me están alcanzando —dijo, y volvió a alzar la mirada hacia Rincewind—. ¿Sabes disparar una ballesta? —preguntó, con un tono que indicaba que responder «no» sería una buena manera de buscarse problemas.

—Por supuesto-dijo Rincewind. —Entonces sube. ¿Sabes una cosa? Llevo años recorriendo esta ruta, y hasta ahora nadie se había atrevido a pedirme que lo llevara en mi carreta. —Asombroso —dijo Rincewind. Debajo de la escotilla no había mucho sitio, y la mayor parte de él estaba ocupado por más armas. Loco apartó a Rincewind de un empujón, empuñó las riendas, echó un vistazo por el trozo de tubo-periscopio y azuzó a los caballos.

Los arbustos arañaron las ruedas y los caballos volvieron al camino y empezaron a ganar velocidad.

—Son magníficos, ¿verdad? —dijo Loco—. Incluso con la coraza, pueden dejar atrás cualquier cosa.

—No cabe duda de que es una carreta muy... interesante —dijo Rincewind.

—Le he hecho unas cuantas modificaciones de mi cosecha —dijo Loco, sonriendo malévolamente—. Mago, supongo.

—A grandes rasgos, sí. —¿Y eres bueno? Loco estaba cargando otra ballesta. Rincewind titubeó. —No —dijo por fin.

—Entonces considérate afortunado. Si fueras bueno te habría matado. No aguanto a los magos. Son una pandilla de entrometidos.

El enano sujetó las asas del trozo de tubo doblado y lo hizo girar de un lado a otro. —Ahí vienen —murmuró.

Rincewind atisbo por encima de la cabeza de Loco. La curva del tubo sostenía un espejo. El espejo mostraba el tramo de camino que dejaban atrás, y media docena de puntos bajo otra nube de polvo rojo.

—Salteadores de caminos que quieren hacerse con mi cargamento —dijo Loco—. Esos tipos son capaces de robar cualquier cosa. Un bastardo siempre es un bastardo, pero algunos bastardos son unos auténticos hijos de mala madre. —Sacó unos morrales de debajo del asiento—. Bueno, tú te instalarás arriba con un par de ballestas y yo me ocuparé del compresor.

—¿Qué dices? ¿Quieres que llene de agujeros a gente a la que ni siquiera conozco?

—¿Quieres que llene de agujeros a un tipo al que acabo de conocer? —replicó Loco, subiendo por la escalerilla.

Rincewind salió cautelosamente al techo de la carreta. La estructura vibraba y se bamboleaba. El polvo rojo le hizo toser, y el viento intentó envolverle la cabeza con la túnica.

Rincewind odiaba las armas, y no sólo porque le hubieran apuntado con tantas a lo largo de su vida. Si tenías un arma siempre acababas metiéndote en problemas. Cuando alguien creía que le ibas a disparar, siempre disparaba antes sin pensárselo dos veces. Pero si ibas desarmado, solían tomarse la molestia de hablar. Normalmente decían frases como «Nunca adivinarás lo que vamos a hacerte, amigo», por supuesto, pero eso requería tiempo. Y Rincewind podía sacarle muchísimo provecho a unos segundos. Podía usarlos para seguir viviendo un poco más de tiempo.

Los puntos en la lejanía eran otras carretas, más diseñadas para la velocidad que para transportar cargamentos. Algunas tenían cuatro ruedas, y algunas tenían dos. Una tenía sólo una rueda enorme colocada entre dos varas con una silla minúscula suspendida encima. Su ocupante parecía haber comprado la ropa en los patios de desguace de tres continentes.

Su vehículo era tirado por una gallina más grande que Rincewind, y la mayor parte de lo que no era cuello era pata. La gallina gigante galopaba tan deprisa como un caballo.

—¿Qué demonios es esa cosa? —chilló Rincewind.

—¡Es un emú! —gritó Loco, que había empezado a deslizarse por entre los arneses—. ¡Intenta cargarte alguno! ¡Tienen mucha carne!

La carreta se bamboleó. El sombrero de Rincewind salió despedido de su cabeza y desapareció entre los torbellinos de polvo.

—¡Y ahora he perdido mi sombrero!

—¡Mejor! ¡Era un sombrero horrible!

Una flecha rebotó en una plancha metálica junto al pie de Rincewind.

—¡Y me están disparando!

Una carreta emergió de la nube de polvo. El hombre sentado junto al conductor hizo girar algo por encima de su cabeza y al instante un anclaje se hundió en la madera junto al otro pie de Rincewind y arrancó una plancha metálica.

—Y ahora están... —empezó Rincewind.

—Tienes una ballesta, ¿no? —chilló Loco, que estaba haciendo equilibrios sobre la grupa de un caballo—. Y busca algo a lo que agarrarte, porque vamos a...

La carreta avanzaba al galope, pero de repente salió disparada tan bruscamente que Rincewind estuvo a punto de caer al camino. Chorros de humo brotaron de los ejes. El paisaje se convirtió en una mancha borrosa.

—¿Qué demonios ocurre?

—¡Es el compresor! —gritó Loco, volviendo a encaramarse a la carreta a escasos centímetros de los cascos que golpeaban frenéticamente el suelo—. ¡Una fórmula secreta! ¡Y ahora mantenlos alejados de nosotros, porque alguien tiene que conducir!

El emú y algunas carretas salieron de la nube de polvo. Una flecha se hundió en la carreta justo entre las piernas de Rincewind,

Rincewind pegó el cuerpo al techo traqueteante, alzó la ballesta, cerró los ojos y disparó.

Respetando fielmente los antiguos usos narrativos, el dardo rebotó en el casco de alguien y después de recorrer cierta distancia derribó a un pájaro inocente, cuyo único papel era el de expirar con un graznido adecuadamente patético.

El hombre del emú los alcanzó y le sonrió a Rincewind desde debajo de un sombrero muy familiar con la palabra «Echicero» apenas visible entre el polvo y la suciedad. Cada uno de los dientes del hombre había sido limado hasta dejarlo terminado en punta, y un largo y complicado trabajo de talla había inscrito «Madre» en los seis dientes delanteros.

—¡Buenos días! —gritó jovialmente—. ¡Entregadnos vuestro cargamento y prometo que os mataremos de uno en uno!

—¡Ese sombrero es mío! ¡Devuélveme mi sombrero!

—Eres un mago, ¿verdad?

El hombre se incorporó sobre la silla, manteniendo el equilibrio sin ningún esfuerzo pese a las vibraciones y bamboleos de la rueda.

—¡Miradme, compañeros! —gritó mientras agitaba las manos por encima de la cabeza—. ¡Es un condenado mago! ¡Magia, magia, magia!

Una gruesa y pesada flecha de la que colgaba una soga se hundió en la trasera de la carreta y quedó firmemente sujeta a ella. Los jinetes prorrumpieron en un coro de vítores.

—¡O me devuelves mi sombrero o va a haber jaleo!

—Oh, te aseguro que habrá jaleo tanto si te lo devuelvo como si no —dijo el hombre mientras alzaba su ballesta—. Oye, ¿por qué no me conviertes en algo realmente asqueroso? Oh, me muero de mie...

La cara se le puso verde y el hombre cayó hacia atrás. El dardo de la ballesta le dio al conductor de la carreta que avanzaba junto a él, la cual se interpuso en la trayectoria de otra que, a su vez, se desvió y chocó con un camello. Como consecuencia de todo ello las carretas que iban detrás se encontraron repentinamente ante un obstáculo insalvable. Una parte del obstáculo estaba formado por personas que gritaban y se debatían.

Rincewind, las manos en la cabeza, contempló el espectáculo hasta que la última rueda se hubo perdido en la lejanía y después avanzó dificultosamente a lo largo de la tambaleante carreta hasta reunirse con Loco, que permanecía inclinado sobre las riendas.

—Creo que ya puede ir reduciendo la velocidad, señor Loco —se atrevió a sugerir.

—¿Sí? Los has matado a todos, ¿verdad?

—No, a todos no. Algunos consiguieron huir.

—¿Me tomas el pelo? —El enano se volvió—. ¡Que me lapiden, pero sí no me estás tomando el pelo! ¡Ven aquí y tira de esa palanca todo lo fuerte que puedas!

El enano señaló un largo cilindro metálico situado junto a Rincewind, quien tiró obedientemente de él. Un estridente gemido metálico indicó que los frenos acababan de entrar en contacto con las ruedas.

—¿Cómo corren tanto estos caballos?

—¡Es una mezcla de avena y glándulas de lagarto! —repuso Loco, gritando para hacerse oír por encima del chirriar de metales al rojo vivo—. ¡Les da una energía increíble!

La carreta tuvo que moverse en círculos durante unos minutos hasta que la adrenalina de los caballos acabó de disiparse, y entonces volvieron para echar un vistazo al desaguisado.

Loco masculló otro juramento.

—¿Qué ha pasado?

—No debería haberme robado el sombrero —logró balbucear Rincewind.

El enano empezó a dar saltos y acabó atizándole una patada a una rueda hecha pedazos.

—¿Le has hecho esto a unas personas porque te robaron el sombrero? ¿Y qué harías si te escupieran en el ojo, volar por los aires todo el continente?

—Es mi sombrero —refunfuñó Rincewind. En realidad no estaba muy seguro de qué había ocurrido. La magia siempre se le había dado fatal, eso sí lo sabía. Las únicas maldiciones surgidas de su boca que tenían alguna probabilidad de surtir efecto no iban más allá del «Así te mojes un día que llueva a cántaros», o «Así pierdas un pequeño objeto personal a pesar de que lo habías dejado allí mismo hacía tan sólo un instante». Pero ponerse verde... Rincewind lo contempló... Oh, sí, y además levemente amarillo en algunas zonas... Bueno, ése no era el efecto habitual.

Loco echó a andar entre los restos con paso rápido y decidido. Recogió unas cuantas armas y las tiró a un lado.

—¿Quieres el camello? —preguntó.

El animal, inmóvil a unos metros de él, le estaba lanzando miradas suspicaces. Aunque había sido la causa de que varias personas sufrieran daños considerables, el camello parecía ileso.

—Antes metería el pie en una picadora de carne —dijo Rincewind.

—¿Estás seguro? Bueno, átalo a la carreta y cuando lleguemos a Tetrajisteunabirra podré venderlo por un buen precio —dijo Loco.

El enano examinó una ballesta de repetición de fabricación casera, soltó un gruñido y la tiró al suelo. Después miró otra carreta y su rostro se iluminó.

—¡Ah! ¡La fortuna por fin ha decidido sonreímos! —dijo—. ¡Hoy es nuestro día de suerte, compañero!

—Oh. Un saco de heno —dijo Rincewind.

—Échame una mano para subirlo a la carreta, ¿quieres? —dijo Loco mientras abría la trasera de su vehículo. —¿Qué tiene de tan especial el heno? —Por estos parajes significa la vida o la muerte, compañero. Sé de gente que sería capaz de hacerte menudillos para conseguir un poco de heno. Un hombre sin heno es un hombre sin un caballo, y por estos parajes un hombre sin un caballo es un cadáver.

—Me parece que no te entiendo. ¿He pasado por todo eso para salvar un... un cargamento de heno?

Loco enarcó las cejas en un rápido gesto de conspirador.

—Y dos sacos de avena en el compartimiento secreto, compañero. —Le dio una palmada en la espalda—. ¡Y pensar que te había tornado por un drongo traicionero y que he estado a punto de tirarte a la cuneta, y de pronto descubro que estás tan loco como yo!

A veces declararse cuerdo puede ser contraproducente, y Rincewind comprendió que el hacerlo sería una locura. De todas maneras, podía hablar con los canguros y encontrar queso y panecillos en el desierto. Había momentos en los que no quedaba más remedio que enfrentarse a la realidad.

—Lo mío es francamente mental, desde luego —dijo con lo que esperaba fuera una cautivadora sinceridad.

—¡Buen chico! ¡Recojamos sus armas y su manduca y reemprendamos el camino!

—¿Para qué queremos sus armas?

—Nos las pagarán bien.

—¿Y qué pasa con los cuerpos?

—No, los cuerpos no valen nada.

Mientras Loco estaba ocupado clavando a su carreta trozos de metal recuperados de los restos, Rincewind fue hacia el cadáver verde y amarillo —y, oh, sí, ahora también empezaban a aparecer zonas negras— y valiéndose de un palo separó su sombrero de la cabeza.

Una bolita recubierta de pelaje negro erizado por la furia y de la que brotaban ocho patas surgió del sombrero y hundió sus colmillos en el palo, que empezó a echar humo. Rincewind dejó el palo en el suelo manejándolo con cuidado, cogió el sombrero y salió huyendo.

Ponder suspiró.

—No estaba cuestionando su autoridad, archicanciller —dijo—. Es sólo que... bueno, si un monstruo gigantesco se convierte en un pollo delante de tus narices, me parece que tu reacción no debería ser la de comerte el pollo.

El archicanciller se lamió los dedos.

—¿Qué habría hecho usted? —preguntó.

—Bueno... lo habría estudiado.

—Eso es lo que hicimos. Lo sometimos a un examen posmortem —dijo el decano.

—Muy minucioso —dijo Estudios Indefinidos, poniendo cara de felicidad mientras eructaba—. Discúlpeme, señora Panadizo. ¿Le apetece un poco más de pechu...? —La mirada asesina que le lanzó Ridcully hizo que se apresurara a corregirse—. ¿Le apetece un poco más de parte delantera del pollo, señora Panadizo?

—Y hemos descubierto que ya no supondrá ninguna amenaza para los magos que vengan a visitar esta isla —dijo Ridcully.

—Es sólo que... me parece que una investigación rigurosa debería consistir en algo más que echar una miradita por ahí para ver si encuentras un arbusto de cebolletas-a—la-salvia —dijo Ponder—. Ya vieron lo deprisa que cambió, ¿no?

—Sí, ¿y qué? —preguntó el decano.

—Que eso no puede ser natural.

—Es usted quien afirma que las cosas se convierten en otras siguiendo un proceso natural, señor Stibbons.

—¡Pero no tan deprisa!

—¿Ha visto actuar alguna vez a esa evolución suya? —Por supuesto que no. Nadie ha... —Pues entonces ahí lo tiene —dijo Ridcully con el tono de quien da por terminada una discusión—. Ésa podría ser la velocidad normal. Como ya he dicho antes, es perfectamente lógico. Convertirse en pájaro poco a poco y por etapas no tendría ningún sentido, ¿verdad? Una pluma aquí, un pico allá... Entonces acabaríamos viendo pasear por el mundo a algunas criaturas condenadamente estúpidas, ¿no? —Los otros magos se rieron—. Nuestro monstruo probablemente pensó: «Oh, son demasiados. Quizá será mejor que me convierta en algo que les caiga bien. »

—Y que les parezca sabroso —dijo el decano. —Una estrategia de supervivencia muy inteligente —dijo Ridcully—. Hasta cierto punto, claro.

Ponder puso los ojos en blanco. Aquellas cosas siempre sonaban estupendamente cuando las estaba estructurando. Había leído algunos de los viejos libros y dedicado montones de horas a pensar y reflexionar, y de repente una pequeña teoría se organizaba a sí misma dentro de su mente formando una impecable hilera de daditos... y cuando Ponder permitía que saliera de su mente, entonces la teoría chocaba contra el cuadro académico de la Universidad Invisible y alguien siempre hacía alguna pregunta estúpida a la que Ponder era incapaz de responder. ¿Cómo podías hacer alguna clase de progresos contra mentes como esas? Si algún dios dijera «Hágase la luz» en algún rincón del universo, ellos serian los que dirían «¿Por qué? Siempre hemos tenido más que suficiente con la oscuridad».

Los viejos, ése era el gran problema. A Ponder no acababan de convencerle las antiguas tradiciones, seguramente porque tenía más de veinte años y gozaba de una posición moderadamente importante y, en consecuencia y para algunos principiantes, eso lo convertía en un blanco. O le habría convertido en un blanco, si no fuera porque los principiantes se entretenían demasiado jugueteando con Maleficio.

Y de todas maneras, Ponder no estaba interesado en los ascensos. Se habría conformado con que la gente le escuchara durante cinco minutos en vez de decir: «Bravo, señor Stibbons, pero ya lo intentamos en una ocasión y no dio resultado», o «Probablemente no disponemos de los fondos necesarios», o «Ahora ya no quedan genios. ¿Te acuerdas del viejo Fulano de Tal, el ilustre-mago-de-la-antigüedad-muerto-hace-cincuenta-años-del-que-nuestro-Ponder-seguro-que-ni-se-acuerda? Pues ese tipo sí era un gran hombre».

Ponder tenía la impresión de que por encima de él había un montón de zapatos de muertos. Pero los pies que contenían estaban vivos, y pisaban con mucha fuerza.

Nunca se molestaban en aprender nada, nunca se molestaban en recordar nada aparte de los buenos viejos tiempos. Se peleaban entre ellos igual que niños y el único capaz de decir algo sensato siempre lo decía en orangutanés.

Ponder atizó el fuego con brío. Los magos habían construido una elegante choza primitiva para la señora Panadizo, con un entramado de ramas y grandes hojas. La señora Panadizo les dio las buenas noches y después tapó púdicamente la entrada con varias hojas.

—Una dama muy respetable, nuestra señora Panadizo —dijo Ridcully—. Me parece que yo también iré a acostarme.

Los ronquidos ya iban adquiriendo volumen alrededor de la hoguera.

—Creo que alguien debería montar guardia —dijo Ponder.

—Bravo, muchacho —farfulló Ridcully, dándose la vuelta.

Ponder rechinó los dientes y se volvió hacia el bibliotecario, que estaba temporalmente de regreso en la tierra de los bípedos y, lúgubremente envuelto en una manta, se había sentado junto a la hoguera.

—Bien, señor, supongo que para usted esto es como un hogar lejos del hogar.

El bibliotecario meneó la cabeza.

—Quizá le interesaría saber qué más tiene de raro este lugar —dijo Ponder.

—¿Ook?

—La madera arrastrada por las corrientes. Nadie me escucha, pero es importante. Hemos recogido montones de combustible para la hoguera, y todo es madera en estado natural. ¿Se había dado cuenta? Ninguna caja vieja, ni un solo trozo de tablón, ninguna sandalia agujereada. Sólo madera normal y corriente.

—¿Ook?

—Eso quiere decir que debemos estar muy lejos de todas las rutas navieras... Oh, no... No...

El bibliotecario frunció desesperadamente el hocico.

—¡Concéntrese en tener brazos y piernas, deprisa!

¡Brazos y piernas vivos, quiero decir!

El bibliotecario asintió apáticamente y estornudó.

—¿Awk? —preguntó luego.

—Bueno, por lo menos no se ha convertido en un objeto inanimado —dijo Ponder con tristeza—. Aunque como pingüino yo lo encuentro demasiado grande, ¿no le parece? Creo que es debido a la estrategia de supervivencia que ha adoptado su cuerpo. Sigue buscando una forma estable capaz de operar.

—¿Awk?

—Aunque me sorprende que parezca incapaz de prescindir del pelo rojo...

El bibliotecario le fulminó con la mirada, se alejó un par de metros y se hizo una bola sobre la arena.

Ponder miró alrededor. Al parecer le había tocado hacer de centinela, aunque sólo fuese porque nadie más tenía intención de montar guardia. Bueno, eso no era ninguna sorpresa.

Criaturas invisibles parloteaban entre los árboles. Destellos de fosforescencia relucían sobre el mar. Las estrellas empezaban a hacerse visibles.

Ponder alzó la mirada hacía las estrellas. Bueno, por lo menos siempre podías estar seguro de que...

Y de repente vio qué era la otra cosa que no encajaba.

—¡Archicanciller!

¿Hace mucho que estás loco? No, realmente no era un buen comienzo. Rincewind estaba intentando encontrar una forma de entablar conversación, pero no conseguía decidirse por ninguna.

—Bueno, pues... el caso es que no esperaba encontrar enanos por aquí-acabó diciendo.

—Oh, la familia se fue de Nadalandia cuando yo era un crío —dijo Loco—. Querían ver la costa y entonces estalló una tormenta, y antes de que pudiéramos hacer nada ya habíamos naufragado. Fue lo mejor que nos podía ocurrir, desde luego. Si me hubiera quedado en Nadalandia ahora me estaría muriendo de frío dentro de una mina mientras arrancaba trocitos de roca de las paredes, pero aquí un enano puede caminar erguido.

—Claro, claro —dijo Rincewind, manteniendo el rostro cautelosamente inexpresivo.

—Pero siempre dentro de un orden, ¿eh? —añadió Loco—. No queremos crecer demasiado, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Así que acabamos echando raíces, y ahora mí padre tiene una cadena de panaderías en Bugarup.

—¿Pan de los enanos? —preguntó Rincewind.

—¡Justo en el blanco! Gracias a él pudimos atravesar millares de kilómetros de océano infestado de tiburones. Si no hubiera sido por ese saco lleno de pan de los enanos, nunca...

—¿Habríais podido partirle el cráneo a los tiburones?

—Ah, veo que entiendes de panes.

—¿Y qué clase de sitio es Bugarup? ¿Es muy grande? ¿Tiene puerto?

—Eso dicen. Nunca he vuelto por allí. Prefiero vivir en el campo.

El suelo tembló. Los árboles que crecían junto al camino también temblaron, a pesar de que no soplaba viento.

—Eso suena a tormenta —dijo Rincewind.

—¿Tormenta? ¿Qué es eso?

—Lluvia, ya sabes.

—¡Oh, por todas las vacas en llamas! No creerás esas tonterías que cuentan por ahí, ¿verdad? Cuando se le iba un poco la mano con la cerveza, mi abuelo siempre empezaba a hablar de las tormentas. Sólo son cuentos de viejas. ¿Agua que cae del cielo? ¡Venga, por favor!

—¿Aquí nunca llueve?

—¡Por supuesto que no!

—Pues en el sitio del que vengo ocurre con bastante frecuencia-dijo Rincewind.

—¿Sí? ¿Y cómo se las arregla para subir hasta el cielo? Porque el agua pesa bastante, ¿sabes?

—Oh. Pues... pues... creo que el sol la aspira. O algo así.

—¿Cómo?

—No lo sé. Sencillamente ocurre.

—¿Y luego cae del cielo?

—¡Sí!

—¿Gratis? ¿No hay que pagar?

—¿Es que nunca has visto llover?

—Oye, todo el mundo sabe que el agua está debajo del suelo. Es de puro sentido común, ¿no? El agua pesa, se va filtrando por el suelo y acaba acumulándose en las profundidades. Nunca la he visto flotar por los aires, compañero.

—Bueno, ¿y cómo crees que llegó a acumularse en el suelo?

Loco puso cara de asombro.

—¿Y qué pasa con las montañas? ¿Te importaría explicarme de dónde han salido las montañas? —preguntó después.

—¿Qué quieres decir? ¡Las montañas están ahí y punto!

—Así que no caen del cielo, ¿eh?

—¡Por supuesto que no! ¡Las montañas pesan mucho más que el aire!

—¿Y el agua no? Tengo un par de barriles llenos debajo de la carreta, y si los levantaras sudarías lo tuyo.

—¿Es que aquí no hay ríos?

—¡Pues claro que tenemos ríos! ¡Este país tiene de todo!

—Bueno, ¿y cómo crees que llega el agua a los ríos?

Loco pareció sinceramente perplejo.

—¿Y quién necesita que haya agua en los ríos? ¿De qué iba a servir?

—Fluiría hacia el mar y...

—¡Menudo desperdicio! Y en el sitio del que vienes dejáis que haga eso, ¿verdad?

—No es que se lo dejes hacer. Es que sencillamente ocurre, porque... ¡es lo que hacen los ríos!

Loco contempló a Rincewind.

—Ah, claro. Y a mí me llaman loco —dijo por fin,

Rincewind se dio por vencido. No había ni una sola nube en el cielo. Pero el suelo volvió a temblar.

El archicanciller Ridcully estaba fulminando con la mirada al cielo como si la ausencia de nubes fuera una especie de ofensa personal.

—¿Cómo que ni una? —preguntó.

—Técnicamente, no hay ni una sola constelación familiar —dijo Estudios Indefinidos con un tembloroso hilo de voz—. Hemos contado tres mil ciento noventa y nueve constelaciones que podrían llamarse el Triángulo, por ejemplo, pero el decano dice que algunas de ellas no cuentan porque usan las mismas estrellas...

—No he reconocido ni una sola estrella —dijo el prefecto mayor.

Ridcully agitó las manos.

—Siempre están cambiando un poco —dijo—. La Tortuga nada a través del espacio y...

—¡Pero no tan deprisa! —exclamó el decano. Los magos, despeinados y confusos, alzaron los ojos hacia la noche que se aproximaba rápidamente.

Las constelaciones de Mundodisco cambiaban a medida que el mundo se iba desplazando a través del vacío, lo cual significaba que allí la astrología lideraba la vanguardia de la investigación en vez de, como ocurría en otros sitios, ser una astuta forma de evitar tener que buscar trabajo. El que las peculiaridades y asuntos humanos pudieran ser guiados de manera tan fiable y continuada por una sucesión de grandes bolas de plasma, la mayoría de las cuales jamás había oído hablar de la humanidad y además se encontraban a miles de millones de kilómetros de distancia de ella, era tan asombroso como inexplicable.

—¡Estamos atrapados en algún otro mundo! —gimió el prefecto mayor.

—Eh... no creo que se trate de eso —dijo Ponder. —Supongo que tendrá alguna sugerencia mejor, ¿no? —Eh... ¿ven esa acumulación de estrellas tan grande que hay ahí?

Los magos contemplaron el cúmulo estelar que parpadeaba junto al horizonte.

—Muy bonita-dijo Ridcully—. ¿Y bien? —Creo que es lo que nosotros llamamos el Pequeño Grupo Aburrido de Estrellas Tenues. Tiene más o menos la misma forma —dijo Ponder—. Y ya sé lo que va a decir, señor. Va a decir que sólo forman una mancha en el cielo en vez de dibujar una constelación sobre las manchas que solíamos ver, pero... Verá, señor, ése es el aspecto que podrían haber tenido cuando Gran A'Tuin se hallaba mucho más cerca de ellas hace millares de años. En otras palabras, señor —Ponder respiró hondo, temiendo lo que iba a ocurrir—, creo que hemos retrocedido millares de años en el tiempo.

Lo que hacía tan peculiares a los magos también tenía su otra cara, por supuesto. Aunque eran capaces de pasarse medía hora insistiendo en que era imposible que fuese martes, podían aceptar lo inconcebiblemente fantástico sin pestañear. El prefecto mayor incluso pareció sentirse aliviado.

—Oh, así que se trata de eso... —dijo. —Tenía que acabar ocurriendo tarde o temprano —dijo el decano—. Después de todo, no está escrito en ningún sitio que estos agujeros estén unidos al mismo tiempo.

—Eso complicará un poco el regreso —dijo Ridcully.

—Esto... Puede que no sea tan sencillo, archicanciller.

—¿Tanto como encontrar una forma de desplazarse a través del tiempo y el espacio, quiere decir?

—Quiero decir que quizá no haya ningún allí al que volver —dijo Ponder y cerró los ojos, sabiendo que aquello iba a ser muy difícil.

—Pues claro que hay un allí al que volver —dijo Ridcully—. Sólo llevamos aquí desde esta man... desde ayer. Estoy hablando de ayer a miles de años en el futuro, naturalmente.

—Pero si no tenemos cuidado podríamos alterar el futuro —dijo Ponder—. Nuestra mera presencia en el pasado podría alterar el futuro. Quizá ya hayamos alterado la historia.

—Me parece que deberíamos escuchar al chico, Ridcully —dijo el decano—. Por cierto, ¿queda algo de ese ron?

—Bueno, aquí no está ocurriendo ninguna historia —dijo Ridcully—. ¿Qué importancia puede tener este sitio? No es más que una islita un poco rara.

—Me temo que acciones minúsculas en cualquier lugar del mundo podrían tener ramificaciones enormes, señor-dijo Ponder.

—Y no queremos que haya ramificaciones, desde luego. Bien, ¿adonde quiere ir a parar? ¿Qué nos aconseja que hagamos?

Todo había estado yendo muy bien, y los magos casi parecían dispuestos a poner manos a la obra. Quizá eso hizo que Ponder actuara igual que el hombre que, después de haber caído al vacío y llevar recorridos cien metros sin haber sufrido ningún daño, cree que los últimos centímetros de la caída serán una mera formalidad.

—Para emplear la metáfora clásica, lo importante es no matar a tu abuelo —dijo,

—¿Y por qué demonios iba yo a querer matar a mi abuelo? —preguntó Ridcully—. Siempre quise mucho al viejo, ¿sabe?

—Por supuesto, por supuesto. Accidentalmente, ¿comprende? —dijo Ponder—, Pero en cualquier caso...

—¿Sí? Bien, como ya sabe cada día mato accidentalmente a varias personas —dijo Ridcully—. Y de todas maneras, no veo a mi abuelo por aquí.

—Sólo era un ejemplo ilustrativo, señor. El problema estriba en la causa y el efecto, y lo que no está claro es...

—Lo que está muy claro, señor Stibbons, es que de repente parece estar convencido de que cuando alguien retrocede en el tiempo se ve atacado por una especie de manía fratricida. Si me encontrara con mí abuelo, le invitaría a tomar una copa y le diría que no debería estar tan seguro de que las serpientes no te morderán si las asustas, una información que quizá me agradecería más avanzada su vida.

—¿Por qué? —preguntó Ponder. —Porque así su vida habría podido avanzar un poco más de lo que llegó a avanzar.

—¡No, señor, no! ¡Eso sería peor que disparar contra su abuelo!

—¿De veras?

—¡Sí, señor!

—Me parece que su razonamiento contiene un par de pasos a los que quizá no ha prestado la debida atención, señor Stibbons —dijo el archicanciller con voz gélida—. Supongo que no tendrá intención de matar a su abuelo, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —replicó secamente Ponder—. Ni siquiera sé qué aspecto tenía. Murió antes de que yo naciera.

—¡Aja!

—Pero yo no le...

—Oigan, estamos mucho más atrás en el tiempo que todo eso —dijo el decano—. Stibbons ha dicho mulares de años, ¿verdad? Todos nuestros abuelos no existen.

—Ah, en ese caso el abuelo del señor Stibbons se ha librado por los pelos —dijo Ridcully.

—No, señor —dijo Ponder—. ¡Oh, por favor! Lo que estaba intentando hacerles entender es que cualquier cosa que hagas en el pasado cambia el futuro. Las acciones más insignificantes pueden tener graves consecuencias. ¡Podrían... pisar una hormiga ahora y eso impediría que alguien naciera en el futuro!

—¿Usted cree? —preguntó Ridcully.

—¡Sí, señor!

Ridcully pareció animarse.

—Pues eso no estaría nada mal. Hay una o dos personas de las que la historia podría prescindir. ¿Tiene idea de qué habría que hacer para localizar a las hormigas adecuadas?

—¡No, señor! —Ponder intentaba encontrar una grieta en el cerebro de su archicanciller para introducir la palanqueta de la comprensión, y durante unos vanos segundos creyó haber localizado una—. Porque... ¡porque la hormiga que pisara podría ser la suya, señor!

—Me está diciendo que... ¿podría pisar una hormiga y eso afectaría a la historia, y entonces yo no nacería?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Exactamente! ¡Eso es, señor!

—¿Cómo? —Ridcully parecía perplejo—. Yo no desciendo de las hormigas.

—Porque... —Ponder sintió que las mareas de la incomprensión mutua se estaban elevando a su alrededor, pero se negó a dejarse ahogar—. Bueno... esto... bueno, supongamos que... que la hormiga muerde al caballo de un hombre, y que el hombre se cae del caballo, y que llevaba consigo un mensaje muy importante, y como no llegó a tiempo hubo una batalla terrible, y uno de sus antepasados murió en ella... No, disculpe, quiero decir que no murió en ella...

—¿Y cómo consiguió cruzar el mar esa hormiga? —preguntó Ridcully.

—Agarrada a un trozo de madera impulsado por las corrientes —intervino el decano—. Le sorprendería la de bichos que pueden llegar incluso a las islas más remotas aferrados a un trozo de madera: insectos, lagartos, incluso pequeños mamíferos...

—¿Y después la hormiga subió por la playa y se fue al sitio donde hubo esa batalla? —preguntó Ridcully.

—La pata de un pájaro —dijo el decano—. Lo leí en un libro. Incluso los huevos de los peces pueden ir de una laguna a otra viajando en la pata de un pájaro.

—Una hormiga realmente decidida, ¿eh? —dijo Ridcully, acariciándose la barba—. Aun así, debo admitir que cosas más extrañas han ocurrido.

—Prácticamente cada día —dijo el prefecto mayor.

Ponder estaba radiante. Los magos acababan de enfrentarse a una metáfora formada por varias frases y, sin atascarse en ninguna de ellas, habían logrado llegar al final del recorrido.

—Sólo hay una cosa que no entiendo —añadió Ridcully—. ¿Quién pisará a la hormiga?

—¿Cómo dice?

—Bueno, es obvio, ¿no? —dijo el archicanciller—. Si aplasto esa hormiga con el píe, entonces no existiré. Pero si no existo entonces no puedo haberlo hecho, así que no lo haré y por lo tanto existiré. ¿Lo entiende? Tiene usted una buena sesera, señor Stibbons, pero a veces me pregunto si realmente intenta aplicar el pensamiento lógico al tema del momento. Las cosas que ocurren quedan ocurridas. No hay que ser ningún genio para entenderlo, ¿verdad? Oh, no ponga esa cara... —dijo, tomando la expresión de rabia fútil de Ponder por una mueca de consternación avergonzada—. Cuando vea que se ha quedado atascado en alguna de estas cuestiones tan complicadas, recuerde que mi puerta siempre está abierta. Después de todo, soy su archi[[14]](#footnote-14)canciller.

—Discúlpenme, pero ¿podemos pisar hormigas sí o no? —preguntó el prefecto mayor con cierta irritación.

—Si les apetece pisarlas, adelante y písenlas. —Ridcully rebosaba generosidad—. De hecho, la historia ya depende de que aplasten a cualquier hormiga que se cruce en su camino. Todas las hormigas que hayan aplastado ya están aplastadas, así que si vuelven a hacerlo lo harán por primera vez, porque lo están haciendo ahora debido a que ya lo hicieron entonces. Que también es ahora, claro.

—¿De veras?

—Sí, de veras.

—En ese caso quizá deberíamos habernos traído unas botas más grandes —dijo el tesorero.

—Haga lo que pueda, tesorero —dijo Ridcully, y después se estiró y bostezó—. Bueno, me parece que todo ha quedado aclarado —añadió—. Vamos a ver si dormimos un poco, ¿de acuerdo? Hemos tenido un día muy largo.

Alguien seguía despierto.

Después de que los magos se hubieran quedado dormidos por segunda vez, una luz tan tenue como el resplandor de los gases de los pantanos empezó a trazar círculos por encima de ellos.

La luz era un dios omnipresente, aunque sólo en una pequeña zona. Y era omnisapiente, pero sólo lo suficiente para ser consciente de que, aunque realmente lo sabía todo, sus conocimientos no abarcaban la totalidad del Todo, sino únicamente la parte del Todo aplicable a su isla.

¡Maldición! Sabía que el arbusto de cigarrillos causaría problemas, y así se lo había dicho a sí mismo. Habría tenido que detener el proceso en cuanto vio que empezaba a crecer. Nunca había pretendido que las cosas se torcieran de aquella manera.

Lo de la primera criatura puntiaguda había sido lamentable, desde luego, pero él no había tenido la culpa, ¿verdad? Algunas de las cosas que estaban apareciendo en la isla le sorprendían incluso a él. Y algunas de ellas nunca permanecían estables durante más de cinco minutos.

Aun así, no pudo evitar sentirse orgulloso de sí mismo. ¡Dos horas entre el momento en el que aquel al que llamaban decano ardía en deseos de fumarse un cigarrillo y la planta evolucionando, creciendo y produciendo su primera cosecha de frutos cargados de nicotina! Eso sí era auténtica evolución en acción.

El problema era que ahora empezarían a hacer preguntas y que meterían las narices por todas partes.

El dios, y eso lo convertía en un caso prácticamente único entre los dioses, estaba a favor de las preguntas. De hecho quería que las personas cuestionaran las ideas preconcebidas, arrojaran al cubo de la basura las viejas supersticiones, se libraran de los grilletes del perjuicio irracional y, en resumen, que ejercitaran los cerebros que su dios les había dado, aunque, por supuesto y como bien sabía dios, no les habían sido dados por cualquier dios. Eso significaba que lo que debían hacer era ejercitar esos cerebros desarrollados a lo largo de los milenios en respuesta a los estímulos externos y la necesidad de controlar ese par de manos provistas de pulgares oponibles, otra idea condenadamente buena de la que el dios estaba muy orgulloso. O de la que habría estado muy orgulloso si existiera, naturalmente.

Aun así, había límites. Los librepensadores eran gente encantadora, pero no deberían ir por ahí pensando lo que les diera la gana.

La luz se desvaneció y reapareció, todavía describiendo círculos, dentro de la caverna sagrada de la montaña. El dios sabía que, técnicamente hablando, en realidad la caverna no era sagrada, dado que para conseguir que un lugar fuese sagrado necesitabas creyentes y aquel dios no quería tener creyentes.

Un dios sin creyentes suele ser tan poderoso como una pluma en un huracán, pero por alguna razón que aún no había conseguido desentrañar, aquel dios era perfectamente capaz de operar sin ellos. Eso quizá se debía al inmenso fervor con que creía en sí mismo. Bueno, evidentemente el dios no creía en sí mismo, porque creer en dioses es irracional. Pero sí creía en lo que hacía. Durante unos momentos de remordimiento el dios barajó la idea de crear unos cuantos lagartos del trueno para que se comieran a los intrusos antes de que sus intromisiones llegasen demasiado lejos, pero enseguida rechazó el plan por considerarlo indigno de una deidad tan moderna y tan firmemente comprometida con el pensamiento progresista.

Aquella parte de la caverna estaba llena de estanterías que contenían semillas. El dios seleccionó una perteneciente a la familia de las calabazas y cogió sus herramientas.

Las herramientas eran absolutamente únicas. Nadie más en el mundo poseía un destornillador tan pequeño.

Un brote verde respondió a las primeras luces del amanecer abriéndose paso a través de la capa de restos vegetales que cubría el suelo del bosque, extendió dos hojas y siguió creciendo.

En el subsuelo, brotes blancos empezaron a retorcerse como gusanos entre la capa de mantillo formada por las hojas caídas. No había tiempo que perder, así que la planta tendría que recurrir a las medidas drásticas. Un zarcillo encontró agua en algún lugar de las profundidades.

Pocos minutos después los arbustos que rodeaban a la planta, que a esas alturas ya había crecido bastante y no paraba de moverse, empezaron a secarse.

El brote que formaba la vanguardia del proceso reptó hacia el mar. Los zarcillos que iban apareciendo detrás del tallo de avanzada se enroscaron en las ramas más cercanas. Los árboles de mayor tamaño fueron usados como puntos de apoyo, unos matorrales fueron arrancados de cuajo y una raíz surgió de la nada para tomar posesión del agujero recién abandonado por sus antiguos ocupantes.

El dios no había podido dedicar mucho tiempo a la sofisticación. Las instrucciones de la planta habían sido estructuradas a partir de piezas y fragmentos sueltos esparcidos por ahí, cosas que el dios sabía funcionarían sin problemas.

Y por fin el primer brote atravesó la playa y llegó al mar. Las raíces se hundieron en la arena, las hojas se desplegaron y la planta produjo una solitaria flor femenina. Pequeñas flores masculinas ya se habían abierto a lo largo del tallo.

El dios no había programado aquella parte. El gran problema de la evolución, se había dicho, era que no estaba dispuesta a obedecer órdenes. A veces la materia piensa por su cuenta.

Un delgado zarcillo prensil se enrolló sobre sí mismo y después se estiró bruscamente y atrapó a un moscardón que pasaba por allí. El zarcillo se fue curvando hacia atrás, sumergió al aterrorizado insecto en el polen de una flor masculina y luego, con sorprendente rapidez, lo incrustó en los pétalos de la flor hembra.

Unos segundos después la flor cayó al suelo y la bolita verde que había debajo de ella empezó a hincharse, justo en el mismo instante en que el horizonte empezaba a mostrar los rubores del amanecer. Argo náuticas uniquo estaba listo para producir su primer y único fruto.

Las aspas de un molino enorme construido sobre una torre de metal giraban entre chirridos. Un cartel colgado de la torre anunciaba: «Tetrajisteunabirra: deja tus armas en recepción. »

—Calma y tranquilidad, ¿eh? Y gracias por recordármelo, pero prefiero llevarlas encima. A ver... Bien, no he perdido ninguna —dijo Loco, haciendo avanzar los caballos.

Atravesaron un puente de madera, aunque Rincewind no vio ninguna razón que justificara la molestia de construirlo. Parecía un montón de esfuerzo sólo para cruzar una franja de arena reseca.

—¿Arena? —dijo Loco—. ¡Eso es el río Languidez, eso es lo que es!

Y en ese momento pasó un bote. Remolcado por un camello, avanzaba rápidamente sobre sus cuatro grandes ruedas.

—¿Un bote? —dijo Rincewind.

—¿Nunca habías visto uno antes?

—Uno que estuviera siendo pedaleado, no —dijo Rincewind mientras una pequeña canoa pasaba ante ellos.

—Si el viento soplara en la dirección adecuada desplegarían la vela.

—Ah, ya. Esta pregunta quizá te parezca un poco extraña, pero… ¿por qué tiene forma de bote?

—Porque ésa es la forma que tienen los botes.

—Oh, claro. Sí, ya me imaginaba que habría alguna buena razón... ¿Y los camellos? ¿Cómo han llegado hasta aquí?

—La gente dice que se agarran a los trozos de madera que trae la marea. Las corrientes dejan montones de cosas en la costa.

Tetrajisteunabirra ya empezaba a ser visible. Por suerte a alguien se le había ocurrido colgar el cartel en aquella torre, ya que de lo contrario habrían podido atravesar el pueblo sin darse cuenta de que estaba allí. La arquitectura pertenecía al estilo conocido como «vernacular», una palabra que los expertos de otro campo profesional utilizan como sinónimo de «blasfemar o decir vulgaridades» cuando no desean repetirse. Pero después de todo aquí hace un calor infernal y nunca llueve, pensó Rincewind. Lo único que le pides a tu casa es que te proporcione alguna clase de separación entre el interior y el exterior.

—Dijiste que este pueblo era bastante grande —comentó.

—Tiene una calle entera. Y una taberna.

—Oh, así que eso de ahí es una calle... ¿Y ese montón de troncos es una taberna?

—Te gustará. Cocodrilo sabe cómo llevar una taberna.

—¿Por qué le llaman Cocodrilo?

Dormir sobre la arena no le sentó demasiado bien al cuadro académico de la Universidad Invisible, y el archicanciller estaba ayudando a que les sentara todavía peor. Ridcully no se conformaba con ser un hombre madrugador sino que, para colmo de la injusticia, también era un gran trasnochador. A veces pasaba de una fase a otra sin ningún intermedio de sueño.

—¡Arriba, dormilones! ¿A quién le apetece echarse una carrerita por la isla? El ganador tendrá un pequeño premio, ¿eh?

—Oh, dioses míos —gimió el decano, dándose la vuelta hasta quedar acostado sobre la espalda—. Está haciendo flexiones.

—Les aseguro que no quiero que nadie piense que estoy propugnando un regreso a nuestro terrible y oscuro pasado —dijo Estudios Indefinidos mientras intentaba sacarse un poco de arena de la oreja—, pero hubo una época en la que solíamos matar a los magos de su clase.

—Sí, pero ellos también solían matar a los magos de nuestra clase —dijo el decano.

—¿Se acuerdan de lo que decíamos entonces? —preguntó el prefecto mayor—. «Nunca confíes en un mago que tenga más de sesenta y cinco años», eso decíamos... ¿Qué demonios ha pasado?

—Que ya tenemos más de sesenta y cinco años, prefecto mayor.

—Ah, claro. Y entonces descubrimos que se podía confiar en nosotros después de todo, ¿verdad?

—Es una suerte que lo descubriéramos a tiempo, ¿eh?

—Un cangrejo está subiendo por ese árbol —dijo Runas Recientes, que estaba acostado sobre la espalda y tenía los ojos vueltos hacía arriba—. Es un cangrejo de verdad.

—Sí —dijo el prefecto mayor—. Los llaman Cangrejos Escaladores de Árboles.

—¿Porqué?

—Cuando era pequeño —dijo Estudios Indefinidos— leí un libro que contaba la historia de un hombre que naufragó en una isla como ésta y pensó que estaba solo, y entonces un día encontró la huella de un pie en la arena. Había un grabado —añadió.

—¿La huella de un pie? —preguntó el decano, incorporándose y sujetándose la cabeza con las manos. —Pues sí, y cuando la vio comprendió que... —¿... que el otro habitante de la isla era un campeón de salto que sólo tenía una pierna y estaba un poco loco? —preguntó el decano, que se había despertado de mal humor y tenía ganas de discutir.

—Bueno, después encontró unas cuantas huellas más y...

—Me encantaría haber naufragado en una isla desierta —dijo lúgubremente el prefecto mayor mientras contemplaba cómo Ridcully corría sin moverse del sitio.

—¿Son impresiones mías o estamos atrapados en una isla a miles de kilómetros y a millares de años de casa? —preguntó el decano. —Lo estamos.

—Me lo imaginaba. ¿Hay algo para desayunar? —Stibbons encontró unos cuantos huevos pasados por agua.

—Qué muchacho tan útil —gimió el decano—. ¿Dónde los encontró? —En un árbol.

Fragmentos de la noche anterior volvieron a la mente del decano.

—¿Un árbol de huevos pasados por agua? —Sí, y están muy en su punto —dijo el prefecto mayor—. Si les echas unas termitas del árbol del pan, saben realmente deliciosos.

—Y supongo que ahora me dirá que también encontró un árbol de cucharas…—Por supuesto que no. —Menos mal.

—Es un arbusto —dijo el prefecto mayor, alzando una cucharilla de madera a la que todavía se adherían unas cuantas hojas.

—Un arbusto que da cucharas como fruto... —Al joven Stibbons le ha parecido de lo más lógico, decano. Después de todo, y cito sus palabras, «las cogimos porque son útiles, y además las cucharas siempre se están perdiendo». Después se echó a llorar.

—Aun así, creo que no anda del todo desencaminado. Sinceramente, este sitio es como la Gran Montaña de Caramelo.

—Voto porque nos vayamos de aquí lo más pronto posible —dijo Estudios Indefinidos—. Será mejor que hoy examinemos seriamente esa idea de la embarcación. No quiero encontrarme con otro de esos horribles lagartos.

—Uno de cada cosa, ¿recuerda?

—Entonces probablemente haya uno peor.

—Construir una embarcación no puede ser muy difícil —dijo Estudios Indefinidos—. Incluso los primitivos son capaces de hacerlo.

—Oiga, hemos recorrido toda la isla y todavía no hemos encontrado una biblioteca decente —dijo el decano—. ¡Sencillamente no hay bibliotecas! Esto es ridículo. ¿Cómo se supone que te las vas a arreglar para hacer algo?

—Supongo que podríamos hacer pruebas con distintas cosas —repuso el prefecto mayor—. Para averiguar si flotan, ya saben.

—Oh, bueno, si realmente está dispuesto a emplear métodos tan toscos...

Estudios Indefinidos lanzó una rápida mirada al decano y decidió que había llegado el momento de suavizar la tensión.

—Ja, ja —rió—. Me estaba preguntando, ja, ja, sólo como pequeño ejercicio mental... Si hubiera naufragado en una isla desierta, decano, ¿qué clase de música le gustaría escuchar?

El rostro del decano se ensombreció más.

—Preferiría escuchar música en la Ópera de Ankh-Morpork.

—Ah. Sí, claro. Una respuesta muy... muy directa, decano.

Los labios de Rincewind formaban una sonrisa un tanto vidriosa.

—Así que... así que eres un cocodrilo, ¿eh?

—¿Te molesta?

—¡No! ¡No! Pero ¿nunca te llaman de otra manera?

—Bueno, algunos utilizan un apodo que me han puesto...

—¿Sí?

—Sí. Cocodrilo Cocodrilo. Pero aquí casi todo el mundo me llama Dongo.

—Y... esto... bueno, esta cosa... ¿Cómo la llamáis?

—La llamamos cerveza —dijo el cocodrilo—. ¿Tú como la llamas?

El encargado de la barra llevaba una sucia camisa y pantalones cortos, y la visión de éstos confeccionados para alguien que tenía unas piernas cortísimas y una cola muy larga hizo comprender a Rincewind lo difícil y complicado que podía llegar a ser el trabajo de un sastre. Rincewind sostuvo el vaso de cerveza delante de su cara para examinarlo a la luz. Y eso era lo sorprendente, claro, porque podías ver la luz a través del contenido del vaso. ¡Aquella cerveza dejaba pasar la luz! Un experto en cervezas te diría que la cerveza de Ankh-Morpork pertenecía a la categoría de las mixturas espirituosas, lo que siempre era una forma elegante de no entrar en detalles desagradables: tenía textura, sabor —aunque a veces prefirieses ignorar a qué sabía exactamente—, cuerpo, posos, sedimentos y residuos. Cuando sólo quedaban un par de centímetros en el vaso, siempre podías comértelos con una cuchara.

Aquel líquido, en cambio, parecía carecer de sustancia, brillaba y tenía aspecto de haber sido bebido por alguien antes que él. Pero sabía bien. No te hinchaba el estómago como la cerveza de Ankh-Morpork. Apenas tenía cuerpo, por supuesto, pero una persona educada nunca insultaba a las cervezas de los demás.

—Cerveza —dijo—, y no está nada mal.

—¿De dónde te han traído los vientos?

—Vine flotando hasta aquí encima de un trozo de madera.

—¿Y cabías con tanto camello?

—Sí.

—Qué suerte.

Rincewind necesitaba un mapa. No uno geográfico, aunque siempre habría sido una ayuda, sino uno que le mostrara dónde se hallaba su cabeza en aquellos momentos. Normalmente no te encontrabas con cocodrilos sirviendo detrás de una barra, pero al parecer la clientela de aquella taberna más bien cavernosa opinaba que era algo normal. Claro que la clientela del bar incluía tres ovejas que llevaban monos de trabajo y dos canguros que estaban jugando a los dardos...

Y no eran exactamente ovejas, sino que parecían una especie de... de ovejas humanas. Las orejas sobresalían del cráneo y los rizos blancos y el aspecto ovejuno estaban presentes, pero también tenían manos y se mantenían erguidas. Y Rincewind estaba seguro de que no podías cruzar un humano con una oveja. Si eso fuera factible, a estas alturas los seres humanos —en particular los habitantes de los distritos rurales más aislados— ya habrían encontrado alguna forma de hacerlo.

A los canguros les había ocurrido algo similar. Las orejas puntiagudas saltaban a la vista y no cabía duda de que tenían hocicos, pero los canguros ahora estaban apoyados en la barra bebiendo aquella extraña cerveza carente de cuerpo y de sustancia. Uno de ellos llevaba una chaqueta llena de manchas con la leyenda «Heno Wagga. ¡El heno que crece en el cielo!» apenas visible debajo de la suciedad.

En resumen, que Rincewind tenía la sensación de no estar viendo a meros animales. Tomó otro sorbo de cerveza.

Naturalmente, ése no era un tema del que se pudiera hablar con Cocodrilo Dongo. Centrar la atención de un cocodrilo en el hecho de que había un par de canguros en la taberna era el tipo de error filosófico que Rincewind no estaba dispuesto a cometer.

—¿Quieres otra cerveza? —preguntó Dongo.

—Sí, claro —dijo Rincewind.

Echó un vistazo a la placa del grifo de la cerveza. En la etiqueta ponía «Cerveza Ro», y debajo había dibujado un canguro sonriente.

Rincewind alzó los ojos hacia un letrero medio arrancado de la pared. También anunciaba la Cerveza Ro. Allí estaba el mismo canguro, sosteniendo una pinta de dicha cerveza y luciendo la misma sonrisa maliciosa.

Sin saber por qué, Rincewind pensó que la sonrisa le resultaba familiar.

—Nopodido vitar pecatarme... —Rincewind hizo un nuevo intento—. No he podido evitar percatarme de que algunas de las personas detebarsondiferensíadas de otras pesonas.

—Bueno, el viejo Troncohueco Joe ha engordado últimamente —dijo Dongo, que estaba secando un vaso con un paño.

Rincewind bajó la mirada hacia sus piernas.

—¿De quién sontaspiednas?

—¿Te encuentras bien?

—Pobablemente mamordído algo —dijo Rincewind, sintiendo una apremiante y repentina necesidad de orinar.

—Fuera, en la parte de atrás —di] o Dongo.

—Fueratrás en el fueratrás del mundo —dijo Rincewind, echando a andar con paso tambaleante—. Jajá-jajá...

Y entonces chocó con un hombretón que extendió una mano y alzó en vilo a Rincewind. La mirada de Rincewind se deslizó a lo largo del brazo y acabó deteniéndose en un rostro enorme y lleno de furia cuya expresión indicaba que muchos andaban buscando pelea, y que el resto estaba más que dispuesto a seguirles la corriente.

—He oído lo que decía. ¿De dónde es usted, señor?

—preguntó el gigante.

—De Ankh-Mi'Porco...

¿Por qué mentir en un momento semejante?

El silencio se adueñó de la taberna.

—Y te atreves a venir aquí y empiezas a burlarte de nosotros diciendo que todos bebemos cerveza, que siempre nos estamos peleando y que hablamos raro, ¿eh?

—Calma y tranquilidad —dijo Rincewind.

Su captor tiró de él hasta que sus rostros casi se tocaron. Rincewind nunca había visto una nariz tan enorme.

—Y supongo que ni siquiera sabes que da la casualidad de que producimos unos cuantos vinos particularmente exquisitos entre los que, tanto por su calidad como por su precio, resulta especialmente merecedor de atención nuestro Chardonnay, por no mencionar el delicioso Semillons del Valle de las Dunas Oxidadas, un descubrimiento refrescante reservado a los auténticos entendidos... ¿A que no sabías todo eso, bastardo?

—No, pero me alegra saberlo. En ese caso tomaré una pinta de Chardonnay, por favor.

—Sigues haciéndote el gracioso, ¿eh?

—¿Yo? Eh... No; es que necesito ir a... En fin, me parece que he bebido demasiada cerveza y...

—¿Te importaría soltar a mi compañero? —preguntó una voz.

Loco acababa de aparecer en el umbral. Todos se apresuraron a apartarse.

—Oh, oh. ¿Tú también estás buscando pelea, retaco?

Rincewind fue bruscamente soltado y después el coloso apretó los puños y se volvió hacia el enano.

—No las busco. Me basta con entrar en las tabernas y allí están —dijo Loco, desenvainando un cuchillo—. Y ahora ¿vas a dejarle en paz, Wally?

—¿Llamas cuchillo a eso? —El gigante desenvainó un cuchillo que de encontrarse en una mano de dimensiones normales habría podido ser llamado espada—, ¡A esto le llamo yo cuchillo!

Loco lo miró y después se llevó la mano a la espalda. Cuando volvió a hacerse visible, la mano sostenía algo.

—¿De veras? Calma y tranquilidad, ¿eh? —dijo—. Pues a esto yo le llamo ballesta.

—Es un tronco —dijo Ridcully, inspeccionando el resultado de los esfuerzos del comité de construcción de embarcaciones.

—Es bastante más que un tronco... —empezó el decano.

—Oh, ya veo que han hecho un mástil y que luego han cogido el albornoz del bibliotecario y lo han atado al mástil. Es un tronco, decano. En un extremo hay raíces y en el otro hay trocitos de rama. Ni siquiera lo han ahuecado. Es un tronco.

—Hemos necesitado horas —dijo el prefecto mayor.

—Y flota —observó el decano.

—Más que flotar, yo diría que no acaba de hundirse del todo —observó Ridcully—. Y todos iríamos en él, ¿no?

—Este prototipo es la versión monoplaza —dijo el decano—. Hemos pensado que sería mejor que antes hiciéramos algunas pruebas preliminares. Después siempre podemos unir unos cuantos con cuerdas y...

—¿Como una balsa, quiere decir?

—Supongo que sí-dijo el decano de mala gana, ya que habría preferido emplear un nombre más dinámico—. Estas cosas requieren su tiempo.

El archicanciller asintió. Se sentía bastante impresionado. En un solo día los magos habían conseguido recapitular un progreso tecnológico para el que la humanidad probablemente había necesitado varios centenares de años. Yendo a ese ritmo, el martes quizá habrían logrado llegar a las chalupas.

—¿Quién va a probarlo? —preguntó. —Hemos pensado que el tesorero quizá podría echarnos una mano en cuanto hubiéramos llegado a esa fase del programa de desarrollo.

—Se ha ofrecido voluntario, ¿eh?

—Estamos seguros de que lo hará. De hecho el tesorero se encontraba a cierta distancia de allí, vagando sin rumbo, pero con cara de plácida satisfacción, por la jungla llena de escarabajos.

El tesorero no era, como probablemente él mismo estaría dispuesto a admitir, ningún modelo de estabilidad mental. Sin duda sería el primero en admitir que estaba bastante chalado.

Pero en realidad, y por así decirlo, sólo estaba loco por fuera. De joven la magia nunca le había interesado demasiado, pero los números se le daban muy bien, e incluso un sitio como la Universidad Invisible necesitaba a alguien que supiera sumar. Y, de hecho, el tesorero había vivido muchos años encerrándose en una habitación y dedicando todas sus facultades mentales a sumar mientras fuera el resto del mundo estaba ocupado practicando la división y la resta.

Por aquel entonces el asesinato mágico todavía era la ruta legal preferida de los magos que querían acceder a los altos cargos, pero al tesorero lo protegía el hecho de que nadie quería llegar a ser tesorero.

Y entonces Mustrum Ridcully fue nombrado archicanciller y puso fin a aquel sistema por la sencilla razón de que no había forma de asesinarlo y porque, a su propia y peculiar manera, además era un modernizador. Y los magos más veteranos le siguieron la corriente porque si no lo hacían Ridcully tendía a gritarles y porque, después de haber vivido algunos de los períodos más trepidantes de la historia de la Universidad Invisible, sentían alivio al saber que por fin podrían disfrutar de la cena y que se levantarían de la cama teniendo la misma forma que cuando se habían acostado.

Pero ese cambio tan bien acogido por los demás convirtió la vida del tesorero en un auténtico infierno. No había ni una sola faceta de Mustrum Ridcully que no le irritase. Si las personas fueran alimentos, el tesorero habría sido uno de los huevos pasados por agua de la vida, pero Mustrum Ridcully era un pastel de menudillos recubierto con salsa de ajo. Hablaba en un tono tan alto como el que la mayoría de la gente reservaba para gritar. En vez de caminar, Ridcully pateaba los suelos. Iba mascullando de un lado a otro y perdía papeles importantes que luego negaba haber visto, y cuando estaba aburrido disparaba su ballesta contra la pared. Era agresivamente jovial y animado. Como nunca estaba enfermo, creía que las enfermedades de los demás eran causadas por algún descuido. No tenía ningún sentido del humor, pero contaba chistes.

Que eso afectara de tal manera al tesorero resultaba un poco extraño, dado que él tampoco tenía el menor sentido del humor. De hecho, incluso se enorgullecía de ello. El tesorero no era la clase de hombre que se ríe por cualquier cosa. Pero sabía cómo debían ser los chistes. Ridcully contaba los chistes de la misma manera en que una rana habría llevado la contabilidad: sus asientos nunca cuadraban.

Por consiguiente el tesorero acabó encontrando más satisfactorio vivir dentro de su cabeza, donde había nubes y flores y no estaba obligado a escuchar. Aun así, algo debía haberse filtrado desde el mundo exterior, porque de vez en cuando el tesorero empezaba a dar saltitos sobre una hormiga, meramente por si se suponía que debía hacerlo. Una parte de su ser albergaba la esperanza de que una de las hormigas tuviera algún parentesco remoto con Mustrum Ridcully.

Y mientras estaba ocupado cambiando el futuro de esa manera, los ojos del tesorero se posaron en lo que parecía una gruesa manguera verde tirada en el suelo.

—¿Hmmm?

El cilindro verdoso era ligeramente transparente y parecía palpitar rítmicamente. Cuando lo alzó y se lo acercó a la oreja, el tesorero oyó una especie de gloop.

A pesar de que estaba levemente fuera de sus cabales, el tesorero poseía ese instinto infalible que impulsa a todos los magos a meter las narices sin motivo en lugares peligrosos, por lo que siguió el tallo palpitante.

Rincewind despertó, porque no había forma de dormir con alguien pateándole las costillas.

—¿Grmff?

—¿Quieres que vuelva con un cubo lleno de agua y te lo vierta por encima?

Rincewind reconoció aquel tono jovial. Sus ojos se despegaron.

—¡Oh, no! ¡Tú no! ¡No eres más que una fantasía surgida de mi imaginación!

—En ese caso quizá debería volver a patearte las costillas —dijo Scrappy.

Rincewind se incorporó. Estaba amaneciendo, y él yacía sobre unos matorrales detrás de la taberna.

La memoria de Rincewind empezó a proyectar su película muda sobre sus párpados.

—Hubo una pelea... Loco disparó esa... esa... ¡Le disparó un dardo de ballesta!

—Pero sólo le atravesó el pie para que se estuviera quieto y ofreciera un blanco fácil. El gran problema de los uombats siempre ha sido que no aguantan la bebida.

Más recuerdos atravesaron las tinieblas del cerebro de Rincewind.

—Ah, sí. ¡Había animales y estaban bebiendo!

—Sí y no —dijo el canguro—. Intenté explicártelo...

—Soy todo oídos —dijo Rincewind, Sus ojos se vidriaron por un momento—. No, no soy todo oídos: soy todo vejiga. Enseguida vuelvo.

El zumbido de las moscas y una especie de olor universal condujeron a Rincewind hasta una choza cercana. Ciertas personas quizá la habrían calificado de «cuarto de baño», pero después de haber estado dentro nunca se les ocurriría volver a emplear esas palabras para referirse a la cabaña.

Rincewind salió casi enseguida y empezó a dar nerviosos saltitos.

—Hay... eh... hay una araña muy grande encaramada al retrete...

—¿Y qué piensas hacer, esperar a que haya acabado? ¡Ahuyéntala con tu sombrero!

Mientras lo hacía, Rincewind intentó comprender por qué un ser humano podía resignarse a la idea de orinar detrás de un arbusto en el centro de millares de kilómetros cuadrados de desolación desértica y, al mismo tiempo, estar dispuesto a librar una auténtica guerra por una letrina en el caso de que hubiera una disponible.

—Y no vuelvas —masculló en cuanto estuvo seguro de que la araña ya estaba suficientemente lejos para no poder oírle.

Pero el cerebro humano suele ser incapaz de centrarse en las prioridades del momento, y Rincewind se encontró dedicándose a contemplar el panorama. Y dentro de aquella cabaña, como ocurre en los lugares íntimos de todo el mundo, los hombres habían descubierto el impulso de dibujar en las paredes.

Quizá fuese la forma en que la luz caía sobre los viejos tablones, pero debajo de las minucias habituales de la gente que necesitaba a otra gente y los dibujos en los que el exceso de esperanzas había sustituido a la memoria, alguien había dibujado con trazos enérgicos a un grupo de hombres que llevaban sombreros puntiagudos.

Rincewind salió de la cabaña con expresión pensativa y echó a andar entre los arbustos.

—Calma y tranquilidad —dijo el canguro, hablando tan cerca de su oreja que Rincewind se alegró mucho de haber tenido ocasión de hacer sus necesidades.

—¡Oh, no me vengas con ésas!

—Los verás por todas partes. Forman parte del plan básico. Saben cómo infiltrarse en los pensamientos de las personas. No puedes huir de tu destino, compañero. Rincewind ni siquiera intentó demostrarle que estaba muy equivocado.

—Tendrás que poner un poco de orden en todo este lío —dijo Scrappy—. Tú eres la causa.

—¡No lo soy! ¡Son las cosas las que me ocurren a mí, no yo el que les ocurre a las cosas!

—Ya sabes que podría sacarte las tripas de una patada. ¿Te gustaría?

—No.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que al huir siempre acabas metiéndote en nuevos líos?

—Sí, pero... Verás, también puedo huir de esos nuevos líos —dijo Rincewind—. Ahí está la auténtica gracia del sistema. Morir es algo que sólo te ocurre una vez, pero el huir es para siempre.

—Ah, pero se dice que el cobarde muere mil veces en tanto que el héroe sólo muere una.

—Sí, pero esa una es la que importa.

—¿No te da vergüenza?

—No, Me voy a casa. Voy a encontrar esa ciudad llamada Bugarup, y luego encontraré una embarcación y volveré a casa.

—¿Bugarup?

—No me digas que ese lugar no existe.

—Oh, no. Es muy grande. ¿Es allí a donde vas?

—¡No intentes detenerme!

—Veo que por fin has tomado una decisión —dijo Scrappy.

—¡Lee mis labios!

—Tu bigote se interpone en mi trayectoria visual.

—¡Pues entonces lee mi barba!

El canguro se encogió de hombros.

—En tal caso, supongo que no me queda más elección que seguir ayudándote.

Rincewind se irguió cuan alto era.

—Encontraré mi propio camino —dijo.

—No conoces el camino.

—¡Le preguntaré a alguien!

—¿Y qué me dices de la comida? Morirás de hambre.

—¡Aja, ahí es donde te equivocas! —replicó Rincewind—. Cuento con un poder asombroso. ¡Mira!

Levantó una piedra, extrajo lo que había debajo y se lo mostró al canguro.

—¿Ves? Impresionado, ¿eh?

—Mucho.

—¡Aja!

Scrappy asintió.

—Eres la primera persona a la que veo hacer eso con un escorpión.

El dios estaba sentado en lo alto de la copa de un árbol trabajando sobre un escarabajo particularmente prometedor cuando el tesorero pasó por debajo de él.

Bien, por fin. ¡Uno de ellos lo había encontrado!

El dios había pasado algún tiempo observando cómo los magos intentaban construir una embarcación, aunque no consiguió entender qué estaban tratando de hacer exactamente. Por lo que pudo ver, el hecho de que la madera flotara había despertado cierto interés entre ellos. Bueno, la madera flotaba, ¿no?

Lanzó el escarabajo al aire. La criatura cobró vida con un zumbido y se alejó volando, una pequeña pincelada de iridiscencia entre las copas de los árboles.

El dios se elevó por encima del árbol y siguió al tesorero.

El dios aún no había llegado a ninguna decisión acerca de aquellos seres, pero la isla, por desgracia y yendo en contra de toda su meticulosa planificación, estaba produciendo muchas cosas raras. Aquellos seres eran obviamente sociales, con algunos de los individuos diseñados para tareas específicas. El que estaba cubierto de pelos rojos había sido diseñado para trepar a los árboles, y el pisoteador de hormigas que siempre parecía distraído había sido diseñado para chocar con los troncos. Las razones para todo ello quizá acabarían saliendo a la luz tarde o temprano.

—¡Ah, tesorero! —exclamó jovialmente el decano—. Me estaba preguntando si le apetecería dar un paseo por la laguna.

El tesorero contempló el tronco empapado e intentó encontrar palabras para responder. A veces, cuando lo necesitaba de verdad, podía conseguir que el señor Cerebro y el señor Boca formaran equipo.

—Hace mucho tiempo tuve un bote —dijo finalmente.

—¡Bravo! Pues aquí tenemos otro, y sólo está esperando a que...

—Era verde.

—¿De veras? Bueno, podemos...

—He encontrado otro bote verde —dijo el tesorero—. Está flotando en el agua.

—Sí, sí, estoy seguro de que lo ha encontrado —dijo Ridcully con amabilidad—. Y apostaría a que es enorme y tiene montones de velas, ¿eh? Bueno, decano, vamos a...

—Sólo tiene una vela —dijo el tesorero—. Ah, sí, y una señora desnuda delante.

El dios, suspendido inmanentemente sobre ellos, soltó una maldición. El mascarón de proa no figuraba en sus planes originales. A veces sentía deseos de darse por vencido y echarse a llorar.

—¿Una señora desnuda? —repitió el decano, estupefacto.

—Cálmese, decano — dijo el prefecto mayor—. Probablemente habrá tomado demasiadas píldoras de extracto de rana.

—Está subiendo y bajando en el agua-dijo el tesorero—. Sube y baja, sube y baja.

El decano contempló lo que habían creado. En contra de todas las expectativas, no subía y bajaba sobre las aguas. Su embarcación se mantenía exactamente donde estaba, y era el agua la que subía y bajaba alrededor de ella.

—Esto es una isla —dijo—. Supongo que alguien podría haber navegado hasta aquí, ¿no? ¿De qué clase de señora desnuda estamos hablando? ¿De una muy morena, quizá?

—¡Decano, por favor!

—Espíritu de investigación, prefecto mayor. Información biogeográfica de gran importancia.

El tesorero esperó hasta que su cerebro volvió a ponerse en marcha.

—De una señora verde —dijo por fin.

—Con ropa o sin ella, el verde no es un color natural para un ser humano —dijo el prefecto mayor.

—El viaje por mar quizá la haya mareado —sugirió el decano.

Su mente apenas si había conseguido formar los tenues vestigios de un vago anhelo, pero el decano no estaba dispuesto a renunciar a él.

—Sube y baja —dijo el tesorero.

—Supongo que podríamos ir a echar una mirada.

—dijo el decano.

—¿Y qué pasa con la señora Panadizo? Todavía no ha salido de su cabaña.

—Oh, si quiere también puede venir —dijo el decano.

—No creo que podamos esperar que la señora Panadizo venga a echarle un vistazo a una dama desnuda por muy verde que sea —dijo el prefecto mayor.

—¿Por qué no? Como mínimo tiene que haber visto una dama desnuda, Aunque no de color verde, por supuesto.

El prefecto mayor se irguió cuan alto era.

—Esa clase de imputación está totalmente fuera de lugar-dijo.

—¿Cómo dice? Bueno, es obvio que ella... El decano no llegó a completar la frase. Las hojas que cubrían la entrada de la cabaña de la señora Panadizo fueron apartadas, y ella salió fuera.

Probablemente fuese la flor que llevaba en el cabello. Pero la señora Panadizo también le había hecho cosas a su vestido. Para empezar, ahora había menos vestido que antes, dado que la palabra deriva de una isla que no existe en el Mundodisco, los magos nunca habían oído hablar del biquini. En cualquier caso, lo que la señora Panadizo había confeccionado a partir de su vestido era mucho más sustancial que un biquini. Más bien era un nuevazelanda, ya que consistía en dos mitades muy respetables y bastante grandes separadas por un estrecho canal. Además la señora Panadizo se había envuelto la cintura con un trozo de la tela sobrante, al estilo de un sarong.

En resumen, que la prenda no tenía nada de provocativo o escandaloso... pero parecía tenerlo. Era como si la señora Panadizo hubiera decidido ataviarse con una hoja de parra de dos metros cuadrados. Por muy grande que fuese, la hoja de parra habría seguido siendo una hoja de parra.

—He pensado que esto sería más adecuado para el calor —dijo—. Nunca se me ocurriría llevarlo en la Universidad Invisible, naturalmente, pero como parece que vamos a pasar algún tiempo aquí me acordé de un grabado de la reina Zazumba de Sumtri. ¿Creen que habrá algún sitio donde se pueda tomar un baño?

El decano carraspeó.

—En la jungla hay una pequeña laguna.

—Y está llena de nenúfares —dijo Runas Recientes—. De color rosa.

—Mwaaa —dijo el prefecto mayor.

—Y hay una cascada —dijo el decano.

—Mwaaa.

—Y de hecho incluso hay un arbusto de jabón.

Los magos siguieron con la mirada a la señora Panadizo mientras ésta se alejaba.

—Sube y baja, sube y baja —dijo el tesorero.

—Es toda una mujer —opinó Ridcully—. Cuando no lleva zapatos camina de una manera distinta, ¿verdad? ¿Se encuentra bien, prefecto mayor?

—¿Mwaa?

—Me parece que el calor está empezando a afectarle. Se ha puesto muy rojo.

—Soy un mwaa... soy... Caray, hace mucho calor, ¿no? Quizá yo también debería darme un baño...

—En la laguna —dijo Ridcully lanzándole una mirada significativa.

—Oh, la sal es muy mala para la piel, archicanciller.

—Cierto, cierto. Aun así... Claro que siempre podría ir en busca de la laguna cuando la señora Panadizo haya vuelto.

—Archicanciller, encuentro insultante que parezca pensar que...

—Bravo —dijo Ridcully—. Y ahora, ¿vamos a echar un vistazo a esa embarcación?

Media hora después los magos estaban reunidos en la otra orilla.

Era verde. Y subía y bajaba. Resultaba evidente que era una embarcación, pero quizá hubiera sido construida por alguien que disponía de un manual de construcción naval detalladísimo que, curiosamente, no incluía ninguna foto. Los detalles no estaban muy bien definidos. No cabía duda de que el mascarón de proa, por ejemplo, era vagamente femenino, pero aun así —para gran desilusión del decano— los contornos estaban tan poco detallados como los de una piruleta concienzudamente chupada.

Verlo hizo que el prefecto mayor pensara en la señora Panadizo, aunque últimamente los árboles, las rocas, las nubes y los cocos también le hacían pensar en ella.

Y luego estaba la vela, claro. No cabía duda de que era una hoja. Y una vez lo habías advertido, empezabas a ser consciente de que el resto del navío poseía cierta cualidad medular o calabacera.

Ponder tosió.

—Ciertas plantas confían en las semillas flotantes para su propagación —dijo con un hilo de voz—. El coco común, por ejemplo...

—¿Tiene un mascarón de proa? —preguntó Ridcully.

—Eh... El fruto de una variedad del mangle tiene una especie de quilla que...

—¿Y una vela con algo muy parecido a unos aparejos? —preguntó Ridcully.

—Esto... No.

—¿Y qué son esas flores de arriba? —quiso saber

Ridcully.

Donde habría tenido que haber una cofa para el vigía había una masa de flores con forma de bocina, como un gran ramo de narcisos de color verde.

—¿Qué más da? —dijo Estudios Indefinidos—. Aunque sea una calabaza gigante es una embarcación, y parece que hay espacio suficiente para todos. —Se le iluminó el rostro—. Quizá vayamos un poco apretados, pero siempre podemos fingir que estamos jugando a ser semillas.

—Ha aparecido de una manera muy oportuna —dijo Ridcully—. Me pregunto por qué.

—He dicho que podemos fingir que estamos jugando a ser semillas —insistió Estudios Indefinidos—. Porque las calabazas tienen semillas, ¿saben? Y las semillas están muy juntas, y...

—Sí, lo sé —dijo Ridcully, contemplando con expresión pensativa la embarcación que se mecía sobre las aguas.

—Sólo intentaba...

—Compartir sus ideas con nosotros, lo sé. Muchas gracias.

—Pues parece bastante espaciosa —dijo el decano, ignorando la mueca de frustración de Estudios Indefinidos—. Voto porque la carguemos de provisiones y partamos.

—¿Hacia dónde? —preguntó Ridcully.

—¡Hacia cualquier lugar donde temibles reptiles no se conviertan repentinamente en aves de corral! —replicó el decano.

—¿Preferiría que fuese al revés? —repuso Ridcully.

El archicanciller entró en el mar y avanzó hasta que, con el agua a la altura de los hombros, pudo golpear el casco con su cayado.

—Se está comportando de una manera muy poco razonable, Mustrum —dijo el decano.

—¿De veras? ¿Cuántos tipos de plantas carnívoras existen, señor Stibbons?

—Docenas, señor.

—¿Y cuál es el tamaño máximo de las presas que...?

—En el caso del árbol sapu de Sumtri no hay ningún límite máximo, señor. La Planta Martillo Pilón de Bhangbhangduc se cobra alguna que otra víctima entre los humanos que no ven el mazo escondido entre la espesura. Bastantes de ellas pueden comerse todo lo que tenga el tamaño de una rata. En cuanto a la Liana Estranguladora de la Pirámide, sólo se alimenta de plantas más estúpidas que ella, pero...

—Pues a mí me parece muy raro que una planta del tamaño de una embarcación aparezca de repente justo cuando queremos una embarcación —dijo Ridcully—. Quiero decir que... bueno, cocos rellenos de chocolate sí, e incluso cigarrillos con filtro, pero ¿un navío con un mascarón de proa?

—Si no tuviera un mascarón de proa no sería un auténtico navío-dijo el prefecto mayor.

—De acuerdo, pero ¿cómo lo ha sabido esa planta? —preguntó Ridcully, volviendo a la orilla—. Bueno, pues a mí no se me engaña tan fácilmente. Quiero saber qué está pasando aquí.

—¡Maldición!

Todos oyeron la voz, que era débil, quebradiza y petulante. Venía de todas partes y parecía surgir de todo lo que les rodeaba.

Unas lucecitas blancas aparecieron en el aire, empezaron a girar cada vez más deprisa y acabaron implosionando.

El dios parpadeó y se tambaleó mientras intentaba recuperar el equilibrio.

—Alabada sea mi divinidad —dijo—. ¿Qué aspecto tengo?

Alzó una mano delante de su cara y flexionó los dedos. —Ah.

La mano repartió unas palmaditas por su cara y su calva y después se entretuvo en su larga barba blanca. El dios parecía perplejo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Pues... ¿una barba? —sugirió Ponder.

El dios bajó la mirada hacia su larga túnica blanca.

—Oh. Bueno, veamos...

El dios pareció hacer acopio de fuerzas y, clavando los ojos en Ridcully, juntó sus enormes cejas blancas en un movimiento parecido al choque de dos orugas furiosas.

—¡Abandonad Esta Isla O Seréis Fulminados Por Mi Voluntad! —ordenó.

—¿Porqué?

El dios volvió a parecer perplejo.

—¿Por qué? ¡Ésta no es la clase de situación en la que podáis preguntar por qué!

—¿Por qué no?

El dios empezó a mostrar señales de nerviosismo.

—Porque... Porque Mi Voluntad Visitará Vuestros Hogares Y... Y... ¡Y Si No Queréis Que Os Cubra De Pústulas, Debéis Abandonar Ahora Mismo Este Lugar!

—¿De veras? Normalmente las visitas traen una botella de vino —dijo Ridcully. El dios titubeó.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—O un pastel —dijo el decano—. Si va a ir de visita, un pastel es un buen regalo.

—Depende de la clase de pastel —dijo el prefecto mayor—. Esos pasteles esponjosos siempre me han parecido casi insultantes. En esos casos siempre es preferible llevar algo que tenga mazapán.

—¡Largaos de aquí sí no queréis que os cubra de pasteles! —murmuró el dios.

—Siempre serían preferibles a las pústulas —dijo Ridcully.

—Con tal de que no fueran esponjosos, naturalmente —dijo el prefecto mayor.

El problema al que se enfrentaba el dios era que, mientras que aquél era su primer encuentro con unos magos, éstos se habían encontrado, en sus días estudiantiles, con cosas que casi se consideraban obligadas a amenazarles horriblemente. Cuando unos demonios habían querido arrancarte la cabeza y hacerte cosas terribles, las pústulas no podían resultarte muy amenazadoras.

—Da la casualidad de que soy el dios de esta parte del mundo ¿entienden? ¡De hecho, soy omnipotente!

—Pues yo preferiría el... cómo se llama, ya saben, ese pastel de los cuadrados blancos y amarillos... —murmuró el prefecto mayor, porque los magos siempre tienden a seguir el curso de un pensamiento hasta sus últimas consecuencias.

—Pues es usted un poco pequeño —dijo el decano. —Y luego lo recubren con una capa de mazapán azucarado. Es realmente maravilloso, de veras...

El dios por fin se percató de la otra cosa que no andaba del todo bien. Cuando tenías que enfrentarte a esa clase de cuestiones, tarde o temprano acababas teniendo problemas con la escala. Medir menos de un metro de estatura no añadía gran cosa a su autoridad.

—¡Maldición! —volvió a decir—. ¿Por qué soy tan pequeño?

—El tamaño no lo es todo —dijo Ridcully—. La gente siempre suelta una risita después de decir eso, y nunca he entendido por qué.

—¡Tiene razón! —exclamó el dios, como si las palabras de Ridcully le hubieran hecho recordar algo—. Fíjese en las amebas. Claro que no podrá, porque son pequeñísimas, pero... bueno, las amebas son adaptables, eficientes y prácticamente inmortales. Unos bichitos maravillosos, las amebas. —Un velo de nostalgia cubrió sus ojos—. El día de trabajo más productivo de toda mi existencia, oh, sí...

—Discúlpeme, señor, pero ¿qué clase de dios es usted exactamente? —preguntó Ponder.

—¿Y hay pastel o no hay pastel? —preguntó el prefecto mayor.

El dios alzó la cabeza hacia él para fulminarle con la mirada.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—Lo que me gustaría saber es de qué es usted dios exactamente —dijo Ponder.

—Pues yo querría saber qué pasa con ese pastel que se suponía iba a traernos —dijo el prefecto mayor.

—¿Prefecto mayor?

—¿Sí, archicanciller?

—Tenemos un problema, y no tiene nada que ver con los pasteles.

—Pero él había dicho que...

—Sus comentarios han sido debidamente incluidos en un anexo del acta, prefecto mayor, y dicho anexo será arrojado por la borda en cuanto hayamos llegado a alta mar. Tenga la bondad de continuar, dios.

Durante un momento el dios puso cara de rayos y truenos, pero después encorvó los hombros y se sentó en una roca.

—Todo eso del fulminar es un rollo y además nunca da resultado, ¿verdad? —murmuró con abatimiento—. Oh, no hace falta que sean educados e intenten negarlo. Ya me he dado cuenta. Podría cubrirles de pústulas, claro, pero... Bueno, la verdad es que sería una pérdida de tiempo. Al final acaban reventando y desaparecen sin dejar rastro. Y, pensándolo bien, sólo es otra manera de usar la fuerza para manipular a la gente. Si quieren que les sea sincero, la verdad es que siempre he sido un poco ateo.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Ridcully—. ¿Me está diciendo que es un dios ateo?

El dios contempló sus expresiones.

—Sí, ya lo sé —dijo—. Suena paradójico, ¿verdad? —Acarició su larga barba blanca—. ¿Y por qué tengo esto?

—¿Porque esta mañana se olvidó de afeitarse, tal vez? —aventuró Ridcully.

—No, lo que quiero decir es que... Bueno, sencillamente intenté aparecer ante ustedes con una forma que pudieran reconocer como divina. Una larga barba y una camisa de dormir parecen dos requisitos esenciales, aunque confieso que no acabo de ver muy claro lo del pelo facial.

—Es un signo de sabiduría —dijo Ridcully.

—O eso dicen —intervino Ponder, que nunca había conseguido dejarse la barba.

—Sabiduría: perspicacia, discernimiento, erudición —dijo el dios con aire pensativo—. Ah. ¿La longitud del pelo incrementa el nivel de eficiencia de las operaciones cognitivas? ¿Desempeña alguna clase de función refrigerante, tal vez?

—La verdad es que nunca había pensado en ello —dijo Ridcully.

—¿La barba se va volviendo más larga a medida que se adquiere más sabiduría? —preguntó el dios.

—No estoy seguro de que realmente sea un caso de causa y efecto —se atrevió a decir Ponder.

—Me temo que llevo una existencia bastante sedentaria. Quizá debería salir más —dijo el dios con tristeza—. Si quieren que les sea sincero, la religión me parece bastante ofensiva. —Dejó escapar un gran suspiro y pareció volverse todavía más pequeño—. Lo intento, de veras, pero hay días en los que la vida sencillamente me deprime... Oh, discúlpenme. Mis conductos respiratorios parecen estar rezumando líquidos...

—¿Quiere que le suene la nariz? —preguntó Ponder. El dios enarcó las cejas.

—Y si dijera que sí, ¿qué clase de sonido produciría exactamente? —preguntó.

—No, no... Mire, aquí tiene mí pañuelo. Lo único que ha de hacer es ponerlo encima de su nariz y luego... bueno, digamos que basta con resollar en él.

—Resollar —dijo el dios—. Interesante. Y qué hoja tan curiosamente blanca.

—No; es un pañuelo de algodón —dijo Ponder—. Es... es algo confeccionado.

Ponder no fue más allá. Sabía que los pañuelos eran confeccionados y que el algodón tenía algo que ver con su confección, y guardaba vagos recuerdos de telares y cosas por el estilo, pero pensándolo bien todo se reducía a que obtenías pañuelos entrando en una tienda donde los vendieran y diciendo «Quiero una docena de los blancos reforzados, por favor. ¿Cuánto cobran por bordar iniciales en las esquinas?».

—¿Quiere decir que ha sido... creado? —preguntó el dios con repentina suspicacia—. ¿Ustedes también son dioses?

Un brotecito se abrió paso a través de la arena junto a su pie y empezó a crecer rápidamente.

—No, no —dijo Ponder—. Lo único que has de hacer es coger un poco de algodón y... aplanarlo a martillazos, creo, y obtienes pañuelos.

—Oh, así que ustedes son criaturas que usan herramientas —dijo el dios, tranquilizándose un poco.

El brote que había aparecido junto a su pie ya se había convertido en una planta, y estaba produciendo hojas y un pequeño capullo.

El dios se sonó ruidosamente.

Los magos se aproximaron un poco más. No temían a los dioses, por supuesto, pero los dioses tendían a ser imprevisibles y un hombre prudente siempre procuraba mantenerse alejado de ellos. Aun así, resulta difícil tener miedo de alguien que se está administrando una buena sonada de narices.

—¿Realmente es usted el dios de estas tierras? —preguntó Ridcully.

El dios suspiró.

—Sí-dijo—. Pensé que sería sencillo, ¿saben? Sólo una islita. Podría volver a empezar partiendo de cero. Hacer las cosas de la manera correcta, ya me entienden... Pero todo está saliendo mal.

Una plantita produjo una florecita amarilla junto a él.

—¿De veras? —preguntó Ridcully, fascinado.

—El rayo no se deja dirigir así como así. Normalmente esperábamos hasta que un rayo dejaba frito a algún pobre desgraciado que pasaba por debajo de el y luego hablábamos con voz de trueno, y toda la culpa había sido suya por ser un pecador. Quiero decir que... bueno, tendrían que haber hecho algo, ¿no?:—El dios volvió a sonarse—. Francamente deprimente, en serio. Bien, el caso es que... supongo que la gota que hizo rebosar el vaso fue que intentara averiguar si se podía obtener una vaca más inflamable.

El dios contempló las expresiones interrogativas de los magos.

—Ofrendas sacrificiales. Las piras, las llamas y todo eso, ¿comprenden? Y en realidad las vacas no queman muy bien... Están llenas de líquidos y todo el mundo empezó a quedarse sin madera.

Los magos seguían mirándole fijamente. El dios volvió a intentarlo.

—Y si quieren que les sea sincero, no le veía ningún sentido. Gritar, fulminar, estar de mal humor todo el tiempo... Creo que nadie estaba sacando ningún beneficio de aquello. Pero lo peor... ¿Saben qué era lo peor? Pues que si dejabas de fulminar, entonces la gente se largaba a adorar a algún otro. Resulta difícil de creer, ¿verdad? Decían «Las cosas iban mucho mejor cuando fulminaba a alguien cada día», o «Si hubiera más fulminamientos, entonces no sería tan peligroso andar por las calles». Teniendo en cuenta que lo que había ocurrido era que a algún pobre pastor, que había cometido el error de estar en el sitio equivocado durante una tormenta, le había caído un rayo encima... Y entonces los sacerdotes decían: «Bueno, ya sabemos a qué se dedican los pastores, ¿verdad?, y sabemos que los dioses están enfadados y, por cierto, no nos iría mal disponer de un templo más grande, muchas gracias.»

—Típica conducta sacerdotal —resopló el decano.

—¡Pero es que solían creerlo! —casi gimió el dios—. Era muy deprimente, de veras. Creo que antes de crear a la humanidad, rompimos el molde. Un frente de tormentas llegaba de donde fuese, a unos cuantos pastores que no tenían dos dedos de frente se les ocurría estar en el lugar equivocado en el momento equivocado, y en un abrir y cerrar de ojos todas las aras sacrificiales habían colgado el cartel de «Completo» y había tanto humo que no podías ver nada. —Volvió a administrarse otra buena sonada—. Quiero decir que lo intenté, de veras. Dios sabe que lo intenté, y dado que estoy hablando de mí, puedo asegurarles que sé de qué estoy hablando. «Cuando haya tormenta te arrojarás al suelo», dije. «Construirás tus letrinas lo más lejos posible del pozo», dije. ¡Pero si incluso llegué a decirles «Deberíais hacer un auténtico esfuerzo para llevaros bien los unos con los otros»!

—¿Y funcionó?

—Pues la verdad es que no lo sé. Los seguidores del dios del valle de al lado mataron a todo el mundo porque su dios les había dicho que mataran a todos los que no creyeran en él. Un tipo desagradable ese dios, me temo.

—¿Y las vacas en llamas? —preguntó Ridcully.

—¿Las qué? —preguntó el dios, sintiéndose cada vez más desgraciado.

—La vaca más inflamable —dijo Ponder.

—Oh, sí. Otra buena idea que no funcionó. Pensé que si conseguías localizar el trocito de un roble que dice «Sé inflamable» y pegarlo al trocito de la vaca que dice «Sé líquida y esponjosa», entonces todos nos ahorraríamos un montón de problemas. Por desgracia, lo que eso produjo fue una especie de arbusto que emitía unos ruidos más bien horrorosos y soltaba chorritos de leche, pero aun así pude ver que el principio era válido. Y, dado que a esas alturas mis creyentes o estaban muertos o se habían ido a vivir al valle de al lado, me sentí harto de todo aquello y decidí volver aquí, poner manos a la obra y hacer las cosas de una manera más lógica y racional. —El dios pareció animarse un poco—. Y la verdad es que si descompones en trocitos algo, aunque sea una vaca común, obtienes cosas asombrosas.

—En el caso de la vaca, obtienes sopa —dijo Ridcully.

—Porque, tarde o temprano, todo acaba reduciéndose a unas instrucciones —prosiguió el dios, al parecer sin escucharle.

—¡Eso he dicho siempre! —exclamó Ponder.

—¿De veras? —dijo el dios, mirándole—. Bien, el caso es que así fue como empezó todo. Verán, pensé que las cosas irían mucho mejor si creaba criaturas que pudieran alterar sus propias instrucciones cuando tuvieran necesidad de hacerlo, y entonces…

—Oh, se refiere a la evolución —dijo Ponder Stibbons.

—¿Usted cree? —El dios puso expresión pensativa—. Oh, sí. Cambiar con el paso del tiempo... Sí, ese término nos proporciona una forma muy acertada de describirlo, ¿verdad? Evolución. Sí, supongo que eso es lo que hago. Por desgracia, no parece estar funcionando correctamente.

Un tenue chasquido resonó junto a él. La plantita acababa de dar fruto. Su vaina se había abierto y dentro de ella, con los pliegues de tela tan pulcramente apretados como los pétalos de un crisantemo, parecía haber un pañuelo blanco recién hilado.

—Ahí lo tienen —dijo el dios—. ¿Ven a qué me estoy enfrentando? Egoísmo puro y simple y nada más que egoísmo... —Cogió el pañuelo, se sonó, lo hizo una bola y lo dejó caer al suelo—. Siento lo de la embarcación —siguió—. Fue una especie de improvisación, ¿comprenden? No quería que nadie lo perturbara todo, pero como no creo en todo eso del fulminar, pensé que dado que ustedes querían irse de aquí debía ayudarles. Y dadas las circunstancias, pienso que hice un trabajo bastante bueno. Estoy casi seguro de que encontrará tierra, así que... Bueno, ¿por qué no se van?

—La señora desnuda de la parte delantera habría hecho sospechar a cualquiera —dijo Ridcully.

—¿La qué? —El dios volvió la cabeza hacía la embarcación—. Estos ojos no son particularmente eficientes... Oh, sí, claro. Esa figura. La maldita resonancia mórfica de nuevo. ¿Quieres dejar de hacer eso de una condenada vez?

La planta de los pañuelos acababa de producir otro fruto. El dios entrecerró los ojos, alzó un dedo y la incineró.

Los magos retrocedieron como un solo hombre. —Dejo de concentrarme cinco minutos y todo pierde el sentido de la disciplina —dijo el dios—. ¡Todo quiere volverse condenadamente útil, y no entiendo porqué!

—Perdón, pero... ¿lo estoy entendiendo bien? ¿Usted es un dios de la evolución? —preguntó Ponder.

—¿Le parece mal? —preguntó el dios con visible preocupación.

—¡Pero la evolución lleva siglos ocurriendo!

—¿De veras? ¡Pero si sólo llevo unos años trabajando en ella! ¿Quiere decir que alguien más se está dedicando a la evolución?

—Me temo que sí, señor —dijo Ponder—. La gente cría perros para que sean más feroces y caballos de carreras para que sean más rápidos, y... Pero si incluso mi tío es capaz de hacer cosas asombrosas con sus frutales.

—Y todo el mundo sabe que si tienes un puente puedes cruzar un río —dijo Ridcully.

—¿Puedes? ¿De veras? —preguntó el dios de la evolución con seriedad—. ¡Y yo que creía que los puentes sólo servían para obtener madera empapada! Oh, vaya.

Ridcully le guiñó un ojo a Ponder Stibbons. Los dioses solían ser bastante incompetentes en todo lo relacionado con el humor, y aquél era todavía peor que Ridcully.

—Hemos retrocedido en el tiempo, señor Stibbons

—dijo—. Quizá todavía no haya ocurrido, ¿eh?

—Oh, Sí, claro —dijo Ponder.

—Y de todas maneras, dos dioses de la evolución... No veo qué hay de malo en ello —dijo Ridcully—. Hace que todo resulte más interesante. El que lo hiciera mejor acabaría ganando.

El dios le contempló boquiabierto. Después articuló en silencio las palabras de Ridcully, repitiéndolas para sí mismo, y luego chasqueó los dedos y desapareció entre una erupción de lucecitas blancas.

—Ahora sí la ha hecho buena —dijo Runas Recientes.

—Castigado sin pastel —dijo el tesorero.

—Pues no se le veía demasiado preocupado —dijo Ponder—. Más bien parecía haberse dado cuenta de algo.

Ridcully alzó la mirada hacia la montañita que ocupaba el centro de la isla y pareció tomar una decisión.

—De acuerdo, nos iremos —dijo—. ¿Por qué es tan extraña esta isla? Pues porque un dios bobo la está manipulando a cada momento. En lo que a mí concierne, esa explicación me parece más que satisfactoria.

—Pero señor... —empezó Ponder.

—¿Ven esa pequeña liana de ahí, la que está justo al lado del prefecto mayor? Sólo hace diez minutos que empezó a crecer-dijo el decano.

La planta parecía un pepino pequeño, pero los frutos eran amarillos y de forma oblonga.

—Páseme su cortaplumas, señor Stibbons —dijo Ridcully.

Ridcully troceó el fruto en dos mitades. Todavía no estaba del todo maduro, pero la pauta de cuadrados rosados y amarillos rodeados por algo pegajoso y dulce ya era claramente visible.

—¡Pero si sólo hace diez minutos que pensé en ese pastel! —protestó el prefecto mayor.

—Pues yo lo encuentro muy lógico —dijo Ridcully—. Quiero decir que... bueno, aquí estamos: somos magos, nos encanta viajar, queremos salir de esta isla... ¿Qué llevaremos con nosotros cuando zarpemos? Adelante, se admiten sugerencias.

—Comida, obviamente-dijo Ponder—. Pero...

—¡Exacto! Si yo fuera un vegetal, querría ser de utilidad lo más pronto posible, ¿no? ¿Para qué desperdiciar mil años desarrollando unas semillas más grandes? ¡Y lo peor es que mientras tú perdías el tiempo, otra planta podría tener alguna idea mejor! ¡No, cuando ves una oportunidad te lanzas sobre ella! Puede que no haya otro navío en años.

—O en milenios —dijo el decano.

—Con lo que la espera sería todavía más larga, naturalmente —asintió Ridcully—. La supervivencia del más rápido, ¿eh? Sugiero que carguemos el navío y zarpemos, caballeros.

—¿Así sin más? —preguntó Ponder.

—Desde luego. ¿Por qué no?

—Pero... pero... ¡pero piensen en todo lo que podríamos aprender aquí! —exclamó Ponder—. ¡Las posibilidades son impresionantes! ¡Un dios por fin ha sido capaz de tener una buena idea! ¡Al menos podríamos obtener respuestas a todas las preguntas importantes! Podríamos... podemos... Oigan, no podemos marcharnos. Bueno, sí que podemos, pero antes de irnos deberíamos pasar una temporada en esta isla... Somos magos, ¿no?

Ponder sabía que había conseguido atraer toda su atención, algo que los magos no suelen conceder. Normalmente los magos definían «escuchar» como un período durante el que decidías lo que dirías a continuación.

Era desconcertante.

Y entonces el hechizo se rompió. El prefecto mayor meneó la cabeza.

—Qué forma tan extraña de ver las cosas —dijo mientras se volvía—. Bien, propongo que nos llevemos una buena provisión de esas nueces de queso, archicanciller.

—Un buen aprovisionamiento es la esencia de toda exploración coronada por el éxito —sentenció el decano—. Y a bordo hay espacio de sobras, así que podemos ser generosos.

Ridcully se izó hasta la cubierta mediante un zarcillo que colgaba de ella y olisqueó el aire.

—Huele a calabaza —dijo—. Siempre me han gustado las calabazas. Son vegetales muy versátiles.

Ponder se tapó los ojos con una mano.

—Oh, ¿de veras? —dijo cansinamente—. ¿Un grupo de magos de la Universidad Invisible está pensando seriamente en hacerse a la mar a bordo de una embarcación comestible?

—Frita, hervida, una buena base para cualquier tipo de caldo de carne, y excelente en los pasteles —dijo alegremente el archicanciller—. Y las semillas también son un aperitivo muy sabroso.

—Con mantequilla están riquísimas —dijo Estudios Indefinidos—. Supongo que no habrá ninguna planta de mantequilla por aquí, ¿verdad?

—Pronto la habrá —dijo el decano—. ¿Le importaría ayudarnos a subir, archicanciller?

Ponder estalló.

—¡No me lo creo! —dijo—. Están dando la espalda a la asombrosa oportunidad que un dios acaba de poner en sus manos...

—Exactamente, señor Stibbons —dijo Ridcully desde arriba—. No se ofenda, por favor, pero si hay que elegir entre un periplo sobre las profundidades oceánicas o quedarse en una pequeña isla para hacerle compañía a alguien que está intentando crear una vaca más inflamable, ya puede empezar a llamarme Sam el Salado.

—¿Esto es el castillo de popa? —preguntó el decano.

—Espero que no —declaró Ridcully—. Verá, Stibbons...

—¿Está seguro? —preguntó el decano.

—Lo estoy, decano. Verá, Stibbons, cuando haya adquirido un poco más de experiencia en estas cuestiones descubrirá que no hay nada más peligroso que un dios que tiene demasiado tiempo libre y no sabe qué hacer con él...

—Salvo una osa que acabe de tener ositos y esté enfadada —dijo el prefecto mayor.

—No, las mamas oso son más peligrosas.

—Y sí fuera el castillo de popa, ¿cómo lo sabríamos? —preguntó el decano.

Ponder meneó la cabeza. Había momentos en los que el deseo de subir por la escalera taumatúrgica amenazaba con disiparse, y uno de ellos era aquel en que veías qué había al final de la escalera.

—Yo... yo... la verdad es que no sé qué decir —dijo—.

Estoy asombrado.

—Bravo, muchacho. Bien, en ese caso vaya corriendo a la selva y traiga unos cuantos plátanos, ¿quiere? Los que estén verdes se conservarán mejor. Y no se lo tome tan a pecho, Stibbons. Y si quiere que hablemos de dioses, le diré que puestos a elegir siempre optaré por los del créalos-con-barro-y—fulmínalos-después. Cuando tratas con esos dioses, siempre sabes a qué atenerte.

—Porque son prácticamente humanos, ¿eh? —dijo el decano.

—Exacto.

—Si quieren pueden considerarlo como un exceso de precauciones por mi parte —dijo Estudios Indefinidos—, pero confieso que preferiría encontrarme lo más lejos posible de la clase de dios capaz de pensar que tres piernas extra me permitirían correr más deprisa.

—Muy bien dicho. ¿Ocurre algo, Stibbons? Oh, se ha ido. Bueno, estoy seguro de que volverá. Y... ¿decano?

—¿Sí, archicanciller?

—No he podido evitar pensar que se estaba preparando para contar algún horrible chiste sobre un castillo de popa. Si no le importa, preferiría que se abstuviera de hacerlo.

—¿Te encuentras bien, compañero?

Cocodrilo Cocodrilo había sido visto por muchas personas anteriormente, pero ninguna se había alegrado tanto de verlo.

Rincewind se dejó incorporar. Su mano, sorprendentemente, no se había vuelto azul y no tenía tres veces su tamaño normal.

—Ese condenado canguro... —masculló, ahuyentando a las eternas moscas.

—¿A qué canguro te refieres, compañero? —preguntó el cocodrilo mientras le ayudaba a volver a la taberna.

Rincewind miró alrededor. Sus ojos sólo encontraron los componentes normales del paisaje local: arbustos resecos, polvo rojizo y un millón de moscas que trazaban círculos en el aire.

—Al canguro con el que estaba hablando ahora mismo.

—Pues yo estaba acabando de hacer la limpieza y te vi correr de un lado a otro chillando y soltando aullidos —dijo Cocodrilo—. No vi ningún canguro.

—Probablemente es un canguro mágico —dijo Rincewind con abatimiento.

—Oh, claro, un canguro mágico —dijo Cocodrilo—. Calma y tranquilidad, ¿eh? Será mejor que te prepare el remedio que les damos a quienes han bebido demasiada cerveza, compañero.

—¿Qué remedio?

—Más cerveza.

—Pero ¿cuánta cerveza bebí anoche?

—Oh, unas veinte pintas.

—No digas tonterías. ¡Nadie puede llegar a meterse tanta cerveza en el cuerpo! Es imposible, porque ningún estómago tiene tanta capacidad y además...

—Oh, el truco está en irlo vaciando a medida que lo llenas, compañero. No te preocupes, ¿de acuerdo? Los hombres que no aguantan la bebida siempre nos caen bien.

Y dentro del fétido estercolero en que se había convertido el cerebro de Rincewind, el proyeccionista de la memoria puso el segundo rollo. Los recuerdos empezaron a parpadear. Rincewind se estremeció.

—¿Estaba... cantando una canción? —preguntó.

—Desde luego que sí. Te pasaste un buen rato señalando el cartel de la Cerveza Ro con un dedo y cantando... —Las enormes mandíbulas de Cocodrilo se movieron mientras intentaba recordar—. «Átame el canguro», eso era lo que cantabas. Una canción preciosa, de veras.

—¿Y luego,..?

—Después perdiste todo tu dinero jugando al Dos Arriba con los esquiladores de Daggy.

—Te refieres a... Había dos monedas, y aquel tipo las lanzaba al aire, y entonces apostabas a que caerían de una manera o de otra.

—Exacto. Y tú siempre apostabas a que no caerían. Decías que tarde o temprano tenía que ocurrir. Aun así, me parece que hubo algunos momentos en los que conseguiste ponerlos bastante nerviosos.

—¿Perdí todo el dinero que me dio Loco? —Aja.

—¿Y entonces cómo pagaba mis cervezas? —Oh, los demás hacían cola para invitarte. Decían que eras mejor que un día en las carreras.

—Y después yo... Ovejas... No sé qué era exactamente, pero había algo relacionado con las ovejas... —Puso cara de horror—. Oh, no...

—Oh, sí. Dijiste: «Por todas las vejestorias voladoras, ¿un dólar cadavés que le atizas un corte de pelo a una oveja? Pues yo podría hacer estupendamente bien un trabajo asís con los ojos cerrudos, quesí, que lo juramento, nada de preocupaciones en llamas y si no que lo vean los dioses, y estas cervesas no están nada mal del todo.»

—Oh, dioses. ¿Y nadie me dio una paliza? —¡Qué va! Ya te he dicho que les habías caído en gracia y además todo el mundo lo estaba pasando en grande contigo, especialmente cuando apostaste quinientos nabos a que eras capaz de vencer a su mejor esquilador.

—No puedo haber hecho eso. ¡Yo nunca apuesto!

—Bueno, pues yo sí apuesto y además aposté, y si has estado intentando engañarnos no daría ni un centavo por tu futuro, Rincito.

—¿Rincito? —repitió Rincewind con un hilo de voz mientras contemplaba su vaso de cerveza—. ¿Qué demonios le echáis a esta cosa?

—Tu amigo Loco dijo que eras un gran mago y que cuando querías matar a alguien sólo tenias que apuntarle con un dedo y gritar —dijo Cocodrilo—. Creo que me gustaría verlo.

Rincewind, los ojos llenos de desesperación, levantó la cabeza y su mirada se posó en el cartel de la Cerveza Ro, El dibujo mostraba algunos de los árboles condenadamente ridículos que tenían en aquel lugar y la árida tierra rojiza y... nada más.

—¿Uh?

—¿Qué pasa? —preguntó Cocodrilo.

—¿Qué ha sido del canguro? —repuso Rincewind con voz enronquecida.

—¿Qué canguro?

—Anoche había un canguro en ese letrero... Estaba ahí, ¿verdad?

Cocodrilo contempló el letrero.

—Lo mío es el olfato —admitió—. Pero debo admitir que huele a que se ha largado.

—Algo muy extraño está sucediendo aquí —dijo Rincewind—. Este país es muy extraño.

—Tenemos una ópera —dijo Cocodrilo—. Eso es cultura.

—¿Y también tenéis noventa y tres maneras de decir que has bebido demasiado y te encuentras fatal? —Sí. Verás, es que... Bueno, nos encanta hablar.

—¿De verdad aposté quinientos pavos? No, creo recordar qué has dicho que aposté... ¿Qué has dicho que aposté exactamente?

—Nabos. Apostaste quinientos nabos.

—¿Nabos que no tengo?

—Aja.

—Así que si pierdo probablemente me matarán, ¿no?

—Calma y tranquilidad, compañero.

—Me gustaría que la gente dejara de decir eso. —Los ojos de Rincewind volvieron a posarse en el letrero—. ¡El canguro ha regresado!

Cocodrilo giró sobre sus patas con laboriosa lentitud, fue hasta el letrero y lo olisqueó.

—Podría ser-dijo.

—¡Y ahora está mirando hacia el otro lado!

—¡Tranquilo, compañero! —dijo Cocodrilo Dongo, que empezaba a mirarle con cierta preocupación.

Rincewind se estremeció.

—Tienes razón —dijo—. Es el calor y las moscas.

Tiene que ser eso.

Dongo le sirvió otra cerveza.

—Ah, bueno, la cerveza va muy bien para el calor —dijo—. Pero no sirve de nada contra esas malditas moscas, claro.

Rincewind empezó a asentir, pero su cabeza no llegó a completar el movimiento.

Se quitó el sombrero y lo examinó. Después agitó una mano delante de su cara, apartando las moscas. Finalmente, lanzó una mirada a una hilera de botellas.

—¿Tienes un trozo de cordel? —preguntó.

Después de algunos experimentos y colisiones, Dongo opinó que quizá sería preferible limitarse a los corchos.

El Equipaje se había perdido. Solía encontrar su camino en cualquier punto del tiempo y el espacio, pero de repente cualquier intento de orientarse le estaba haciendo sentir como un hombre que trata de mantener el equilibrio sobre dos aceras móviles lanzadas en direcciones opuestas, y el esfuerzo era demasiado grande. El Equipaje sabía que había pasado mucho tiempo enterrado, pero también sabía que sólo habían sido cinco minutos. Aunque pudiera aparentar que era capaz de pensar, el Equipaje carecía de cerebro. Lo que hacía era reaccionar, de maneras complejas, a su entorno. Normalmente, como suele ocurrirle a la mayoría de criaturas inteligentes, la reacción consistía en encontrar algo que pudiera ser pateado.

El Equipaje avanzaba por un camino polvoriento. De vez en cuando su tapa le lanzaba un mordisco a las moscas. El ópalo que recubría su armazón brillaba bajo los rayos del sol.

—¡Mira! ¡Qué cosa tan bonita! ¡Eh, vosotras dos! jTraedla aquí!

El Equipaje no prestó atención a la carreta pintada de vivos colores que acababa de detenerse a unos metros delante de él. Era vagamente consciente de que varias personas habían bajado de ella y le estaban contemplando, pero no opuso resistencia cuando esas personas parecieron tomar una decisión y lo subieron al carro. No sabía adonde tenía que ir, y como tampoco sabía adonde iba aquella carreta, siempre cabía la posibilidad de que acabara llevándolo al lugar indicado.

Después de que las personas lo hubieran depositado en el suelo de la carreta, el Equipaje esperó un tiempo prudencial y luego examinó los alrededores. Acababa de ser añadido a un montón de cajas y maletas, lo que no dejaba de ser una buena noticia. Tras haber pasado cinco minutos enterrado durante millones de años, el Equipaje creía tener derecho a disfrutar de un poco de camaradería.

Y no se resistió ni siquiera cuando alguien levantó su tapa y empezó a llenarlo de zapatos. El Equipaje enseguida se dio cuenta de que los zapatos eran grandes, y también se percató de que muchos de ellos estaban provistos de tacones interesantes y mostraban una gran inventiva a la hora de aplicar la seda y las lentejuelas. Estaba claro que eran zapatos de señora. Eso era bueno, pensó el Equipaje. Las damas tendían a llevar una vida más tranquila.

La carreta púrpura volvió a ponerse en marcha. Pintado sobre la trasera con toscas letras se leía: «Petunia, la Princesa del Desierto.»

Rincewind clavó la mirada en las tijeras de esquilar que empuñaba el jefe de los esquiladores. Parecían estar muy afiladas.

—¿Sabes qué les hacemos a quienes se vuelven atrás después de haber hecho una apuesta? —preguntó Daggy, el jefe de la cuadrilla.

—Eh... Pero es que yo estaba bebido.

—Nosotros también. ¿Y qué?

Rincewind contempló los corrales de las ovejas. Sabía lo que eran las ovejas, naturalmente, y había tenido contacto con ellas en muchas ocasiones, aunque siempre en compañía de una guarnición de verduras. De pequeño incluso había tenido una oveja de peluche. Pero hay algo muy repelente en las ovejas, una especie de convulsa y enloquecida irracionalidad que huele a pánico y lana mojada. Muchas religiones exaltan las virtudes de los mansos, pero Rincewind nunca había confiado en ellos. A veces los mansos podían llegar a ponerse muy desagradables.

Por otra parte... bueno, las ovejas estaban cubiertas de lana y las tijeras parecían muy eficientes. No podía ser tan difícil, ¿verdad? El radar de Rincewind le dijo que intentarlo y fracasar probablemente sería un crimen menos grave que no intentarlo.

—¿Podría hacer un ensayo previo? —preguntó.

Una oveja fue sacada a rastras de los corrales y tumbada delante de él.

Rincewind obsequió a Daggy con lo que esperaba fuese la sonrisa de complicidad habitual entre dos artesanos, pero sonreírle a Daggy era como arrojar merengues contra un acantilado.

—Esto... eh... ¿podríais traerme una silla, una toalla, dos espejos y un peine? —preguntó.

La ya muy intensa suspicacia que ensombrecía los ojos de Daggy se volvió más intensa.

—¿Qué estás diciendo? ¿Para qué quieres todo eso?

—Hay que hacerlo como es debido, ¿no?

Detrás del cobertizo de los esquiladores, allí donde nadie podía verla, la silueta de un canguro empezó a cobrar forma sobre los tablones descoloridos por el sol. Y después, con las líneas blancas que la componían deslizándose sobre la madera como hilachas de nubes a la deriva en un cielo despejado, empezó a cambiar de forma...

Rincewind llevaba mucho tiempo sin obsequiarse con un auténtico corte de pelo, pero sabía cómo se hacía.

—Bueno, bueno... Supongo que ya habrás disfrutado de las vacaciones, ¿verdad? —dijo, empezando a cortar.

—¡Mnaaaaarhhhh!

—¿Y qué te parece el tiempo que estamos teniendo, eh? —preguntó Rincewind con creciente desesperación.

—¡Mnaaaaaarhhh!

La oveja ni siquiera intentaba oponer resistencia. Era tan vieja que tenía menos dientes que patas, e incluso las muy limitadas profundidades de su extremadamente limitada mente sabían que ésa no era la forma en que se suponía debía desarrollarse la esquila de una oveja. La esquila debía consistir en un corto forcejeo seguido por la gloriosa y refrescante libertad que te permitía volver a los corrales. No tenía que incluir un montón de preguntas dirigidas a averiguar qué opinabas del tiempo o si necesitabas algo especial para el fin de semana, en particular dado que la oveja no tenía ni idea de cuáles eran las connotaciones de «fin de semana» o, ya puestos, de «algo». El que le echaran colonia en las orejas era otra novedad que tampoco formaba parte del procedimiento habitual.

Los esquiladores permanecían en silencio. Había una auténtica multitud, porque los primeros espectadores habían ido a buscar a toda la gente de los alrededores. Todos sabían que allí estaba ocurriendo algo que podrían contar a sus nietos.

Rincewind dio un paso atrás, examinó su obra y después le mostró a la oveja la parte posterior de su cabeza mediante el espejo, momento en el que el pobre animal perdió el escaso control de sí mismo que le quedaba, consiguió incorporarse y salió disparado hacia los corrales.

—¡Eh, espera a que te quite los bigudíes! —gritó Rincewind.

Se dio cuenta de que los esquiladores le estaban mirando.

—Así que en el sitio del que vienes esquiláis las ovejas de esta manera, ¿eh? —acabó diciendo uno de ellos con perplejidad.

—Yo... Bueno, ¿qué os ha parecido? —preguntó

Rincewind.

—Un poco lento, ¿no?

—¿Con qué rapidez se suponía que tenía que hacerlo?

—Bueeeeno, en una ocasión Daggy esquiló casi cincuenta en una hora. Ésa es la marca que tienes que superar, ¿entiendes? Nada de sofisficaciones, ¿de acuerdo? Sólo corto por detrás, por delante, por arriba y por los costados.

—Aunque hay que admitir que a ésa la has dejado preciosa, desde luego —dijo otro esquilador con cierta melancolía.

Un coro de balidos surgió de los corrales.

—¿Listo para trabajar en serio, Rinsito? —preguntó Daggy.

—¡Dioses! ¿Qué es eso? —exclamó uno de sus compañeros.

En la valla acababa de aparecer un agujero. Un carnero surgió de la brecha sacudiendo la cabeza. Chorros de vapor brotaban de sus ollares.

La mayoría de las cosas que Rincewind había asociado con las ovejas, aparte de la salsa de menta y la guarnición de verduras, guardaban una estrecha relación con la... ovejidad. Pero aquello era un carnero, y la palabra «asociación» fue bruscamente sustituida por la palabra «escabechina». De hecho, esa palabra parecía abarcar todo el futuro de Rincewind.

—¡No es mío! —dijo el dueño del rebaño.

Daggy puso sus tijeras de esquilar en la otra mano de Rincewind y le palmeó la espalda.

—Ése es todo tuyo, compañero —dijo, y retrocedió—. Estás aquí para enseñarnos cómo se hace, ¿verdad?

Rincewind bajó la mirada hacia sus pies, que permanecían firmemente plantados en el suelo.

El carnero avanzó resoplando y clavando sus ojos inyectados en sangre en Rincewind.

—De acuerdo —susurró cuando estuvo muy cerca—. Tú mueve las tijeras y las ovejas harán el resto. Calma y tranquilidad, ¿eh?

—¿Eres tú? —preguntó Rincewind, lanzando una rápida mirada al grupo de espectadores prudentemente alejados.

—Ah, buena vista. ¿Preparado? Harán lo que yo haga. Son como ovejas, ¿sabes?

Los esquiladores guardaron silencio mientras empezaba a llover lana.

—Esto no se ve con frecuencia —acabó diciendo uno de ellos—. Lo de que hagan el pino de esa manera, quiero decir...

—Y las volteretas tampoco están nada mal —dijo otro esquilador mientras encendía su pipa—. Para unas ovejas, quiero decir.

Rincewind se limitaba a sujetar las tijeras, que parecían tener vida propia. Las ovejas se lanzaban contra las hojas como sí no quisieran perder el tiempo. Los vellones se fueron amontonando alrededor de sus tobillos y de sus rodillas, después subieron hasta elevarse por encima de su cintura... y de repente las tijeras estuvieron cortando el aire.

Unas docenas de ovejas bastante aturdidas alzaron la cabeza hacia Rincewind para lanzarle miradas de suspicacia. Los esquiladores de ovejas estaban haciendo exactamente lo mismo.

—¿Ya hemos empezado la competición? —preguntó Rincewind.

—¡Has esquilado treinta ovejas en dos minutos!

—rugió Daggy.

—¿Y eso es un buen promedio o...?

—¿Que si es bueno? ¡Nadie tarda dos minutos en esquilar treinta ovejas!

—Bueno, lo siento, pero no puedo ir más deprisa.

Los esquiladores formaron un corro. Rincewind miró alrededor intentando localizar al carnero, pero ya no parecía estar allí.

Finalmente, una larga discusión pareció terminar de repente. Los esquiladores fueron hacia Rincewind andando con ese paso cautelosamente oblicuo propio de los hombres que intentan avanzar sin moverse del sitio.

Daggy dio un paso adelante, y todos sus compañeros en la coreografía de la cautela dieron un paso atrás.

—¡Buenos días! —dijo nerviosamente. Rincewind le saludó agitando la mano, y sólo entonces se acordó de que su mano seguía sosteniendo las tijeras de esquilar. Daggy no se había olvidado de ellas.

—Todavía no nos han pagado, así que de momento no tenemos quinientos nabos.

Rincewind no estaba muy seguro de cómo debía manejar aquella situación.

—Calma y tranquilidad.

Después de todo, aquellas palabras cubrían prácticamente todas las circunstancias imaginables.

—Pues si vas a estar por aquí...

—Quiero llegar a Bugarup lo más pronto posible —dijo Rincewind.

Daggy siguió sonriendo, pero se dio la vuelta y mantuvo otra rápida conversación con el resto de la cuadrilla de esquiladores. Después se volvió hacia Rincewind.

—... quizá podríamos vender unas cuantas cosas… —Bueno, el dinero no me preocupa —dijo Rincewind alzando la voz—. Me conformo con que me indiquéis en qué dirección he de ir para llegar a Bugarup. Calma y tranquilidad.

—¿No quieres el dinero?

—Calma y tranquilidad.

Hubo otra rápida reunión. Rincewind oyó varios comentarios siseados que componían variaciones alrededor del «Saquémosle de aquí ahora mismo». Daggy se volvió hacia él.

—Tengo un caballo que podrías usar-dijo—. Vale unos cuantos nabos.

—Calma y tranquilidad.

—Y así podrás largarte.

—Cuidaré de él. Calma y tranquilidad.

Era una frase asombrosa, prácticamente mágica por sí sola. Hacía que todo fuese mejor. ¿Que un tiburón te ha comido una pierna? Calma y tranquilidad. ¿Que te acaba de picar una medusa? Calma y tranquilidad. ¿Que estás muerto? ¡Calma y tranquilidad! Y, sorprendentemente, parecía funcionar.

—Calma y tranquilidad —repitió Rincewind.

—Ese caballo tiene que valer unos cuantos nabos —repitió Daggy—. Pero si casi es un condenado caballo de carreras...

Unas cuantas risitas surgieron de la multitud.

—¿Calma y tranquilidad? —dijo Rincewind.

Por un momento Daggy pareció acariciar la idea de sugerir que el caballo quizá valiera más de quinientos nabos, pero Rincewind seguía empuñando las tijeras de esquilar como si se hubiera olvidado de ellas, y Daggy optó por cambiar de tema.

—Esa montura te llevará a Bugarup en un abrir y cerrar de ojos —dijo.

—Calma y tranquilidad.

Un par de minutos después, incluso una mirada tan falta de experiencia como la de Rincewind se había percatado de que aunque no había nada que impidiese inscribir a aquel caballo en una carrera, obligarlo a enfrentarse a otros caballos —al menos con caballos vivos— sería un grave error. El caballo era marrón, regordete y no muy alto, y consistía básicamente en un montón de crines equipado con unos cascos del tamaño de platos soperos y las patas más cortas que Rincewind hubiera visto jamás en una criatura ensillada. Para poder caerse de él antes habría que cavar un hoyo en el suelo. Parecía la montura ideal. Rincewind pensó que era justo su tipo de caballo.

—Calma y tranquilidad —dijo—. Aunque... hay un pequeño problema —añadió, dejando caer las tijeras y viendo cómo los esquiladores daban un paso atrás.

Rincewind fue hasta los corrales, bajó la mirada hacia la tierra llena de pisadas de ovejas y la contempló en silencio. Después alzó los ojos hacía la pared del cobertizo de los esquiladores. Por un momento había creído ver un canguro dibujado en ella...

Los esquiladores fueron aproximándose cautelosamente a Rincewind mientras éste golpeaba con el puño los tablones descoloridos por el sol y gritaba: «¡Sé que estás ahí dentro!»

—Eh... esto es lo que llamamos madera —dijo Daggy—. Ma-de-ra —añadió en beneficio de los duros de mollera—. La hemos usado para hacer una pared.

—¿Habéis visto a un canguro que acaba de entrar en esta pared? —quiso saber Rincewind.

—¿Nosotros? No, jefe.

—¡Pues era un carnero! —exclamó Rincewind—. ¡Quiero decir que normalmente es un canguro, pero juraría que se convirtió en carnero!

Los esquiladores se movieron nerviosamente.

—¿Y las camisetas de lana? ¿También te han dado problemas últimamente? —preguntó un esquilador bajito.

—¿Cómo? No, claro que no. ¿Camisetas de lana? ¿Qué tienen que ver las camisetas de lana con lo que acabo de decir?

—Bueno, menos mal —farfulló el esquilador.

—Y el caso es que no para de hacerlo —dijo Rincewind—. ¡Ya me parecía a mí que a ese letrero de la cerveza le pasaba algo raro!

—¿Ya la cerveza también le pasaba algo raro?

—No estoy dispuesto a seguir aguantando sus tonterías. Me voy a casa —dijo Rincewind—. ¿Dónde está ese caballo?

El caballo estaba donde lo habían dejado. Rincewind lo amenazó con un dedo.

—¡Y nada de hablar! —dijo mientras pasaba la pierna por encima de él y, como único resultado, lograba acabar de pie a horcajadas del caballo.

Rincewind habría podido jurar que algo acababa de soltar una risita desde debajo de todas aquellas crines.

—Tienes que echarte un poco hacia abajo —dijo Daggy—. Y luego tendrías que subir un poco las piernas.

Rincewind así lo hizo. Era como estar sentado en un sillón peludo.

—¿Estás seguro de que esto es un caballo?

—Se lo gané a un tipo de Goolalah en una partida de Dos Arriba —dijo Daggy—. Viene de las montañas, así que tiene que ser muy resistente. Los crían expresamente para andar por cualquier sitio. Aquel hombre dijo que vaya por donde vaya nunca se caerá.

Rincewind asintió. Era su tipo de caballo, desde luego: el tipo callado en quien puedes confiar.

—¿Por dónde se va a Bugarup?

Los hombres se lo indicaron.

—Ah, bien. Gracias. Bueno... Arre, caballo. Por cierto, ¿cómo se llama?

Daggy pareció reflexionar durante unos momentos.

—Milú —dijo por fin.

—¿Milú? ¿Y por qué se llama Milú? Es un nombre bastante extraño para un caballo, ¿no?

—Bueno, hace tiempo tuve un perro que se llamaba Milú.

—Oh, claro. Sí, tiene su lógica. En otro sitio quizá no la tendría, pero supongo que aquí... Bien, pues adiós y buenos días.

Los esquiladores le siguieron con la mirada mientras se alejaba, lo que, dado lo despacio que andaba Milú, requirió cierto tiempo.

—Teníamos que librarnos de él —dijo Daggy—. Nos habría dejado sin trabajo a todos en un día.

—¿Por qué no le advertiste que ese sitio está lleno de osos caedores? —preguntó uno de los esquiladores.

—Es un mago, ¿no? Pues ya los verá venir.

—Sí, pero cuando intente verlos venir ya le habrán caído encima.

—Era la manera más rápida —dijo Daggy.

—¿Daggy?

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo dijiste que has tenido ese caballo?

—Oh, siglos. Se lo gané a un tipo.

—¿Sí?

—¿Qué?

—No, es sólo que... ¿Y hace medía hora también hacía siglos que lo tenías?

Varías arrugas aparecieron en la ancha frente de Daggy. Se quitó el sombrero y se secó la cabeza con el brazo. Después miró al caballo que seguía alejándose, y luego volvió la mirada hacia los cobertizos y los otros esquiladores. Abrió la boca para hablar, cerrándola a continuación sin haber dicho una sola palabra, y volvió a mirar alrededor.

—Todos sabéis que hace siglos que lo tenía, ¿verdad? —preguntó al cabo.

—Claro.

—Siglos.

—Se lo ganaste a un tipo.

—Sí. Eso.

La señora Panadizo se había sentado en una roca y se estaba peinando. Un arbusto había producido varios tallos con hileras de espinos de punta roma y muy próximos los unos a los otros justo cuando la señora Panadizo los necesitaba.

Grande, rozagante y muy pulcra, la señora Panadizo disfrutaba de un rato de descanso junto a las aguas como una sirena amplificada. Los pájaros cantaban en los árboles. Insectos iridiscentes zumbaban sobre la laguna mientras iban de un lado a otro.

La señora Panadizo no se sentía amenazada por ningún peligro. Después de todo, los magos andaban por allí. La posibilidad de que las sirvientas pudieran holgazanear aprovechando su ausencia la preocupada un poco, pero siempre podía tranquilizarse pensando cómo convertiría sus vidas en un auténtico infierno cuando hubiera vuelto. La posibilidad de no volver jamás ni siquiera le había pasado por la cabeza. Había muchas cosas que nunca pasaban por su cabeza, y el mundo era más agradable de esa manera.

La señora Panadizo tenía sus propias opiniones sobre los países extranjeros o, por lo menos, sobre todos los que quedaban más lejos que el barrio de Quirm, donde vivía su hermana y donde ella pasaba una semana de vacaciones cada año. Esos lugares se hallaban habitados por personas más merecedoras de la compasión que del desprecio porque, en realidad, eran como niños. Pero se comportaban como salvaje[[15]](#footnote-15)s.

Por otra parte, el paisaje era prec[[16]](#footnote-16)ioso y el clima bastante cálido, y nada olía excesivamente mal. Si alguien le hubiese preguntado que efectos estaba teniendo aquella experiencia sobre ella, la señora Panadizo habría dicho que le estaba sentando muy bien. Tanto que, de hecho, había decidido soltarse el pelo y prescindir de los corsés...

Hasta el decano había tenido que admitir que aquella cosa que el prefecto mayor llamaba el «barco-melón» era impresionante.

Debajo de la cubierta había un gran espacio oscuro surcado por vetas y delimitado por tablones negros curvados que parecían gigantescas semillas de girasol.

—Semillas de embarcaciones —dijo el archicanciller—. Seguramente serán un buen lastre. Prefecto mayor, haga el favor de dejar de comerse la pared.

—Había pensado que no nos iría mal disponer de un poco más de espacio —repuso el prefecto mayor.

—Camarotes puede que sí, pero no suites imperiales —replicó Ridcully, volviendo a la cubierta.

—¡Ah del navío! —gritó el decano, lanzando un racimo de plátanos a la cubierta y trepando en pos de ellos.

—Así se habla. ¿Cómo vamos a pilotar este vegetal, decano?

—Oh, Ponder Stibbons sabe todo lo que hay que saber sobre el particular.

—¿Y dónde está Stibbons?

—¿No había ido a recoger unos plátanos?

Volvieron la cabeza hacia la playa, donde el tesorero estaba haciendo acopio de algas.

—Parecía un poco... preocupado —dijo Ridcully.

—¿Preocupado? ¿Por qué iba a estarlo?

Ridcully alzó la mirada hacia la montaña central, que brillaba bajo el sol de la tarde.

—Supongo que ese chico no habrá cometido ninguna estupidez, ¿verdad? —preguntó.

—¡Archicanciller, Ponder Stibbons es un mago debidamente instruido y adiestrado! —dijo el decano.

—Gracias por una respuesta tan concisa y explícita, decano —repuso Ridcully, y metió la cabeza en el camarote—. ¡Prefecto mayor! Vamos a ver si encontramos a Stibbons. Y también deberíamos buscar a la señora Panadizo.

Un chillido le respondió desde abajo.

—¡La señora Panadizo! ¡Cómo hemos podido olvidarla!

—En su caso, prefecto mayor, la única explicación que se me ocurre es que se ha dado una ducha fría.

Aquel caballo era demasiado lento. Se movía con un paso extrañamente estólido del tipo puedo-hacer-esto-durante-todo-el-día que sugería que la única forma de hacerlo ir más deprisa sería arrojarlo por un acantilado. Tenía unos andares curiosos, más rápidos que el trote pero más lentos que el medio galope. El efecto era un bamboleo levemente desincronizado, con el resultado de que a Rincewind se le removían las tripas. Además, si se olvidaba de mantener la postura durante un segundo y apoyaba las piernas en el suelo, Milú seguía adelante sin él, y eso significaba que Rincewind tenía que perseguirle.

Pero Milú no mordía, no daba coces, no se revolcaba por el suelo y no sufría ataques repentinos de locura galopante, que eran las características que Rincewind asociaba con los caballos. Cuando Rincewind decidió detenerse para dormir, el caballo se alejó un poco y se comió un arbusto cubierto de hojas que tenían el grosor y el olor del linóleo.

Acampó junto a lo que había oído llamar un billy-bong, que no era más que una pequeña extensión de tierra removida en cuyo centro afloraba un charquito de agua. Unos cuantos pajaritos verdiazulados permanecían inmóviles a su alrededor, trinando alegremente bajo las últimas luces del atardecer, pero se dispersaron cuando Rincewind se inclinó sobre el agua para beber.

Cuando Rincewind se incorporó, uno de los pájaros se posó en su dedo.

—Bonito, bonito es el periquito —dijo Rincewind.

El estrépito pajaril cesó de repente. Los periquitos que habían huido a las ramas se miraron. Sus cabezas no disponían de mucho espacio para nuevas ideas, pero Rincewind acababa de brindarles una.

El sol descendió hacia el horizonte. Rincewind examinó cautelosamente el interior de un tronco hueco y descubrió un bocadillo de jamón y un plato lleno de salchichas.

Los periquitos formaron corro en los árboles.

—¿Bonito...? —murmuró uno de ellos.

Rincewind se acostó. Incluso las moscas eran meramente irritantes. Criaturas invisibles empezaron a sisear entre los arbustos. Milú fue al charquito y bebió de él, produciendo un ruido similar al de una bomba de succión cochambrosa que estuviera intentando aspirar a una infortunada tortuga.

Aun así, en general todo estaba apacible y silencioso.

Rincewind se irguió de golpe. Ya sabía qué estaba a punto de ocurrir cuando había tanta paz y tanto silencio.

—Bonito... bonito... —murmuró un periquito entre la oscuridad que iba ocultando las ramas.

Rincewind se relajó un poco.

De repente los pájaros se callaron.

Una rama crujió,

Y el oso-caedor... se dejó caer.

Era un pariente cercano del koala. La característica más notable del pequeño oso-caedor era su parte posterior, gruesa y abundantemente acolchada a fin de proporcionar el máximo impacto a la víctima con la mínima conmoción para el oso. El golpe inicial dejaba inconsciente a la presa, y después los osos podían reunirse para devorarla. Era un buen método de matar, dado que esos osos no poseían el tipo de constitución que permite dedicarse en serio a la depredación. Sin embargo, aquel oso estuvo poco afortunado al dejarse caer encima de un hombre que muy bien habría podido llevar la palabra «Víctima» escrita por todo el cuerpo pero que, casualmente, también llevaba la palabra «Echicero» escrita en un sombrero que cubría su cabeza y que, y eso era lo más significativo, terminaba en una punta bastante afilada.

Rincewind se levantó y corrió hacia unos árboles mientras intentaba quitarse el sombrero de la cabeza. Lo consiguió por fin, contempló con horror al pequeño oso y su expresión confusa y, sacudiendo el sombrero, desprendió a su agresor de la punta y lo lanzó hacia unos matorrales. Unos instantes después varios golpes sordos resonaron a su alrededor cuando más osos, desorientados por el curso de los acontecimientos, cayeron al suelo y salieron despedidos en todas direcciones.

Los periquitos despertaron en los árboles y chillaron «¿Quién es bonito, eh?». Un oso cayó a unos centímetros de Rincewind.

Éste giró sobre sus talones y corrió hacia Milú, aterrizando sobre la grupa del caballo o sobre el sitio en que se habría encontrado ésta si Milú, hubiera sido un poco más alto. Milú inició su trote irregular y puso rumbo a la oscuridad.

Rincewind bajó la mirada, soltó un juramento y echó a correr en pos de su caballo.

Se agarró desesperadamente a la grupa mientras Milú avanzaba como una pequeña carreta motorizada, dejando atrás a los osos rebotantes, y no tiró de las riendas hasta que Milú hubo recorrido un buen trecho de camino y se encontraban entre arbustos más bajos que él. Entonces Rincewind bajó de la grupa. ¡Qué país tan horrible!

Un rápido aleteo resonó en la noche y de repente el arbusto se llenó de pajaritos.

—¿Quién es bonito, eh?

Rincewind agitó el sombrero y soltó unos gritos, sólo para desahogarse un poco. No sirvió de mucho. Los periquitos pensaron que aquello era alguna clase de espectáculo.

—¡Largo! —trinaron.

Rincewind se dio por vencido e intentó dormir. Cuando despertó, oyó un sonido muy parecido al de un asno que estuviera siendo aserrado por la mitad. Era una especie de alarido rítmico tan lleno de angustia, desesperación y dolor que parecía capaz de hacer rechinar al mundo entero.

Las aspas de un molino giraban bajo la brisa, volviéndose primero hacia una dirección y luego hacía la opuesta a medida que los soplidos del viento iban desplazando su regulador.

Rincewind había empezado a ver cada vez más molinos esparcidos por el paisaje y pensó: Si toda el agua está en el subsuelo, es una buena idea...

Un rebaño de ovejas permanecía alrededor de la base de aquel molino. Cuando Rincewind fue hacia ellas, las ovejas no retrocedieron y se limitaron a observarle cautelosamente. Rincewind enseguida vio por qué. El abrevadero instalado debajo de la bomba estaba vacío. Las aspas giraban y producían su quejumbroso chillido, pero ni una gota de agua salía de la cañería. Las ovejas sedientas alzaron la mirada hacia él. —Eh... A mino me miréis —farfulló Rincewind—. Soy un mago. Se supone que la maquinaria no se nos da demasiado bien.

Cierto, pero se supone que la magia sí se nos da muy bien, murmuró una voz acusadora dentro de su cabeza.

—Claro que siempre podría ver si algo se ha salido de su sitio. Bueno, creo que podría hacerlo —masculló.

Impulsado por las miradas vagamente acusadoras, Rincewind trepó por la precaria torre e intentó dar una impresión de eficiencia. Todo parecía estar en su sitio, pero el gemido metálico se iba volviendo cada vez más estridente.

—No veo...

Algo se rompió en el interior de la torre. La estructura tembló y las aspas se desprendieron de ella, arrastrando consigo una gruesa varilla que empezó a chocar pesadamente con la torre a cada revolución del mecanismo.

Rincewind se dejó resbalar hasta el suelo.

—Parece que hay un pequeño defecto técnico —murmuró. Un trozo de hierro forjado se incrustó en la arena junto a sus pies—. Me parece que habría que avisar a un artificiero cualificado. Y si empiezo a hurgar, probablemente invalidaré la garantía...

Un crujido procedente de las alturas hizo que Rincewind se apresurara a buscar refugio tras una oveja sorprendida. Cuando el estrépito se hubo disipado, las aspas del molino se desplomaron sobre los arbustos. En cuanto al resto de la estructura, y suponiendo que en algún momento hubiera contenido partes accesibles a las manipulaciones del usuario, saltaba a la vista que éstas ya no se encontraban en su ubicación original.

Rincewind se sacó el sombrero para secarse la frente, pero no fue lo bastante rápido. Una lengua áspera lamió sobre su frente.

—¡Oh! ¡Cielos, cielos! Estáis realmente sedientas, ¿verdad? —Rincewind volvió a ponerse el sombrero, calándoselo hasta las orejas para no correr riesgos—. Pues yo también tengo un poco de sed, la verdad...

Después de apartar unas ovejas, consiguió encontrar un fragmento de molino.

Abriéndose paso a través de la marea de cuerpos silenciosos, acabó llegando a una pequeña hondonada rodeada de arbustos que contenía un par de árboles cuyas hojas parecían menos resecas.

—¡Oh! ¡Cielos, cielos! —trinaron los pájaros a su alrededor.

Con un metro debería bastar, pensó Rincewind mientras empezaba a excavar la tierra rojiza. Teniendo en cuenta que no llovía nunca, resultaba asombroso que hubiera tales cantidades de agua en el subsuelo. Todo aquel lugar debía de estar flotando sobre una masa de agua.

A un metro de profundidad el suelo apenas estaba un poco húmedo. Rincewind suspiró y siguió cavando. El borde del agujero ya había dejado atrás su pecho cuando un hilillo de agua empezó a rezumar entre sus pies. Las ovejas se pelearon por la tierra mojada a medida que Rincewind la iba lanzando a la superficie. El charquito se encogió rápidamente ante sus ojos, y acabó desapareciendo en el suelo. —¡Eh, vuelve aquí!

—¡Eh, vuelve aquí! —chillaron los pájaros entre los arbustos.

—¡Callaros!

—¡Callaros! ¿Quién es bonito, eh?

Rincewind atacó el suelo con su pala improvisada en una desesperada persecución, y unos cuantos centímetros después consiguió alcanzar al agua en retirada. Siguió cavando hasta que el agua le llegó a las rodillas y después hundió su sombrero en el líquido fangoso, salió del agujero y echó a correr, el agua derramándose sobre sus píes, hasta que consiguió echarla en el abrevadero.

Las ovejas se aglutinaron, debatiéndose en silencio para llegar a la película de humedad.

Rincewind consiguió llenar su sombrero dos veces antes de que el agua desapareciera en el fondo del agujero.

Arrancó la escalera del molino destrozado, la lanzó al agujero y saltó detrás de ella. Terrones empapados fueron surgiendo del agujero a medida que cavaba, y cada pella goteante atraía una masa de moscas y pajaritos.

Consiguió volver a llenar el sombrero una docena de veces antes de que el agujero se hiciera demasiado profundo. Para entonces el abrevadero ya había atraído unas cuantas reses, y había tantas cabezas que resultaba imposible ver el agua. El sonido predominante era el de una pajita investigando los posos del batido de leche más grande del mundo.

Rincewind lanzó una última mirada al agujero, y la última gota de agua desapareció ante sus ojos.

—Qué sitio tan raro —murmuró y después fue a reunirse con Milú, que esperaba pacientemente a la escasa sombra de un matorral—. ¿No tienes sed? —le preguntó.

Milú piafó y sacudió las crines.

—Oh, bueno. Quizá llevas algo de camello dentro. No puedes ser caballo al cien por cien, de eso estoy seguro.

Milú se hizo a un lado y le pisó un pie.

Al mediodía el camino se fundió con otro camino mucho más ancho. Las huellas de cascos y ruedas sugerían que pasaba mucho tráfico. Rincewind sonrió y, agradeciendo la sombra, empezó a seguirlo a través de una arboleda que se iba volviendo más frondosa.

Dejó atrás otro molino quejumbroso rodeado por un rebaño de reses que esperaban pacientemente.

Había más arbustos y el terreno empezaba a ascender hacia unas viejas colinas de roca anaranjada que parecían a punto de derrumbarse. Por lo menos aquí hace viento de vez en cuando, pensó Rincewind. Oh, dioses, una gota de lluvia, sólo una gota de lluvia... No creo que sea pedir demasiado, ¿verdad? Aquí no hay manera de que llueva. En todas partes llueve alguna vez, ¿no? Y antes de que pueda acumularse en el subsuelo, el agua tiene que caer del cielo.

Se detuvo cuando oyó el sonido de cascos que avanzaban por el camino detrás de él.

Un grupo de caballos sin jinete dobló la curva a galope tendido. Cuando pasaron junto a él, Rincewind vio que el caballo que encabezaba el grupo era el más esbelto y lustroso que hubiera visto jamás, y que se movía como si hubiera llegado a un acuerdo especial con la gravedad. La manada se dividió y fluyó alrededor de Rincewind como si el mago fuese una roca en un arroyo. Un instante después los caballos ya sólo eran un ruido que desaparecía entre una nube de polvo rojizo.

Los ollares de Milú se dilataron, y los bamboleos se incrementaron cuando el caballito apretó el paso.

—Ah, ¿sí? Ni lo sueñes, compañero. No puedes jugar con los mayores. Lo siento.

La nube de polvo apenas se había disipado cuando hubo un nuevo estrépito de cascos y un grupo de jinetes dobló la curva. Los recién llegados se alejaron al galope sin prestar atención a Rincewind, pero el último jinete tiró de las riendas antes de rebasarlo.

—¿Has visto pasar una manada de caballos, compañero?

—Sí, compañero. Calma y tranquilidad, calma y tranquilidad.

—¿Y el que iba delante era un gran potro marrón?

—Sí, compañero. Calma y tranquilidad, calma y tranquilidad.

—¡El Viejo Remordimiento dice que le dará cien nabos a quien lo capture! ¡Pero nadie podrá echarle el lazo, porque ya casi hemos llegado a los desfiladeros!

—Calma y tranquilidad.

—¿Qué es eso que montas, una tabla de planchar?

—Disculpa, pero... —comenzó Rincewind mientras el hombre reanudaba la persecución—. ¿Es éste el camino que lleva a Bugar...?

Remolinos de polvo se elevaron sobre el camino.

—¿Qué ha sido de la conocidísima reputación ecksiana de afable y hospitalaria amistad, eh? —le gritó Rincewind al aire.

Cuando estuvo más cerca de las colmas, oyó un chasquear de látigos y gritos entre los árboles que había más arriba. De repente los caballos salvajes volvieron a entrar en el camino, tan absortos en su huida que ni siquiera vieron a Rincewind, y esta vez Milú se salió del camino y empezó a seguir el rastro de arbustos aplastados.

Rincewind ya había descubierto que tirar de las riendas sólo servía para acabar con los brazos doloridos. La única forma de detener al caballito cuando éste no quería ser detenido probablemente sería bajarse al suelo, adelantarlo y cavar una zanja delante de él.

Los jinetes volvieron a aparecer detrás de Rincewind y lo adelantaron al galope, las bocas de sus monturas llenas de espuma.

—Disculpadme. ¿Voy bien para llegar a...? Los jinetes ya habían desaparecido. Rincewind los alcanzó diez minutos más tarde en un bosquecillo de fresnos, yendo de un lado a otro como si no supieran qué camino seguir mientras su jefe no paraba de gritarles.

—Oigan, ¿alguien podría decirme si...? —se atrevió a preguntar.

Y entonces vio por qué se habían detenido: acababan de quedarse sin terreno por el que galopar. El suelo desaparecía en un desfiladero, con unos cuantos hierbajos y un puñado de matorrales aferrándose al borde del abismo.

Los ollares de Milú se dilataron y, sin aflojar la marcha, el caballito siguió avanzando por la pendiente.

Rincewind enseguida vio que tendría que haber resbalado. De hecho, tendría que haberse caído. La pendiente era casi vertical. Ni siquiera las cabras monteses habrían intentado bajar por ella sin un equipo de montañismo. Las piedras rodaban y rebotaban alrededor de Rincewind, y algunas de las más grandes consiguieron darle en la nuca, pero Milú siguió descendiendo al trote con la misma engañosa velocidad que había usado cuando estaban en terreno llano. Rincewind, resignado, se dedicó a agarrarse mientras aullaba.

Hacía la mitad del trayecto vio a la manada de caballos salvajes galopando por el desfiladero, pero instantes después desapareció entre los riscos.

Milú llegó al final de la pendiente entre un diluvio de guijarros y se detuvo.

Rincewind se atrevió a abrir un ojo. Los ollares del caballito volvieron a dilatarse mientras contemplaba el angosto barranco. Milú arañó dubitativamente el suelo con un casco. Después volvió la mirada hacia la vertiginosa pared del otro lado, a sólo unos metros de distancia.

—Oh, no —gimió Rincewind—. No, por favor... Intentó separar sus piernas de Milú, pero éstas se habían encontrado por debajo del estómago del caballo y habían cruzado los tobillos para obtener estabilidad. Debe de hacerle algo a la gravedad, se dijo Rincewind mientras Milú subía por el risco como si éste no fuese una pared sino una especie de suelo vertical. Los corchos colgados del ala del sombrero de Rincewind le golpeaban la nariz.

Y delante de él y por encima había una especie de saliente...

—No, por favor, no, no...

Rincewind cerró los ojos. Sintió que Milú se detenía y dejó escapar un jadeo de alivio. Después reunió el valor necesario para mirar hacia abajo y vio que los enormes cascos de Milú estaban firmemente plantados sobre la roca.

No había corchos colgando delante del sombrero de Rincewind.

Lenta pero progresivamente aterrorizado, Rincewind volvió la mirada hacia lo que siempre había considerado eran las alturas.

Y por encima de él también había roca sólida, aunque se encontraba muy lejos en un sentido u otro. Y todos los corchos estaban vueltos hacia arriba, o hacia abajo.

Milú estaba inexplicablemente inmóvil debajo del saliente, aparentemente disfrutando del paisaje. El caballito volvió a piafar y sacudió las crines.

Se va a caer, pensó Rincewind. De un momento a otro se dará cuenta de que está cabeza abajo y entonces se caerá, y desde esta altura un caballo hará chaf... y lo hará justo encima de mí.

Milú pareció tomar una decisión y volvió a ponerse en movimiento, avanzando a lo largo de la curva del saliente.

Rincewind contempló a los jinetes desde el otro lado del abismo.

—¡Buenos días! —dijo, agitando su sombrero en el aire mientras Milú volvía a ponerse en marcha—. ¡Me parece que estoy a punto de soltar una serpiente en tecnicolor! —añadió, y luego vomitó.

—¡Oiga, señor! —gritó alguien.

—¿Sí?

—¡Menuda vomitada, señor!

—¡Exacto! ¡Calma y tranquilidad!

Aquella plataforma resultó una estrecha espuela entre dos desfiladeros. Otro precipicio se alzaba, o descendía, ante ella. Mas para alivio de Rincewind, cuando llegaron al borde el caballito se desvió hacia un lado y empezó a trotar a lo largo de él.

—Oh, no, por favor...

Un árbol caído había formado un puente a través del abismo. El tronco era muy estrecho, pero Milú se subió a él sin aflojar el paso.

Los dos extremos del tronco repiquetearon sobre sus correspondientes bordes del abismo. Los guijarros empezaron a caer al vacío. Milú salvó el precipicio con la saltarina agilidad de una pelota y llegó al otro lado un segundo antes de que el tronco empezara a bambolearse y acabara chocando con las rocas.

—No, por favor...

Allí no había un risco, sólo una larga pendiente de rocas sueltas. Milú aterrizó sobre ellas y soltó un resoplido cuando toda la ladera de grava y guijarros empezó a moverse.

Rincewind miró hacia abajo y vio la manada de caballos salvajes galopando a lo largo del angosto desfiladero, a una gran distancia por debajo de él.

Varios peñascos le acompañaron en el descenso mientras el caballito proseguía con su propio deslizamiento particular. Un par de rocas rebotaron en el suelo y volvieron a caer delante de ellos, estrellándose contra el suelo justo detrás del último caballo de la manada.

Aturdido, Rincewind volvió la mirada hacia el otro extremo del desfiladero. No había salida. El desfiladero terminaba en otro risco.

Los peñascos fueron cayendo unos encima de otros, creando una especie de muralla a través del suelo del desfiladero. Cuando el último peñasco ocupó su sitio, Milú se posó sobre él con cautelosa delicadeza.

El caballito bajó la mirada hacía la manada atrapada y, después de contemplar su confuso ir y venir, permitió que sus ollares volvieran a dilatarse. Rincewind estaba, casi seguro de que los caballos no podían carcajearse, pero aun así tuvo la impresión de que su montura lo estaba haciendo.

Cuando los jinetes aparecieron diez minutos después, la manada se había calmado hasta tal punto que casi parecía dócil.

Los jinetes contemplaron a los caballos. Después volvieron la mirada hacia Rincewind que, con una sonrisa más bien horripilante, consiguió farfullar un tembloroso «Calma y tranquilidad».

Moviéndose muy despacio, Rincewind no se cayó de Milú, Se limitó a inclinarse hacia un lado, con los pies todavía unidos, y siguió desplazándose en esa dirección hasta que su cabeza chocó suavemente con el suelo.

—¡Qué manera de montar, compañero! ¡Ha sido impresionante!

—¿Alguien podría separarme los tobillos, por favor? No estoy seguro, pero me parece que se han fusionado.

Dos jinetes desmontaron y consiguieron separarle de Milú.

El jefe bajó la mirada hacia él.

—¡Dime cuánto pides por ese caballito, compañero! —dijo Remordimiento.

—Esto... eh... ¿Tres... eh... nabos? —logró farfullar Rincewind.

—¿Cómo? ¿Por un diablillo con tanto nervio? ¡Seguro que por lo menos vale un par de cientos!

—Me parece que algunas de esas rocas deben de haberle dado en la cabeza —dijo uno de los jinetes que sostenían a Rincewind.

—Lo que quería decir es que voy a comprarle el caballo —explicó Remordimiento—. Le diré lo que vamos a hacer: doscientos nabos, una bolsa de manduca y le dejaremos en el camino que lleva a... ¿adonde ha dicho que quería ir, Clancy?

—A Bugarup —murmuró Rincewind.

—Oh, le aseguro que no quiere ir a Bugarup —dijo Remordimiento—. Lo único que encontrará allí será un puñado de malandrines y conchabados.

—Da igual. Me encantan los loros —farfulló Rincewind—. Eh... ¿cómo se dice en ecksiano «haber enloquecido a causa de la fatiga y el terror y sentirse como un fardo de carne sin huesos»?

Los hombres se miraron.

—Pues... «Estar más tirado que la rabadilla de un umboat», ¿no?

—No, no, no. Eso es lo que dices cuando te has tragado un tornado, ¿verdad? —dijo Clancy.

—¿Qué? No, hombre, qué va. Lo de que te has tragado un tornado se dice cuando... cuando... Sí, hombre, eso es lo que se dice cuando… Claro, es cuando tu nariz... Espera un momento, eso es «cortar por lo sano».

—Esto... —dijo Rincewind, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Qué estás diciendo? «Cortar por lo sano» es cuando se te taponan los oídos porque llevas demasiado rato debajo del agua. —Clancy puso cara de no estar muy seguro de lo que decía y luego pareció llegar a una decisión—. ¡Claro, eso es!

—No, hombre. Eso es «cantar como el sobaco de una zarigüeya», compañero,

—Discúlpenme, pero... —dijo Rincewind.

—Que no, que no. «Cantar como el sobaco de una zarigüeya» es cuando cascas una nuez. Cuando tienes los oídos tan taponados como la tetera de la abuela Barrozal, lo que dices es que estás tan atascado como la mula de Morgan.

—No, eso es «estar más a gusto que la mula de Morgan en un huerto de primera».

—¿No te estarás confundiendo con «ir más deprisa que la mula de Morgan después de que se hubiera comido el pastel de mamá»?

—¿A qué velocidad iba esa mula? Exactamente, quiero decir... —intervino Rincewind. Todos le miraron.

—¡Iba más deprisa que una anguila en un pozo de serpientes, compañero! —acabó diciendo Clancy—. ¿Es que no entiendes el crustiano o qué?

—¡Eso, eso! —exclamó otro hombre—. Como jinete quizá sea muy bueno, pero me parece que es más espeso que...

—¡Que nadie diga una palabra más! —aulló Rincewind—. Me encuentro mucho mejor, ¿de acuerdo? Estoy... estoy francamente bien, ¿vale? —Alisó los pliegues de su maltrecha túnica y se puso el sombrero—. Y si tenéis la bondad de indicarme qué camino he de seguir para llegar a Bugarup, no os robaré ni un minuto más de vuestro tiempo. Podéis quedaros con Milú. Cuando anochezca ya encontraré algún techo donde pernoctar.

—Oh, no, señor —dijo Remordimiento. Metió la mano en un bolsillo de su camisa, sacó un fajo de billetes y se lamió el pulgar para contar veinte—. Yo siempre pago mis deudas. ¿No quiere pasar una temporadita con nosotros antes? No nos iría nada mal contar con otro jinete, y viajar solo siempre es más duro. La maleza está llena de merodeadores, ya sabe...

Rincewind volvió a frotarse la cabeza. Sus órganos ya habían conseguido volver a sus posiciones originales, con lo que Rincewind podía regresar a su habitual estado de temor difuso.

—Me portaré tan bien que ni siquiera se darán cuenta de que ando por allí —balbuceó—. Prometo que no encenderé hogueras y que no daré de comer a los anímales. Bueno, eso de que lo prometo... Normalmente son ellos los que intentan comerme.

Remordimiento se encogió de hombros.

—En fin, mientras no vuelva a tropezarme con esos malditos osos caedores... —dijo Rincewind.

Los hombres se echaron a reír.

—¿Osos caedores? ¿Quién te ha contado esas paparruchadas?

—¿Qué quieres decir?

—¡Que los osos caedores no existen, compañero! ¡Seguro que alguien te ha visto venir desde lejos!

—¿Eh? Sí, claro. Me vieron venir y... se dejaron caer. —Rincewind agitó el brazo—. Estaban por todas partes... Rebotaban y tenían unos dientes enormes y...

—¡Me parece que este tipo está más loco que la mula de Morgan, compañeros! —dijo Clancy.

—¿De qué cantidad de locura estamos hablando exactamente? ¿Eso es poca locura, bastante locura o un montón de locura? —preguntó Rincewind.

Clancy se inclinó sobre su silla de montar, titubeó y miró a los otros jinetes. Después se lamió los labios.

—Bueno, eso es...

—¿Sí?

—Bueno, eso es... es estar... —Una mueca demudó sus facciones—. Es estar...

—¿Muy...?— sugirió Rincewind.

—Muy... —farfulló Clancy, agarrándose a la sílaba como si fuera un salvavidas.

—¿Hummm?

—M...u...y...

—Vamos, vamos...

—¿Muy... loco?—dijo Clancy.

—¡Bravo! ¿Ves qué fácil? —dijo Rincewind—. ¿Alguien ha hablado de comida?

Remordimiento hizo un gesto a uno de sus hombres, que cogió una alforja y se la entregó a Rincewind. —Hay cerveza, verduras y demás y, como tienes cara de bueno, hemos incluido una tarrina de mermelada.

—¿De moras?

—Aja.

—Y hablando de tu sombrero... —dijo Remordimiento—. ¿Por qué está lleno de corchos?

—Mantienen alejadas a las moscas —dijo Rincewind.

—Buena idea. Y funciona, ¿eh?

—Por supuesto que no —dijo Clancy—. Si funcionara, a estas alturas ya se le habría ocurrido a alguien.

—Sí. A mí —dijo Rincewind—. Calma y tranquilidad.

—Pues la verdad es que con todos esos corchos colgando delante de la cara me recuerdas un poco a un drongo, compañero —dijo Clancy.

—Oh, bueno —repuso Rincewind—. ¿Por dónde se va a Bugarup?

—Tuerce a la izquierda en el fondo del cañón.

—¿Eso es todo?

—Puedes volver a preguntar cuando te encuentres con los merodeadores de la maleza.

—Supongo que tendrán alguna clase de cabaña o de puesto, ¿no?

—Tienen... Bueno, bastará con que recuerdes que si te pierdes ellos acabarán encontrándote.

—¿De veras? Oh, bueno, eso debe de formar parte de su trabajo, ¿no? Buenos días.

—Buenos días.

—Calma y tranquilidad.

Las miradas de los hombres siguieron a Rincewind hasta que hubo desaparecido.

—No parecía muy preocupado, ¿verdad?

—Si queréis saber mi opinión, ese tipo está un poco chalado.

—¿Clancy?

—¿Sí, jefe?

—Eso que dijiste antes... Te lo has inventado, ¿verdad?

—Bueno...

—Venga, Clancy... ¡Pues claro que te lo has inventado, hombre!

Clancy bajó la vista, pero enseguida volvió a levantarla.

—De acuerdo, de acuerdo —se apresuró a decir—. ¿Y qué pasa con eso que le oí decir ayer mismo, lo de «tener más trabajo que un carpintero manco en Tortaroo»?

—¿Qué le pasa a Tortaroo?

—Que consulté el atlas y ese sitio no existe, jefe.

—¡Claro que existe, maldición!

—No existe. Y de todas maneras, nadie le daría trabajo a un carpintero manco, ¿verdad? Eso quiere decir que su carpintero manco no tendría nada que hacer en todo el día, ¿verdad?

—Oye, Clancy...

—Se iría a pescar o algo por el estilo, ¿no?

—Clancy, se supone que estamos inventando un lenguaje nuevo a partir del desierto y la soledad, y...

—Seguramente necesitaría a alguien que le ayudara a cebar el anzuelo, pero...

—¿Por qué no cierras el pico y vas por los caballos, Clancy?

Apartar suficientes rocas requirió veinte minutos de esfuerzos, y cinco minutos después de que hubieran acabado de desplazarlas Clancy volvió para informar.

—No he visto a ese pequeño bastardo, jefe.

—¡No puede haberse esfumado!

—Me temo que sí ha podido, jefe. Ya vio cómo subía por esos riscos, ¿no? Probablemente ya estará a varios kilómetros de aquí. ¿Quiere que lo siga?

Remordimiento reflexionó unos momentos y escupió.

—No. Hemos recuperado el potro, y con eso ya podemos darnos por satisfechos —dijo mientras contemplaba el desfiladero con expresión pensativa.

—¿Se encuentra bien, jefe?

—Después de que hayamos vuelto al puesto irás al pueblo, te pasarás por el hotel Pastoral y traerás todos los corchos que tengan, ¿de acuerdo, Clancy?

—¿Cree que servirán de algo, jefe? Ese tipo era más raro que... —La mirada que le lanzó su jefe hizo que Clancy no se atreviera a completar la frase—. Era bastante raro —añadió.

—Sí, era raro. Pero también era listo. No tenía ni una mosca encima.

Detrás de ellos, en el amasijo de peñascos y matorrales que había en el extremo del desfiladero, el dibujo de un caballito se convirtió en el dibujo de un canguro y después desapareció de la roca.

Lo peor de estar furioso con Mustrum Ridcully era que el archicanciller ni siquiera llegaba a enterarse de que estabas furioso con él.

Cuando se enfrentaban a un peligro, los magos se quedaban muy quietos y empezaban a discutir para determinar a qué clase de peligro se enfrentaban. Cuando todos los integrantes del grupo se habían puesto de acuerdo, o el peligro se había convertido en muy peligroso o, harto de esperar, se había ido a otro sitio. Incluso el peligro tiene su orgullo.

De niño Ponder Stibbons se imaginaba que los magos eran semidioses tan poderosos que podían cambiar el mundo con sólo mover un dedo, pero al crecer descubrió que eran ancianos cansados que se preocupaban por el estado de sus pies y que, cuando se veían metidos en una situación desesperada, eran capaces de perder el tiempo discutiendo sobre el origen de la frase «sálvese quien pueda».

Nunca había pensado que la evolución opera de muchas maneras distintas. Los edificios más antiguos todavía estaban llenos de cicatrices que indicaban lo que ocurría cuando tenías que convivir con la otra clase de mago.

Sus pies le llevaron por el sendero serpenteante que iba ascendiendo por la montaña. Extrañas criaturas le contemplaban desde los matorrales que flanqueaban el camino. Algunas de ellas parecían...

Los magos siempre piensan en términos de libros, y un volumen surgió de las estanterías de la memoria de Ponder. Se lo habían regalado de pequeño. De hecho, Ponder todavía lo tenía guardado en algún sitio, archivado en una caja de cartón.

El libro consistía en una espiral cent[[17]](#footnote-17)ral con montones de hojitas. Cada una mostraba la cabeza, el cuerpo o la cola de algún pájaro, pez o animal. Si estabas lo suficientemente aburrido podías barajar las hojas hasta obtener una criatura que tuviera, por ejemplo, la cabeza de un caballo, el cuerpo de un escarabajo y la cola de un pez. La cubierta prometía «horas de diversión» aunque, pasados los primeros tres minutos, no podías evitar preguntarte qué clase de persona era capaz de conseguir que semejante diversión durase horas y si el estrangularla no le ahorraría montones de problemas al Departamento de Crímenes en Serie en años venideros. Ponder, pese a todo, había pasado muchas horas divirtiéndose con aquel libro.

Algunas de las cria... cosas ocultas en la maleza parecían haber salido de las páginas del libro. Había pájaros con picos tan largos como su cuerpo. Había arañas del tamaño de manos. Aquí y allá el aire relucía con una curiosa iridiscencia acuática. También ofrecía una resistencia casi imperceptible cuando Ponder intentaba abrirse paso a través de él y luego le dejaba pasar, pero los pájaros y los insectos no parecían dispuestos a seguirle.

Y había escarabajos por todas partes.

Después de una serie de suaves pendientes, el camino serpenteante acababa llegando a la cima de la montaña. La cima contenía un valle minúsculo situado justo debajo del pico. Al final del valle se divisaba una gran abertura iluminada por un resplandor azulado interior.

Un escarabajo de grandes dimensiones pasó zumbando junto a la oreja de Ponder.

La abertura daba a una caverna llena de neblina azulada. Había sombras bastante complejas, y también sonidos: silbidos, pequeños chasquidos, algún que otro golpe sordo o estrépito repentino... Alguien estaba trabajando en algún lugar de la neblina.

Ponder ahuyentó a un escarabajo que acababa de posarse en su mejilla y contempló la forma que se alzaba delante de él.

Era la mitad delantera de un elefante.

La otra mitad del elefante, manteniéndose en equilibrio —contra todas las leyes de la probabilidad— sobre las dos patas posteriores, se alzaba a unos metros más allá. El espacio intermedio estaba ocupado por... el resto del elefante.

Ponder Stibbons se dijo que si cortabas a un elefante por la mitad y recogías la parte central, lo que obtendrías sería... un lío. Pero allí no había mucho desorden. Tubos rosados y púrpuras se desenroscaban pulcramente hasta llegar a un banco de trabajo. Una escalerilla conducía a otra complejidad de tubos y órganos enormes. Había una atmósfera general de trabajo metódico. Aquello no era el horror de un elefante sorprendido por una muerte explosiva, sino un elefante en vías de construcción.

Nubéculas de luz blanca surgieron de todos los rincones de la caverna, giraron sobre sí mismas durante un momento y se convirtieron en el dios de la evolución, que estaba subido a la escalerilla.

El dios miró a Ponder y parpadeó. —Oh, es usted —dijo—. Una de las criaturas puntiagudas. ¿Podría decirme qué pasa cuando hago esto? El dios desapareció dentro de las profundidades llenas de ecos de la mitad delantera. Las orejas del elefante describieron un lento vaivén.

—Ha movido las orejas —graznó Ponder. El dios volvió a aparecer, sonriendo. —Conseguir ese efecto resulta dificilísimo, créame —dijo—. Bien, ¿qué le parece? Ponder tragó saliva. —Está... está muy bien —logró decir. Dio un paso atrás, chocó con algo, se volvió y se encontró contemplando las fauces entreabiertas de un gigantesco tiburón. El escualo ocupaba el centro de lo que, a falta de otro nombre mejor, Ponder identificó como un andamiaje biológico. El ojo del tiburón se clavó en Ponder. Detrás del tiburón había una ballena todavía más grande que también se hallaba en fase de montaje.

—¿Verdad que sí? —dijo el dios.

Ponder intentó concentrarse en el elefante.

—Aunque... —murmuró.

—¿Sí?

—¿Está seguro de que las ruedas son una buena idea?

El dios puso cara de preocupación.

—¿Le parecen demasiado pequeñas? Quizá no resulten adecuadas para la sabana, ¿verdad?

—Eh... probablemente no.

—Diseñar una rueda orgánica es difícil, ¿sabe? —dijo el dios—. Son pequeñas obras maestras.

—¿Y no le parece que sería más sencillo hacer queque se moviera mediante unas patas?

—Oh, si me limitara a copiar ideas anteriores nunca llegaríamos a ninguna parte —repuso el dios—. Diversificar y llenar todas las posibilidades, eso es lo que hay que hacer.

—Pero estar yaciendo en una poza de barro con las ruedas girando no me parece una posibilidad muy importante —dijo Ponder.

El dios le miró y después lanzó una mirada sombría al elefante a medio completar.

—Bueno, si usara neumáticos más grandes... —dijo.

—No creo que sirvieran de mucho —objetó Ponder.

—Oh, probablemente tiene razón. —Las manecitas del dios temblaron nerviosamente—. No sé qué pasa. Intento diversificarme, pero a veces resulta muy difícil...

Y de repente echó a correr a través de la caverna atestada, se detuvo delante de un enorme par de puertas que había al otro extremo y las abrió.

—Lo siento, pero he de hacer uno —dijo—. Me calman, ¿sabe?

Ponder lo siguió. La caverna que había al otro lado de las puertas era más grande y se hallaba brillantemente iluminada. El aire estaba lleno de cositas relucientes: había millones de ellas, y todas flotaban en el vacío como cuentas colgadas de hilos invisibles.

—¿Escarabajos? —preguntó Ponder.

—¡Cuando te sientes deprimido, no hay nada como un escarabajo! —dijo el dios. Se había detenido junto a un gran escritorio metálico y estaba abriendo febrilmente los cajones y sacando recipientes de ellos—. ¿Podría pasarme la caja de las antenas? Está en ese estante de ahí. Oh, sí, nada como un escarabajo para levantarte el ánimo... A veces pienso que en el fondo todo se reduce a eso,¿sabe?

—¿A qué todo se refiere?—preguntó Ponder.

El dios hendió el aire con un brazo.

—¡A todo! —dijo alegremente—. A todo lo que existe. Árboles, hierba, flores... ¿Para qué creía que servía todo eso?

—Bueno, nunca pensé que fuera para los escarabajos —dijo Ponder—. ¿Qué me dice de... de los elefantes, para empezar?

El dios ya sostenía un escarabajo a medio terminar en una mano. El escarabajo era verde.

—Estiércol-dijo triunfalmente.

Cuando es unida a un cuerpo ninguna cabeza debería producir el mismo sonido que un corcho al ser introducido en una botella, pero ése fue exactamente el sonido que produjo la cabeza del escarabajo entre las manos del dios.

—¿Qué? —exclamó Ponder—. Pero eso es tomarse mucha molestia sólo para acabar obteniendo un poco de estiércol, ¿no?

—Bueno, me temo que la ecología es así —dijo el dios.

—No, no, eso no puede ser —insistió Ponder—. ¿Qué me dice de las formas de vida superiores?

—¿Superiores? Ah, las de más arriba... Supongo que se refiere a los pájaros, ¿no?

—No, me refería a... —Ponder titubeó. El dios había mostrado una notable falta de interés hacia los magos, posiblemente debido a la ausencia de similitud entre ellos y los escarabajos, pero aun así Ponder ya podía divisar una considerable extensión de terreno teológicamente peligroso—. Estaba pensando en... en los monos.

—¿Los monos? Oh, muy graciosos, desde luego, y obviamente así los escarabajos tienen algo con que entretenerse, pero... —El dios le miró—. Oh, cielos... No estará pensando que son el auténtico propósito de todo el montaje, ¿verdad?

—Había dado por sentado que... —Cielos, cielos —dijo el dios—. Verá, el auténtico propósito de todo el montaje es, de hecho, ser todo el montaje. Aunque —añadió con un bufido— me encantaría que pudiéramos hacerlo todo con escarabajos.

—Pero seguramente el propósito de... Quiero decir que... Bueno, ¿no le gustaría obtener alguna criatura que empezara a hacerse preguntas acerca del universo y...?

—¡Por todos los cielos, no quiero que nadie ande metiendo las narices donde no debe! —repuso el dios con visible irritación—. Tal como están las cosas, puedo asegurarle que ya hay suficientes parches y remiendos sin necesidad de que algún diablillo astuto intente hacer nuevos descubrimientos. No, los dioses de la gran masa de tierra siguen teniendo ese derecho. La inteligencia es como las piernas: demasiadas y acabas tropezando contigo mismo. En mi opinión, seis es el número ideal.

—Pero con el paso del tiempo, seguramente alguna criatura podría...

El dios lanzó al aire su última creación. El escarabajo recorrió velozmente hilera tras hilera de escarabajos y acabó instalándose entre dos que, sin llegar a ser exactamente idénticos a él, se le parecían muchísimo.

—Veo que ha dedicado mucho tiempo a pensar en el asunto, ¿eh? —dijo el dios—. Y, naturalmente, tiene razón. Ya veo que tiene un cerebro de lo más eficiente... Maldición.

Un chispazo iluminó el aire y un pájaro apareció junto al dios. Estaba vivo pero se hallaba estacionario, paralizado en un momento de la huida. Un resplandor azulado flotaba junto a él.

El dios suspiró, metió la mano en un bolsillo y sacó la herramienta de aspecto más complejo que Ponder hubiera visto jamás. Las partes que podías ver sugerían que había partes mucho más extrañas que no podías ver y que probablemente era mejor que no vieras.

—Aun así-dijo el dios, quitándole el pico al pájaro y dejando un agujero que el resplandor azulado se apresuró a cubrir—, si quiero dedicar mi atención a los aspectos realmente serios del problema, tendré que encontrar alguna forma de organizar todo el asunto. Tal como están las cosas, me paso el día entero luchando con las facturas.

—Sí, tiene que salir bastante car...

—Facturas grandes, facturas pequeñas, facturas por insectos luminosos que parpadean en la corteza, facturas por cascar nueces, facturas por comer fruta —siguió el dios—. Se supone que deben evolucionar por su cuenta. Quiero decir que... Bueno, ése es el gran objetivo, ¿verdad? No tendría que pasarme la vida corriendo de un lado a otro.

El dios agitó la mano y una especie de expositor de picos apareció junto a él. El dios seleccionó uno que, a los ojos de Ponder, no parecía diferenciarse del que acababa de quitar y utilizó una herramienta para unirlo al pájaro suspendido en el aire. El resplandor azul lo cubrió durante un momento y después el pájaro desapareció. En el momento en que desaparecía, Ponder creyó ver que sus alas empezaban a moverse.

Y en ese mismo instante supo que, a pesar de la aparente fijación con los escarabajos, aquél era el sitio donde siempre había querido estar, justo en la punta de lanza de la vanguardia del desarrollo tecnológico.

Se había convertido en un mago porque estaba convencido de que los magos sabían cómo funcionaba el universo, y la Universidad Invisible le había resultado asfixiante.

Y luego estaba todo aquel asunto del relámpago domesticado, por ejemplo. El método funcionaba, desde luego. Había hecho que los dedos del tesorero echaran chispas y que se le erizara el cabello, y eso sólo utilizando un gato y un par de varillas de ámbar. Su plan perfectamente razonable para utilizar un millar de gatos atados a una gigantesca rueda que al girar entraría en contacto con centenares de varillas había sido vetado por la ridícula razón de que haría demasiado ruido. Su plan cuidadosamente meditado para fisionar el thaum y, de esa manera, proporcionar un suministro inagotable de magia limpia y barata, había sido injustamente pasado por alto porque los magos pensaron que obligaría a efectuar obras en los edificios. Y eso incluso después de que Ponder hubiera presentado hojas llenas de cálculos para demostrar que las probabilidades de que el proceso destruyera el mundo eran aproximadamente las mismas que las de ser atropellado mientras cruzabas la calle, y Ponder no tenía la culpa de que una colisión múltiple en la que se vieron involucradas seis carretas acabara de sembrar el caos delante de la Universidad Invisible hacía sólo unos segundos.

Aquella isla por fin le estaba ofreciendo una oportunidad de hacer algo dotado de sentido. Además, Ponder creía saber dónde se estaba equivocando el dios.

—Disculpe, pero me estaba preguntando si no necesitaría un ayudante —dijo.

—Francamente, todo este asunto se me está escapando de las manos —dijo el dios, que cuando se trataba de no escuchar a los demás parecía ser capaz de dar lecciones a cualquier mago—. La situación ha llegado a tales extremos que necesito un...

—¡Vaya, este sitio es realmente asombroso!

Ponder puso los ojos en blanco. Una cosa de la que podías estar seguro cuando tratabas con magos era que si entraban en un sitio que fuera realmente asombroso, enseguida te lo dirían... y en voz muy alta.

—Ah —dijo el dios, girando sobre los talones—. Es el resto de... de su enjambre, ¿verdad?

—Será mejor que vaya a detenerlos —dijo Ponder mientras los magos se apresuraban a desplegarse igual que niños en un parque de diversiones, listos para pulsar cualquier botón por si todavía quedaba alguna partida gratis—. Lo toquetean todo y después preguntan «¿Y esto para qué sirve?».

—¿No preguntan qué hacen las cosas antes de toquetearlas?

—No —masculló Ponder—. Dicen que si no las toqueteas un poco nunca conseguirás averiguar para qué sirven.

—¿Y entonces por qué preguntan para qué sirven?

—Porque les gusta preguntar. Y muerden las cosas, y luego dicen «Me pregunto si esto será venenoso» con la boca llena. ¿Y sabe qué es lo más frustrante? Que nunca es venenoso.

—Qué curioso. Reírse del peligro no es una estrategia de supervivencia —dijo el dios.

—Oh, no se ríen —gruñó Ponder—. Dicen cosas como: «¿A eso lo llamas tú peligroso? ¡Pero si eso no es nada comparado con la clase de peligros a los que nos enfrentábamos de jóvenes! ¿Cómo dice, prefecto mayor? Ah, aquello... ¡Pues claro que me acuerdo! ¿Y se acuerda de cuando el viejo Ventanas McSaqueo...?» Es horrible, créame —concluyó Ponder mientras se encogía de hombros.

—¿Qué fue lo que hizo el viejo Ventanas McSaqueo? —preguntó el dios.

—¡No lo sé! ¡A veces pienso que se inventan los nombres! ¡Decano, no debería hacer eso!

El decano, que había estado examinando los dientes del tiburón, se volvió hacia Ponder.

—¿Por qué no, Stibbons? —preguntó mientras las mandíbulas se cerraban detrás de él con un ruidoso chasquido.

El archicanciller, del que sólo se podían ver las piernas, estaba examinando una de las secciones del elefante. Unos ruidos ahogados de origen vagamente humano surgieron del interior de la ballena y acabaron convirtiéndose en una voz.

—Fíjense en lo que ocurre cuando muevo esta parte... —estaba diciendo Runas Recientes—. ¿Han visto cómo se meneaba esa cosita púrpura de ahí?

—Un trabajo asombroso —dijo Ridcully, saliendo del elefante—. Las ruedas son magníficas, desde luego. Y después habrá que pintar todas esas piezas antes de montar el modelo, ¿verdad?

—No es un modelo para montar, señor —dijo Ponder, quitándole un riñón de las manos y volviendo a colocarlo en su sitio—. ¡Es un elefante de verdad en vías de construcción!

—Oh.

—Está siendo fabricado, señor-dijo Ponder, dado que Ridcully no parecía haberlo comprendido—. Lo que no es nada usual, señor.

—Ah. ¿Y cuál es la manera normal de fabricar elefantes?

—Normalmente los elefantes son fabricados por otros elefantes, señor.

—Oh, claro...

—¿De veras? —preguntó el dios—. ¿Cómo? Esas trompas son sorprendentemente flexibles y ágiles, y no crean que estoy alardeando, pero la verdad es que no resultan muy útiles para trabajos delicados.

—Oh, obviamente no los fabrican de esa manera, señor. Los obtienen mediante el... mediante el sexo —dijo Ponder, sintiendo los inicios de un rubor.

—¿El sexo?

Isla Mono, pensó Ponder. Oh, cielos...

—Eh... Machos y hembras, ya sabe... —logró farfullar.

—Siga, señor Stibbons —dijo el archicanciller—. Somos todo oídos, especialmente el elefante.

—Bueno... —Ponder sabía que se estaba poniendo rojo—. Eh... Bueno, ¿cómo obtiene las flores y demás cosas?

—Las fabrico —dijo el dios—. Y después las mantengo bajo observación para ver cómo operan, y cuando dejan de funcionar creo una versión mejorada basada en los resultados experimentales. —Frunció el entrecejo—. Aunque últimamente las plantas están comportándose de una forma bastante rara. ¿Para qué pueden servir todas esas semillas que no paran de producir? He intentado disuadirlas, pero no parecen escucharme.

—Creo que... Eh... Creo que están intentando inventar el sexo, señor —dijo Ponder—. Verá, el... bueno, el sexo es un método que te permite... que permite... que permite que los seres vivos creen... nuevos seres vivos.

—¿Quiere decir que los elefantes pueden crear más elefantes?

—Sí, señor.

—¡Caramba! ¿De veras?

—Oh, sí.

—¿Y cómo lo hacen? Calibrar el movimiento de las orejas requiere muchas horas de trabajo. ¿Utilizan herramientas especiales?

Ponder vio que el decano tenía los ojos clavados en el techo y que los otros magos también estaban encontrando algo aparentemente fascinante que contemplar porque ese algo, al ser tan fascinante, les permitía no tener que mirarse los unos a los otros.

—Bueno... más o menos —dijo Ponder. Sabía que se estaba aproximando a un terreno resbaladizo, y decidió darse por vencido—. Pero la verdad es que no soy ningún experto en...

—Y talleres, presumiblemente —dijo el dios, sacando un libro de su bolsillo y un lápiz de detrás de una oreja—. ¿Le importa que tome notas?

—Ellos... esto... la hembra… —balbuceó Ponder.

—La hembra —repitió el dios, empezando a escribir.

—Bueno, ella... Una forma muy popular es... Ella... digamos que confecciona al nuevo ser vivo dentro... dentro de ella y...

El dios dejó de escribir.

—Ah, no. Eso no puede ser —dijo—, No se puede hacer un elefante dentro de un elefante.

—Es... una versión más pequeña...

—Ah, nuevamente me veo obligado a señalar el error de dicho razonamiento. Después de varios experimentos de esa clase, acabarías obteniendo un elefante del tamaño de un conejo.

—Después se va haciendo más grande y...

—¿De veras? ¿Cómo?

—Digamos que... que se construye a sí mismo... desde dentro...

—¿Y el otro? El que no es la hembra, quiero decir. ¿Qué papel juega en todo esto? ¿Qué le ocurre a su colega? ¿Se encuentra mal?

El prefecto mayor empezó a palmear la espalda del decano.

—No es nada, no es nada —graznó el decano—. Sólo es un... un acceso de tos... Suelo tenerlos.

El dios escribió diligentemente durante unos segundos, y después se detuvo y mordisqueó el lápiz con expresión pensativa.

—¿Y todo ese... ese sexo es llevado a cabo por trabajadores no especializados? —preguntó.

—Oh, sí.

—¿Sin ninguna clase de control de calidad?

—Eh... Pues no.

—¿Y cómo lo hace su especie? —preguntó el dios, lanzando una mirada interrogativa a Ponder.

—Mi especie... Eh... Nosotros... Eh... Ah... Uh... —tartamudeó Ponder.

—Nuestra especie nunca recurre a esa clase de métodos —dijo Ridcully—. Tendría que cuidarse esa tos, decano.

—¿De veras? —dijo el dios—. Qué interesante. Bueno, ¿y entonces qué hacen? ¿Se parten por la mitad? A las amebas les da muy buenos resultados, pero en cambio las jirafas parecen incapaces de llegar a dominarlo por mucho que lo intenten. Ah, y les aclaro que hablo basándome en experiencias personales.

—¿Qué? No, no. Nos concentramos en cosas más elevadas —dijo Ridcully—. Y además nos damos duchas frías, corremos un par de horas cada mañana... Ese tipo de cosas, ya sabe.

—¡Cielos! Creo que será mejor que tome nota de eso —dijo el dios—. ¿Y cómo opera exactamente el proceso? ¿Las hembras les acompañan? Esas cosas más elevadas... ¿De qué nivel de altura estamos hablando exactamente? Qué concepto tan interesante... Y supongo que el método requerirá orificios extra, ¿no? —¿Perdón? —preguntó Ponder. —Para conseguir que los seres vivos se produzcan a sí mismos, ¿eh? Creía que todo este asunto de las semillas era una moda pasajera, pero ahora... Sí, ya veo que ahorraría muchísimo trabajo. Habría que invertir cierto esfuerzo extra en la fase de diseño, desde luego, pero supongo que después todo iría por sí solo... —Las manos del dios se convirtieron en dos manchones borrosos mientras escribía a toda velocidad—. Hmmm, impulsos e imperativos, por supuesto —siguió diciendo—. Serán vitales, claro... ¿Y cómo funciona todo esto con los... digamos que con los árboles?

—Lo único que necesita es un pincel y al tío de Ponder —dijo el prefecto mayor.

—¡Señor! —exclamó Ponder.

El dios les lanzó una mirada de perplejidad inteligente, tal como habría hecho un hombre que acabara de oír contar un chiste en una lengua desconocida para él y no estuviera muy seguro de si la persona que lo contaba había llegado al punto en que debías echarte a reír. Después se encogió de hombros.

—Lo que no acabo de entender es qué razón podría tener cualquier ser vivo para dedicar su tiempo a todo este... —dijo a continuación, echando un vistazo a sus notas— este sexo, cuando podría estar pasándolo en grande con... Oh, cielos. Me temo que ahora sus congéneres están sufriendo un ataque de atragantamiento...

—¡Decano! —gritó Ridcully.

—No he podido evitar darme cuenta de que cuando se habla del sexo sus rostros enrojecen y tienden a desplazar nerviosamente el peso de sus cuerpos de un pie al otro —dijo el dios—. ¿Se trata de alguna clase de señal?

—Ejem...

—Bueno, si pudieran explicarme cómo funciona exactamente todo este asunto...

La incomodidad, enorme y rosada, llenó el aire. Si hubiera sido roca, se habrían podido tallar ciudades secretas de un rosa rojizo en ella.

Los labios de Ridcully formaron una sonrisa petrificada.

—Discúlpenos —dijo—. ¿Reunión del cuadro académico, caballeros?

Ponder vio cómo los magos formaban corro, y después consiguió oír unas cuantas frases por encima de los susurros.

—...y eso fue lo que dijo mi padre, pero naturalmente yo no me lo creí... nunca levantó su fea cabeza... decano, le ruego que se calle... pues sinceramente las duchas frías...

Ridcully se volvió hacia el dios y, una vez más, recurrió a la sonrisa petrificada.

—El sexo, ejem, es un tema del que, ejem, nunca hablamos... —dijo.

—... mucho —completó el decano.

—Oh, comprendo —dijo el dios—. Bueno, una demostración práctica resultaría más comprensible.

—Esto... Ah... Me temo que nuestros planes para hoy no incluyen ninguna...

—¡Yuuuuuuju, caballeros! Así que estaban aquí, ¿eh?

La señora Panadizo entró en la caverna. Los magos se callaron de repente, sus mentes súbitamente conscientes de que en aquellas circunstancias la presencia de la señora Panadizo equivalía a introducir un cable de alta tensión en el estanque de la vida.

—¡Oh, otro de ustedes! —exclamó alegremente el dios—. ¿O quizá pertenece a una especie distinta? —añadió después de observar a la recién llegada.

Ponder se sintió obligado a decir algo. La señora Panadizo le estaba lanzando una de sus miradas.

—La señora Panadizo es una... una dama —dijo.

—Ah, tomaré nota de ello —dijo el dios—. ¿Y qué hacen exactamente las damas?

—Pertenecen a... a la misma especie que... que nosotros —dijo Ponder con un hilo de voz—. Son el... eh... son el...

—El sexo más débil —dijo Ridcully, tratando de ayudarle.

—Lo siento, pero me temo que me he perdido —dijo el dios.

—Digamos que la señora Panadizo es una... una representante de... del estamento femenino —farfulló Ponder.

—Oh, qué práctico —dijo el dios sonriendo.

—Discúlpenme, pero ¿tendría alguno de ustedes la amabilidad de presentarme a este caballero? —terció la señora Panadizo, empleando el tono más seco y cortante que sus excelentes modales le permitían utilizar cuando estaba tratando con los magos.

—Oh, sí, por supuesto —dijo Ridcully—. Le ruego me disculpe. Dios, le presento a la señora Panadizo. Señora Panadizo, le presento a Dios. O... bueno, le presento a un dios. Al dios de esta isla, de hecho. Esto...

—Encantada —dijo ella. Su manual de etiqueta y normas de urbanidad dictaminaba que los dioses ocupaban una posición social de lo más aceptable (eso sí, siempre que se encontraran provistos de una cabeza razonablemente humana y llevaran ropa)—. ¿Debería arrodillarme? —preguntó a continuación.

—Mwaaa —gimoteó el prefecto mayor.

—No es preciso recurrir a ninguna clase de genuflexión-dijo el dios.

—Quiere decir que no —tradujo Ponder.

—Oh, como quiera —dijo la señora Panadizo, ofreciéndole una mano.

El dios la tomó y, cogiéndole el pulgar, lo movió adelante y atrás.

—Muy práctico —dijo después—. Oponible, según veo. Creo que debería tomar nota de esto. Y supongo que también utiliza los brazos, ¿no? ¿Siempre es bípeda? Oh, y veo que además puede enarcar las cejas. ¿Se trata de alguna clase de señal? También observo que su forma es distinta a la de los otros y que no tiene barba. Supongo que eso indica que es menos sabia, ¿verdad?

Ponder vio que la señora Panadizo entrecerraba los ojos, y tampoco le pasó por alto la repentina dilatación de sus fosas nasales.

—¿Hay alguna clase de problema, señores? —preguntó la señora Panadizo—. Seguí su rastro hasta que acabé llegando a esa embarcación tan mona, y después no había otro camino que seguir aparte de este, así que...

—¡Estábamos hablando del sexo! —exclamó el dios—. Es un tema apasionante, ¿verdad?

Los magos contuvieron el aliento. Lo que ocurriría a continuación iba a hacer que las sábanas del decano parecieran una fruslería sin importancia.

—El sexo no es un tema que me interese —dijo la señora Panadizo, articulando cada palabra con meticulosa cautela.

—Mwaaa —graznó el prefecto mayor.

—Ah, al parecer nadie quiere contarme de qué va el asunto —dijo el dios, visiblemente irritado.

Una chispa brotó de sus dedos y abrió un diminuto cráter en el suelo, lo que pareció dejarle tan impresionado como a los magos.

—Oh, cielos, ¿qué van a pensar de mí? ¡Lo siento mucho! —dijo—. Me temo que es algo así como una reacción natural cuando me... En fin, ya saben, cuando... estoy un poco enfadado.

Todos volvieron la mirada hacia el cráter. La roca burbujeaba suavemente junto a los pies de Ponder, quien no se atrevía a mover ni un músculo porque temía desmayarse si lo hacía.

—Así que sólo estaba un... poco enfadado, ¿eh? —murmuró Ridcully.

—Bueno, quizá estaba... furioso. Sí, supongo que sí —dijo el dios—. No puedo evitarlo, lo siento. Es un reflejo derivado de la divinidad. Me temo que como, bueno, como especie no... Oh, me parece que nunca sabemos cómo hay que reaccionar ante los desafíos. Lo lamento mucho, de veras. Lo siento, lo siento...—Se sonó, y después se sentó encima de un panda a medio terminar—. Oh, vaya. Ya volvemos a empezar... —Un relámpago en miniatura brotó de su pulgar y estalló en el aire—. Espero que no haya vuelto a tocarle a la ciudad de Quint. Lo digo porque supongo que todos estarán enterados de lo que ocurrió allí...

—Nunca había oído hablar de una ciudad llamada Quint —dijo Ponder.

—Oh, no me extraña —dijo el dios—. Ahí está el problema, ¿verdad? Como ciudad no era gran cosa, desde luego. Casi todos los edificios estaban hechos de barro. Aunque eso era antes, claro, porque con todo lo que llegó a caerles encima... Eh... Bueno, digamos que la cerámica sustituyó al barro como material de construcción básico. —Se volvió hacia ellos, casi pidiéndoles perdón con la mirada—. ¿Ustedes nunca han tenido uno de esos días en los que te enfadas por cualquier tontería? Mirando de reojo Ponder vio que los magos, en una rara exhibición de unanimidad y moviéndose con lentitud, habían iniciado un cauteloso avance hacia la puerta. Un rayo mucho más grande que el anterior abrió un agujero en el suelo junto a la entrada de la caverna.

—¡Oh, cielos! —exclamó el dios—. Qué vergüenza, qué vergüenza... Me temo que es algo totalmente subconsciente.

—Me estaba preguntando sí existe algún tipo de tratamiento para la incineración prematura.

—¡Decano! ¡Éste no es el momento!

—Lo lamento, archicanciller.

—Si por lo menos no hubieran rechazado mis vacas inflamables... —dijo el dios, echando chispas por la barba—. De acuerdo, admito que un día de mucho calor unido a una rara combinación de circunstancias podía hacer que entraran en combustión de manera espontánea y prendieran fuego a la aldea, pero... bueno, siempre he dicho que es de gente bien nacida el ser agradecida.

La señora Panadizo contemplaba al dios con una expresión entre impasible y gélida.

—¿Qué es lo que desea saber exactamente? —preguntó por fin.

—¿Uh?—dijo Ridcully.

—Bueno... que nadie se ofenda, pero no siento absolutamente ningún deseo de salir de aquí con los cabellos en llamas —dijo el ama de llaves. El dios alzó la mirada hacia ella. —Todo este concepto del macho y la hembra parece altamente prometedor —dijo mientras sorbía aire por la nariz—. Pero nadie quiere entrar en detalles...

—Oh, eso —dijo la señora Panadizo. Lanzó una rápida mirada a los magos y después se inclinó y ayudó al dios a levantarse—. Si me disculpan un momento, caballeros...

Los magos les contemplaron con una perplejidad todavía más grande que la provocada por la exhibición de relampagueos. Estudios Indefinidos se llevó las manos al sombrero y se tapó los ojos con él.

—No me atrevo a mirar —dijo—. ¿Qué están haciendo? —preguntó a continuación.

—Eh... están hablando... —dijo Ponder.

—¿Hablando?

—Y ella... bueno, ella... agita las manos...

—¡Mwaaa! —dijo el prefecto mayor. —Deprisa, que alguien le dé aire con un sombrero —dijo Ridcully—. Y ahora la señora Panadizo se está riendo, ¿verdad?

Tanto la mujer como el dios volvieron la mirada hacia los magos. Ella inclinó la cabeza como si les estuviera asegurando que cuanto acababa de decirle al dios era verdad, y después los dos rieron.

—Pues a mí eso me ha sonado a risita burlona —dijo severamente el decano.

—No estoy muy seguro de aprobar todo esto —dijo Ridcully—. Dioses y mujeres mortales, ya saben... De vez en cuando oyes unas historias.

—Dioses que se convierten en toros —dijo el decano.

—Y en cisnes —dijo Estudios Indefinidos. —Lluvias de oro —dijo el decano. —Sí —dijo Ridcully, y puso cara pensativa—. Aunque si quieren que les sea sincero, siempre he tenido mis dudas acerca de esa historia.

—¿Qué está describiendo ahora?

—Me parece que prefiero no saberlo.

—Oh, que alguien haga algo por el prefecto mayor de una maldita vez —dijo Ridcully—. ¡Aflójenle la ropa o algo por el estilo!

—¿Que hacen qué? —gritó el dios unos instantes después.

La señora Panadizo volvió la mirada hacia los magos y pareció bajar la voz.

—¿Alguien llegó a conocer al señor Panadizo? —preguntó el archicanciller.

—No —dijo el decano—. No que yo recuerde. Supongo que todos hemos dado por sentado que había pasado a mejor vida.

—¿Y alguien sabe de qué murió? —preguntó Ridcully—. Ah, silencio... Ya vuelven.

El dios les dirigió una alegre inclinación de la cabeza mientras iba hacia ellos.

—Bueno, todo aclarado —dijo frotándose las manos—. Ardo en deseos de ver qué tal funciona en la práctica. Aunque hubiera pasado cien años estrujándome el cerebro nunca habría... Bien, la verdad es que quién iba a pensar que... Quiero decir... —Contempló sus rostros paralizados por el estupor y soltó una risita—. Esa parte en la que él... y luego ella... Me asombra que alguien pueda dejar de reír el tiempo suficiente para... Aun así, ya veo cómo podría llegar a hacerse, y no cabe duda que abre la puerta a algunas posibilidades muy interesantes.

La señora Panadizo mantenía los ojos clavados en el techo. Algo en su postura y en los movimientos de sus siempre altamente expresivos senos parecía indicar que estaba haciendo grandes esfuerzos para contener la risa. El efecto general resultaba desconcertante, porque normalmente la señora Panadizo nunca reía.

—¿Ah? ¿Oh? —murmuró Ridcully mientras daba un paso hacia la puerta—. ¿De veras? Bien, pues bravo. Supongo que ya no nos necesita, ¿eh? Nuestro barco está a punto de zarpar y...

—Oh, claro. No quiero entretenerles más —dijo el dios, agitando una mano—. ¿Saben una cosa? Cuanto más pienso en ello, más convencido estoy de que este «sexo» resolverá prácticamente todos mis problemas.

—No todo el mundo puede decir eso —repuso solemnemente Ridcully—. ¿Viene...? Eh... ¿viene con nosotros, señora Panadizo?

—Por supuesto, archicanciller. —Eh... magnífico. Bravo. Ejem. Y usted, señor Stibbons, naturalmente...

El dios se había inclinado sobre un banco de trabajo y estaba hurgando en las cajas. El aire se llenó de luz, Ponder alzó la mirada hacía la ballena. Estaba viva... pero no en aquel momento. Después sus ojos recorrieron el elefante en vías de construcción y armazones de aspecto misteriosamente orgánico en los que iridiscencias azuladas envolvían formas todavía imposibles de identificar, aunque una de ellas sugería la mitad de una vaca.

Ponder se llevó la mano a la oreja y extrajo el escarabajo que estaba intentando explorarla. Si se iba, después siempre se preguntaría si...

—Creo que me gustaría quedarme —dijo. —Bravo. Buen... eh... buen... —dijo el dios sin mirarle.

—Chico —lo ayudó Ponder.

—Buen chico —dijo el dios.

—¿Está seguro? —preguntó Ridcully.

—Me parece que nunca he disfrutado de unas vacaciones —dijo Ponder—. Me gustaría dedicar mi tiempo libre a la investigación, señor.

—¡Pero estamos perdidos en el pasado, Stibbons!

—Investigación básica, entonces —dijo Ponder con firmeza—. ¡Aquí hay mucho que aprender, señor!

—¿De veras?

—¡Lo único que ha de hacer es mirar alrededor, señor!

—Bien, si realmente ha tomado una decisión... Sí, supongo que está en su derecho —dijo el archicanciller—. Tendremos que retenerle la paga, naturalmente.

—Me parece que nunca me han pagado, señor

—dijo Ponder.

El decano hundió el codo en el flanco de Ridcully y le murmuró algo al oído.

—Y necesitamos saber cómo funciona el navío —añadió Ridcully.

—¿Qué? Oh, no deberían tener ningún problema —dijo el dios, alzando la mirada hacia ellos desde su banco de trabajo—. El navío se limitará a encontrar un lugar cuya firma biogeográfica no coincida con la de esta isla, ¿comprenden? Todo es automático. Después de todo, ¿quién quiere volver al sitio del que ha partido? —Agitó una pata de escarabajo delante de su cara—. Muy cerca de aquí hay un nuevo continente. El navío probablemente detectará la presencia de una masa de tierra muy grande y pondrá rumbo hacia ella.

—¿Nuevo? —preguntó Ridcully.

—Oh, sí. Ese tipo de cosas nunca me han interesado demasiado, pero de noche puedes oír los ruidos de los trabajos de construcción. Es muy molesto, créanme.

—¿Está seguro de que quiere quedarse, Stibbons? —preguntó el decano.

—Eh...sí...

—¡No me cabe duda de que el señor Stibbons sabrá hacer honor a las nobles tradiciones de la Universidad Invisible! —exclamó Ridcully.

Ponder, que sabía en qué consistían exactamente las tradiciones de la Universidad Invisible, se limitó a asentir con una leve inclinación de la cabeza. El corazón le latía muy deprisa. Nunca se había sentido tan emocionado, ni siquiera cuando logró programar a Maleficio por primera vez.

Por fin había encontrado su verdadero lugar en el mundo. El futuro le llamaba.

Cuando los magos empezaron a bajar por la montaña ya estaba amaneciendo.

—No era un mal dios, ¿verdad? —dijo el prefecto mayor—. Para lo que suelen ser los dioses, quiero decir...

—Ese café que nos preparó estaba muy bueno —observó Estudios Indefinidos.

—Y en cuanto le explicamos lo que era el café, hizo crecer ese arbusto en un abrir y cerrar de ojos —acotó Runas Recientes.

Siguieron bajando por la montaña. La señora Panadizo se había adelantado y canturreaba en voz baja. Los magos se aseguraron de mantener una respetuosa distancia entre sus personas y el ama de llaves. Eran conscientes de que la señora Panadizo acababa de anotarse alguna clase de oscura victoria.

—Y lo de que el joven Ponder haya querido quedarse... No lo entiendo, francamente —dijo el prefecto mayor.

—El dios pareció alegrarse mucho de que se quedara —comentó Runas Recientes—. Dijo que diseñar el sexo le obligaría a rediseñar prácticamente todo lo demás.

—¡Cuando era pequeño yo hacía serpientes con barro! —proclamó alegremente el tesorero.

—Bravo, tesorero.

—La parte más difícil era hacerles los pies.

—Aun así, no puedo evitar pensar que... que quizá hayamos alterado el pasado, archicanciller —dijo el prefecto mayor.

—No veo cómo —dijo Ridcully—. Después de todo, el pasado ocurrió antes de que llegáramos aquí.

—Sí, pero ahora estamos aquí y lo hemos alterado.

—Entonces lo alteramos antes.

A todos les pareció que eso resumía con bastante claridad la situación. El viaje temporal tiende a provocar confusiones ridículas en el manejo de los tiempos verbales, pero un ego lo bastante grande casi siempre acaba encontrando alguna salida.

—Impresiona pensar que un hombre de la Universidad Invisible ayudará a crear un nuevo enfoque del diseño de formas de vida —dijo Estudios Indefinidos.

—Sí, desde luego —dijo el decano—. ¿Quién ha dicho que la educación es perjudicial, eh?

—Ni idea —respondió Ridcully—. ¿Quién lo ha dicho?

—Bueno, si alguien lo dijera, podríamos presentarle a Ponder Stibbons y le diríamos: mírele bien, porque se mató a estudiar y tomó nota de todo lo que decían sus profesores y ahora ahí le tiene, sentado a la diestra de un dios.

—El dios quizá prefiera tenerlo sentado a su izquierda, y en ese caso... —repuso Runas Recientes, pero el decano se le adelantó.

—Creo que es algo relacionado con la tradición, Runas —dijo—. Ponder estará sentado a su diestra, y sospecho que eso lo convierte en un ángel. Técnicamente hablando, quiero decir...

—Ah. Entonces Ponder podrá hacer milagros, ¿verdad?

—No estoy seguro. Cuando nos fuimos estaban hablando de rediseñar los traseros de los babuinos para hacerlos más atractivos.

Los magos reflexionaron en silencio. —No sé qué pensarán ustedes, pero para mí eso sería un auténtico milagro —acabó diciendo Ridcully.

—Aun así, reconozco que prefiero dedicar mis horas libres a otras ocupaciones —dijo el prefecto mayor con aire pensativo.

—Según el dios, todo se reduce a conseguir que los seres vivos quieran efectuar el... practicar el... dedicarse al... En fin, que todo se reduce a convencerlos de que deben producir una nueva generación cuando podrían estar dedicando su tiempo a una actividad más... beneficiosa. Al parecer, muchos animales tendrán que ser reconstruidos de arriba abajo.

—O por lo menos desde abajo hasta la parte central. Jajaja.

—Gracias por su contribución, decano.

—¿Y cómo se desarrolla exactamente el proceso? —preguntó el prefecto mayor—. ¿Una hembra de babuino se encuentra con un babuino y se dice: «¡Oh, qué trasero tan pintoresco y llamativo! Y todos esos colores... Iniciemos inmediatamente las actividades nupciales»?

—Debo confesar que yo también he dedicado muchas horas a reflexionar sobre esos temas —murmuró Runas Recientes—. Piensen en las ranas, por ejemplo. Bueno, si yo fuera una señora rana y estuviera buscando esposo, lo que realmente me interesaría saber de él sería cosas como, eh, el tamaño de sus patas, su competencia a la hora de atrapar moscas...

—La longitud de su lengua —dijo Ridcully—. Decano, ¿quiere hacer el favor de tomarse algo para esa tos?

—Cierto, cierto —dijo Runas Recientes—. Y además debería tener una buena charca. Francamente, no basaría mí elección en si era capaz de hinchar la garganta hasta que adquiriese las dimensiones de su estómago antes de empezar a gritar «conejo, conejo».

—Creo que lo que dicen es «cronej, cronej», Runas.

—¿Está seguro?

—Sí, creo que sí.

—¿Y entonces qué bichos son los que dicen «conejo, conejo»?

—Los conejos, creo.

—Oh, claro. Constantemente, creo recordar.

—Siempre he pensado que el sexo es una forma muy poco elegante de asegurar la continuidad de la especie — dijo Estudios Indefinidos cuando estaban llegando a la playa —. Estoy seguro de que podría haber algo mejor. Si quieren saber mi opinión, es muy... anticuado. Y toda esa agitación, todo ese terrible gasto de energías... No, no.

—Bueno, básicamente estoy de acuerdo con usted, pero ¿qué sugiere que utilicemos en vez del sexo? — preguntó Ridcully.

—El bridge — contestó Estudios Indefinidos.

—¿De veras? ¿El bridge?

—¿Se refiere a ese juego en el que se reparten cartas? — preguntó el decano.

—No veo por qué no. Puede llegar a ser muy emocionante, fomenta las relaciones sociales y no requiere ningún equipo especial.

—Pero hacen falta cuatro personas — observó Ridcully.

—Ah, sí. No había pensado en eso. Sí, supongo que quizá habría problemas. Bien, en ese caso... ¿Qué me dicen del croquet? Sólo se necesitan dos personas para jugar. De hecho, he disfrutado de muchas partiditas encantadoras en las que yo era el único jugador.

Ridcully permitió que un poco más de espacio se interpusiera entre su cuerpo y el de Estudios Indefinidos.

—Sigo sin ver cómo podría utilizarse con vistas a la procreación — dijo —. ¿Con fines recreativos? Sí, por supuesto. Pero la procreación... No, para eso no. Quiero decir que... bueno, ¿cómo funcionaría exactamente?

—El dios es él, ¿no? — resopló Estudios Indefinidos — . Se supone que es él quien tiene que ocuparse de los detalles, ¿verdad?

—Ya, pero... pensemos en las mujeres. ¿Realmente creen que una mujer decide pasar toda su vida al lado de un hombre meramente porque dicho hombre es capaz de levantar un mazo enorme que pesa un montón de kilos? —preguntó el decano.

—Bueno, pensándolo bien supongo que eso no es más ridículo que... —empezó Ridcully, pero se interrumpió de repente—. Creo que deberíamos cambiar de tema —se apresuró a añadir unos momentos después.

—La semana pasada estuve jugando al croquet con él —le siseó el decano a Ridcully mientras Estudios Indefinidos se alejaba—. ¡Y ahora no podré volver a dormir hasta que no me haya dado un buen baño!

—Cuando volvamos le confiscaremos todos los mazos de croquet y los guardaremos bajo llave —murmuró Ridcully.

—¿Sabía que su habitación está llena de libros sobre croquet? ¡Y algunos tienen ilustraciones en color!

—¿De qué?

—De jugadas famosas —respondió el decano—. Sí, creo que deberíamos confiscarle el mazo.

—Buena idea, decano —dijo Ridcully—. Estaba a punto de sugerirlo, créame.

Érase una vez un mago moderadamente contento que acampó junto a una charca seca bajo la sombra de un árbol. Después el mago soltó un juramento tras otro mientras luchaba con una lata de cerveza y, entre juramento y juramento, se preguntaba qué clase de idiota era capaz de meter cerveza dentro de una lata.

Cuando por fin consiguió abrir un agujero en la lata golpeándola con el canto de una piedra, la cerveza brotó de ella bajo la forma de espuma ultrarrápida, pero el mago consiguió beber la mayor parte de ella.

Pero aparte de la cerveza, todo parecía ir mejor. Rincewind había inspeccionado los árboles en busca de osos caedores sin encontrar ni rastro de ellos y, lo mejor, Scrappy también parecía haberse esfumado.

Rincewind consiguió agujerear otra lata, esta vez más cautelosamente, y sorbió su contenido con expresión pensativa.

¡Menudo país! Nada era exactamente lo que parecía ser, e incluso los gorriones hablaban, y nunca llovía. Y toda el agua se escondía en las profundidades, así que tenían que extraerla bombeándola mediante molinos.

Rincewind había pasado por delante de otro cuando estaba saliendo de los desfiladeros. Aquél todavía lograba producir un hilillo de agua, pero de repente el hilillo se convirtió en un goteo ocasional delante de sus ojos.

¡Maldición! Habría debido recoger un poco de agua para llevársela consigo mientras estaba allí.

Rincewind inspeccionó la comida del saco. Había una barra de pan del tamaño y el peso de una bala de cañón, y unas cuantas verduras. Pero por lo menos eran verduras reconocibles. Hasta había una patata. Cogió la patata y la sostuvo ante el crepúsculo. Rincewind había comido en muchos países del Disco, y a veces incluso había podido ingerir un refrigerio completo sin tener que salir huyendo. Pero a esas comidas siempre les faltaba algo. Oh, los seres humanos eran capaces de hacer auténticas maravillas con las especias, las aceitunas, los ñames, el arroz y todas esas cosas, pero lo que Rincewind había acabado anhelando era la humilde patata.

Hubo un tiempo en el que habría podido disfrutar de un plato lleno de patatas, troceadas o en forma de puré, con sólo pedirlo. Lo único que tenía que hacer era ir a las cocinas y pedir que se las sirvieran. En la Universidad Invisible la comida siempre estaba disponible con sólo pedirla. Por muy horrible que pudiera parecerte aquel sitio en otros aspectos, había que admitir —aunque tal vez lo admitieras con la boca llena— que en lo tocante a la comida era irreprochable. Y, por muy ridículo que pudiera parecería ahora, Rincewind casi nunca había hecho algo tan sencillo. La fuente de las patatas pasaba ante él durante las comidas y Rincewind se servía una cucharada, ¡pero a veces no lo hacía! Había permitido que la fuente pasara de largo. En vez de servirse patatas se servía arroz. ¡Arroz! A su manera el arroz era muy nutritivo, pero básicamente sólo se cultivaba en aquellos lugares donde las patatas habrían acabado flotando en la superficie.

A veces Rincewind se acordaba de aquellos tiempos, normalmente cuando estaba dormido, y entonces despertaba gritando: «¡Que alguien me pase la fuente de las patatas, por favor!»

Y a veces se acordaba de la mantequilla. Esos eran los días malos.

Colocó reverencialmente la patata en el suelo y esparció el resto del contenido del saco junto a ella. Había una cebolla y unas zanahorias. Una lata de... té, a juzgar por el olor, y un paquetito de sal.

Una inspiración repentina estalló en su mente, sacudiéndola con toda la potencia y brillantez que adquieren las ideas cuando han viajado a través de la cerveza.

¡Sopa! ¡Nutritiva y simple! ¡Lo único que tenías que hacer era hervirlo todo! Y, sí, podía usar una de las latas de cerveza vacías, encender una hoguera y trinchar las verduras, y esa mancha de humedad de ahí al lado sugería que había agua...

Rincewind fue con paso tambaleante hacia ella para echar un vistazo. Una depresión circular en el suelo daba la impresión de que quizá hubiera podido ser alguna clase de estanque en tiempos lejanos, y también había el grupito habitual de árboles ligeramente más sanos que encontrabas en aquellos lugares, pero no había ni rastro de agua y Rincewind estaba demasiado cansado para cavar.

Entonces otro destello de inspiración le golpeó con la velocidad de la cerveza. ¡Cerveza! Pero si en realidad la cerveza sólo era agua con unas cuantas cosas añadidas, ¿verdad? Y la mayor parte de lo que contenía era levadura, indudablemente un alimento. De hecho, cuando pensabas en ello, la cerveza no era más que una especie de pan líquido. Así pues, ¿por qué no utilizar un poco de cerveza para la sopa? ¡Sopa de cerveza! Unas cuantas neuronas expusieron sus dudas, pero sus compañeras las agarraron por el cuello y les recordaron con voz amenazadora que la gente siempre estaba cocinando pollo al vino, ¿o no?

Rincewind necesitó algún tiempo para abrir una lata de cerveza, pero luego pudo deleitarse con la contemplación de la lata colocada sobre las llamas y las verduras trinchadas que flotaban en la espuma. En ese momento se sintió asaltado por algunas dudas más, pero éstas fueron apartadas a codazos, especialmente después de que el olor que empezaba a emanar de la lata le hiciera la boca agua y Rincewind hubiese abierto otra lata para usarla a modo de aperitivo.

Pasados unos minutos, removió las verduras con una ramita. Todavía estaban bastante duras, y eso a pesar de que la mayor parte de la cerveza parecía haberse evaporado. ¿Había algo más que no hubiera hecho?

¡Sal! ¡Sí, por supuesto! La sal, una sustancia maravillosa. Rincewind había leído en algún sitio que sí pasabas un par de semanas sin ingerir sal acababas tarumba. Probablemente por eso se sentía tan raro. Abrió el paquetito de sal y echó un pellizco dentro de la lata.

La sal era una hierba medicinal, ¿no? E iba muy bien para las heridas, ¿verdad? Y en los tiempos antiguos, a los soldados se les pagaba con sal. ¿No procedía de ahí la palabra salario? Bueno, pues entonces la sal tenía que ser maravillosa. Te pasabas la semana haciendo marchas forzadas y construyendo tu camino mientras avanzabas, luego te enfrentabas a los salvajes pintados de azul de la feroz tribu de los insoportables y después, también a marchas forzadas, volvías a casa, y el viernes el centurión aparecía cargado con un gran saco y decía «¡Bien hecho, muchachos! ¡Aquí tenéis un poco de sal!».

Era asombroso lo bien que estaba funcionando su mente.

Rincewind echó otro vistazo al paquetito de sal, se encogió de hombros y lo vació dentro de la lata. Cuando pensabas en ella partiendo de esa perspectiva, comprendías que la sal tenía que ser un alimento fantástico. Y él llevaba semanas sin ingerir sal, así que probablemente ésa era la razón por la que sus ojos estaban haciendo cosas raras y ya no notaba las piernas.

Y, ya puestos, Rincewind decidió echar el resto de la cerveza.

Se acostó con la cabeza apoyada en una roca. No meterse en líos y mantenerse alejado de los problemas, eso era lo importante. Esas estrellas de ahí arriba, por ejemplo, no tenían que hacer nada aparte de brillar y estarse quietecitas. ¡Qué suerte tenían las muy desgraciadas! A ellas nadie les había dicho nunca lo que debían hacer.

Rincewind despertó temblando. Algo horrible se le había metido en la boca, y descubrir que era su lengua no supuso un gran alivio. Hacía mucho frío, y el horizonte sugería que faltaba poco para que amaneciese.

Y también había un ruido, una especie de succión entre desesperada y patética.

Unas cuantas ovejas habían invadido su campamento durante la noche. Una de ellas estaba tratando de sorber de una lata de cerveza vacía. La oveja cesó en sus intentos apenas vio que Rincewind había despertado y retrocedió un poco mientras le dirigía esa clase tan peculiar de mirada penetrante a la que recurren los animales domesticados cuando están intentando recordar a sus domesticadores que habían hecho un trato.

Rincewind descubrió que le dolía la cabeza.

Tenía que haber agua en algún sitio. Se incorporó y contempló el horizonte. Había molinos, ¿no? Se acordó de los molinos del día anterior. Bueno, dijeran lo que dijeran, tenía que haber un poco de agua por la zona. Dioses, qué sed tenía...

Sus ojos legañosos se posaron sobre el magnífico experimento culinario de la noche anterior. Sopa de verduras a la levadura, qué idea tan maravillosa. La clase de idea que te parece increíblemente genial a la una de la madrugada después de haber bebido demasiado.

Con un estremecimiento, se acordó de algunas de las grandes inspiraciones que había tenido en ocasiones similares. Tallarines con mostaza, ésa había sido de las mejores. La fritura de guisantes fue otro triunfo. Y también estaba la vez en que comerse un poco de harina y levadura y beber un poco de agua caliente a continuación le pareció una idea genial, porque se le había acabado el pan y, después de todo, eso era lo que veía el estómago, ¿no? El gran problema de cocinar a altas horas de la madrugada es que mientras estabas cocinando todo parecía tener sentido. Siempre había alguna lógica oculta detrás del plato, pero nunca la clase de lógica que utilizarías al mediodía.

Aun así, tenía que comer algo y la sustancia marrón oscuro de aspecto pegajoso que ocupaba la mitad de la lata era el único alimento disponible en los alrededores que no tenía un mínimo de seis patas. A Rincewind ni siquiera se le ocurrió comer cordero. ¿Quién habría podido hacerlo cuando el cordero te estaba lanzando unas miradas tan patéticas?

Introdujo una ramita en la lata. La sustancia pareció aferrarse a la madera, pegándose a ella igual que la cola.

—¡Suelta!

Una especie de goterón acabó desprendiéndose de la sustancia. Rincewind lo probó con cautela. Si mezclabas cerveza y verduras, siempre cabía la posibilidad de que acabaras obteniendo...

No, lo que obtenías era una especie de pasta marrón que sabía a cerveza salada.

Aunque había algo extraño. El sabor inicial era más bien horrible, pero aun así Rincewind descubrió que encerraba otro sabor secundario.

Oh, dioses. Ahora sí estaba realmente sediento.

Cogió la lata y echó a andar hacia los árboles con paso tambaleante. Los árboles eran el sitio donde encontrabas agua: te acercabas a ellos y empezabas a cavar.

Invirtió media hora en aplastar una lata de cerveza vacía y usarla para cavar un agujero cuyo borde le llegaba a la cintura. Sus pies ya habían empezado a detectar cierta humedad.

Media hora más le dejó con el borde del agujero a la altura de los hombros y los tobillos mojados.

Aunque al principio tardaras un poco en darte cuenta, había que admitir que aquella especie de papilla marrón no estaba nada mal. Era el equivalente semilíquido del pan de los enanos. Tu mente no conseguía creer que acabaras de ingerir lo que tu boca te decía que le habías metido dentro, así que ibas y repetías. Probablemente estaba lleno de minerales y vitaminas muy nutritivas. Después de todo, la mayoría de cosas que sabían a rayos solían estarlo.

Cuando levantó la cabeza vio que estaba rodeado de ovejas que lo observaban con miradas anhelantes, a él y a las profundidades húmedas.

—No me miréis así porque no sacaréis nada con ello, ovejas —dijo Rincewind.

Las ovejas siguieron mirándole.

—Yo no tengo la culpa, y me da igual lo que pueda decir cualquier canguro —masculló—. Acabo de llegar. No soy responsable del clima, por el amor del cielo.

Las ovejas seguían mirándole. Rincewind se dio por vencido, porque prácticamente cualquier ser humano acabará dándose por vencido antes que una oveja. La razón no es tanto que la oveja sea invencible, sino que es absolutamente incapaz de llevar a cabo la complicada operación mental necesaria para admitir la derrota y darse por vencida.

—Oh, qué demonios... Quizá podría fabricar alguna especie de cubo con un sistema de poleas —dijo Rincewind—. Después de todo, hoy no tengo ninguna cita urgente.

Seguía cavando, con la esperanza de llegar lo suficientemente abajo antes de que el agua se agotara, cuando oyó silbar a alguien.

Alzó la cabeza para echar un vistazo por entre las patas de las ovejas. Un hombre que silbaba entre dientes se estaba arrastrando a través de la charca reseca. El recién llegado no había visto a Rincewind por la sencilla razón de que sus ojos no se apartaban de las ovejas. El hombre dejó caer al suelo la mochila que arrastraba, extrajo un saco, reptó hacía una oveja un poco apartada de las demás y saltó sobre ella. La oveja apenas si tuvo tiempo de balar.

—Esa oveja probablemente pertenece a alguien, ¿sabes? —dijo una voz mientras el hombre la estaba metiendo en el saco.

El hombre se apresuró a alzar la mirada. La voz procedía de un grupo de ovejas.

—Si te dedicas a robar ovejas, puedes acabar teniendo problemas muy serios. Estoy seguro de que tarde o temprano lo lamentarás. Esa oveja probablemente es muy importante para alguien. Oh, vamos, deja que se vaya...

El hombre miró desesperadamente alrededor.

—Quiero decir que... bueno, piensa en ello —prosiguió la voz—. Tienes un país precioso al que no le falta de nada, porque puestos a tener tiene hasta loros, y ahora lo echarás todo a perder robando la oveja de unas personas que han luchado, sufrido y trabajado para verla crecer. Apuesto a que no quieres que te recuerden como a un ladrón de ovejas...

El hombre dejó caer el saco y huyó por piernas.

—Eh, tampoco había necesidad de salir corriendo de esa manera. ¡Sólo estaba intentando apelar a tu parte buena! —dijo Rincewind, saliendo del agujero y haciéndose bocina con las manos—. ¡Y te has dejado olvidado el equipo de acampada! —le gritó al polvo que se perdía en la lejanía.

El saco baló.

Rincewind lo cogió, pero un ruido detrás de él hizo que se volviera. Otro hombre le estaba observando desde la grupa de un caballo. El hombre parecía decidido a taladrarle con la mirada.

Detrás de él había tres hombres que llevaban cascos y zamarras idénticas y cuyos tres rostros lucían esa clase de expresión sombría que lleva escrito «vigilante» encima. Y cada hombre le estaba apuntando con una ballesta.

La sensación de horror insondable asociada a la repentina comprensión de que había vuelto a meter las narices en algo que no le concernía y de lo que luego le resultaría muy difícil salir fue creciendo en Rincewind.

Intentó sonreír.

—¡Buenos días! —dijo—. Calma y tranquilidad, ¿eh? ¡Debo decir que nunca me había alegrado tanto de ver a una pandilla de drongos!

Ponder Stibbons carraspeó.

—¿Por dónde quiere que empiece? —preguntó—. Probablemente podría terminar el elefante...

—¿Qué tal se le dan las viscosidades?

Ponder nunca había sospechado que su futuro pudiera estar en el diseño de viscosidades, pero todo el mundo tenía que empezar por algo.

—Estupendamente —dijo.

—Lo único que hacen es partirse por la mitad, claro —dijo el dios mientras avanzaban entre hileras de cubos luminosos llenos de vida y los escarabajos zumbaban sobre sus cabezas—. Nunca le he visto demasiado futuro. Con las formas de vida inferiores ese método siempre funciona a las mil maravillas, pero los seres más complejos tienden a encontrarlo un poco embarazoso. Y en el caso de los caballos resulta letal, por supuesto... No, el sexo va a ser muy útil, Ponder. Hará que todo progrese por sí solo, y gracias a eso dispondremos de tiempo para trabajar en el gran proyecto.

Ponder suspiró. Ah, sí, sabía que tenía que haber un gran proyecto. Un dios nunca habría organizado semejante lío sólo para mejorar la vida de las vacas inflamables, ¿verdad?

—Quizá podría echarle una mano con ese proyecto —sugirió—. Mi pequeña contribución podría resultarle de utilidad.

—¿De veras? Vaya, había pensado que quizá se sentiría más a gusto ocupándose de los animales y los pájaros... —El dios agitó las manos—. Después de todo ya los conoce un poco, ¿no? Tengo entendido que los hogares de su especie siempre están repletos de animales y pájaros, ¿verdad?

—Bueno... sí, más o menos. Pero los animales y los pájaros son un poquito limitados, ¿no?

Una ancha sonrisa iluminó el rostro del dios. No hay nada comparable a la proximidad de un dios contento. Es como darle un baño caliente al cerebro.

—¡Exactamente! —exclamó—. ¡Limitados! ¡Sí, es la palabra justa! Cada uno está atrapado en un desierto, jungla o montaña, confiando en un par de alimentos y a merced de todos los caprichos del universo... y al final el más insignificante cambio climático acaba provocando su extinción. ¡Qué desperdicio tan terrible!

—¡Desde luego! —dijo Ponder—. Lo que usted necesita es una criatura adaptable y llena de recursos, ¿verdad?

—¡Muy bien dicho, Ponder! ¡Veo que el destino le ha traído hasta aquí justo en el momento adecuado!

Dos puertas enormes se abrieron delante de ellos, revelando una sala circular con una pequeña pirámide de peldaños en el centro. Al final de la escalera había otra neblina azulada dentro de la que destellaban relampagueos ocasionales.

El futuro se desplegó ante Ponder Stibbons. La nueva luz que acababa de aparecer en sus ojos era tan intensa que los cristales de sus gafas se empañaron, y su mirada probablemente habría podido agujerear una hoja de papel. Oh, pues claro que sí. ¡Aquello era el sueño de todo filósofo de la naturaleza! Ponder tenía las teorías, y por fin podría empezar con la práctica.

Y esta vez todo se haría correctamente. ¿Por qué tanto miedo a alterar el futuro? El futuro estaba ahí precisamente para ser alterado y manipulado, ¿no? Oh, Ponder había estado en contra de ello, desde luego, pero eso había sido cuando... ¡Bueno, cuando era otra persona la que estaba acariciando la idea de alterar el futuro! Pero ahora Ponder disponía de un dios que parecía más que dispuesto a seguir sus consejos, y quizá se podría aplicar cierta dosis de inteligencia a la labor de crear inteligencia.

Para empezar, debería ser posible obtener un cerebro humano que dejase de relacionar las barbas largas con la inteligencia y que, en lo sucesivo, la asociara con los jovencitos flacuchos que necesitaban gafas para trabajar.

—¿Y... ya lo ha terminado? —preguntó Ponder mientras empezaban a subir por la escalera.

—En líneas generales, sí. Es mi mayor logro. Francamente, en comparación el elefante parece una auténtica fruslería. Pero sí se considera a la altura del desafío, todavía quedan muchos pequeños detalles pendientes. —Sería un honor-dijo Ponder. Se detuvo delante de la neblina azulada. A juzgar por las chispas, algo muy importante estaba ocurriendo dentro de ella.

—¿Les da alguna clase de instrucciones antes de dejarlas en libertad? —preguntó con voz entrecortada.

—Me limito a darles unas cuantas instrucciones básicas —dijo el dios. Agitó una mano arrugada, y la bola resplandeciente empezó a contraerse—. Una vez libres, aprenden a arreglárselas por su cuenta.

—Claro, claro —dijo Ponder—. Y si no hacen lo correcto, supongo que siempre podemos devolverlas al buen camino con unos cuantos mandamientos.

—Oh, la verdad es que no hace falta recurrir a los mandamientos —dijo el dios mientras la bola azul se desvanecía y revelaba el pináculo de la creación—. He descubierto que unas instrucciones sencillas son más que suficientes: «Busca los sitios oscuros» y ese tipo de cosas, ya sabe. ¡Ahí está! Perfecta, ¿verdad? ¡Menuda obra de arte! El sol se consumirá a sí mismo y los mares se secarán, pero nuestra amiguita seguirá allí, puede estar seguro... ¿Ponder? Ponder, ¿me oye?

El decano se humedeció un dedo y lo alzó delante de su rostro.

—Viento de maderamen central levemente estriborciado —anunció después.

—Eso es bueno, ¿verdad? —preguntó el prefecto mayor.

—Podría serlo, podría serlo. Esperemos que pueda llevarnos a ese continente del que habló el dios. Las islas han empezado a ponerme un poquito nervioso.

Ridcully acabó de cortar el tallo del navío y lo tiró por la borda.

Las flores con forma de trompeta parecieron temblar bajo el viento en lo alto del cilindro verde del mástil. La vela-hoja, crujiendo parsimoniosamente, adoptó una nueva posición.

—Si no fuera porque acabamos de conocer a la persona responsable, diría que esto es un auténtico milagro de la naturaleza —murmuró el decano—. En cuanto conoces el truco ya no te impresiona tanto, ¿verdad?

Los magos no eran muy aventureros, pero sabían que hacer acopio de las provisiones adecuadas constituye una parte vital de todas las grandes proezas, y ésa era la razón por la que la línea de flotación del navío había experimentado un perceptible descenso.

El decano seleccionó un puro natural, le cortó la punta y torció el gesto.

—Los he visto mejores —dijo—. Está bastante verde.

—La vida es dura, decano —repuso Ridcully—. ¿Qué hace, prefecto mayor?

—Estaba preparando una bandeja para la señora Panadizo. Nada del otro mundo, sólo unos aperitivos selectos...

Los magos volvieron la mirada hacia el tosco toldo improvisado que habían erigido junto a la proa. La señora Panadizo no había solicitado formalmente que se le construyera dicho refugio, por supuesto. Se limitó a observar lo mucho que calentaba el sol, como podría haber hecho cualquier persona que se encontrara en su lugar, y de repente todos los magos estaban tropezando unos con otros mientras se disputaban tareas como cortar ramas y entretejer hojas de palmera. Ningún otro parasol de la historia había requerido semejante esfuerzo intelectual, lo que quizá explicara su precariedad y la forma en que se bamboleaba.

—Creía que era mi turno de hacer eso —dijo el decano con voz gélida.

—No, decano, ¿Ya no se acuerda de que usted le llevó el zumo de frutas? —replicó el prefecto mayor mientras cortaba una nuez de queso en elegantes fragmentos.

—¡Pero eso sólo era una copita! —protestó el decano—. Usted está preparando toda una bandeja. ¡Pero si incluso ha puesto un centro floral en la cáscara del coco!

—A la señora Panadizo le encanta ese tipo de cosas —repuso el prefecto mayor sin inmutarse—. Pero ha dicho que todavía tenía un poco de calor, así que supongo que siempre podría abanicarla con una hoja de palmera mientras yo le pelo estas uvas.

—Una vez más me veo en la obligación de señalar la injusticia elemental que se oculta en su propuesta —dijo el decano—. Agitar una hoja es una actividad mucho más humilde y servil que el pelar uvas, prefecto mayor, especialmente cuando da la casualidad de que soy su superior jerárquico.

—¿De veras, decano? ¿Y cómo ha llegado a dicha conclusión?

—No es una mera opinión personal, caballero. ¡Es algo que forma parte de la mismísima estructura académica!

—¿A qué institución académica se refiere exactamente?

—¿Es que se ha vuelto imbécil? ¡A la Universidad Invisible, por supuesto!

—¿Y dónde queda ese sitio exactamente? —preguntó el prefecto mayor mientras ordenaba unos nenúfares para obtener un dibujo lo más bonito posible.

—Por todos los dioses, hombre... Queda... queda por... —balbuceó el decano mientras agitaba una mano delante del horizonte e iba bajando la voz a medida que su mente empezaba a asimilar ciertas realidades del espaciotiempo.

—Me parece que va a estar ocupado haciendo cálculos, así que no le molestaré más —dijo el prefecto mayor, poniéndose de rodillas y levantando la bandeja.

—¡Le echaré una mano! —dijo el decano, apresurándose a incorporarse.

—Oh, le aseguro que no pesa nada... —¡No, no! ¡No puedo permitir que se encargue de todo usted solo!

Sosteniendo la bandeja a dos manos mientras intentaban apartar al otro mago con la mano que les quedaba libre, el decano y el prefecto mayor atravesaron la cubierta con paso tambaleante, dejando tras de sí un rastro de pétalos y gotitas de leche de coco.

Ridcully les miró y suspiró. Debe de ser el calor, pensó. Se volvió hacia Estudios Indefinidos, que estaba intentando atar un tronquito a un palo con un trozo de liana.

—Estaba pensando que todo el mundo ha enloquecido un poco salvo usted y yo —dijo—. Eh... ¿qué está haciendo exactamente?

—Me estaba preguntando si a la señora Panadizo le apetecería jugar un partido de croquet —repuso Estudios Indefinidos, subiendo y bajando las cejas en un movimiento de conspirador.

El archicanciller volvió a suspirar y decidió dar un paseo por el navío. El bibliotecario había vuelto a convertirse en una silla de cubierta, que después de todo parecía una forma bastante adecuada para la vida a bordo, y el tesorero se había quedado dormido encima de él.

La gran hoja se movió ligeramente. Ridcully no pudo evitar tener la sensación de que las trompetas verdes del mástil estaban husmeando el aire. Los magos ya se habían alejado un poco de la orilla, pero aun así el archicanciller vio la columna de polvo que se aproximaba por el sendero. La columna se detuvo en la playa y se convirtió en un punto que se lanzó al agua.

—¡Ah, del mar! —gritó Ridcully.

La figura respondió agitando una mano en la lejanía y después siguió nadando.

Ridcully llenó su pipa y contempló con interés cómo Ponder Stibbons lograba alcanzar al navío. —Nada usted muy bien —comentó. —¿Permiso para subir a bordo, señor? —preguntó Ponder mientras movía brazos y piernas para mantenerse a flote—. ¿Podrían lanzarme una enredadera? —Oh, por supuesto.

El archicanciller siguió dando caladas a su pipa mientras el joven mago subía a bordo.

—Quizá haya establecido un récord de tiempo en esa distancia, señor Stibbons.

—Gracias, señor-dijo Ponder, goteando agua sobre la cubierta.

—Y permítame que le felicite por ir tan correctamente vestido. Lleva su sombrero puntiagudo, lo cual es el sine qua non de un mago en público. —Gracias, señor.

—Es un buen sombrero, por cierto. —Gracias, señor. —Dicen que un mago sin su sombrero es un mago desnudo, señor Stibbons.

—Eso he oído decir, señor.

—Aunque en su caso, debo observar que lleva su sombrero pero que, en un sentido estricto, por lo demás sigue desnudo.

—Pensé que el peso de la túnica me impediría alcanzarles, señor.

—Y por mucho que me alegre de verle, Stibbons, y eso a pesar de que esté viendo una porción de su persona bastante más grande que la que estaría dispuesto a contemplar en circunstancias normales, no puedo evitar preguntarle por qué está aquí.

—De repente me pareció que sería injusto privar de mis servicios a la Universidad Invisible, señor.

—¿De veras? Un repentino acceso de añoranza del alma mater, ¿eh?

—Podría llamarlo así, señor.

Los ojos de Ridcully chispearon detrás del humo y, no por primera vez, Ponder sospechó que a veces el archicanciller era bastante más inteligente de lo que aparentaba. Eso no presentaría excesivas dificultades, por supuesto.

El archicanciller se encogió de hombros, se quitó la pipa de la boca y hurgó en su interior para extraer un granulo de tabaco obstructivo.

—El traje de baño del prefecto mayor debe de andar por ahí —dijo—. Yo de usted me lo pondría. Tal como están las cosas, sospecho que sí ofendiera el sentido del decoro de la señora Panadizo no tardaría en estar colgando de una cuerda. Y si hay algo de lo que quiera hablar, mi puerta siempre está abierta.

—Gracias, señor.

—Aunque en estos momentos no dispongo de una puerta, naturalmente.

—Gracias, señor.

—Aun así, imagínese que está abierta.

—Gracias, señor.

Después de todo, pensó Ponder mientras se escabullía sintiéndose lleno de silenciosa gratitud, los magos de la Universidad Invisible sólo estaban un poco chiflados. Ni siquiera el tesorero era un auténtico demente.

E incluso ahora, si cerraba los ojos todavía podía ver al dios de la Evolución sonriendo de oreja a oreja mientras la cucaracha empezaba a moverse.

Rincewind sacudió los barrotes.

—¿Es que no voy a tener un juicio? —gritó.

Un carcelero entró en el pasillo.

—¿Y para qué quiere un juicio, caballero?

—¿Qué? Bueno, ¿no le parece que un juicio quizá podría demostrar que no estaba intentando robar esa maldita oveja? —dijo Rincewind—. De hecho la estaba rescatando. ¡Si siguieran las huellas del ladrón y lo atraparan, él mismo se lo diría!

El carcelero se apoyó contra la pared y enganchó los pulgares en el cinturón.

—Bueno, sí es un poco raro —dijo—. Pero... Verá, buscamos y buscamos y pusimos letreros e hicimos todo lo que se suele hacer en estos casos, pero el muy bastardo no ha tenido la decencia de entregarse. Es como para perder la fe en la naturaleza humana, ¿verdad?

—¿Y qué me va a ocurrir?

El carcelero se rascó la nariz.

—Lo colgarán del cuello hasta que muera. Mañana por la mañana.

—¿Y no podríais limitaros a colgarme del cuello hasta que me arrepintiese sinceramente de todo lo que he hecho?

—No. Hay que morirse.

—¡Por todos los cielos! Pero si sólo... ¡pero si sólo era una oveja, maldita sea!

El carcelero sonrió.

—Ah, muchos hombres han ido al cadalso diciendo eso mismo en el pasado —dijo—. De hecho, usted es el primer ladrón de ovejas que hemos tenido en años. Todos nuestros grandes héroes han sido ladrones de ovejas. Atraerá a una gran multitud, ya lo verá.

—¡Beeeee!

—Puede que incluso a un rebaño —dijo el carcelero.

—Por cierto —dijo Rincewind—, ¿qué hace esta oveja en mi celda?

—Es la prueba.

Rincewind bajó la mirada hacia la oveja.

—Oh. Bueno, en ese caso... Calma y tranquilidad, ¿eh?

El carcelero se fue. Rincewind se sentó en el catre. Siempre podía consolarse viendo el lado bueno de la situación, ¿verdad? Aquello era la civilización. No había visto gran cosa de ella, pero lo que había podido ver estaba lleno de huellas de cascos y señales de ruedas y olía bastante mal, cosa que suele pasarle a cualquier civilización. Iban a ahorcarle por la mañana. Aquel edificio era la primera estructura de piedra que había visto en todo el país. Incluso tenían guardianes. Iban a colgarle por la mañana. Los ruidos de las carretas y la gente entraban por la ventana pegada al techo. Iban a colgarle por la mañana.

Rincewind recorrió la celda con la mirada. Al parecer, y debido a un descuido inexplicable, quienquiera que la hubiese construido no se había acordado de incluir una trampilla en el suelo.

Trampilla... Rincewind se dijo que no debía pensar en esa palabra.

Había estado en sitios peores. Oh, sí, había estado en sitios mucho peores. Y eso era lo más espantoso, porque Rincewind se había enfrentado a cosas horribles, extrañas y mágicas que ahora parecían súbitamente más fáciles de afrontar que el hecho de que estaba encerrado en una especie de caja de piedra y de que a la mañana siguiente unas personas, tan normales y encantadoras que habrían podido llegar a caerle bien en el caso de que las hubiera conocido en un bar, lo sacarían de allí y le obligarían a pisar un suelo más bien inseguro llevando una soga al cuello que no habría manera de aflojar.

—¡Beeee!

—Oh, cierra la boca de una vez.

—¿Beeee?

—¿No podrías haberte dado un baño, unas friegas o algo por el estilo? Esta celda apesta.

La pared, ahora que los ojos de Rincewind se habían acostumbrado a la penumbra, estaba cubierta de dibujos entre los que abundaban esos recuentos en forma de parrilla garabateados por los prisioneros que contaban los días. Iban a ahorcarle por la mañana, así por lo menos se ahorraría ese trabajo y... Basta, basta.

Inspeccionó la pared con atención y vio que la mayoría de recuentos no habían ido más allá del uno.

Volvió a tumbarse y cerró los ojos. Le rescatarían, por supuesto: siempre acababan rescatándole, ¿no? Aunque, pensándolo bien, las circunstancias del rescate siempre acababan obligándole a enfrentarse con peligros mucho más grandes que los habituales en las celdas. Bueno, Rincewind había estado en muchas celdas. Había formas de salir de esa clase de líos. Lo importante era ser directo. Rincewind se levantó y golpeó los barrotes con los puños hasta que apareció el carcelero.

—¿Sí?

—Sólo quería aclarar ciertas cosas —dijo Rincewind—. No ando muy sobrado de tiempo, ¿verdad?

—Sí, es verdad.

—¿Existe alguna posibilidad de que te quedes dormido en una silla enfrente de esta celda con las llaves a la vista encima de una mesa delante de ti?

El celador y Rincewind volvieron la mirada hacia el pasillo desierto.

—Tendría que ir a buscar a alguien para que me ayudara a traer una mesa hasta aquí —acabó diciendo el carcelero—. No creo que eso vaya a ocurrir. Lo siento.

—Bueno, no importa. —Rincewind reflexionó—. Bien, vamos a ver. ¿Hay alguna probabilidad de que mi cena sea traída a la celda por una jovencita cuyas manos sostengan, y esto es importante, una bandeja tapada por un paño?

—No, porque también soy el encargado de la cocina.

—Ya.

—Pan y agua, ¿sabe? Es lo que mejor se me da.

—Claro, claro. No, era sólo por preguntar...

—Y esa cosa marrón y pegajosa que usted traía está buenísima untada en el pan.

—Me alegro de que te guste. Sírvete toda la que quieras... Como si estuvieras en tu casa, ¿eh?

—Ya estoy notando los efectos beneficiosos de todas esas vitaminas y minerales.

—Calma y tranquilidad. Y ahora, veamos... Ah, sí. La ropa sucia. ¿Disponéis de alguna cesta grande para la ropa sucia que, feliz casualidad, pueda descargar su contenido en un conducto que lleva al mundo exterior?

—Lo siento. Tenemos a una vieja que viene a recoger la ropa sucia y luego vuelve a traerla en cuanto la ha lavado.

—¿De veras? —preguntó Rincewind, animándose de repente—. Ah, una vieja... Entrada en carnes, lleva mucha ropa encima y, posiblemente, incluso utiliza una capucha que se puede bajar para ocultar la mayor parte de la cara, ¿verdad?

—Sí, la ha descrito bastante bien.

—Bueno, ¿y cuándo le toca venir por aquí?

—Es mí madre —dijo el carcelero.

—Perfecto, maravilloso...

Rincewind y el carcelero se miraron.

—Entonces me parece que ya está todo —dijo Rincewind—. Espero que no te habrá molestado que te hiciera tantas preguntas.

—¡Bendito sea, no! ¡Calma y tranquilidad! Me encanta poder ayudar a la gente. Y por cierto, ¿ya ha decidido qué va a decir cuando esté en el cadalso? Se lo pregunto porque a algunos de los escritores de baladas les gustaría saberlo.

—¿Baladas?

—Oh, sí. De momento ya hay tres, pero supongo que mañana habrá unas diez.

Rincewind puso los ojos en blanco.

—¿Y cuántas de ellas tienen «tu-ra-lá, tu-ra-lí-la-rín» en el estribillo?

—Todas.

—Oh, dioses...

—Y supongo que no le molestará que le cambien el nombre, ¿verdad? Es que se quejan de que «Rincewind» no acaba de sonar del todo bien. «Bandolero era y Rincewind se llamaba, y a todo el desierto aterrorizaba...» No, no suena demasiado bien.

—Vaya, pues lo siento muchísimo. En ese caso, quizá sería mejor que me pusierais en libertad.

—¡Ja, ja! Muy buena, muy buena. Si quiere un consejo, procure no enrollarse demasiado cuando esté en el cadalso —dijo el carcelero—. Las mejores Ultimas Palabras siempre son las más cortas. Generalmente lo que da mejor resultado es algo sencillo y breve. Ah, y cuidado con soltar muchos tacos...

—¡Oye, lo único que hice fue robar una oveja! ¡Y ni siquiera hice eso! —exclamó Rincewind con desesperación—. ¿A qué viene todo ese repentino interés popular?

—Oh, robar ovejas es un crimen muy respetado y famoso —dijo el carcelero—. Le llega al alma a la gente, ¿comprende? Un hombrecito insignificante enfrentándose a las fuerzas de la brutal autoridad. A la gente le gusta eso. Será recordado en las canciones y en la historia, especialmente si se le ocurren unas buenas Ultimas Palabras, como acabo de decir. —El carcelero se subió el cinturón—. Y si quiere que le sea sincero, hoy en día muchas personas ni siquiera han visto una maldita oveja, pero enterarse de que alguien ha robado una hace que se sientan como verdaderos ecksianos. ¡Pero si hasta yo me alegro de que estas celdas por fin acojan a un criminal como es debido, en vez de estar ocupadas por los malditos políticos de siempre!

Rincewind volvió a sentarse en el catre y ocultó la cabeza entre las manos.

—Aunque si no consigue que lo ahorquen, una fuga famosa tampoco estaría nada mal —dijo el carcelero, como si estuviera intentando animar a un buen amigo al que veía algo deprimido.

—¿De veras?

—No me ha preguntado si esa pequeña reja del suelo lleva a las cloacas.

Rincewind separó los dedos lo suficiente para mirarle.

—¿Lleva?

—No tenemos cloacas.

—Gracias. Me has sido de mucha ayuda.

El carcelero se fue silbando por el pasillo.

Rincewind se dejó caer sobre el catre y volvió a cerrar los ojos.

—¡Beeee!

—¡Oh, cállate!

—Disculpe, señor...

Rincewind dejó escapar un gemido y volvió a incorporarse. Esta vez la voz procedía del ventanuco con barrotes pegado al techo.

—Sí, ¿qué quieres?

—¿Se acuerda de cuando le capturaron?

—Claro que me acuerdo. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Debajo de qué clase de árbol estaba?

Rincewind alzó la mirada hacia el diminuto cuadrado de azul al que el prisionero llama cielo.

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Es para la balada, ¿comprende? Por cierto, me ayudaría mucho que el nombre sólo tuviera tres sílabas...

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¡Nos fuimos tan deprisa que no tuve tiempo de admirar el paisaje!

—Bueno, no se enfade —dijo su interlocutor invisible—. Pero ¿le importaría decirme qué estaba haciendo antes de robar la oveja?

—No lo sé. ¡No consigo acordarme!

—No estaría hirviendo su puchero, ¿verdad?

—¡No responderé a esa pregunta si no es en presencia de mi abogado! ¡Tal como habláis por aquí, eso podría significar cualquier cosa!

—Quiere decir preparar algo de comer dentro de un recipiente metálico.

—Oh. Bueno, sí... Da la casualidad de que había estado haciendo precisamente eso.

—¡Bravo, compañero! —Rincewind creyó oír sonidos de escritura—. Es una lástima que no muriera unos instantes después de haber preparado la cena, pero como le van a ahorcar de todas maneras supongo que en realidad no importa. Tengo una melodía magnífica para esta clase de situaciones, ¿sabe? Es tan pegadiza que en cuanto la has oído una vez ya no puedes dejar de silbarla... Pero usted sí podrá dejar de silbarla, claro.

—Gracias por recordármelo.

—Me parece que llegará a ser tan famoso como el terrible Ned Cabeza de Cubo Kelly, compañero.

—¿De veras?

Volvió a tumbarse en el catre.

—Sí. De hecho, siempre solían encerrarle en esta celda. Y él siempre se escapaba. Nadie sabe cómo lo hacía, porque la cerradura es condenadamente buena y Ned no doblaba ningún barrote. Decía que nunca llegarían a construir una celda de la que no pudiera escapar.

—Estaba muy delgado, ¿verdad?

—No.

—Entonces tenía una llave o algo.

—No. Y ahora he de irme, compañero. Oh, sí, acabo de acordarme... ¿Cree que si alguien va a esa charca seca oirá a su fantasma?

—¿Qué?

—No estaría mal, ¿sabe? Eso siempre queda muy bien en la última estrofa. Impresiona, créame.

—¡No lo sé!

—Pues yo diré que sí, ¿de acuerdo? De todas maneras, nadie irá a comprobarlo.

—Como quieras.

—Perfecto. Y tendré impresas las hojas con la letra para la hora del ahorcamiento, no se preocupe.

—No me preocuparé.

Rincewind volvió a acostarse. Ned Cabeza de Cubo, ¿eh? Rincewind ya se había dado cuenta de que estaban intentando tomarle el pelo. Decirle que alguien había logrado escapar de semejante celda era una forma de torturarle. Querían que empezara a correr de un lado a otro sacudiendo los barrotes y buscando alguna forma de escapar, pero incluso él podía ver que los gruesos barrotes estaban sólidamente incrustados en el suelo y que la cerradura era más grande que su cabeza.

Ya casi había acabado de recostarse cuando el carcelero volvió a aparecer.

Venía acompañado por dos hombres. Rincewind estaba razonablemente seguro de que allí no había trolls, porque probablemente hacía demasiado calor para ellos y, de todas maneras, con tantos camellos a la deriva no habría espacio suficiente para un troll encima de un trozo de madera arrastrado por la marea, pero no cabía duda de que aquellos hombres tenían el aspecto robusto y cejijunto típico de esos empleos en los que el examen de entrada consiste en preguntarte el nombre y el solicitante consigue aprobar por los pelos al tercer intento.

El carcelero sonreía de oreja a oreja y había traído una bandeja.

—Le he preparado un poco de cena —dijo.

—Por mucho que me alimentes, no te diré nada —le advirtió Rincewind.

—Esto le gustará —insistió el carcelero, empujando la bandeja hacía él. Contenía un cuenco tapado con un plato—. Lo he preparado especialmente. Es una especialidad regional.

—Creí oírte decir que lo que se te da realmente bien es el pan con agua.

—Bueno, sí... Pero pensé que esto le gustaría, así que...

Rincewind contempló lúgubremente cómo el carcelero destapaba el cuenco.

—¿Sopa de guisantes?—preguntó.

—Aja.

—¿Te[[18]](#footnote-18) refieres a la leguminosa? La que viene dentro de vainas, ¿verdad?

—Aja.

—Pensé que debía asegurarme.

—Calma y tranquilidad.

Rincewind miró la sopa verdosa recubierta de bultitos y protuberancias. ¿Y si realmente alguien había inventado una especialidad regional que pudiera ser ingerida? Parecía imposible, pero...

Y entonces algo surgió de la sopa. Por un momento Rincewind pensó que era un tiburón muy pequeño. La cosa salió a la superficie y después volvió a hundirse y quedó cubierta por la sopa.

—¿Qué era eso?

—Una albóndiga flotante —dijo el carcelero—. Una albóndiga de carne flotando en la sopa de guisantes, ya sabe. La mejor cena del mundo.

—Ah, una cena —dijo Rincewind, empezando a comprender—. Es otra de esas recetas especiales para altas horas de la madrugada, ¿eh? Sales del bar cuando todos los restaurantes están cerrados y necesitas comer algo, así que te preparas una de estas cenas improvisadas. ¿Y de qué clase de carne estamos hablando exactamente? No, olvídalo. Ya conozco esta clase de cenas. Si tienes que preguntar de qué clase de carne estamos hablando, eso quiere decir que todavía estás demasiado sobrio. ¿Has probado alguna vez los tallarines con mostaza?

—¿Puedo echarles coco rallado por encima?

—Probablemente.

—Gracias. Los probaré, se lo aseguro —dijo el carcelero—. Y además, tengo buenas noticias para usted.

—¿Vais a dejarme en libertad?

—Oh, venga... Seguro que un delincuente tan veterano y con tanta experiencia como usted está por encima de esas cosas. No, Greg y Vince volverán dentro de un rato para ponerle las esposas y los grilletes.

Se hizo a un lado. Dos hombres con forma de muro habían traído consigo un trozo de cadena, varios grilletes y esposas y una bola no muy grande pero de aspecto muy pesado.

Rincewind suspiró. Una puerta se cierra, pensó, y otra se cierra y además te pilla la mano.

—Supongo que eso es bueno, ¿verdad?

—Oh, puedo asegurarle que eso le dará derecho a una estrofa más —dijo el carcelero—. Ned Cabeza de Cubo fue el último preso al que ahorcaron con los grilletes puestos.

—Tenía entendido que no había ninguna celda de la que no pudiera escapar —dijo Rincewind.

—Oh, siempre conseguía salir de ellas —dijo el carcelero—. Su gran problema era que después nunca lograba llegar muy lejos antes de que volvieran a capturarle.

Rincewind contempló la bola de metal.

—Oh, dioses...

—Vince querría saber cuánto pesa —dijo el carcelero—, porque tiene que sumar las cadenas a su peso para que no haya problemas con la caída.

—¿Y qué importa eso? —repuso Rincewind con un hilo de voz—. Quiero decir que... moriré igual, ¿no?

—Por supuesto que sí. Calma y tranquilidad, ¿de acuerdo? Pero si no acierta a la primera, entonces o acabas con dos metros de cuello o tu cuerpo hace de botella y tu cabeza de corcho, y la cabeza sale volando por los aires en cuanto te descorchan

—Oh, estupendo.

—¡En una ocasión con Larry tuvimos que registrar todos los tejados del pueblo hasta que la encontramos!

—Maravilloso. Todos los tejados, ¿eh? —dijo Rincewind—. Bueno, conmigo no tendréis ese problema. Cuando me ahorquen estaré en otro sitio.

—¡Así se habla! —dijo el carcelero, asestándole un alegre puñetazo en el codo—. Nunca se da por vencido, ¿eh?

Vince emitió una especie de gruñido ahogado. —Y Vince dice que se sentiría muy honrado si le escupiera en un ojo cuando le ponga la soga al cuello —tradujo el carcelero—. Será algo que enseñar a sus nietos...

—¡Dejadme solo, por favor! —aulló Rincewind.

—Claro, claro. Quiere estar un rato a solas para planear su fuga, ¿eh? —dijo el carcelero, que ya había pasado por aquella clase de situación anteriormente—. Calma y tranquilidad. Bueno, pues nos vamos.

—Gracias.

—Hasta las cinco de la madrugada.

—Perfecto —dijo lúgubremente Rincewind.

—¿Quiere algo especial para su último desayuno?

—¿Algo que exija muchísimo tiempo para ser preparado, tal vez? —sugirió Rincewind.

—¡Así se habla! Nunca hay que perder el buen humor, ¿eh?

Las dos montañas con forma humana se fueron, pero unos instantes después el carcelero volvió y miró a Rincewind como si hubiera olvidado decirle algo.

—Claro que hay una cosa más que debería saber acerca del ahorcamiento —dijo—. Quizá le ayude a dormir mejor.

—¿Sí?

—Si la trampilla falla tres veces seguidas, tenemos una tradición humanitaria especial.

—¿Sí?

—Por sorprendente que parezca, ha ocurrido en un par de ocasiones.

Un brotecito verde surgió de las ramas ennegrecidas de la esperanza.

—¿Y en qué consiste esa tradición? —preguntó Rincewind.

—Bueno, todo empezó porque se consideraba excesivamente cruel hacer que un hombre tuviera que poner los pies en ese sitio más de tres veces, sabiendo que en cualquier momento su...

—Sí, sí...

—... y que después todo su...

—Sí…

—... y lo que siempre me ha parecido más horrible, personalmente hablando, es cuando...

—¡Sí, ya lo he entendido! Bueno, ¿y después de la tercera vez...?

—Se le permite volver a su celda mientras llamamos a un carpintero para que repare la trampilla —dijo el carcelero—. Y si tarda mucho tiempo en repararla, incluso volvemos a darle de cenar.

—¿Y?

—Bueno, cuando el carpintero ha acabado de hacer su trabajo y se ha asegurado de que todo funciona, entonces volvemos a sacarlo de la celda y lo ahorcamos. —El carcelero vio la expresión de Rincewind—. Eh, no ponga esa cara. Siempre es mejor que pasarse toda la mañana esperando al lado del cadalso mientras te pelas de frío, ¿verdad? Eso sí sería una crueldad.

Cuando se hubo marchado, Rincewind se dedicó a contemplar la pared.

—¡Beeee!

—Cállate.

Así que al final lo que había era sencillamente eso: una breve noche y después, si aquellos payasos seguían adelante con sus planes, una alegre multitud recorrería las calles para averiguar dónde había caído su cabeza. ¡No había justicia!

—BUENOS DÍAS, COMPAÑERO.

—Oh, no. Por favor.

—LLEVO TANTO RATO OYÉNDOLES HABLAR QUE YA HE EMPEZADO A HABLAR COMO ELLOS. SON UNA GENTE MUY SOCIABLE, ¿VERDAD? —preguntó la Muerte, que estaba sentada junto a Rincewind.

—Ya estabas harta de esperar, ¿verdad? —repuso Rincewind con amargura.

—CALMA Y TRANQUILIDAD.

—Así que esta vez va en serio, ¿eh? Se suponía que tenía que salvar a este país, ¿sabes? Y voy a morir.

—OH, SÍ. ME TEMO QUE PUEDES ESTAR SEGURO DE ELLO.

—Y lo que me pone más furioso es que voy a morir por una estupidez. Quiero decir que... Bueno, piensa en todas las veces que he estado a punto de morir en el pasado. Podría haber sido incinerado por las llamas de un dragón. O devorado por cosas enormes erizadas de tentáculos. ¡Pero si incluso hubo una ocasión en la que cada partícula de mi cuerpo podría haber salido despedida en una dirección distinta!

—NO CABE DUDA DE QUE HAS TENIDO UNA VIDA INTERESANTE.

—Dicen que antes de morir ves cómo toda tu vida pasa por delante de tus ojos. ¿Es verdad?

—SÍ.

—Da miedo pensarlo. —Rincewind se estremeció—. Oh, dioses, y lo que estoy pensando ahora todavía es más aterrador. ¿Y si estoy a punto de morir y esto es mí vida entera pasando por delante de mis ojos?

—ME PARECE QUE NO LO ENTIENDES. LAS VIDAS DE LAS PERSONAS PASAN POR DELANTE DE SUS OJOS ANTES DE QUE MUERAN, Y EL PROCESO SE LLAMA «VIVIR». ¿TE APETECE UN CAMARÓN?

Rincewind bajó la mirada hacía el cubo que la Muerte tenía en el regazo.

—No, gracias. No creo que sea una buena idea. Los camarones pueden ser letales. Ah, y debo decir que me parece muy poco elegante por tu parte eso de venir aquí y comer camarones delante de mis narices mientras te burlas de mi pobre persona.

—¿PERDÓN?

—Sólo porque me van a ahorcar por la mañana, quiero decir.

—¿DE VERAS? BIEN, ENTONCES ESTOY SEGURO DE QUE LAS CIRCUNSTANCIAS DE TU FUGA SERÁN APASIONANTES. HE QUEDADO CON UN HOMBRE DENTRO DE... DENTRO DE... —Las órbitas de la Muerte resplandecieron mientras interrogaba a su memoria—. AH, SÍ... DENTRO DE UN COCODRILO. A VARIOS CENTENARES DE KILÓMETROS DE AQUÍ, CREO.

—¿Qué? ¿Y entonces por qué estás aquí?

—OH, PENSÉ QUE QUIZÁ TE GUSTARÍA VER UNA CARA AMIGA. Y AHORA CREO QUE SERÁ MEJOR QUE ME VAYA.

—La Muerte se puso en pie—. UNA CIUDAD MUY AGRADABLE EN MUCHOS ASPECTOS. INTENTA VER LA ÓPERA ANTES DE IRTE.

—Eh, espera un momento... Yo... Bueno, yo... ¡Me acabas de decir que voy a morir!

—TODO EL MUNDO MUERE. TARDE O TEMPRANO, QUIERO DECIR...

La pared se abrió y se cerró alrededor de la Muerte como si no estuviera allí, lo que, desde la prolongadísima perspectiva de la Muerte, era la característica básica de la pared.

—Pero ¿cómo? No puedo atravesar las... —empezó a farfullar Rincewind.

Después contempló la albóndiga de carne que no había tocado y la empujó con un dedo. La albóndiga se fue hundiendo lentamente bajo el verdor de la sopa.

Los sonidos de la ciudad se infiltraron en la celda.

Pasados unos momentos la albóndiga volvió a emerger como un continente olvidado, produciendo una minúscula olita que chocó con el borde del cuenco.

Rincewind se acostó sobre la delgada manta y clavó los ojos en el techo. Alguien había estado escribiendo en él. De hecho...

“Buenas noticias, Ned. Echa un vistazo a las bisagras.”

Lentamente, como si estuviera siendo manipulado por unos hilos invisibles, Rincewind se incorporó y volvió los ojos hacía la puerta.

Las bisagras eran descomunales. Para evitar que algún prisionero astuto pudiera desatornillarlas, no estaban atornilladas a la madera. Consistían en unos enormes ganchos de hierro incrustados en la misma piedra, de tal forma que dos gruesos anillos firmemente unidos a la puerta podían descender sobre ellos. ¿De qué estaba hablando aquel hombre?

Rincewind se levantó, fue hacia la puerta y examinó la cerradura. Ésta introducía un enorme cilindro de hierro en el quicio, y parecía invulnerable a cualquier intento de forzarla.

Rincewind se frotó las manos y, apretando los dientes, intentó levantar la puerta por el lado de las bisagras. Sí, podía moverla lo suficiente para... Los anillos podían ser levantados de los ganchos. Y entonces, si tirabas con delicadeza y conseguías que tus temblorosas rodillas te desplazaran un paso, el cilindro de la cerradura podía ser sacado de su agujero y luego podías meter toda la puerta dentro de la celda.

Y después un hombre podría salir de la celda, volver a colocar la puerta en su sitio y esfumarse sin hacer ningún ruido.

Y eso, pensó Rincewind mientras maniobraba cautelosamente la puerta para dejarla suspendida de sus bisagras, es exactamente lo que haría un estúpido.

En momentos como ese la cobardía era una ciencia exacta. Había circunstancias que pedían a voz en grito el pánico irracional, y otras que requerían un pánico medido y meditado. Por el momento Rincewind se encontraba encerrado en un lugar donde no corría ningún peligro. Ese lugar era la celda de los condenados a muerte, por supuesto, pero lo importante era que quizá se tratara del único lugar de todo aquel país donde no iba a ocurrirle nada malo durante cierto período de tiempo. Los ecksianos no parecían la clase de pueblo aficionado a las torturas, aunque siempre cabía la posibilidad de que le obligaran a ingerir más exponentes de su cocina. Así pues, de momento disponía de tiempo para hacer planes, decidir su próximo movimiento y aplicar todos sus recursos intelectuales a la resolución del problema más acuciante.

Contempló la pared durante unos momentos y después se levantó y aferró los barrotes.

Bueno, como espera ya era más que suficiente. Y ahora, a correr...

Por el bien de la decencia, la cubierta verde del navío-melón había sido dividida en una sección masculina y una sección femenina. Eso significaba que la mayor parte de la cubierta estaba ocupada por la señora Panadizo, que dedicaba muchas horas a tomar baños de sol detrás de un biombo improvisado. Su intimidad era protegida por los mismos magos, dado que tres de ellos probablemente estaban dispuestos a matar a cualquier colega que no mantuviera una distancia mínima de tres metros entre su persona y las hojas de palmera.

Y también había lo que la tía de Ponder, que se había encargado de educarle, habría llamado una atmósfera.

—Sigo pensando que debería subirme a lo alto del mástil —protestó Ponder.

—¡Ah! Así que tenemos un mirón a bordo, ¿eh? —gruñó el prefecto mayor.

—No, no. Es sólo que... Bueno, he pensado que no estaría de más que echara un vistazo para averiguar hacia dónde nos dirigimos —dijo Ponder—. Ahí delante hay nubarrones muy negros.

—Estupendo. Un poco de lluvia no nos iría mal —dijo Estudios Indefinidos.

—Y en caso de que llueva, consideraré un gran honor que se me permita construir un refugio adecuado para la señora Panadizo —dijo el decano.

Ponder fue a la popa, donde el archicanciller estaba pescando con expresión sombría.

—Cualquiera pensaría que la señora Panadizo es la única mujer del universo —dijo.

—¿Cree que hay otras mujeres aparte de ella? —preguntó Ridcully.

La mente de Ponder galopó por los senderos del razonamiento, chocó con su imaginación y salió volando por los aires.

—¡Tiene que haberlas, señor! —exclamó.

—No lo sabemos, Ponder. Pero intente ver el lado bueno de la situación, ¿de acuerdo? Siempre podemos morir ahogados.

—Esto... ¿ha visto el horizonte, señor?

La tormenta que no se acababa nunca tenía diez mil kilómetros de longitud pero sólo un par de kilómetros de anchura, un hervidero de aire enfurecido describiendo círculos alrededor del último continente como una familia de zorros rondando un gallinero.

Las nubes se amontonaban hasta llegar a los confines de la atmósfera... y ya eran nubes ancianas, nubes que llevaban años recorriendo su torturado circuito, acumulando personalidad y odio y, por encima de todo, voltaje.

Más que una tormenta, aquello era una auténtica batalla. Las tempestades de segunda categoría, aquellas cuya longitud se medía por centenares de kilómetros, libraban sus pequeñas escaramuzas dentro del muro de nubes. Los relámpagos saltaban de un nubarrón a otro, y la lluvia caía y se convertía en vapor a un kilómetro del suelo.

El aire resplandecía.

Y allá abajo, emergiendo del océano de la potencialidad entre un aguacero tan saturado de truenos y rayos que no llegaba a ser más que un mar descendente, se alzaba el último continente.

En la pared de la celda de la cárcel de Bugarup que acababa de quedar vacía, entre los monigotes, los arañazos y los recuentos de los últimos y escasos días de vida que le quedaban a un hombre, el dibujo de una oveja se convirtió en el dibujo de un canguro y después desapareció de la piedra.

—¿Y bien? —preguntó el decano—. ¿Nos vamos a menear un poquito, sí o no?

La línea gris llenaba el futuro inmediato como una cita con el dentista.

—Me parece que puede ser mucho peor que eso —dijo Ponder.

—Bien, pues entonces pongamos rumbo hacia otro sitio.

—No hay timón, señor. Y no sabemos dónde quedan los otros sitios. Y además, hemos entrado en una zona de aguas poco profundas.

—¿No dicen que un gran banco de nubes indica que hay tierra cerca? —preguntó el decano.

—Pues entonces esa masa de tierra debe de ser condenadamente grande. ¿Cree que puede tratarse de EcksEcksEcksEcks?

—Eso espero, señor. —La vela temblaba y chasqueaba por encima de Ponder—. El viento arrecia, señor. Me parece que la tormenta está aspirando el aire hacia ella. Y... creo que hay otra cosa. Ojalá no me hubiera dejado el thaumómetro en la playa, porque me parece que el nivel de magia residual de esta área es bastante elevado.

—¿En qué se basa para decir eso, muchacho? —preguntó el decano.

—Bueno, para empezar todo el mundo parece un poco tenso, y los magos tienden a ponerse un poco... un poco susceptibles cuando se hallan en presencia de grandes cantidades de magia —dijo Ponder—. Pero en realidad empecé a sospechar cuando vi que el tesorero desarrollaba planetas.

Los dos planetas describían sus órbitas a unos centímetros por encima de la cabeza del tesorero. Como suele ocurrir con los fenómenos mágicos, los planetas poseían un índice de irrealidad virtual tan elevado que de vez en cuando pasaban a través de la cabeza del tesorero y el uno del otro sin causar ningún daño. También eran ligeramente transparentes.

—Oh, cielos. El Síndrome de Mugroop —dijo Ridcully—. Una clara manifestación cerebral, por supuesto. Como síntoma, es todavía más claro que un canario en una mina de carbón.

Una pequeña rutina inició una breve cuenta atrás dentro de la cabeza de Ponder.

—¿Se acuerda del viejo Pajarito Aviario? —preguntó Estudios Indefinidos—. Aviario...

—¡Tres! No, la verdad es que no me acuerdo de él. ¡Venga, cuéntenos qué hizo el tal Aviario! —se oyó ladrar Ponder, en un tono más elevado del que habría utilizado incluso si hubiera tenido intención de vocalizar sus pensamientos.

—Lo haré, señor Stibbons, lo haré —repuso Estudios Indefinidos sin inmutarse—. Aviario era muy susceptible a los campos mágicos de alta intensidad, y sí estaba un poco distraído, como solía ocurrirle cuando echaba la siesta, a veces alrededor de su cabeza aparecían, jejeje, unos...

—Sí, claro —se apresuró a decir Ponder—. Debemos mantener los ojos bien abiertos para detectar cualquier indicio de conducta inusual.

—¿Entre magos? —preguntó Ridcully—. Señor Stibbons, para los magos la conducta inusual es perfectamente normal.

—¡Cualquier comportamiento que no pueda esperarse habitualmente de esa persona, entonces! —gritó Ponder—. ¡Hablar de manera lógica y sensata durante dos minutos seguidos, tal vez! ¡Comportarse como personas civilizadas en vez de como un rebaño de tontos que sólo piensan en sí mismos!

—Ese tono tan seco y todos esos gritos no son propios de usted, Stibbons —dijo Ridcully.

—¡A eso me refería!

—No riña al pobre chico, Mustrum —dijo el decano—. Todos estamos sometidos a una gran tensión.

—¿Lo ven? ¡A él le ocurre lo mismo! —chilló Ponder, señalando al decano con un dedo tembloroso—.

¡Normalmente el decano siempre es sarcástico y desagradable, pero de repente se está mostrando agresivamente razonable!

Los historiadores han observado que es en las épocas de abundancia cuando se siente el deseo de ir a la guerra. En tiempos de hambruna, la gente está demasiado ocupada intentando encontrar algo que comer. Cuando sólo tienen lo justo para ir tirando, las personas tienden a ser afables y educadas. Pero cuando se les sirve un banquete, enseguida deciden que ha llegado el momento de discutir quién se sienta dónde.

Y la Universidad Invisible, como incluso lo[[19]](#footnote-19)s magos sabían, existía no para hacer progresar la magia sino, de una manera muy creativa, para acabar con ella. El mundo ya había visto lo que ocurría cuando los magos lograban servirse de enormes cantidades de poder mágico. Eso ocurrió hacía mucho tiempo y todavía había algunas áreas en las que nunca ponías los pies... a menos que quisieras salir de ellas caminando sobre unos pies distintos a los que tenías cuando entraste.

En un lejano pasado, el plural de la palabra «mago» había sido «guerra».

Pero el ambicioso e ingenioso propósito de la Universidad Invisible era servir de peso en el brazo de la magia, haciendo que éste se moviera con la solemne majestad del péndulo en vez de girar con la mortífera decisión de una maza erizada de pinchos. En vez de lanzarse bolas de fuego desde lo alto de torres fortificadas, los magos aprendieron a lanzar maliciosas indirectas a sus colegas mientras les acusaban de no saber interpretar las actas de la reunión del cuadro académico, y ya habían superado el asombro inicial que sintieron al descubrir que lanzar indirectas resultaba tan malévolamente divertido como lanzar bolas de fuego. Consumían cenas descomunales y, después de una cena realmente buena y un buen puro, incluso el Señor Oscuro más feroz se siente inclinado a poner los pies encima de la mesa y ver el mundo con mejores ojos, especialmente si el mundo le está ofreciendo otra copa de coñac. Y así, lentamente, los magos fueron adquiriendo y asimilando el más importante de todos los poderes mágicos: el que te convence de que debes dejar de utilizar todos los demás.

El problema es que abstenerse de los dulces siempre resulta más fácil cuando no llueve azúcar y no estás hundido hasta las rodillas en un mar de caramelo.

—Sí, la verdad es que hay cierto olor... peculiar en el aire —dijo Runas Recientes.

La magia sabe a latón.

—Un momento, un momento —dijo Ridcully y, alzando el brazo, abrió uno de los muchos compartimientos de su sombrero de mago y extrajo un cubo de cristal verdoso—. Aquí tiene —dijo, ofreciéndoselo a Ponder.

Ponder aceptó el thaumómetro y lo examinó.

—Nunca lo he usado —dijo Ridcully—. Siempre me ha bastado con humedecerme un dedo y levantarlo.

—¡No funciona! —dijo Ponder, golpeando el thaumómetro con un dedo mientras el navío se bamboleaba—. La aguja está... ¡Ay!

Ponder dejó caer el cubo, que ya se había derretido cuando chocó con la cubierta.

—¡Es imposible! —dijo—. ¡Estos instrumentos pueden aguantar hasta un millón de thaums!

Ridcully se lamió un dedo y lo alzó delante de su cara. El dedo desarrolló un halo de púrpura y octarino.

—Exactamente, y al parecer acabamos de superar ese nivel-dijo.

—¡Pero si ya no queda tanta magia suelta en ningún sitio! —gritó Ponder.

La popa del navío estaba siendo empujada por una galerna. Delante de la proa, el muro de la tormenta se ensanchaba y parecía mucho más negro.

—¿Cuánta magia se necesita para crear un continente? —preguntó Ridcully.

Los magos alzaron los ojos al cielo.

—Será mejor que aseguremos las escotillas —dijo el decano.

—No tenemos escotillas.

—En ese caso, aseguren a la señora Panadizo. Lleven al tesorero y al bibliotecario a algún lugar seguro...

Y entonces entraron en la tormenta.

Rincewind saltó a un callejón y pensó que había estado en prisiones mucho peores. Cuando no estaban borrachos o intentaban matarte o estaban borrachos e intentaban matarte, los ecksianos eran realmente encantadores. Lo que Rincewind deseaba encontrar en una buena cárcel era guardias que, en vez de estropearle la noche a todo el mundo merodeando por los corredores, se reunían en una habitación con unas cervezas y una baraja de cartas y disfrutaban de un rato de sana diversión. Eso creaba una atmósfera más... amistosa. Y, naturalmente, también facilitaba la fuga.

Se volvió... y allí estaba el canguro, enorme y esplendorosamente recortado contra el cielo. Rincewind se encogió durante un momento, y luego comprendió que sólo era una especie de valla publicitaria en el tejado de un edificio que se alzaba colina abajo. Alguien había colocado lámparas y espejos debajo de ella.

El canguro llevaba un sombrero, con un par de estúpidos agujeros para que sus orejas asomaran por ellos, y también llevaba una chaqueta, pero no cabía duda de que era el canguro. Ningún otro canguro podía sonreír de esa manera tan sarcástica y maliciosa, y además estaba sosteniendo una jarra de cerveza.

—¿De dónde te han traído las olas, ricitos? —preguntó una voz detrás de Rincewind.

La voz, sorprendentemente familiar, iba acompañada por una especie de zumbido quejumbroso. Era el tipo de voz que no paraba de lanzar miraditas de reojo y que siempre estaba lista para presentar excusas o salir huyendo. Era el tipo de voz que podrías haber usado para abrir una botella de vino.

Rincewind se volvió y descubrió que, salvo por algunos detalles, la figura que había delante de él le resultaba tan familiar como la voz.

—No puedes llamarte Dibbler —dijo Rincewind.

—¿Por qué no?

—Porque... Bueno, ¿cómo has llegado aquí?

—¿Qué? Oh, pues subiendo por la calle Puaf-dijo la figura.

Llevaba un sombrero enorme, unos pantalones cortos muy grandes y unas botas igualmente grandes, pero en todo lo demás era el doble del hombre que, en Ankh-Morpork, siempre estaba esperando en una esquina después de que hubieran cerrado las tabernas para venderte uno de sus pasteles de carne especiales. Rincewind tenía la teoría de que cada lugar poseía su Dibbler.

—He pensado que sería mejor que viniera a la cárcel lo más temprano posible para promocionar la mercancía —dijo Dibbler—. Un buen ahorcamiento siempre le abre el apetito a la gente. Bueno, compañero, ¿ves algo que te interese?

Rincewind volvió la mirada hacia la entrada del callejón. Las calles ya habían empezado a llenarse de gente, Un par de guardias pasaron por delante de la entrada del callejón.

—¿Como qué? —preguntó Rincewind con repentina suspicacia mientras retrocedía hacia las sombras.

—Tengo unas cuantas baladas realmente magníficas sobre el famoso forajido al que van a...

—No, gracias.

—¿Un trocito de la soga con que le van a colgar? ¡Recuerdo auténtico y garantizado!

Rincewind contempló el trocito de cordel grueso que estaba siendo agitado esperanzadamente delante de su rostro.

—Algunas personas quizá dirían que les recuerda a una cuerda de tender la ropa —dijo.

Dibbler contempló el cordel con interés.

—Hemos tenido que destrenzarla un poco, compañero-dijo.

—Y ciertas personas quizá pondrían ciertas objeciones a la sugerencia de que, filosóficamente hablando, puedas vender trozos de soga antes del ahorcamiento.

Dibbler, la sonrisa congelada en los labios, pareció reflexionar.

—Pero es soga, ¿eh? —dijo después—. Cáñamo de tres centímetros de grosor, el modelo habitual. Auténtica. Probablemente incluso haya salido del mismo taller. Venga, venga... Me conformo con obtener un beneficio justo y razonable. Y aun suponiendo que éste no sea el trozo que le van a poner alrededor del cuello, eso no quiere decir que...

—Pero sí apenas tiene un centímetro de grosor. Mira, puedo ver la etiqueta, y pone «Cuerdas para la colada Hill, siempre las mejores».

—¿Eso pone?

Dibbler, como ya había hecho antes, pareció examinar su producto por primera vez. Pero las tradiciones del clan Dibbler nunca permitirían que un mero hecho desastroso se interpusiera en el camino de un gran discurso de ventas.

—Pero sigue siendo una cuerda —declaró finalmente—. Es cuerda auténtica. ¿No? Calma y tranquilidad. ¿Qué me dirías de un poco de arte auténticamente nativo?

Rebuscó en su bandeja repleta de cosas y cogió un cuadrado de cartón. Rincewind lo contempló en silencio.

Ya había visto algo parecido en las tierras rojizas, aunque entonces no estuvo muy seguro de que fuese arte en el sentido en que lo entendía Ankh-Morpork. Más que una obra de arte, era algo así como una combinación de mapa, libro de historia y menú. En casa, la gente anudaba una punta del pañuelo para acordarse de que debía hacer algo. En aquel país tan cálido no había pañuelos, así que la gente hacía un nudo en sus pensamientos.

Pero cuando alguien decidía dedicarse a pintar, normalmente no escogía como tema una ristra de salchichas.

—Salchichas y patatas fritas soñando —dijo Dibbler—. Es el título, ¿sabes?

—Creo que nunca había visto uno igual —dijo Rincewind—. No con la botella de salsa de tomate incluida, quiero decir...

—¿Y qué? —replicó Dibbler—. Sigue siendo nativo, ¿no? Auténtica pintura de manduca ciudadana tradicional hecha por un nativo. Me conformo con un beneficio justo y razonable, ya sabes...

—Ya. Y en este caso da la casualidad de que el nativo eres tú, ¿verdad? —preguntó Rincewind.

—Aja. Totalmente auténtico. ¿No estás de acuerdo?

—Oh, vamos...

—¿Qué pasa? Nací en la calle Regaliz de Bludgeree, y mi padre también nació allí. Y mi abuelo, y su padre.

Yo no he bajado de un trozo de madera arrastrado por la marea, como hicieron ciertas personas que podría mencionar. —Su pequeño rostro de roedor se ensombreció—. Vienen aquí y nos quitan el trabajo... ¿Qué pasa con el hombre de la calle, eh? Yo sólo pido una oportunidad de obtener un beneficio justo y razonable.

Por un momento Rincewind pensó que quizá sería mejor que se entregara a la guardia.

—Por suerte todavía quedan hombres dispuestos a defender los derechos de la población indígena —masculló mientras echaba otro rápido vistazo a la calle.

—¿Los indígenas? ¿Qué saben ellos de lo que es un día de trabajo? No, ésos también pueden volver al sitio del que han venido —dijo Dibbler—. No quieren trabajar.

—Lo que no deja de ser una suerte para ti, ¿verdad? —dijo Rincewind—. Porque de lo contrario te estarían quitando el trabajo, ¿no?

—Pues a mí me parece que soy más indígena que ellos —dijo Beneficio Justo y Razonable, señalándose con un pulgar que temblaba de indignación—. Me he ganado mí indigenez, ¿no?

Rincewind suspiró. La lógica podía ayudarte a recorrer una parte del camino, pero tarde o temprano siempre acababas teniendo que saltar al vacío.

—Veo que eres un hombre justo y razonable y que estás a favor de la igualdad de oportunidades —dijo—. Todos tenemos derecho a intentarlo, ¿verdad?

—¡Aja!

—Bien... ¿Existe alguna persona a la que no quieras ver volver al sitio del que ha venido?

Beneficio Justo y Razonable Dibbler reflexionó en silencio.

—Bueno, pues para para empezar yo mismo —dijo—, Y mi compañero Duncan, porque Duncan y yo somos compañeros. Y la señora Dibbler, por supuesto. Y algunos de los tipos que trabajan en el puesto de pescado y patatas fritas. Montones de personas, realmente.

—Bien, voy a ser franco contigo. Da la casualidad de que yo sí quiero volver al sitio del que vine.

—¡Así se habla!

—Tu análisis sociopolítico me ha impresionado.

—¡Estupendo!

—Y me estaba preguntando si podrías ayudarme a volver. Podrías... eh... bueno, quizá podrías decirme por dónde se va a los muelles.

—Oh, me encantaría —dijo Dibbler—, Pero dentro de unas horas va a haber un ahorcamiento y quiero que mis pasteles de carne estén bien calentitos.

—De hecho, me he enterado de que el ahorcamiento acaba de ser cancelado —dijo Rincewind—. El prisionero se ha escapado.

—¡No! ¡Imposible!

—¡Que sí, que sí! Te juro que se ha escapado —exclamó Rincewind—. ¿Acaso tengo cara de mentiroso? ¡Es la pura verdad, créeme!

—¿Dijo sus Últimas Palabras?

—Creo que dijo «Adiós».

—¿Me estás diciendo que no libró una última batalla con la guardia?

—Al parecer no.

—¿Qué clase de fuga es ésa? —preguntó Beneficio Justo y Razonable—. ¡Menudo sinvergüenza! No tenía por qué venir aquí, ¿sabes? Tenía un rincón estupendo en la Gala, pero el deber me llamaba y aquí estoy. Un ahorcamiento sin pasteles de carne ni es ahorcamiento ni es nada. —Se acercó a Rincewind y miró furtivamente a un lado y otro antes de proseguir —. Tú dirás lo que quieras, pero en la Gala siempre hay mucho movimiento y te hinchas a vender. Y si quieres saber mi opinión, el dinero de esos tipejos es tan bueno como el de cualquiera.

—Sí, claro. Obviamente. De lo contrario sería... sería otra clase de dinero, ¿verdad? —murmuró Rincewind—. Bueno, ya que de todas maneras has perdido la noche, ¿por qué no me dices por dónde se va a los muelles?

Dibbler seguía sin parecer muy convencido. Rincewind tragó saliva. Se había enfrentado a arañas, salvajes furiosos armados con lanzas y osos que se dejaban caer sobre ti desde las copas de los árboles, pero ahora el continente le estaba obligando a encararse con su desafío más peligroso.

—Te diré lo que haremos. Te... te compraré algo, ¿de acuerdo?

—¿La soga?

—No, la soga no. Eh... Ya sé que esta pregunta quizá te parezca un tanto esotérica, pero ¿de qué son exactamente los pasteles de carne?

—De carne.

—¿De qué clase de carne?

—Ah. ¿Quieres un pastel de alta cocina?

—Oh, comprendo. Cuando alguien te pregunta de qué son exactamente, entonces vas y le dices que son de alta cocina.

—Aja.

—¿Antes o después de que el cliente le haya dado un mordisco al pastel?

—¿Estás sugiriendo que mis pasteles no han sido preparados como es debido?

—Digamos que estoy avanzando lentamente hacia esa posibilidad. Bien, y ahora... De acuerdo, quiero un pastel de alta cocina.

—Así me gusta.

Dibbler extrajo un pastel de la pequeña sección calefactora de su bandeja.

—Y la carne es... es... ¿carne de gato, quizá?

—¿Tienes algo contra los gatos? El cordero es más barato que el gato —dijo Dibbler, colocando el pastel en un platito.

—Bueno, en ese caso... —Rincewind torció el gesto—. Oh, no. Y además ahora lo estás bañando con sopa de guisantes. ¿Por qué os gusta tanto echarle sopa de guisantes a todo?

—Calma y tranquilidad, compañero. La sopa de guisantes es muy digestiva —dijo Dibbler, blandiendo una botella roja.

—¿Y eso qué es?

—El golpe de gracia.

—Has echado sopa de guisantes encima de un pastel de carne, ¿y ahora además quieres echarle un montón de... de salsa de tomate?

—Con tantos colores queda precioso, ¿verdad? —dijo Beneficio Justo y Razonable, ofreciéndole una cuchara.

Rincewind empujó el pastel con la punta de un dedo. El pastel rebotó en el borde del plato.

Bueno, ya puestos... Rincewind había comido los bollos rellenos de salchichas del Dibbler de Ankh-Morpork y los huevos coloreados por el paso del tiempo de Me-Destriparé-Honorablemente Díbhala. Y había sobrevivido, aunque en ciertos momentos albergó la esperanza de que conseguiría morir. Había comido el sospechoso cus-cús de Al-Jiblah, bebido el horripilante té a la mantequilla de yak preparado por Que-Se-Me-Niegue-El-Nirvana Dhíblang, engullido valerosamente el insondable misterio planteado por el smorgasbord de Dib Hijodedíbhíjo e intentado no masticar la nefasta dureza de los glóbulos de grasa de ballena ofrecidos por Que-Mi-Iglú-Arda-Hasta-Los-Cimientos Díbookí (el recuerdo hizo que el estómago de Rincewind amenazara con rebelarse; después de todo, trocear ballenas muertas embarrancadas en la orilla era una cosa... y esperar a que las ballenas estallaran por sí solas y quedaran convertidas en fragmentos cocinables era otra). En cuanto a la cerveza verde destilada por Me-Tragaré-La-Cerbatana Dlang Dlang...

Rincewind había comido y bebido todas aquellas cosas. Fuera donde fuese, siempre acababa tropezándose con alguien, seguramente surgido de algún extraño molde primigenio, dispuesto a venderle un plato regional realmente atroz. Y después de todo, aquello sólo era un pastel. No podía ser tan terrible. O, para decirlo de otra manera, no podía ser definitiva y absolutamente espantoso, ¿verdad?

Rincewind mordió el pastel, masticó y tragó. —Está bueno, ¿eh? —preguntó Beneficio Justo y Razonable.

—Dioses míos...

—Y no estamos hablando de meros guisantes reblandecidos —dijo Beneficio Justo y Razonable, ligeramente desconcertado por el hecho de que los ojos de Rincewind estuvieran girando frenéticamente en sus órbitas sin que pareciesen ver nada en concreto—. Esos guisantes han sido reblandecidos por un auténtico campeón del reblandecimiento de guisantes.

—Oh, cielos... —dijo Rincewind.

—¿Te encuentras bien? —Es... todo lo que esperaba...

—Hombre, que tampoco está tan mal...

—Eres un auténtico Dibbler.

—¿Me estás insultando o qué?

—Coges un pastel y lo sumerges en una sopa de guisantes reblandecidos, y luego le echas salsa por encima. Vaya por Dios. —Rincewind contempló el pastel sumergido—. Esto va a hacer que la historia del país de los budines gigantes que andan parezca una auténtica noticia de primera página confirmada por un montón de testigos. No me extraña que bebáis tanta cerveza... —Rincewind, meneando la cabeza, se acercó al te[[20]](#footnote-20)mbloroso círculo de claridad proyectado, por la farola de la calle—. Primero os hincháis a comer pasteles y luego buscáis el olvido en el fondo de una lata de cerveza —añadió lúgubremente.

Después alzó la mirada y se encontró con el rostro del carcelero. Detrás de él había varios guardias.

—¡Es él!

Rincewind asintió alegremente.

—¡Buenos días! —dijo.

Dos golpecitos indicaron que las sandalias de fabricación casera de Rincewind acababan de quedar abandonadas en el centro de la calle.

El mar desprendía vapor y los rayos zumbaban sobre su superficie, siseando como gotas de agua encima de un fogón.

Las olas eran demasiado grandes para ser olas, pero tenían el tamaño justo para las montañas. Ponder sólo apartó la mirada de la cubierta en una ocasión, y se le ocurrió hacerlo justo en el instante en que el navío se hundía en una depresión con dimensiones de desfiladero.

El decano, que estaba junto a él y le sujetaba de la pierna, gimió.

—Usted sabe mucho de esta clase de cosas, Ponder —gruñó mientras llegaban al fondo del agujero e iniciaban el mareante ascenso hacia la próxima cresta—. ¿Vamos a morir?

—Eh... no lo creo, decano...

—Lástima...

Cuando Rincewind llegó a la esquina los silbatos ya estaban lanzando su estridente llamada detrás de él, pero Rincewind no era el tipo de fugitivo que se deja impresionar por esas menudencias.

¡Aquello era una ciudad! Las ciudades siempre encontraban alguna forma de facilitarte la huida. Rincewind era una criatura de ciudades. En una ciudad había tantos sitios para...

Más silbatos empezaron a sonar delante de él.

Allí las multitudes eran más compactas, y la mayoría de personas avanzaban en la misma dirección. Pero a Rincewind le encantaba disponer de multitudes a través de las que poder correr. Al ser el perseguido, tenía la sorpresa de su parte y podía apartar a codazos a quienes no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo, que a su vez luego se volvían y empezaban a formar grupos y a quejarse, con lo que no se hallaban en el estado de ánimo más propicio para acoger calurosamente a sus perseguidores. Rincewind podía correr a través de una multitud igual que una pelota por un campo de croquet, y al final siempre conseguía una pequeña ventaja extra.

A ser posible, Rincewind prefería ir cuesta abajo. Normalmente siempre ponían los muelles por esa zona, ya que eso permitía que estuvieran más cerca del agua.

Después de haber esquivado a montones de transeúntes a lo largo de una serie de calles, se encontró delante del agua. Había unas cuantas embarcaciones. Todas parecían un poco pequeñas para un polizonte, pero...

¡Ruido de pies corriendo en la oscuridad!

¡Aquellos guardias eran demasiado buenos para él!

¡Y ésa no era la forma en que se suponía que debían ir las cosas!

Se suponía que no debían seguirle los pasos. Se suponía que no debían pensar.

Rincewind corrió en la única dirección que le quedaba, a lo largo del muelle.

Y allí delante había un edificio. O por lo menos… Bueno, tenía que ser un edificio. Nadie podía haberse dejado abierta una caja de pañuelos de papel tan enorme.

Rincewind siempre había opinado que básicamente un edificio debía consistir en una caja con una tapa más o menos inclinada encima y, en lo referente al color, que éste debía ser lo más parecido posible al que tuviera el barro de la zona. Por otra parte, como observó en una ocasión el filósofo Li Lata Quejosa, no es de sabios encontrarle defectos a la decoración de un escondite.

Rincewind subió por la escalera saltando los peldaños de dos en dos e inició una rápida circunvalación del extraño edificio blanco. Al parecer era una especie de sala de música. Ópera, a juzgar por los sonidos, aunque no parecía el tipo de sitio donde se canta ópera: nadie habría podido imaginarse a un montón de señoras con cuernos en un edificio que parecía estar a punto de zarpar, pero Rincewind ya pensaría en eso más tarde, porque estaba viendo una puerta junto a la que había unos cubos de basura y, además, la puerta estaba abierta...

—¿Te envía la agencia, compañero? Rincewind escudriñó el vapor. —Y espero que sepas hacer budines, porque el jefe de cocineros ya ha empezado a darse de cabezazos contra la pared —dijo la figura que emergió de entre las nubes blanquecinas.

—Calma y tranquilidad —dijo Rincewind con tembloroso optimismo, viendo que la cabeza de la figura terminaba en un gran sombrero blanco—. Ah, claro. Esto es una cocina, ¿verdad?

—¿Tienes ganas de broma o qué? —No, es sólo que había pensado que era una especie de ópera o algo por el estilo...

—Es la mejor ópera del mundo, compañero. Y ahora ven por aquí...

La cocina no era muy grande y, como la mayoría de cocinas en las que había estado Rincewind, se encontraba llena de hombres ocupadísimos que parecían tropezar continuamente unos con otros.

—El jefe acababa de decidir que íbamos a preparar un gran banquete para la prima donna —dijo el cocinero abriéndose paso a través del gentío—. Y de repente Charley se ha dado cuenta de que el budín le estaba mirando a los ojos.

—Ah, claro. Sí, suele ocurrir —dijo Rincewind, confiando en que tarde o temprano alguien le proporcionaría una pista.

—El caso es que el jefe miró a Charley y le dijo que podía encargarse de preparar el budín, ¿comprendes? —El budín, ¿eh?

—Y también le dijo que esperaba que fuese el mejor budín de toda la historia de los budines. —Ya

—Y el jefe dijo que el gran Nunco inventó el Sackville de Fresas para lady Wendy Sackville, y que el famoso chef Imposo creó el Vidriado de Manzanas para lady Margyreen Vidrieras y que el padre de Charley había honrado a lady Janeen Colgantes con el Colgante de Naranjas, y después le dijo a Charley que esta noche por fin iba a tener su gran ocasión, —El cocinero meneó la cabeza mientras llegaban a una mesa en la que un hombrecillo uniformado de blanco sollozaba desconsoladamente. Delante del hombrecillo había una hilera de latas de cerveza vacías—. Y el pobre Charley no ha parado de darle a la cerveza desde entonces, así que pensamos que sería mejor pedir refuerzos. Lo mío son los bistecs y los camarones, así que...

—Queréis que prepare un budín, ¿eh? Y además hay que ponerle el nombre de una cantante de ópera, claro —dijo Rincewind—. Debido a la tradición, ¿verdad?

—Sí, compañero, Y procura dejar en buen lugar a Charley, ¿de acuerdo? Él no ha tenido la culpa.

—Oh, bueno... —Rincewind empezó a pensar en los budines. Básicamente todo se reducía a mezclar fruta, nata y crema de leche, ¿verdad? Y luego añadías pasteles y ese tipo de cosas, ¿no? Por mucho que se esforzara, no veía dónde estaba el problema—. Calma y tranquilidad —añadió—. Creo que podré improvisar alguna cosita rápida.

La cocina quedó en silencio cuando los cocineros se detuvieron para contemplar a Rincewind.

—En primer lugar, ¿de qué clases de fruta disponemos? —preguntó Ridcully.

—A estas horas de la noche sólo hemos podido encontrar melocotones.

—Calma y tranquilidad. ¿Y tenemos algo de nata?

—¿Nata? Por supuesto.

—Perfecto, perfecto. Bien, entonces sólo necesito saber el nombre de la dama en cuestión...

Rincewind sintió cómo el silencio se abría debajo de él.

—Es una gran cantante, ojo —dijo un cocinero.

—Me alegro, me alegro. ¿Y cómo se llama? —preguntó Rincewind.

—Verás, ése es el problema —dijo otro cocinero.

—¿Porqué?

Ponder abrió los ojos. El mar estaba tranquilo, o por lo menos más tranquilo que antes. Incluso había retazos de cielo azul sobre su cabeza, aunque las hileras de nubes surcaban los aires tan deprisa como si cada una de ellas poseyera su propio saco de vientos particular.

La boca le sabía a metal, y el sabor era tan intenso como si llevara horas chupando una cucharilla.

Los magos estaban tratando de levantarse a su alrededor, y algunos de ellos ya habían conseguido quedar arrodillados sobre la cubierta. El decano se quitó el sombrero y sacó de él un pequeño cangrejo.

—Es un buen navío —murmuró.

El mástil verde seguía en pie, aunque la hoja-vela parecía un poco maltrecha. Aun así, la embarcación estaba soportando bastante bien los embates del viento que soplaba... del continente. Y el continente era una muralla rojiza que relucía bajo el resplandor de los relámpagos.

Ridcully logró incorporarse y lo señaló con un dedo.

—¡Bueno, ya falta poco!

El decano soltó un gruñido.

—Y yo estoy más que harto de esa insoportable jovialidad suya —dijo—. Haga el favor de cerrar el pico, ¿quiere?

—Eh, decano, que soy su archicanciller —repuso Ridcully.

—Así que es mi archicanciller, ¿eh? Bien, vamos a discutirlo —dijo el decano, y a Ponder no le pasó desapercibido el destello malévolo que iluminó sus ojos.

—¡No me parece el momento más adecuado, decano!

—¿En qué basa su derecho a dar órdenes, Ridcully? Dice que es el archicanciller, pero ¿de qué es usted archicanciller? ¡La Universidad Invisible todavía no existe! ¡Dígaselo, prefecto mayor!

—Se lo diré si me da la gana.

—¿Cómo? —balbuceó el decano.

—¡No estoy obligado a obedecer sus órdenes, decano! Cuando el tesorero subió a cubierta un minuto después, el navío se estaba bamboleando. Resultaba difícil saber cuántas facciones había exactamente, ya que un mago es capaz de constituir una facción por sí solo, pero básicamente había dos bandos, con los vínculos internos de cada uno tan estables como un huevo suspendido sobre los dientes de una sierra.

Lo que Ponder Stibbons encontró más asombroso cuando pensó en ello más tarde fue el hecho de que hasta el momento nadie hubiera recurrido a la magia. Los magos habían pasado mucho tiempo dentro de una atmósfera en la que una observación cortante hacía más daño que una espada mágica y sabían que, cuando realmente querías disfrutar del malévolo placer de ver sufrir a los demás, un memorándum bien estructurado siempre acababa siendo más destructivo que una bola de fuego. Además no disponían de sus cayados y nadie se había traído ningún hechizo, y en esas circunstancias siempre resulta más sencillo recurrir a la fuerza física, aunque en el caso de los magos las peleas no mágicas consisten en agitar los puños delante del oponente mientras intentas mantenerte prudentemente alejado de él.

La sonrisa congelada del tesorero empezó a desvanecerse.

—¡Saqué un tres por ciento más que tú en mis exámenes finales!

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo sabes, decano?

—¡Porque cuando te nombraron archicanciller fui a los archivos y miré tus resultados!

—¿Qué? ¿Cuarenta años después?

—¡Un examen es un examen!

—Esto... —empezó el tesorero.

—¡Dioses, qué mezquindad! ¡Es justo la clase de cosa que esperaría de un estudiante capaz de usar la misma plumilla para la tinta negra y para la roja!

—¡Ja! ¡Por lo menos yo no dedicaba mis días y mis noches a beber, apostar y recorrer tugurios!

—¡Ja! ¡Pues yo sí y gracias a eso aprendí cómo funciona el mundo, y aun así me concedieron casi tantas menciones honoríficas como a ti a pesar de que tenía una resaca de las dimensiones de un acantilado, maldito barril de manteca pagado de sí mismo!

—¡Oh! ¿Conque hemos decidido pasar a las observaciones personales?

—¡Por supuesto, profesorcillo! ¿Quieres observaciones personales? ¡Pues vas tener que escuchar unas cuantas! ¡Para empezar, y por si no lo sabías, siempre hemos dicho que vas dejando tal estela de pestilencia que quien te sigue se marea!

—Llegados a este punto, me pregunto si no deberíamos... —dijo el tesorero.

El aire había empezado a chisporrotear alrededor de los magos. Un mago malhumorado atrae a la magia igual que una fruta demasiado madura atrae a las moscas.

—Yo sería mucho mejor archicanciller que tú —dijo el decano—. ¿No está de acuerdo conmigo, tesorero?

El tesorero parpadeó, intentando enfocarle con sus ojos legañosos.

—Yo... esto... bueno, ustedes dos... eh... tienen muchas cosas buenas y grandes virtudes... Quizá haya llegado el momento de... hacer causa común y...

Un silencio siguió a sus palabras mientras los magos reflexionaban sobre lo que acababan de oír.

—¡Bravo! ¡Así se habla! —exclamó el decano.

—Tiene razón —dijo Ridcully.

—Porque, verás, el caso es que Runas Recientes nunca me ha caído demasiado bien...

—Siempre con su sonrisita burlona, ¿verdad? —asintió Ridcully—. No es un miembro del equipo.

—Oh, ¿de veras? —El catedrático de Runas Recientes hizo que sus labios formaran una sonrisita particularmente burlona—. ¡Pues por lo menos saqué mejor puntuación que tú y estoy visiblemente más delgado que el decano! ¡Aunque hay montones de cosas que están más delgadas que el decano, por supuesto! ¡Dígaselo, Stibbons!

—¡Señor Stibbons para ti, gordo!

Ponder oyó la voz. Sabía que era su voz. Se sentía como si le hubieran hipnotizado. Podía parar cuando quisiera, pero sencillamente no le apetecía hacerlo.

—Si se me permite hablar, yo... eh... bueno, yo... —intentó balbucear el tesorero.

—¡Cállese, tesorero! —rugió Ridcully.

—Lo siento, lo siento.

Ridcully agitó un dedo delante del decano.

—Y ahora escúchame bien...

Un chispazo carmesí brotó de su mano, dejó una estela de humo junto a la oreja del decano y chocó con el mástil, que estalló en mil pedazos.

El decano hizo una profunda inspiración de aire, y cuando el decano hacía una profunda inspiración de aire el aire disponible en la atmósfera quedaba apreciablemente reducido. El aire aspirado fue expulsado en forma de rugido.

—¿Osas lanzarme magia?

Ridcully se estaba contemplando la mano.

—Pero... yo... —Ponder finalmente consiguió deslizar las palabras entre los dientes que estaba intentando apretar—: ¡Laagíanog egtáfegtando!

—¿Cómo dices? ¿Qué demonios estás farfullando, jovencito? —preguntó Runas Recientes.

—¡Ya te daré yo magia, payaso presuntuoso! —aulló el decano alzando ambas manos.

—¡La magia está hablando por sus bocas! —consiguió decir Ponder—. ¡En realidad usted no quiere hacer pedacitos al archicanciller, decano!

—¡Pues claro que quiero hacerle pedacitos, maldición!

—Discúlpenme. No deseo entrometerme, pero...

La cabeza de la señora Panadizo acababa de aparecer en el acceso.

—¿Qué sucede, señora Panadizo? —chilló Ponder mientras un chorro de fuego surgido de la mano del decano pasaba siseando por encima de su cabeza.

—Ya sé que están muy ocupados discutiendo asuntos universitarios, pero ¿es normal que haya tantas grietas? Está empezando a entrar agua. Ponder bajó los ojos. La cubierta crujió debajo de sus pies.

—Nos estamos hundiendo... —dijo—. Condenados viejos estúp... —Ponder se apresuró a cerrar la boca—. ¡El navío tampoco puede más! ¡Miren, se está poniendo amarillo!

El verde estaba desapareciendo de la cubierta tan deprisa como la luz del sol de un cielo que amenaza tormenta.

—¡Él ha tenido la culpa! —gritó el decano.

Ponder fue corriendo a la borda. Todo crujía y rechinaba a su alrededor.

Lo importante era mantener la calma y utilizar el cerebro y, tal vez, pensar en cosas bonitas como los gatitos y los cielos azules. Preferiblemente, en cosas bonitas que no estuvieran a punto de ahogarse.

—Oigan, si no hundimos nuestras diferencias en los abismos del olvido, ellas nos hundirán en las simas oceánicas —dijo—. El navío está... madurando o algo por el estilo. Y estamos muy lejos de la costa, ¿comprenden? Y ahí abajo podría haber tiburones. —Ponder miró hacia abajo y luego hacia arriba—. ¡Ahí abajo hay tiburones!

—gritó.

El navío se escoró levemente cuando todos los magos se reunieron con él.

—¿Creen que son tiburones? —preguntó Ridcully.

—Podrían ser atunes —dijo el decano.

Los restos de la vela cayeron sobre la cubierta detrás de él.

—¿Y cómo se sabe cuándo son atunes y cuándo tiburones? —preguntó el prefecto mayor.

—Podrían contarles los dientes —suspiró Ponder.

Pero por lo menos nadie estaba lanzando chorros de magia por los aires. Podías sacar a los magos de la Universidad Invisible, pero no podías sacar a ésta de los magos.

El navío se escoró un poco más cuando la señora Panadizo se reunió con ellos para mirar por encima de la borda.

—¿Y qué pasa sí caemos al agua? —preguntó.

—Debemos trazar un plan —dijo Ridcully—. Decano, organice un grupo de trabajo para abordar la cuestión de nuestra supervivencia en aguas desconocidas e infestadas de tiburones.

—¿No deberíamos nadar hacia la orilla? —preguntó la señora Panadizo—. De joven yo nadaba muy bien.

—Todo a su debido tiempo, señora Panadizo —dijo Ridcully, sonriéndole afablemente—. Pero hemos tomado nota de su sugerencia.

—Que dentro de unos momentos será lo único que podremos hacer-dijo Ponder.

—¿Y en qué va a consistir exactamente su papel, archicanciller? —gruñó el decano.

—He definido sus objetivos —repuso Ridcully—. Ahora son ustedes los que deben examinar las opciones.

—En ese caso, voto por que abandonemos el navío —dijo el decano.

—¿Para ir adonde? —preguntó Estudios Indefinidos—. ¿A charlar con los tiburones, tal vez?

—Eso es un problema secundario —dijo el decano.

—Exacto —coincidió Ponder—. Siempre podemos votar abandonar a los tiburones.

El navío se bamboleó con repentina violencia. El prefecto mayor adoptó una pose heroica.

—¡La salvaré, señora Panadizo! —gritó, y la cogió en brazos.

O por lo menos intentó hacerlo. Pero el prefecto mayor estaba bastante delgado y la señora Panadizo era toda una mujer y, además, la capacidad de asir del mago se hallaba limitada por el hecho de que había muy pocas áreas de la señora Panadizo que se atreviera a tocar. El prefecto mayor hizo cuanto estaba en sus manos con algunas regiones periféricas de la señora Panadizo y logró elevarla ligeramente. Lo único que consiguió, sin embargo, fue transferir el peso conjunto del mago y del ama de llaves a los más bien pequeños pies del prefecto mayor, los cuales atravesaron la cubierta como una barra de acero.

El navío, que a esas alturas ya estaba más blando que la pulpa de madera, empezó a desintegrarse silenciosamente.

El agua estaba muy fría. El aire se fue llenando de espuma a medida que los cuerpos iban cayendo al océano. Un trozo de madera desprendido del navío golpeó a Ponder en la cabeza y lo arrastró hacia las profundidades, introduciéndolo en un mundo azul donde sus orejas empezaron a hacer gloing-gloing.

Cuando logró volver a la superficie, oyó una discusión. Una vez más, la magia en estado puro de la Universidad Invisible había triunfado. Cuando está tratando de mantenerse a flote dentro de un círculo de tiburones, un mago siempre considerará que el peligro más inmediato procede de los otros magos.

—¡Eh, que yo no tengo la culpa! Se había quedado... ¡Bueno, me parece que estaba dormido!

—¿Le parece?

—Era un colchón. ¡Rojo, para ser exactos!

—¡Es el único bibliotecario que tenemos! ¡Y si lo perdemos por su culpa, le advierto que tendrá que cargar con todas sus responsabilidades administrativas! —gritó Ridcully y, haciendo una profunda inspiración de aire, se sumergió.

—¡Abandonen el mar! —gritó alegremente el tesorero.

Ponder se estremeció cuando algo negro, enorme y lustroso surgió de las aguas delante de él. El objeto se hundió unos centímetros en la espuma y después se fue inclinando lentamente hasta quedar de lado.

Otras formas estaban emergiendo de las aguas alrededor de los magos mientras éstos se debatían para mantenerse a flote. El decano extendió la mano hacia una de ellas y la golpeó con los dedos.

—Bueno, estos tiburones parecen menos peligrosos de lo que me había imaginado —dijo.

—¡Son las semillas del navío! —exclamó Ponder—. ¡Súbanse a ellas, deprisa!

Estaba seguro de que algo le había rozado la pierna. En esas circunstancias, un hombre descubre una agilidad con la que no contaba. Después de un período de espumeante agitación en el que el hombre y la semilla lucharon por la supremacía, incluso el decano consiguió subirse a uno de aquellos flotadores improvisados.

Ridcully volvió a emerger entre un chorro de espuma.

—¡Es inútil! —balbuceó—. He bajado todo lo que he podido. ¡No hay ni rastro de él!

—Intente hacerse con una semilla, archicanciller —dijo el prefecto mayor.

Ridcully dirigió una serie de frenéticos ademanes a un tiburón que pasaba por allí.

—Si remueves las aguas y haces mucho ruido no te atacan-dijo.

—¡Me parece que es precisamente entonces cuando te atacan, señor! —gritó Ponder.

—Ah, un interesante experimento práctico —dijo el decano, estirando el cuello pata observar el espectáculo. Ridcully se encaramó a una semilla. —Qué desastre. Bueno, quizá podamos llegar a tierra firme flotando encima de estas cosas —dijo—. Eh.... ¿dónde está la señora Panadizo? Todos miraron alrededor.

—Oh, no... —gimió el prefecto mayor—. Está nadando hacia la orilla...

Los otros magos siguieron la dirección de su mirada y consiguieron entrever un peinado que avanzaba, a sacudidas pero con notable determinación, hacia la orilla empleando lo que Ridcully probablemente habría denominado brazada delantera.

—No creo que sea una solución muy práctica —dijo el decano.

—¿Y los tiburones?

—Bueno, de hecho ahora están nadando en círculos por debajo de nosotros —dijo el prefecto mayor mientras las semillas se bamboleaban. Ponder bajó la mirada.

—Ahora que ya no tenemos las piernas metidas en el agua, parece que han decidido marcharse —dijo—. Ellos también... ellos también están yendo hacia la costa, señor. —Bueno, cuando aceptó el empleo de ama de llaves de la Universidad Invisible ya conocía los riesgos —dijo el decano.

—¿Qué? —exclamó el prefecto mayor—. ¿Me estás diciendo que antes de solicitar un puesto en una universidad debes tomar en consideración la posibilidad de que acabes siendo devorado por los tiburones en la costa de un continente misterioso miles de años antes de haber nacido?

—Bueno, tanto como eso... Lo que sí sé es que cuando la entrevistamos para el puesto no hizo muchas preguntas.

—Creo que nos estarnos preocupando sin motivo —dijo Estudios Indefinidos—. La reputación de devoradores de hombres de que gozan los tiburones es totalmente falsa e inmerecida. A pesar de todo lo que hayan podido llegar a oír, no ha habido ni un solo caso verificado y documentado en el que un tiburón atacara a nadie. Los tiburones son criaturas sofisticadas y apacibles con una rica vida familiar y, lejos de ser ominosos heraldos de la catástrofe, sabemos de casos en los que han llegado a ofrecer su ayuda y amistad a más de un viajero perdido. Como cazadores son muy eficientes, por supuesto, y un tiburón adulto lanzado a la carga puede derribar incluso a un alce si... eh... —Estudios Indefinidos miró a sus colegas—. Esto... me temo que los estoy confundiendo con los lobos —farfulló—. Es así, ¿verdad?

Los magos asintieron.

—Eh... los tiburones son los otros, ¿verdad? —siguió Estudios Indefinidos—. Son esos feroces e implacables asesinos del mar tan decididos a devorarlo todo que ni siquiera mastican lo que tragan, ¿no?

Los magos volvieron a asentir.

—Oh, cielos. Qué vergüenza, qué vergüenza... ¡Necesito un sitio para esconderme, por favor!

—Pruebe con el estómago de un tiburón —repuso Ridcully—. Venga, caballeros. ¡Es nuestra ama de llaves! ¿Acaso desean tener que hacerse la cama en el futuro? ¿Bolas de fuego, tal vez? Sí, creo que sí...

—Está demasiado lejos...

Una cosa roja salió disparada del mar con la velocidad de un cohete junto a Ridcully, describió una parábola y volvió a zambullirse como una navaja.

—¿Qué era eso? ¿Quién de ustedes ha hecho eso? —preguntó el archicanciller.

Una rápida ondulación hendió las aguas en dirección al grupo de aletas triangulares, avanzando tan inconteniblemente como una bola que rodara por la pista de una bolera. Después el océano pareció entrar en erupción.

—¡Dioses, miren cómo se ha lanzado sobre esos tiburones!

—¿Es un monstruo?

—Seguro que es un delfín...

—¿Con todo ese pelo rojo?

—¿Y si fuera el...? No, no puede ser el...

Un tiburón aterrorizado pasó a toda velocidad junto al prefecto mayor. Las aguas volvieron a estallar detrás de él y revelaron la enorme sonrisa roja del primer y único delfín de todos los tiempos que tenía el rostro tan negro como el cuero y el cuerpo recubierto de pelaje rojizo.

—¿Eek? —preguntó el bibliotecario. —¡Bravo, viejo amigo! —gritó Ridcully desde su semilla—. ¡Ya les había dicho que podíamos contar con usted!

—Me temo que en realidad no llegó a decirlo, señor —intentó corregirle Ponder—. Lo que realmente dijo fue que...

—Y muy buena elección de forma, además —prosiguió Ridcully—. Y ahora, si pudiera agruparnos un poco quizá podría empujarnos hasta la orilla. No habremos perdido a nadie, ¿verdad? ¿Dónde está el tesorero?

El tesorero, que agitaba distraídamente las manos en el agua para no quedarse del todo atrás, era un puntito hacia la derecha

—Bueno, ya llegará —dijo Ridcully—. Volvamos a tierra firme.

—Ese mar-dijo nerviosamente el prefecto mayor, sin apartar los ojos de lo que había delante de ellos mientras las semillas eran empujadas hacia la orilla como una sarta de barcazas sobrecargadas—, ese mar... ¿A ustedes les parece que está circundando algo?

—No cabe duda de que es un mar muy grande

—dijo Runas Recientes—. ¿Saben una cosa? Creo que no es sólo la lluvia la que está causando esa especie de rugido. Quizá estemos llegando a una zona de corrientes.

—Unas cuantas olas no nos harán ningún daño —dijo Ridcully—. Por lo menos el agua es blanda, ¿no?

Ponder sintió cómo la especie de tablón que lo mantenía a flote subía y bajaba cuando una ola muy larga pasó por debajo de él. Como forma para una semilla, Ponder tenía que admitir que aquélla resultaba francamente rara. La naturaleza prestaba mucha atención a las semillas, naturalmente, y las equipaba con alitas, pequeñas velas, diminutas cámaras de flotación y otros adminículos necesarios para proporcionarles cierta ventaja inicial sobre las otras semillas. Aquellas semillas sólo eran versiones aplanadas de la forma actual del bibliotecario, que obviamente había sido diseñada para moverse velozmente a través de las aguas.

—Esto... —le dijo al universo en general, aunque lo que quería decir en realidad era: «Me pregunto si realmente ha sido una buena idea.»

—No veo ninguna roca delante —observó el decano.

—Circundar —dijo el prefecto mayor con voz pensativa, como si no consiguiera dejar de pensar en esa palabra—. Es un término bastante preciso, ¿no? Suena un poco... un poco quirúrgico. Entre quirúrgico y bélico, quizá...

Y entonces Ponder cayó en la cuenta de que el agua no era exactamente blanda. Cuando estaba creciendo nunca había sentido demasiado interés por los deportes, pero recordaba haber compartido sus ratos libres con los otros muchachos de la zona y haber participado en sus juegos, como el de Empujar a Pondy Stibbons a los Zarzales o el de Atar A Stibbons e Irse a Casa a Tomar el Té, y de repente se acordó de aquella vez en que habían ido a la poza donde solían nadar y los chicos le habían lanzado al agua desde lo alto del risco. Le había dolido lo suyo.

La flotilla fue alcanzando a la señora Panadizo, que se había agarrado a un árbol flotante y se estaba impulsando con los pies. El árbol ya había acumulado un buen número de ocupantes: pájaros, lagartos y, por alguna razón inexplicable, un pequeño camello que intentaba acomodarse en las ramas.

La fuerza del oleaje había aumentado. Una especie de retumbar continuo vibraba bajo el estrépito de la lluvia.

—Ah, señora Panadizo —dijo el prefecto mayor—. Y qué árbol tan bonito. Mire, pero si hasta tiene hojas.

—Hemos venido a salvarla —dijo el decano, enfrentado a la evidencia.

—Quizá sería buena idea que la señora Panadizo se agarrara a una semilla —dijo Ponder—. Sí, creo que sería una idea magnífica. Me parece que las olas tal vez se vuelvan... ligeramente más grandes...

—Circundar —murmuró el prefecto mayor con voz lúgubre.

Volvió la mirada hacia la playa, y la playa ya no estaba delante de ellos.

La playa estaba muy abajo, al final de una colina verde. Y el verde estaba hecho de agua. Y, por alguna razón inexplicable, estaba creciendo.

—Oigan, ¿por qué no me dicen cómo se llama esa señora? —preguntó Rincewind—. Debe de haber muchas personas que saben cómo se llama, ¿no? Quiero decir que... bueno, tienen que poner su nombre en los letreros y todo ese tipo de cosas. Sólo es un nombre, ¿verdad? No veo dónde está el problema.

Los cocineros se miraron los unos a los otros, y después uno de ellos tosió y dijo:

—La prima donna se llama Nellie... Trasero.

—Oh. Ah. Eh.

—He dicho que la prima donna se llama Nellie Trasero.

Los labios de Rincewind se movieron sin llegar a producir ningún sonido.

—Oh —dijeron después.

Los cocineros asintieron.

—Me estaba preguntando si Charley se habrá bebido toda la cerveza —dijo Rincewind mientras se sentaba.

—Quizá podríamos encontrar unos cuantos plátanos, Ron —dijo otro cocinero.

Los ojos de Rincewind recobraron la capacidad de ver y sus labios volvieron a moverse.

—¿Se lo habéis dicho a Charley? —logró preguntar.

—Oh, sí. Se lo dijimos justo antes de que le diera el ataque de nervios.

Un ruido de pies lanzados a la carrera llegó hasta ellos desde el exterior. Un cocinero miró por la ventana.

—No es más que la guardia. Probablemente andarán detrás de algún pobre bastardo...

Rincewind retrocedió para no resultar tan visible desde la ventana.

Ron se removió nerviosamente.

—Supongo que si fuéramos a ver a Mustafá el Ocioso y le pidiéramos que abriera su tienda, quizá conseguiríamos encontrar unos cuantos...

—¿Melones? —sugirió Rincewind. Los cocineros se estremecieron. Charley dejó escapar otro sollozo ahogado.

—Llevaba toda la vida esperando esto —dijo un cocinero—. Es una condenada injusticia, eso es lo que es. ¿Os acordáis de aquella soprano que dejó la compañía para casarse con un ganadero? Charley estuvo llorando durante una semana entera.

—Sí. Lisa Deleite —dijo Ron—. Un poco insegura en la gama media, pero no cabe duda de que prometía.

—Charley había puesto todas sus esperanzas en ella. Decía que un nombre como ése podía combinar hasta con el ruibarbo.

Charley aulló.

—Me parece que... —dijo Rincewind meditando cada palabra.

—¿Sí?

—Me parece que ya he encontrado la solución.

—¿De veras?

Incluso Charley levantó la cabeza.

—Bueno, ya sabéis cómo son estas cosas. A veces los profesionales se atascan y necesitan que alguien de fuera les eche una mano. Necesitaremos los melocotones, la nata, un poquito de helado si podéis prepararlo a tiempo, puede que un chorrito de coñac... Y después, vamos a ver...

—¿Copos de coco rallado? —preguntó Charley, alzando la mirada.

—Sí, ¿por qué no?

—¿Y un poquito de salsa de tomate, tal vez?

—No, me parece que no.

—Pues será mejor que pongamos manos a la obra, porque ya van por la mitad del último acto —dijo Ron.

—Oh, todo saldrá bien —dijo Rincewind—. Bueno, partid los melocotones por la mitad, echadlos en un cuenco con las otras cosas y luego añadid el coñac y voilà.

—¿Voilà? Eso debe de ser algún condimento extranjero, ¿no? —preguntó Charley—. Me parece que no tenemos.

—Pues entonces bastará con echar una ración doble de coñac —dijo Rincewind—, y ya está.

—Sí, pero ¿cómo se llama? —preguntó Ron.

—Estaba a punto de llegar a esa parte —dijo Rincewind—. Cuenco, Charley, por favor. Gracias. —Lo alzó ante ellos—. Caballeros, les presento el Melocotón Nellie.

Una sartén burbujeaba encima de un fogón. Aparte de ese insistente ruidito y de los lejanos compases de la ópera, la cocina quedó sumida en el silencio más absoluto.

—¿Qué os parece? —preguntó Rincewind, sonriendo de oreja a oreja.

—Es... distinto —dijo Charley—. Sí, debo admitir que por lo menos es distinto.

—Pero en realidad no es como muy conmemorativo, ¿verdad? —preguntó Ron—. El mundo está lleno de Nellies.

—Claro, pero ¿preferirías que todo el mundo se acordara de la alternativa? —repuso Rincewind—, ¿Queréis que vuestros nombres sean asociados con algo llamado Melocotón Trase...?

Un segundo alarido precedió al nuevo estallido de llanto de Charley.

—Viéndolo desde esa perspectiva, la verdad es que no suena tan mal —dijo Ron—. Melocotón Nellie... Sí, podría pasar.

—Y podríais usar plátanos —dijo Rincewind.

Los labios de Ron se movieron en silencio.

—Creo que odia el amarillo —dijo—. Adelante con los melocotones.

Rincewind se alisó la túnica.

—Bueno, me alegro de haber podido ayudaros —dijo—. Y por cierto, ¿cuántas salidas tiene este sitio?

—Con la Gala y todo lo demás, esta noche todo el mundo va a estar muy ocupado —dijo Ron—. Personalmente esas cosas no me van, claro, pero atraen visitantes.

—Sí, y no nos olvidemos del ahorcamiento de mañana —dijo Charley.

—Ah, me temo que mis planes no incluyen asistir a él —dijo Rincewind—. Y ahora, si me...

—Pues yo espero que consiga escapar —dijo Charley.

—Y yo —dijo Rincewind.

Unas botas de suela gruesa pasaron por delante de la puerta y se detuvieron. Rincewind oyó voces lejanas.

—Dicen que se enfrentó a una docena de policías —dijo Ron.

—Tres —dijo Rincewind—. Eran tres. Bueno, eso es lo que he oído... Alguien me lo dijo, ¿sabes? Nada de una docena. Tres, seguro.

—Oh, tuvieron que ser más de tres. Con un merodeador de la maleza como él, seguro que fueron muchos más de tres. Rinsito, así le llaman.

—He oído decir que un tipo recién llegado de Tetrajisteunabirra contó que Rinsito había esquilado cien ovejas en cinco minutos.

—No me lo creo —dijo Rincewind. —Dicen que es un mago, pero eso no puede ser verdad. ¿Un mago haciendo un trabajo honrado y decente? ¡Imposible!

—Bueno, de hecho...

—De acuerdo, de acuerdo. ¡Pero un tipo que trabaja en la cárcel dice que le han visto comer una extraña sustancia marrón que le da una fuerza increíble!

—¡Sólo era sopa de cerveza! —gritó Rincewind—. Quiero decir que... Bueno, eso es lo que he oído contar —añadió.

Ron le dirigió una sonrisa torcida. —Oye, la verdad es que tienes cierta pinta de mago —dijo.

Alguien llamó enérgicamente a la puerta. —Vistes igual que ellos —prosiguió Ron sin apartar los ojos de Rincewind—. Ve a abrir la puerta, Sid.

Rincewind retrocedió, estiró el brazo por detrás de él hacia una mesa llena de cuchillos y sus dedos se cerraron alrededor de un mango.

Sí, odiaba la idea de las armas. Hicieras lo que hicieras con ellas, siempre acababan complicando la situación. Pero impresionaban a la gente.

La puerta se abrió. Varias cabezas asomaron por el hueco, y una de ellas pertenecía al carcelero.

—¡Ahí está!

—Os advierto que soy un hombre desesperado —dijo Rincewind, apartando su mano de la espalda.

La mayoría de los cocineros se apresuraron a buscar refugio.

—Eso es un cucharón, compañero —dijo amablemente uno de los guardias—. Pero hay que seguir luchando hasta el último momento, ¿verdad? Bravo, chico, bravo. ¿Qué opinas, Charley?

—Pues que nadie podrá decir jamás que un bandolero tan osado y lleno de recursos como él mordió el polvo en una cocina como la mía —dijo Charley, empuñando un trinchante con una mano mientras alzaba el plato de Melocotones Nellie con la otra—. Sal por la puerta de atrás, Rinsito, y nosotros hablaremos con estos policías.

—Ah, como quieras —dijo el guardia—. Unos cuantos puñetazos en una cocina no serían una última batalla como es debido, ¿eh? Contaremos hasta diez, ¿de acuerdo?

Una vez más, Rincewind volvió a tener la sensación de que no le habían entregado el mismo guión que al resto del reparto.

—¿Quieres decir que me tenéis acorralado pero que no vais a arrestarme? —preguntó.

—Bueno, eso no quedaría demasiado bien en la balada, ¿verdad? —repuso el guardia—. Tenemos que pensar en esas cosas, ¿no? —Se apoyó en el quicio de la puerta—. Bueno, vamos a ver... Ah, claro, la vieja estafeta de correos de la calle Grurt, eso es. Creo que un hombre atrincherado en ella podría aguantar un par de días, quizá tres, calma y tranquilidad y montones de heroica resistencia. Después intentas huir, te llenamos de flechas, pronuncias unas cuantas Últimas Palabras... Apuesto a que dentro de cien años todos los niños tendrán que estudiar tus hazañas en la escuela, ¿eh? Y haz el favor de mirarte, ¿quieres? —El guardia dio un paso adelante, ignorando la mortífera amenaza del cucharón, y hundió el índice en la túnica de Rincewind—. ¿Cuántas flechas crees que va a detener eso, ¿eh?

—¡Estáis todos locos!

Charley meneó la cabeza.

—Nos gustan los tipos que no se dan por vencidos, caballero. Los ecksianos somos así, ¿comprende? Muere luchando, ése es nuestro lema.

—Y además sabemos lo de los patrulleros y cómo te enfrentaste a ellos —dijo el guardia—. Buen trabajo, desde luego. Un hombre capaz de hacer algo semejante aspira a algo más que a acabar colgando de una horca, ¿verdad? ¡No, no! Ese tipo de hombres siempre quieren despedirse del mundo con una Última Batalla.

Ya no quedaba ningún guardia fuera de la cocina. El camino hacia la puerta se hallaba libre de obstáculos.

—¿Nadie se ha conformado nunca con una Última Huida? —preguntó Rincewind.

—No. ¿Qué es eso?

—¡Buenos días!

Mientras corría a través de las sombras del muelle, Rincewind oyó un grito detrás de él.

—¡Así se habla! ¡Contaremos hasta diez!

Rincewind lanzó una rápida mirada hacia arriba sin dejar de correr y vio que el gran anuncio de encima de la destilería parecía haberse oscurecido de repente, y un instante después algo saltó junto a él.

—¡Oh, no! ¡Tú no!

—Buenos días —dijo Scrappy, poniéndose a su altura.

—¡Mira en qué lío me has metido!

—¿Lío? ¡Pero si te iban a ahorcar! ¡Ahora estás disfrutando del aire libre, que además es sanísimo, en la tierra de todo un señor dios!

—¡Y me van a llenar de flechas!

—¿Y qué? Siempre puedes esquivarlas. Este lugar necesita un héroe. Campeón de los esquiladores, guerrero de los caminos, merodeador de la maleza, ladrón de ovejas, cuatrero legendario... Ahora ya sólo necesitas dejar boquiabierto a todo el mundo con tus proezas en algún estúpido juego de bate y pelotas que nadie ha inventado y... eh, sí, construir unos cuantos edificios muy altos con dinero prestado, y ya habrás triunfado. ¡Entonces sí cuidarán todos los detalles antes de matarte, compañero!

—Menudo consuelo! Y de todas maneras, no he hecho ninguna de esas cosas... Bueno, quiero decir que sí que las hice, pero...

—Lo que importa es lo que piense la gente. Ahora creen que has conseguido escapar de una celda cerrada con llave.

—Lo único que hice fue...

—¡Da igual! Ahora mismo el número de carceleros que quieren estrecharte la mano es tan elevado que... ¡Bueno, no creo que pudieran ahorcarte antes de la hora de almorzar!

—Escucha, rata gigante saltarina, he conseguido llegar hasta los muelles, ¿no? ¡Puedo correr más que ellos! ¡Puedo despistarlos! Soy capaz de subir a un barco en calidad de polizón, vomitar, ser descubierto y arrojado por la borda, mantenerme a flote durante dos días agarrándome a un barril viejo mientras me alimento de plancton (usando la barba como cedazo, ojo), atravesar cautelosamente los traicioneros arrecifes de coral que rodean a un atolón y sobrevivir en él comiendo ñames.

—Te felicito, porque no todo el mundo posee esa clase de talentos —dijo el canguro, saltando por encima de la estacha de un barco—. ¿Cuántos navíos ecksianos has visto atracados en los muelles de Ankh-Morpork? Y estamos hablando del puerto más visitado del mundo.

Rincewind empezó a reducir la velocidad.

—Bueno...

—Es por las corrientes, compañero. Aléjate más de diez millas marinas de la costa y ni el mejor de todos los capitanes de navío podrá evitar que su barco se caiga por el Borde. Siempre se mantienen lo más cerca posible de la costa.

Rincewind se detuvo.

—¿Quieres decir que todo este sitio es una prisión?

—Aja. Pero los ecksianos dicen que no hay un sitio mejor en el mundo y que nunca se irán de aquí, así que no hay ninguna necesidad de montar guardia.

Rincewind oyó gritos detrás de él. Para lo habitual entre los guardias, los de aquel país eran sorprendentemente rápidos a la hora de contar hasta diez.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Rincewind.

El canguro había desaparecido. Rincewind se metió por una calleja lateral y descubrió que no podía seguir avanzando. La calleja estaba llena de carretas, y todas estaban alegremente adornadas.

Rincewind se detuvo. Siempre había sido el máximo exponente de la huida-desde por oposición a la huida-hacia. De hecho, habría podido escribir «El desde de la huida». Pero de vez en cuando cierto sutil sentido le decía que el hacia era importante.

Para empezar, muchas de las personas que estaban charlando alrededor de las carretas iban vestidas de cuero. Había muchos argumentos a favor del cuero, desde luego. Era práctico, lo aguantaba casi todo y duraba mucho tiempo. Tipos como Cohen el Bárbaro habían descubierto que tenía tanto aguante y duraba tantísimo tiempo que cuando querían cambiarse el taparrabos debían recurrir al herrero. Pero a juzgar por el aspecto de aquellas personas, ése no era el tipo de cualidades que buscaban cuando fueron a la boutique. Aquellas personas seguramente habrían hecho preguntas como «¿Cuántos remaches tiene?», «¿Brilla mucho» o «¿Tiene agujeros en sitios inusuales?».

Aun así, una de las reglas básicas de la supervivencia en cualquier planeta es no buscarle las cosquillas a ningún ser vestido de cuero negro. Rincewind dio un educado rodeo junto a ellos, sal[[21]](#footnote-21)udándoles con una afable inclinación de la cabeza y un rápido vaivén de la mano cada vez que alguno volvía los ojos hacia él. Por alguna razón, eso hizo que un número cada vez más grande de ellos empezara a mostrar interés hacia su persona.

También había grupos de señoras, y enseguida saltaba a la vista que el derecho de andar erguido, del que tanto se enorgullecía EcksEcksEcksEcks, estaba tan al alcance de las mujeres como de los hombres. A pesar de ello algunas eran muy guapas, si bien siempre de una manera más bien aparatosa y desafiante: los bigotes que adornaban algún que otro rostro femenino parecían un poco fuera de lugar, pero Rincewind había estado en el extranjero y sabía que el clima de las regiones más rurales solía fomentar la opulencia pilosa.

Había muchas más lentejuelas de lo normal. También había más plumas de lo habitual.

Y entonces Rincewind lo comprendió todo y se sintió invadido por un inmenso alivio.

—Oh, esto es un carnaval, ¿verdad? —dijo en voz alta—. Esto es esa Gala de la que habla todo el mundo.

—¿Perdón? —preguntó una dama vestida con un traje azul cuajado de lentejuelas que estaba cambiando la rueda de una carreta púrpura.

—Son carrozas de carnaval, ¿verdad?

La mujer rechinó los dientes, encajó la rueda nueva en su sitio y soltó el eje. La carreta se posó sobre los adoquines.

—Maldición, creo que me he roto una uña —dijo mirando a Rincewind—. Sí, esto es la gran feria ambulante del carnaval. Ese traje ha conocido días mejores, ¿no? Bonito bigote, pero lamento no poder decir lo mismo de la barba. ¿Has probado a teñírtela?

Rincewind echó un rápido vistazo a la calle. Las carrozas y la multitud le ocultaban, pero aquello no duraría mucho.

—¿Podría ayudarme, señora? —balbuceó Rincewind—. La... la guardia anda detrás de mí.

—Sí, a veces pueden llegar a ponerse francamente pesados.

—Hubo un malentendido con una oveja.

—Suele haberlos. —La mujer le miró de arriba abajo—. Aunque la verdad es que no tiene aspecto de chico del campo.

—¿Yo? Me pongo nervioso en cuanto veo hierba, señora.

La mujer le miró fijamente.

—Y además me parece que no lleva mucho tiempo por aquí, señor...

—Rincewind, señora.

—Bien, señor Rincewind, suba a la carreta. Me llamo Leticia.

La mujer le ofreció su manaza. Rincewind la estrechó, y luego se masajeó disimuladamente los dedos en un intento de normalizar la circulación sanguínea mientras subía a la carreta.

La carreta púrpura había sido adornada con bandas de tela rosa y amarilla, así como con rosas de papel. Cajas, también cubiertas de telas, habían sido colocadas en el centro para que proporcionaran una especie de estrado improvisado.

—¿Qué le parece? —preguntó Leticia—. Las chicas se han matado a trabajar.

El concepto decorativo general resultaba excesivamente femenino para el gusto de Rincewind, pero le habían enseñado a ser educado y cortés.

—Muy bonito —dijo mientras intentaba encontrar un escondite seguro—. Muy alegre.

—Me agrada que le guste.

Una banda de música empezó a tocar delante de ellos, y a continuación hubo un ajetreo general cuando la gente se subió a las carrozas o formó un cortejo para desfilar. Un par de mujeres envueltas en lentejuelas y guantes largos subieron a la carreta y miraron fijamente a Rincewind.

—¿Qué demonios...? —dijo una.

—Tenemos que hablar, Darleen —terció Leticia desde el pescante delantero.

Rincewind vio cómo las tres formaban corro. De vez en cuando alguna de ellas levantaba la cabeza y le miraba de una manera bastante extraña, como sí quisiera asegurarse de que Rincewind seguía allí.

Bueno, está claro que EcksEcksEcksEcks sabe cómo alimentar a sus chicas, pensó Rincewind. Me pregunto dónde comprarán los zapatos...

Rincewind no estaba demasiado familiarizado con las mujeres. Una gran parte de su vida más o menos sedentaria —es decir, la que no había estado dominada por las hipervelocidades de la huida— había transcurrido detrás de los muros de la Universidad Invisible donde, en términos generales, se las incluía en la misma categoría que el papel de pared y los instrumentos musicales: a su manera eran interesantes, y no cabía duda de que constituían una parte pequeña aunque importante de la estructura de una civilización como es debido pero, en última instancia y a fin de cuentas, no eran esenciales.

Sus momentos de intimidad con las mujeres generalmente consistían en que la mujer estaba intentando cortarle la cabeza o convencerle de que siguiera un curso de acción que, muy probablemente, haría que alguna otra persona intentara cortarle la cabeza. Si las mujeres fuesen radios, Rincewind habría necesitado la ayuda de un ingeniero electrónico para sintonizar las noticias. Ciertos instintos atrofiados por la falta de práctica le estaban diciendo que allí había algo que no encajaba, pero Rincewind no conseguía determinar de qué se trataba exactamente.

Darleen avanzó por la carreta con andares decididos y un tanto agresivos. Rincewind se quitó respetuosamente el sombrero.

—Muy gracioso. Veo que eres uno de esos tipos que siempre le están tomando el camarón a la gente, ¿eh?

—¿Yo? Por supuesto que no, señorita. Nada de camarones, de veras. Lo único que pido es que me permitan seguir escondido aquí hasta que nos hayamos alejado un buen trecho, y después...

—Ya sabes qué es esto, ¿verdad?

—Sí, señorita. Es el carnaval. —Rincewind tragó saliva—. Calma y tranquilidad, ¿de acuerdo? A todo el mundo le gusta disfrazarse de vez en cuando, ¿verdad? —Pero ¿me estás diciendo que realmente crees que...? Bueno, ¿piensas que nosotras...? ¿Por qué no dejas de mirarme el pelo?

—Me estaba preguntando cómo consigue que brille de esa manera. Y supongo que se dedica a algo relacionado con los escenarios, ¿verdad?

—Nos vamos, chicas —anunció Leticia—. Y acordaos de sonreír, ¿eh? Deja de meterte con él, Darleen: no tienes ni idea de dónde ha estado.

La tercera mujer, aquella a la que las demás habían llamado Neilette, le estaba observando con curiosidad, y de repente Rincewind tuvo la impresión de que había algo raro en ella. Su cabellera no estaba nada mal, desde luego, pero cuando se la comparaba con la de sus colegas pasaba a ser un simple montón de pelos. No parecía llevar suficiente maquillaje. Neilette, para decirlo brevemente, no estaba a la altura.

Y entonces Rincewind vio a un guardia y se apresuró a pegarse al suelo de la carreta. Mientras la carreta doblaba la esquina, un resquicio entre dos tablones le permitió ver a las multitudes que les estaban esperando.

Rincewind había estado en muchas celebraciones y carnavales populares, aunque normalmente no por decisión propia. Incluso había asistido a la Comilona Lardera de Genua, considerada el mayor carnaval del mundo, aunque creía recordar que lo había hecho colgando cabeza abajo de una de las carrozas para poder escapar de sus perseguidores. Intentó acordarse de por qué le perseguían, pero se le había olvidado, y además en ese tipo de circunstancias nunca es demasiado aconsejable pararse para preguntar. Rincewind había recorrido una gran parte del Disco a lo largo de su vida, pero la mayoría de sus recuerdos eran tan confusos y poco detallados como los que guardaba de Genua: las imágenes mentales del pasado de Rincewind casi siempre estaban borrosas, pero no por falta de memoria, sino por puro y simple exceso de velocidad.

El público tenía el aspecto habitual. Un auténtico desfile de carnaval sólo debería tener lugar después de que los bares y las tabernas llevaran un buen rato abiertas. Eso refuerza la espontaneidad. Había vítores, silbidos, gritos burlones y alaridos varios. Delante de ellos, algunas personas hacían sonar trompetas y cuernos de caza. Unas cuantas siluetas absortas en la danza pasaron a toda velocidad por delante de la mirilla de Rincewind.

Rincewind se apartó de la hendidura y se tapó la cabeza con una banda de tafetán. Las celebraciones de aquella naturaleza, con sus carteristas y demás atracciones similares, siempre mantenían muy ocupada a la guardia. Rincewind esperaría hasta que hubieran llegado al descampado en el que siempre parecían terminar ese tipo de actos y después desaparecería sigilosamente.

Bajó los ojos.

Aquellas damas adoraban los zapatos, eso estaba claro. Tenían docenas de ellos. Docenas de zapatos, todos pulcramente alineados, asomando por debajo de un montón de prendas femeninas. Rincewind se apresuró a apartar la mirada mientras se decía que, desde una perspectiva moral, probablemente hubiera algo reprochable en dedicarse a contemplar prendas femeninas dentro de las que no había ninguna mujer.

Pero su cabeza se volvió nuevamente hacia los zapatos. Estaba seguro de que varios de ellos se habían movido...

Una botella se hizo añicos cerca de su cabeza y los trozos de cristal se esparcieron alrededor. Darleen, subida al pescante, pronunció una palabra que Rincewind jamás habría esperado oír de labios de una dama.

Rincewind alzó cautelosamente la cabeza y otra botella rebotó en su sombrero.

—Unos cuantos imbéciles que quieren divertirse —dijo Darleen—, Siempre hay algún gracioso que...

Oh, ¿de veras?

—¿Nos das un besito? —preguntó un muchacho que acababa de saltar al lateral de la carreta y agitaba alegremente una lata de cerveza.

Rincewind había tenido ocasión de ver actuar a unos cuantos luchadores temibles, pero ninguno de ellos había lanzado jamás un puñetazo comparable al que vio lanzar a Darleen. Los ojos de Darleen se entrecerraron, y su puño pareció describir un círculo completo para encontrarse con el mentón del muchacho hacia la mitad del giro final. Cuando el muchacho desapareció del campo visual del mago, su cuerpo aún no había terminado su trayectoria ascendente.

—¿Has visto lo que me ha obligado a hacer? —masculló Darleen, agitando la mano delante de Rincewind—. Ah, el muy bastardo... ¡Y estos guantes de noche cuestan una fortuna! —Una lata de cerveza pasó silbando junto a su oreja—. ¿Has visto quién ha tirado eso? ¿Lo has visto? ¡Te he visto, atontado! ¡Te meteré la mano por la boca y te pondré los pantalones por sombrero, ya lo verás!

La multitud soltó un rugido de admiración y burla. Los ojos de Rincewind detectaron varios cascos de la guardia que avanzaban decididamente hacia él.

—Esto...—dijo.

—¡Eh, es él! ¡Es Rinsito, el merodeador de los matorrales! —gritó alguien señalándole con un dedo.

—¡No eran matorrales, sólo era una oveja!

Rincewind se preguntó quién había dicho aquello, y un instante después comprendió que había sido él. No había escapatoria. Los guardias estaban alzando la mirada hacia él. La calle estaba llena de gente. Otra pelea acababa de estallar cerca de la cabecera del cortejo. Los callejones, esos eternos amigos del fugitivo, quedaban demasiado lejos, y los guardias se estaban abriendo paso a través del gentío. Y la multitud lo estaba pasando en grande. Y el gigantesco letrero de la cerveza del canguro brillaba en las alturas.

Bien, estaba claro que había llegado el momento de la famosa Última Batalla.

—¿Qué? —exclamó Rincewind—. ¿Nunca es buen momento para una Ultima Batalla?

—Se volvió hacia Leticia—. Han intentado ayudarme y querría agradecérselo. Por fin he conocido a unas auténticas damas, y les aseguro que ha sido un placer.

—El placer ha sido nuestro —dijo Leticia—. Ya iba siendo hora de que conociéramos a un auténtico caballero, ¿verdad, chicas?

Darleen extendió una pierna envuelta por una media de malla hacia un hombre que intentaba subir a la carreta, y el estilete con forma de tacón en que terminaba la pierna produjo en una fracción de segundo el efecto que, según todos los expertos, tarda varias semanas en presentarse si alguien te ha echado bromuro dentro del té.

—Y que lo digas, maldición —asintió Darleen.

Rincewind saltó de la carreta, aterrizó sobre el hombro de alguien y volvió a saltar para pasar sobre la cabeza de otro alguien. El truco dio resultado. Con tal que no dejaras de moverte, siempre daba resultado. Unas cuantas manos intentaron agarrarle y una o dos latas fueron lanzadas, pero también hubo muchos gritos de «¡Bien por él!» y «¡Así se hace!».

Y, por fin, un callejón. Rincewind saltó del último hombro que había tenido la amabilidad de acogerle y cambió la marcha de piernas, y un instante después descubrió que la mejor manera de describir el callejón era empleando la ya clásica expresión «callejón sin salida»; la peor, que era un callejón en el que había tres o cuatro guardias fumándose un pitillo.

Los guardias le lanzaron la clase de mirada a la que recurren los policías de todos los lugares del universo cuando alguien les está molestando. La mirada dejaba muy claro que, al ser un intruso que había osado perturbar su breve pausa pitillera, Rincewind iba a ser encontrado culpable de algo. Y entonces la comprensión iluminó el rostro del sargento.

—¡Es él!

El público empezó a gritar en la calle. Aquéllos no eran los gritos acervezados del carnaval. Ahí fuera había gente que lo estaba pasando realmente mal. La densidad de cuerpos por metro cuadrado era tan elevada que nadie podía huir.

—Puedo explicarlo todo —dijo Rincewind, vagamente consciente del repentino aumento del ruido—. Bueno... la mayor parte. Unas cuantas cosas, ciertamente. Dos o tres, vamos. Respecto a esa oveja...

Algo brillante pasó por encima de su cabeza y aterrizó sobre los adoquines entre él y los guardias.

Parecía una mesa engalanada con un traje de noche, y tenía centenares de piececitos. Y todos los piececitos calzaban zapatos de tacón.

Rincewind se llevó las manos a la cabeza e intentó taparse los oídos hasta que el ruido se hubiera disipado.

Una vez hubo llegado al límite del mar, la ola burbujeó y chupó la arena. Cuando la olita en que acababa de convertirse retrocedió, fluyó alrededor de la masa astillada que había sido un árbol.

El cargamento de cangrejos y pulgas marinas acumulado sobre la madera flotante aguardó su momento y después se deslizó por los lados, apresurándose a ponerse a salvo antes de que llegara la próxima ola.

La lluvia cayó sobre la playa, formando en la arena precarios desfiladeros en miniatura en su camino hacia el mar. Los cangrejos fluyeron por ellos como una estampida de colonos, decididos a marcar sus territorios sobre la interminable playa virgen.

Siguieron la línea salada de algas y conchas dejada por la marea, encaramándose unos sobre otros en su búsqueda de un espacio en el que un cangrejo pudiera caminar orgullosamente de lado, iniciar una nueva vida y probar la deliciosa arena de la libertad.

Unos cuantos cangrejos investigaron el empapado cono grisáceo de un sombrero puntiagudo que asomaba de un montón de algas, y después avanzaron hacia un montón más prometedor de tela mojada que ofrecía interesantes agujeros y hendiduras.

Uno de ellos intentó introducirse en la nariz de Ponder Stibbons y fue expulsado por un estornudo.

Ponder abrió un ojo. Al mover la cabeza, el agua que llenaba sus oídos produjo una especie de tintineo.

La historia de los últimos minutos era complicada. Ponder recordaba un vertiginoso descenso por un tubo de agua verde, suponiendo que semejante cosa fuera posible, y también varios períodos en los que el aire, el mar y el mismo Ponder estuvieron más o menos entrelazados. En cuanto al momento actual, Ponder se sentía como si alguien hubiera empleado un martillo para machacar hasta la última parte de su cuerpo.

—¡Largo de aquí!

Ponder se sacó de la oreja otro cangrejo y se percató de que había perdido sus gafas. Probablemente estarían dando tumbos por el fondo del mar, asustando a las langostas. Bien, allí estaba: acababa de llegar a una costa desconocida y por fin podría verlo todo claro, eso con tal de que se supusiera que todo tenía que estar borroso.

—Esta vez sí he muerto, ¿verdad?

Era la voz del decano, y no parecía venir de muy lejos.

—No, señor, sigue vivo —dijo Ponder.

—Maldición. ¿Está seguro?

Después se fueron oyendo nuevos gemidos a medida que algunos restos traídos por las olas resultaron ser magos mezclados con algas.

—¿Estamos todos aquí? —preguntó Ridcully mientras intentaba levantarse.

—Estoy seguro de que no —gimió el decano.

—No veo... a la señora Panadizo —dijo Ridcully—. Ni al tesorero...

Ponder logró erguirse.

—Allí... Oh, cielos... Bueno, el tesorero está allí...

Una ola gigantesca iba creciendo rápidamente en el mar. Su altura aumentaba por momentos, y el tesorero se encontraba justo encima de ella.

—¡Tesorero! —aulló Ridcully.

La lejana figura se puso en pie sobre la semilla y les saludó con la mano.

—Se ha puesto de pie —dijo Ridcully—. ¿Alguien sabe qué se supone que debería hacer nuestro tesorero en estas circunstancias? No, no me lo digan. Se supone que no debería hacerlo, ¿verdad? Estoy seguro de que no debería haberlo hecho. ¡¡Se supone que no debe ponerse de pie, tesorero!! ¿Cómo...? Se supone que eso no debe ocurrir, ¿verdad?

La ola empezó a curvarse, pero el tesorero parecía estar descendiendo por la nueva pendiente, deslizándose a lo largo de la gigantesca pared de verdor mojado como un esquiador.

Ridcully se volvió hacia los otros magos.

—No puede hacer eso, ¿verdad? Está subiendo y bajando por la ola. ¿Puede hacer eso? La ola se está curvando por encima de él y el tesorero se limita a deslizarse tranquilamente a lo largo de... Oh, no...

La cresta envuelta en espuma se desplomó sobre el mago que estaba intentando infringir todos los límites de velocidad.

—Bueno, se acabó —dijo Ridcully.

—Eh... no... —dijo Ponder.

El tesorero reapareció playa abajo, expulsado como una flecha del tubo de agua en proceso de desintegración. La ola se desplomó detrás de él, golpeando la playa como si ésta acabara de ofenderla.

La semilla cambió de dirección, se deslizó plácidamente por encima de las olitas y acabó deteniéndose sobre la arena con un suave crujido.

—¡Hurra! —exclamó el tesorero—. Tengo los píes mojados. Qué bosque tan bonito. Es hora de tomar el té.

Cogió la semilla e incrustó su punta en la arena. Después se alejó por la playa.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Ridcully—. Quiero decir que... ¡Bueno, ese nombre está más loco que un rebaño de cabras! Pero es un tesorero condenadamente bueno, por supuesto.

—La falta de equilibrio mental probablemente significa que no hay nada susceptible de obstaculizar la estabilidad física —dijo Ponder.

—Ah. ¿Usted cree?

—En realidad no, señor. Lo he dicho meramente por decir algo.

Ponder intentó devolver un poco de vida a sus piernas mediante un masaje y empezó a contar en voz baja.

—¿Hay algo de comer por aquí? —preguntó Estudios Indefinidos.

—Cuatro —dijo Ponder.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Qué? Oh, sólo estaba contando, señor. No, señor. Probablemente habrá peces y langostas en el mar, pero el terreno parece bastante desértico.

Y lo parecía, desde luego. La arena rojiza se extendía a través de la llovizna grisácea hasta terminar en unas montañas azuladas. El único verdor visible estaba en el rostro del decano y, de repente, en los brotes que empezaron a surgir de la semilla que había permitido que el tesorero cabalgara sobre la ola. Varias hojas se desplegaron bajo la lluvia, y flores minúsculas se abrieron con un suave flop.

—Bueno, por lo menos tendremos otro navío —dijo el prefecto mayor.

—Lo dudo, señor —dijo Ponder—. Al dios no se le daba muy bien eso de criar cosas —añadió, y de hecho el fruto que se estaba hinchando ante ellos no parecía tener forma de embarcación.

—¿Saben una cosa? Sigo pensando que considerar todo esto como una oportunidad valiosa podría sernos de gran ayuda —dijo Ridcully.

—Es verdad —dijo el decano, incorporándose—. ¿Cuántas veces creen que tendremos ocasión de morir de hambre en un continente desértico miles de años antes de haber nacido? Es una gran oportunidad, y deberíamos aprovecharla al máximo.

—Lo que quiero decir es que enfrentarnos a los elementos hará aflorar lo mejor de nosotros mismos y que la forja de la experiencia nos convertirá en un equipo invencible capaz de superar todos los obstáculos —dijo Ridcully.

Era una forma de ver las cosas, desde luego, pero nadie parecía muy dispuesto a compartir su perspectiva.

—Estoy seguro de que tiene que haber algo para comer —murmuró Estudios Indefinidos mientras sus ojos iban de un lado a otro—. Normalmente siempre lo hay.

—Después de todo, no hay nada que gente como nosotros no sea capaz de hacer.

—Es verdad —dijo Ponder—. Oh, dioses, sí. Es verdad.

—Y por lo menos un mago siempre puede encender un buen fuego.

Ponder puso ojos como platos y se levantó en un movimiento que tenía por objetivo a Ridcully, pero su cuerpo aún no había acabado de surcar los aires cuando el archicanciller arrojó una bolita de fuego contra unos trozos de madera. La bola resplandeciente llevaba recorrida la mitad del trayecto cuando Ponder chocó con la espalda de Ridcully, por lo que cuando el mundo hizo woooooflos dos yacían sobre la arena mojada.

Y cuando levantaron la cabeza, la madera traída por la corriente se había convertido en un cráter ennegrecido.

—Bueno, muchas gracias —dijo el decano detrás de ellos—. Ahora ya estoy seco, y además nunca me habían gustado demasiado mis cejas.

—El campo taumatúrgico es muy intenso, señor —dijo Ponder—. Ya se lo había advertido, ¿recuerda?

Ridcully se miró las manos.

—Iba a encender mi pipa con una... —farfulló, manteniendo la mano cautelosamente alejada de la cara—. Sólo era una Número Diez —añadió.

El decano se levantó y se sacudió unos restos de barba quemada de la túnica.

—Acabo de verlo, pero todavía no sé si me lo creo —dijo, y dirigió un dedo hacia una roca cercana.

—No, señor, me parece que no debería...

La mayor parte de la roca salió despedida del suelo y aterrizó a cien metros de distancia. El resto había quedado convertido en un charquito al rojo vivo que siseaba y crujía.

—¿Puedo probar? —preguntó el prefecto mayor.

—Señor, creo que no...

—Oh, bravo, prefecto mayor —dijo el decano mientras otra roca quedaba convertida en fragmentos.

—¡Por todos los dioses! ¡Tenía razón, Stibbons! —exclamó Ridcully—. ¡El campo mágico de este lugar es realmente enorme!

—¡Sí, señor, pero me parece que no deberíamos utilizarlo! —chilló Ponder.

—Somos magos, muchacho, y ser mago consiste en usar la magia.

—¡No, señor! ¡Ser mago consiste en no usar la magia!

Ridcully titubeó.

—¡Esto es magia fósil, señor! —dijo Ponder—. ¡Es lo que se está utilizando para crear este sitio! ¡si no vamos con mucho cuidado podríamos causar daños inimaginables!

—Bueno, bueno. Que nadie haga nada, al menos de momento —dijo Ridcully—. Y ahora... ¿de qué está hablando, señor Stibbons?

—Me parece que este sitio todavía no está... acabado, señor. Quiero decir que... bueno, no hay plantas ni animales.

—Tonterías. Hace un rato vi un camello.

—Sí, señor, pero ese camello vino con nosotros. Y en la playa hay algas y cangrejos, y también llegaron hasta aquí arrastrados por el oleaje. Pero ¿dónde están los árboles, los matorrales y la hierba?

—Interesante —dijo Ridcully — . Este sitio está tan pelado como el trasero de un bebé.

—Todavía se encuentra en proceso de construcción, señor. El dios dijo que estaba siendo construido.

—Increíble, Ponder — dijo Ridcully—. ¿Todo un continente siendo creado a partir de la nada?

—Exactamente, señor.

—Cachillones de thaums de magia sueltos por el mundo.

—Veo que lo ha entendido, señor.

—Montañas, acantilados y playas allí donde antes no había nada. Se refiere a ese tipo de cosas, ¿verdad?

—Exacto, señor.

—Prácticamente un milagro, podríamos decir.

—Yo lo diría, señor.

—Cantidades de magia inconcebiblemente vastas haciendo lo que hace la magia.

—Asombroso, señor.

—En ese caso supongo que nadie echaría en falta un poquito, ¿eh?

—¡No! ¡La cosa no funciona así, señor! Si la usamos, es como si... ¡Es como pisar hormigas, señor! Esto no es como... como encontrar un cayado viejo en un armario y usar la magia que le queda. ¡Estamos hablando de la energía primigenia! Cualquier cosa que hagamos podría tener un efecto.

El decano le dio una palmadita en el hombro.

—Y aquí nos tiene, joven Stibbons, atrapados en esta playa olvidada del mundo. ¿Qué sugiere? Nos encontramos a miles de años de casa. Quizá deberíamos sentarnos y esperar, ¿no cree? El tal Rincewind tendrá que dejarse caer por aquí dentro de unos milenios, ¿no?

—Decano... —dijo el prefecto mayor.

—¿Sí?

—¿Está usted de pie detrás de Stibbons o está sentado en esa roca de ahí?

El decano se contempló a sí mismo sentado en la roca.

—Oh, maldición —masculló—. La discontinuidad temporal de nuevo.

—¿De nuevo?

—En una ocasión tuvimos una pequeña bolsa de discontinuidad temporal en la Sala 5b —dijo el prefecto mayor—. Era de lo más ridículo, se lo aseguro. Tenías que toser antes de entrar por sí acaso ya estabas dentro. Pero no debería sorprenderse, jovencito. Una acumulación de magia realmente grande distorsiona todas las leyes fí...

El prefecto mayor desapareció, dejando únicamente un montón de ropa.

—Y la situación tardó algún tiempo en normalizarse-dijo Ridcully—. Me acuerdo de cuando...

Su voz se agudizó repentinamente. Ponder giró sobre los talones y vio un montoncito de ropa con un sombrero puntiagudo encima de él.

Levantó el sombrero y un rostro sonrosado alzó su infantil mirada hacia él.

—¡Maldición! —graznó Ridcully—. ¿Cuántos años tengo?

—Pues yo diría que unos seis, señor-repuso Ponder, sintiendo un súbito tirón en la espalda.

La carita llena de preocupación se frunció de repente.

—¡Quiero a mi mamá! —La naricita sorbió aire—. ¿He sido yo quien ha dicho eso?

—Pues... sí.

—¡Si te concentras puedes controlarlo! —chilló el archicanciller—. Reajusta el tempor... ¡Quiero caramelos! Reajusta la glándula tempo... ¡Quiero caramelos, oh, espera a que haya vuelto a casa y verás la azotaina que te doy! Reajusta el reloj corpo... ¿Dónde está el señor Orinalito? Reajusta el reloj corporal... ¡Quiero al señor Orinalito! No se preocupe, me parece que ya le he pillado el truco...

Una serie de gemidos hizo que Ponder girara nuevamente. Allí donde habían estado los magos vio más montones de ropa. Ponder levantó el sombrero del decano en el mismo instante en que un tenue bloop sugería que Mustrum Ridcully había conseguido recuperar hasta el último de sus años.

—¿Acabo de oír al decano, Stibbons?

—Podría ser, señor. Esto... ¡algunos de ellos han desaparecido, señor!

Ridcully no se inmutó.

—La glándula temporal está reaccionando al campo de alta intensidad —dijo—. Ahora es hace millares de años, así que probablemente ha decidido que no están aquí. No se preocupe, Stibbons. Cuando la glándula haya conseguido aclararse volverán a...

De repente Ponder sintió que le faltaba la respiración.

—Y... creo que éste es Runas Recientes... Claro que... sssss... todos los bebés parecen... ssssss... iguales.

Otro gemido brotó de debajo del sombrero del prefecto mayor.

—Esto empieza a parecer... sssss... un jardín de infancia, señor-jadeó.

Cuando intentó incorporarse, le crujió la espalda.

—Oh, probablemente volverán sí no les dan de comer —dijo Ridcully—. El problema realmente serio vamos a tenerlo con usted, muchacho. Quiero decir, señor.

Ponder extendió los brazos. Podía ver las venas a través de la pálida piel. Casi podía ver los huesos.

Los montones de ropa volvieron a subir a su alrededor a medida que los magos recuperaban su verdadera edad.

—¿Cuántos años... sssss... aparento? —logró jadear—. ¿Se me ve... sssss... muy viejo? ¿Como alguien que no debería empezar a leer un... sssss... libro que tenga muchas páginas, quizá?

—¡Una frase larga! —exclamó jovialmente Ridcully, sosteniéndole para que no se cayera—. ¿Se siente muy viejo? En su fuero interno, quiero decir...

—Debería sentir... sssss... que tengo... sssss... veinticuatro años, señor —gimió Ponder—. De hecho, me siento... sssss... como un joven de veinticuatro años que acaba de ser atropellado por ochenta años que iban... sssss... muy deprisa.

—Aférrese a ese pensamiento. Su glándula temporal sabe qué edad tiene.

Ponder intentó concentrarse, pero resultaba difícil. Una parte de él quería dormir. Una parte de él quería decir: «Ja, ¿y a esto le llama una perturbación temporal? Debería ver las perturbaciones temporales que solíamos tener en mis tiempos.» Una parte de él, quizá la más insistente, estaba amenazando con tomar medidas por su cuenta si no le encontraba un lavabo inmediatamente.

—Todavía conserva el cabello —dijo el prefecto mayor, intentando darle ánimos.

—¿Se acuerdan del viejo Callos Trusset? Ese mago sí tenía una... cabellera... realmente... magnífica. —Ponder intentó poner orden en sus pensamientos—. Todavía vive, ¿verdad? —siseó—. Tiene la misma edad que yo. Oh, no... ¡Ahora me estoy acordando del día de ayer como sí... sssss... hubiera ocurrido hace setenta años!

—Puede superarlo —dijo Ridcully—. Tiene que hacerle entender que no lo está aceptando, ¿sabe? Lo importante es no dejarse dominar por el pánico.

—Me estoy dejando dominar por el pánico —graznó Ponder—. ¡Pero muy despacio, que conste! ¿Por qué tengo la horrible sensación de que... sssss... me estoy precipitando en el vacío... sssss... continuamente?

—Oh, sólo son aprensiones de mortalidad —dijo Ridcully—. Le ocurre a todo el mundo.

—Y... sssss... ahora me parece que mi memoria... Creo que mi memoria está fallando...

—¿Qué le hace creer que le está fallando la memoria?

Algo explosionó detrás de los globos oculares de Ponder y lo levantó del suelo. Por un momento se sintió como si acabara de zambullirse en un lago de agua helada.

Después la sangre fue volviendo a sus manos.

—Bravo, muchacho —dijo Ridcully—. Y el cabello también se le está volviendo a poner castaño.

—Ay... —Ponder cayó de rodillas—. ¡Era como llevar un traje de plomo! ¡No quiero volver a pasar por eso nunca más!

—En ese caso yo le aconsejaría que optara por el suicidio —dijo Ridcully.

—¿Es que va a volver a ocurrir?

—Probablemente. En todo caso, por lo menos una vez.

Ponder se levantó con un brillo acerado en los ojos.

—Pues entonces encontraremos a quienquiera que esté construyendo este sitio y le pediremos que nos envíe a casa —gruñó.

—Quizá se nieguen a escucharnos —dijo Ridcully—. Las deidades pueden ser muy suyas.

Ponder se sacudió las mangas para que sus manos estuvieran lo más libres posible. Para un mago, esto era el equivalente a comprobar el funcionamiento de un rifle automático.

—Entonces insistiremos —dijo.

—¿De veras, Stibbons? ¿Y qué pasa con la protección de la ecología mágica?

Ponder le lanzó una mirada que habría podido abrir una caja fuerte. Ridcully tenía setenta años y estaba en muy buena forma incluso para lo habitual entre los magos, que si conseguían sobrevivir a sus primeros cincuenta años tendían a rebasar con creces los dos siglos de vida. Ponder no estaba demasiado seguro de cuántos años había llegado a tener, pero estaba totalmente seguro de que había oído el inconfundible ruido que producía una hoja de metal al ser afilada. Saber que estabas haciendo un viaje era una cosa, y ver tu destino en el horizonte era otra y muy, muy distinta.

—Que le den morcilla. O una ensalada, suponiendo que sea vegetariana. Que... ¡bueno, que alguien le dé un menú y que pida lo que quiera!

—¡Muy bien dicho, señor Stibbons! Veo que todavía con[[22]](#footnote-22)seguiremos hacer un mago de usted. Ah, el decano está.... Oh...

Las ropas del decano ascendieron, pero no se hincharon hasta alcanzar sus antiguas dimensiones. El sombrero en particular era suficientemente grande para bambolearse sobre las orejas del decano, que eran más rojas y sobresalían bastante más de lo que recordaba Ponder.

Ridcully levantó el sombrero.

—Largo, abuelo —dijo el decano.

—Ah —murmuró el archicanciller—, Trece años, diría yo. Lo cual explica muchas cosas. Bien, decano, ¿tendría la bondad de echarnos una mano con los demás?

—¿Por qué debería hacerlo? —El decano adolescente se chascó los nudillos—. Ja! ¡Vuelvo a ser joven, y ustedes no tardarán en estar muertos! ¡Tengo toda la vida por delante!

—En primer lugar, pasará toda esa vida aquí, y en segundo lugar, decano, ahora cree que ser el decano en un cuerpo de trece años de edad va a resultar condenadamente divertido, ¿verdad?, pero dentro de dos empezará a olvidarse de todo, ¿comprende? Su vieja glándula temporal no puede permitir que se acuerde de que ha tenido catorce años cuando ni siquiera tiene trece, y no sé sí me explico. Usted ya sabe todo lo que hay que saber sobre estos asuntos, pero naturalmente se le está olvidando. Tendrá que volver a pasar por todo eso, decano...

El grado de control que el cerebro ejerce sobre el cuerpo es muy inferior al que el cuerpo ejerce sobre el cerebro. Y la adolescencia no es una buena época. Tampoco lo es la vejez, desde luego, pero por lo menos los granos ya han desaparecido, algunas de las glándulas más problemáticas ya se han calmado y puedes echar una siesta por las tardes y decirle cosas ingeniosas y encantadoras a las chicas. En cualquier caso, el cuerpo del decano todavía no había experimentado mucha ancianidad, mientras que todos los dolores, estremecimientos y granitos de la adolescencia se hallaban firmemente grabados en la memoria mórfica. Después de pensárselo, la memoria mórfica decidió que una vez era más que suficiente.

El decano se expandió, y a Ponder le llamó la atención la forma en que su cabeza se hinchó para acomodarse a sus orejas.

El decano se frotó su cara libre de granos.

—Cinco minutos no habrían estado nada mal —protestó—. Bueno, ¿qué ha sido exactamente eso?

—Un episodio de incertidumbre temporal —dijo Ridcully—. Ya la ha visto antes. ¿No se dio cuenta de lo que era? ¿En qué estaba pensando?

—En el sexo.

—Oh, sí, por supuesto... Qué pregunta más tonta, ¿verdad? —Los ojos de Ridcully recorrieron la playa desierta—. El señor Stibbons cree que podemos... ¡Dioses! ¡Aquí hay gente!

Una joven avanzaba hacia ellos, o por lo menos se contoneaba hacía ellos.

—¡Caramba! —dijo el decano—. Supongo que este sitio no será Slakki, ¿verdad?

—Creía que allí llevaban faldas de hierba... —dijo Ridcully—. ¿Qué es eso que lleva, Stibbons?

—Un sarong.

—Entonces voy a buscar un palo y les daré una serenata, jajaja-dijo el decano.

—Hace que un hombre desee tener cincuenta años menos, desde luego —dijo Estudios Indefinidos.

—Yo me conformaría con cinco minutos menos —dijo el decano—. Por cierto, ¿nadie se ha dado cuenta de que hace unos momentos he estado graciosísimo? ¡Y además sin querer, jajaja! Stibbons dijo que esa chica llevaba «un sarong» y yo...

—¿Qué tiene en las manos? —preguntó Ridcully.

—No, escúchenme. Verán, el caso es que no le oí bien y...

—Parecen... cocos —dijo Ponder.

—...porque pensé que había dicho que llevaba «un gong», ¿comprenden?

—Un coco, en todo caso —dijo Ridcully—. No me estoy quejando, por supuesto, pero generalmente estas voluptuosas y bellísimas doncellas suelen tener el cabello negro, ¿verdad? El rojo no me parece muy típico.

—Por eso dije lo de...

—Supongo que aquí habrá cocos en alguna parte, ¿no? —preguntó Runas Recientes—. Y los cocos flotan, ¿verdad?

—Y, escuchen, cuando Stibbons dijo «sarong» yo…

—Hay algo familiar en ella —dijo Ridcully con aire pensativo.

—¿Han visto ese coco del museo de Cosas Francamente Poco Usuales? —preguntó el prefecto mayor—. Lo llaman coco-de-mar y... Ja, ja! —añadió después de haber hecho acopio de valor—. El caso es que tiene una forma muy curiosa, saben, y nunca adivinarán en quién me hacía pensar cada vez que lo veía...

—No puede ser la señora Panadizo, ¿verdad? —murmuró Ponder.

—De hecho, debo admitir que...

—Bueno, pues a mí me ha parecido levemente gracioso —dijo el decano.

—Es la señora Panadizo —dijo Ridcully.

—En realidad más que un coco parecía una nuez grande, pero...

El prefecto mayor empezó a percatarse de que el cielo de su planeta personal había cambiado de color. Se volvió lentamente, miró, dijo «Mwaaaa» y se desplomó sobre la arena.

—No acabo de entender qué le ha ocurrido al señor bibliotecario —dijo la señora Panadizo con una voz que hizo que el prefecto mayor se retorciera en su desmayo.

El coco abrió los ojos. Parecía como si acabara de ver algo horripilante, pero ésa es una expresión normal en los bebés orangutanes y, en cualquier caso, estaba mirando al decano.

—¡Eek! —dijo. Ridcully tosió.

—Bueno, por lo menos tiene la forma correcta —dijo—. ¿Y... eh... usted, señora Panadizo, qué tal se encuentra?

—Mwaaa... —dijo el prefecto mayor.

—Pues muy bien, gracias —dijo la señora Panadizo—. Este país me sienta maravillosamente. No sé si habrá sido el nadar, pero el caso es que hacía años que no me sentía tan animada y llena de energías. Pero entonces miré alrededor y vi a este monito tan encantador sentado ahí, y...

—Ponder, ¿querría hacer el favor de sumergir al prefecto mayor en el mar durante unos momentos? —dijo Ridcully—. Procure escoger un sitio no demasiado profundo, y no se preocupe si ve que empieza a echar vapor. No quiero inquietarla, señora Panadizo —dijo, volviéndose hacia ella y tomándole la mano libre—, pero creo que está a punto de pasar por una experiencia que le resultará sorprendente. En primer lugar, y le ruego que no me malinterprete, quizá sería buena idea que se aflojara la ropa. —Tragó saliva—. Ligeramente, claro.

El tesorero había experimentado algunos cambios de edad mientras vagaba por aquella tierra húmeda pero estéril, mas para un hombre capaz de pasarse una tarde entera siendo un jarrón de flores, el cambiar de edad apenas era una pequeña molestia.

Lo que había atraído su atención era una hoguera. La hoguera estaba consumiendo trozos de madera arrastrados por la corriente, y la sal hacía que las llamas adquiriesen ribetes azules.

Junto a ella había un saco confeccionado con pieles de animales.

La tierra húmeda tembló junto al tesorero y un árbol surgió de ella, creciendo tan deprisa que la lluvia se evaporó de las hojas que se desplegaban a toda velocidad. Eso no le sorprendió. Muy pocas cosas le sorprendían. Además, nunca había visto crecer un árbol antes, por lo que no tenía ni idea de con qué rapidez lo hacían.

Después varios árboles más estallaron a su alrededor. Uno de ellos creció tan deprisa que pasó de la categoría de plantón a la de tronco medio podrido en escasos segundos.

Y de repente al tesorero le pareció que había otras personas por allí. No podía verlas ni oírlas, pero una pequeña parte de su ser percibía su presencia. Aun así, el tesorero estaba acostumbrado a la presencia de personas que no podían ser vistas ni oídas por nadie más, y había pasado muchas horas absorto en deliciosas conversaciones con figuras históricas y, en ocasiones, con la pared.

En conjunto, y dependiendo de cuál fuese tu punto de vista sobre los encuentros realmente cercanos con la deidad, el tesorero era o el candidato ideal o la elección menos adecuada.

Un anciano salió de detrás de una roca, fue hacía la hoguera y se detuvo al percatarse de la presencia del tesorero.

Había muchas cosas que la mente del tesorero era incapaz de entender, y el concepto del racismo figuraba entre ellas. Como color de la piel, el negro era infinitamente preferible a algunos de los colores que conocía, aunque nunca había visto a nadie tan negro como el hombre que le estaba contemplando. Al menos eso era lo que el tesorero creía que estaba haciendo, porque los ojos del anciano se hallaban tan hundidos en las órbitas que no estaba totalmente seguro.

—Hurra —dijo el tesorero, que había sido educado como es debido—. ¿Hay un rosal?

El anciano le dirigió una inclinación de la cabeza con cierta perplejidad. A continuación fue hasta el árbol muerto, arrancó una rama y la echó a las llamas. Después se sentó y se dedicó a observarlas, como si el ver consumirse la madera fuese el espectáculo más fascinante del mundo.

El tesorero se sentó en una roca y esperó. Si el juego era paciencia, siempre podían jugar dos.

De vez en cuando el anciano alzaba la mirada hacía él. El tesorero siguió sonriendo, y en un par de ocasiones le saludó agitando la mano.

Finalmente la rama fue sacada de la hoguera. El anciano cogió el saco de cuero con la otra mano y se alejó por entre las rocas. El tesorero le siguió.

Debajo de un pequeño risco había un saliente que protegía de la lluvia un tramo de roca vertical. Era la clase de superficie tentadora que, en Ankh-Morpork, ya estaría cubierta por tales grosores superpuestos de carteles, anuncios y pintadas que, si hubieras quitado la pared, la acumulación general se habría sostenido por sí sola.

Alguien había dibujado un árbol. Era el árbol dibujado más simple que el tesorero había visto desde los tiempos en que aún no era lo bastante mayor para leer libros donde hubiera más texto que imágenes, pero de alguna extraña manera también era el que mejor se correspondía con la realidad. Era sencillo porque algo muy complejo había sido apretadamente enrollado sobre sí mismo; como si alguien que quería dibujar árboles hubiese empezado con la habitual nube verde sostenida por un palote, y luego la hubiese refinado, y después la hubiese refinado un poco más y hubiera buscado las pequeñas variaciones en una línea que decían «árbol» y las hubiera refinado hasta que sólo quedó una línea que decía árbol.

Y ahora cuando lo mirabas podías oír el viento en las ramas.

El anciano bajó la mano y cogió una piedra plana embadurnada con una pasta blanca. Trazó otra línea sobre la roca, ligeramente parecida a una V aplanada, y la emborronó con fango.

El tesorero se echó a reír cuando las alas surgieron de la pintura y pasaron junto a él con un veloz zumbido.

Y una vez más volvió a ser consciente de un extraño efecto en el aire. Ese efecto hizo que se acordara del viejo Gomas Houser, ése era su nombre y ya llevaba muchos años muerto, por supuesto, pero seguía siendo recordado por sus contemporáneos como el inventor del Artilugio Gráfico.

El tesorero ingresó en la Universidad cuando los aspirantes a magos iniciaban su aprendizaje muy pronto, poco después del momento en que habían aprendido a andar pero antes de que empezaran a pelearse por las chicas en el parque de juegos. Copiar un montón de veces la misma línea en el aula disciplinaria era uno de los castigos más habituales y el tesorero, como todos los demás, hizo algunos experimentos con el concepto de atar varias plumas a una regla en un intento de escribir las líneas de tres en tres. Pero Houser, un chico reservado y pensativo, cogió unos trozos de madera, despojó a un colchón de sus muelles y acabó creando una máquina capaz de escribir primero cuatro, luego dieciséis y, finalmente, treinta y dos líneas. La máquina había llegado a ser tan popular que los chicos infringían deliberadamente las reglas para tener acceso a ella, a tres centavos la sesión de uso y un real para ayudar a tensar los muelles. Preparar la máquina requería más tiempo del que nunca llegó a ser ahorrado utilizándola, naturalmente, pero eso suele ocurrir en muchos campos similares y es un signo del progreso. Los experimentos tuvieron un final trágico cuando alguien abrió una puerta en el momento equivocado y la repentina liberación de la tensión acumulada en el prototipo experimental de máquina de 256 líneas hizo que su creador saliera despedido por una ventana del cuarto piso.

Salvo por la ausencia de gritos, la mano que estaba trazando sus líneas infinitamente sencillas sobre la roca hizo que el tesorero se acordara de Houser. Había cierta sensación de estar haciendo algo pequeño que estaba haciendo ocurrir algo enorme.

El tesorero se dedicó a contemplarla. Fue, como recordaría posteriormente cada vez que se encontraba en condiciones de recordar algo, uno de los momentos más felices de su vida.

Cuando Rincewind levantó la cabeza, el casco de un guardia estaba girando en el suelo.

Para su asombro, los hombres todavía estaban allí, aunque se hallaban esparcidos por el suelo en distintas actitudes de inconsciencia o, por lo menos y si su cerebro todavía estaba en condiciones de funcionar, fingiéndolas. El Equipaje, al igual que los gatos, tiende a dejar de interesarse por las cosas que se niegan a seguir oponiendo resistencia incluso después de que les hayas atizado unas cuantas patadas.

El suelo también estaba lleno de zapatos. El Equipaje, cojeando lentamente, se estaba moviendo en círculos.

Rincewind suspiró y se puso en pie.

—Quítate los zapatos. No te quedan bien —dijo.

El Equipaje se detuvo, y un instante después los zapatos restantes chocaron con la pared.

—Y el traje. ¿Qué pensarían esas damas tan encantadoras si te vieran vestido de esa manera?

El Equipaje se encogió de bisagras, quitándose de encima los tres o cuatro jirones llenos de lentejuelas que aún llevaba.

—Date la vuelta, quiero verte las asas. No; he dicho que te des la vuelta. Haz el favor de darte la vuelta como es debido, ¿quieres? Ah, ya me parecía a mí... He dicho que te des la vuelta. Esos pendientes... La verdad es que no te favorecen nada, ¿sabes? —Se inclinó sobre el Equipaje—. ¿Qué es eso? ¿Un remache, quizá? ¿Es la nueva moda en tapas o qué?

El Equipaje reculó. Su comportamiento dejaba muy claro que aunque estaba dispuesto a renunciar a los zapatos, al traje e incluso a los pendientes, lucharía hasta el fin por el remache.

—De acuerdo, de acuerdo. Ahora dame mi ropa interior limpia, porque con la que llevo puesta se podrían hacer estantes.

El Equipaje abrió su tapa.

—Bien, y ahora vamos a... ¿Eso es mi ropa interior? ¡Antes la muerte que permitir que alguien me vea llevando esas cosas! Sí, sospecho que el que me vieran llevando esas cosas significaría mi muerte... Mi ropa interior, por favor. Tiene mí nombre dentro, aunque ya no recuerdo por qué me pareció necesario ponerle mi nombre

La tapa se cerró. Y luego se abrió.

—Gracias.

Preguntarse cómo se hacía o, ya puestos, por qué la colada siempre aparecía recién planchada era una forma muy entretenida de perder el tiempo.

Los guardias seguían inconscientes, pero la fuerza de la costumbre hizo que Rincewind se cambiara detrás de una pila de cajas viejas. Rincewind era la clase de persona que, si estuviera sola en una isla desierta, se cambiaría detrás de un árbol.

—¿No has notado nada raro en este callejón? —preguntó por encima de las cajas—. No hay desagües. No hay alcantarillas. Aquí nunca han oído hablar de la lluvia. Supongo que eres el Equipaje y no un canguro disfrazado, ¿verdad? ¿Por qué lo pregunto? Dioses, esto ya está mejor. Bueno, vamos...

El Equipaje abrió la tapa, y una joven alzó la mirada hacia Rincewind.

—¿Quién...? Oh, eres el ciego-dijo.

—¿Perdón?

—Oh, lo siento. Darleen dijo que debías de estar ciego. ¿Podrías ayudarme a salir?

Rincewind comprendió que la joven que estaba saliendo del Equipaje tenía que ser Neilette, la tercera integrante del grupo de Leticia y la que apenas llamaba la atención comparada con las demás y era bastante menos... ¿atractiva? Rincewind acabó decidiendo que la palabra adecuada era «exuberante». Las otras chicas llenaban todo el espacio que las rodeaba. No había más que pensar en Darleen, por ejemplo: era toda una señora, y cuando Rincewind la había visto por última vez estaba sosteniendo a un hombre por el cuello para poder atizarle puñetazos en la cara. Cuando Darleen entraba en una habitación, todos los presentes se daban cuenta de ello.

Neilette, que era sencillamente corriente, se quitó un poco de tierra del vestido y suspiró.

—Enseguida comprendí que iba a haber otra pelea, así que me escondí dentro de Baulito —dijo.

—Baulito, ¿eh? —dijo Rincewind.

El Equipaje tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Cuando Darleen va a algún sitio, tarde o temprano siempre hay pelea —dijo Neilette—. Te asombraría lo que es capaz de hacer con un tacón-estilete.

—Creo que la he visto emplear uno, así que necesito que me cuentes lo que puede llegar a hacer con dos —dijo Rincewind—. ¿Puedo ayudarte en algo? Claro que yo y Baulito… —le asestó una patada al Equipaje— estábamos a punto de emprender un largo viaje, ¿verdad, Baulito?

—Oh, no le des patadas. El pobrecito se ha portado muy bien —dijo Neilette.

—¿De veras?—preguntó Rincewind.

El Equipaje se volvió lentamente para que Rincewind no pudiera ver la expresión que acababa de aparecer en su cerradura.

—Oh, sí. Los mineros de Cangoolie se habrían puesto muy... desagradables con Leticia si Baulito no hubiera intervenido.

—Y supongo que su intervención consistió en pisotearlos, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Oh, el Equi... Baulito me pertenece. Nos habíamos separado.

Neilette intentó atusarse los cabellos.

—Las otras nunca tienen problemas con el pelo —dijo—. Les basta con cambiar de peluca, ¿sabes? La cerveza puede ser un buen champú. —Suspiró—. Oh, bueno. Supongo que tendré que encontrar alguna manera de volver a casa.

—¿Dónde vives?

—En Worralorrasurfa. Yendo hacía el Borde, ya sabes... —Volvió a suspirar—. ¡Hola de nuevo, y adiós al mundo del espectáculo!

Después se echó a llorar y se sentó sobre el Equipaje.

Rincewind se preguntó si debía recurrir a la rutina del «palmadita, palmadita, vamos, vamos». Si Neilette era como Darleen, podía perder un brazo. Rincewind acabó por emitir lo que esperaba fuese un balbuceo tranquilizador.

—Quiero decir que, bueno, ya sé que no canto demasiado bien y que soy incapaz de bailar pero, francamente, Leticia y Darleen lo hacen igual de mal que yo —prosiguió Neilette—. Cuando Darleen canta La Reinona Alegre podrías cortar pan con sus notas. No es que se hayan portado mal conmigo —se apresuró a añadir—, pero en la vida tiene que haber algo más que ver cómo te tiran latas de cerveza cada noche y te echan del pueblo a patadas.

Rincewind se atrevió a aventurar un «vamos, vamos», pero no osó añadirle «palmadita, palmadita».

—En realidad sólo lo hice porque Noelene no estaba disponible —sollozó Neilette—. Y yo tengo más o menos la misma altura y Leticia no consiguió encontrar a nadie y yo necesitaba el dinero y ella dijo que no me preocupara porque todo iría bien siempre que nadie se diera cuenta de que mis manos eran tan pequeñas...

—¿Y Noelene es...?

—MÍ hermano. Y conste que se lo dije, ¿de acuerdo? Le dije que me parecía muy bien que intentara ganar el campeonato de surf y que le encantaran los trajes de noche, pero ¿las dos cosas juntas? Son incompatibles, ¿comprendes? A veces las olas te lanzan contra los corales, y no puedes imaginar lo malo que es eso para la piel. Y Leticia ya había organizado toda esta gira y tenían que irse a la mañana siguiente y, bueno, en ese momento me pareció una buena idea.

—Noelene... —dijo Rincewind con aire pensativo—. Es un nombre bastante raro para una...

—Darleen dijo que no lo entenderías-repuso Neilette con la mirada clavada en una pared—. Me parece que mi hermano trabajó demasiados años en esa fábrica —murmuró—. Siempre fue muy impresionable. Bien, el caso es que...

—Oh, ya lo entiendo. Es uno de esos hombres que se disfrazan de mujer, ¿verdad? —dijo Rincewind—. Sí, los he visto actuar en algunas ocasiones. Una vieja tradición de la pantomima: un par de globos, una peluca de paja y unos cuantos chistes subidos de tono. Vaya, pero si recuerdo que cuando estudiaba, en las fiestas de la vigilia de los cerdos, el viejo Vientos Cárter y Pantalones de Acero siempre nos hacían reír con sus...

Rincewind se dio cuenta de que Neilette le estaba lanzando una de esas miradas terriblemente penetrantes que parecen no acabar nunca.

—¿Viajas mucho? —le preguntó.

—Te asombraría lo mucho que llego a viajar —repuso Rincewind.

—¿Y conoces a toda clase de gente?

—Generalmente a la peor, debo admitirlo.

—Bueno, pues algunos hombres... —Neilette no llegó a completar la frase—. ¿Pantalones de Acero? ¿Alguien se llamaba así?

—No exactamente. En realidad se llamaba Ronaldo Pantalones, pero le encantaba hacerse el duro, y cuando oías las cosas que contaban de él...

—Oh, ¿eso es todo? —dijo Neilette. Se levantó y se sonó—. Les dije que me iría en cuanto hubiéramos llegado a la Gala, así que lo entenderán. Disfrazarse de mujer no es trabajo para una mujer... que, dicho sea de paso, es lo que soy. Siempre había creído que resulta obvio que soy una mujer, pero en tu caso he pensado que sería preferible mencionarlo. ¿Puedes sacarnos de aquí, Baulito?

El Equipaje fue a la pared del extremo del callejón y la pateó hasta producir un agujero. Al volver le atizó unas cuantas patadas a un guardia que había cometido la imprudencia de removerse.

—Eh... Yo le llamo el Equipaje —dijo Rincewind.

—¿De veras? Nosotros le llamamos Baulito.

El agujero de la pared daba a una habitación sumida en la oscuridad. Había muchas cajas amontonadas junto a las paredes, todas cubiertas de telarañas.

—Oh, estamos en la vieja fábrica de cerveza —dijo Neilette—. Bueno, en realidad es la nueva. Busquemos una puerta.

—Buena idea —dijo Rincewind, contemplando las telarañas—. ¿La nueva fábrica de cerveza? Pues a mí me parece bastante vieja...

Neilette intentó abrir una puerta.

—Cerrada —dijo—. Bueno, ya encontraremos otra. Mira, es la nueva fábrica de cerveza porque la construimos para sustituir a la que había junto al río. Pero nunca llegó a entrar en funcionamiento. La cerveza no hacía espuma. Todos decían que estaba encantada. Mi padre perdió casi todo su dinero.

—¿Porqué?

—Porque era el dueño. Y además eso le destrozó el corazón, claro. Me la dejó en herencia —probó con otra puerta—, porque, bueno, nunca se llevó muy bien con Noelene, seguramente debido a ese asunto de los trajes de noche, ya sabes, o mejor dicho, obviamente no lo sabes... Pero el caso es que acabó arruinado. Y la Cerveza Ro había sido la mejor de todo el país.

—¿No puedes venderla? La fábrica de cerveza, quiero decir.

—¿Aquí? ¿Vender una fábrica de cerveza que se queda sin espuma en cinco segundos? No podría ni regalarla.

Rincewind alzó la mirada hacia las enormes cubas metálicas.

—Quizá la construyeron encima de algún antiguo lugar sagrado —dijo—. Puede ocurrir, ya sabes. En mi ciudad había un restaurante especializado en pescado que se construyó justo encima de...

Neilette sacudió otra puerta que se negó a abrirse.

—Eso es lo que pensó todo el mundo —dijo—. Pero al parecer papá se lo preguntó a las tribus locales y le dijeron que no se trataba de eso. Dijeron que de sagrado nada, más bien todo lo contrario. El jefe de una tribu fue a ver al primer ministro a la cárcel y le dijo: «Compañero, en lo que respecta a nosotros tu chusma puede desenterrar todo lo que haya en ese sitio y tirarlo por el borde del mundo. Calma y tranquilidad, ¿de acuerdo?»

—¿Y por qué tuvo que ir a la cárcel?

—Siempre metemos en la cárcel a nuestros políticos en cuanto acaban de ser elegidos. ¿Vosotros no?

—¿Porqué?

—Ahorra tiempo. Neilette probó un picaporte que se negó a girar—. ¡Maldición! Y las ventanas están demasiado altas...

El suelo tembló. Un tintineo metálico llegó hasta ellos desde algún lugar de la oscuridad. Extrañas olitas de polvo se deslizaron por el suelo.

—Oh, no, otra vez no —dijo Neilette.

Ahora no sólo el polvo se movía. Formas minúsculas corrieron a través de él, fluyeron alrededor de los pies de Rincewind y se escabulleron velozmente por debajo de la puerta cerrada.

—¡Las arañas se van! —dijo Neilette.

—¡Estupendo! ¡Por mí pueden irse todas! —dijo Rincewind.

Esta vez el temblor hizo crujir la pared.

—Nunca habían sido tan fuertes —murmuró Neilette—. Busca una escalera y echaremos un vistazo a las ventanas.

Una escalera decidió separarse de la pared en las alturas y se dobló sobre sí misma para acabar convirtiéndose en un rompecabezas metálico encima del suelo.

—Puede que no te parezca un buen momento para preguntarlo —dijo Rincewind—, pero no serás un canguro, verdad?

El metal empezó a crujir por encima de sus cabezas, y después siguió crujiendo en un interminable gemido de dolor inorgánico. Rincewind alzó la mirada y vio que la cúpula de la, fábrica de cerveza se estaba deshaciendo en una miríada de trozos de cristal que iniciaban una lenta caída.

Y, precipitándose también al vacío con algunas de sus lámparas todavía encendidas, vio la silueta sonriente del canguro de la Cerveza Ro.

—¡Baulito! ¡Abre la tapa! —gritó Neilette.

—No... —comenzó a decir Rincewind, pero Neilette le cogió del brazo y tiró de él. Delante del mago había una tapa que ya se estaba abriendo...

El mundo se oscureció.

Había madera debajo de él. Rincewind la tocó con cautela. Y delante de él también había madera. Y junto a él había...

—¿Te importaría dejar de hacer eso, por favor?

—¿Estamos dentro del Equipaje?

—¿Por qué no? Así es como conseguimos salir de Cangoolie la semana pasada. Creo que quizá sea una caja mágica.

—¿Tienes idea de lo que ha llegado a contener?

—Sé que Leticia guardaba su ginebra dentro de ella.

Rincewind alzó los brazos y examinó el techo.

El Equipaje tal vez tuviera más de un interior. Rincewind ya lo había sospechado, desde luego. Quizá fuera como una de esas cajas de prestidigitador en las que, después de que habías introducido una moneda, el cajón giraba milagrosamente y la moneda desaparecía. De niño a Rincewind le habían regalado una de esas cajas para que jugara con ella. Rincewind perdió casi dos dólares antes de darse por vencido y tirarla a la basura.

Sus dedos encontraron una tapa y la abrieron.

Seguían en la fábrica de cerveza. Eso no dejaba de ser un alivio, considerando la clase de lugares en que podías acabar encontrándote si te metías dentro del Equipaje. El inquietante ruido no había cesado, y de vez en cuando era puntuado por tintineos y tañidos cuando trozos de metal oxidado caían al suelo con intenciones letales.

El letrero del canguro estaba encendido.

Y por entre el humo que desprendía se divisaban unos cuantos sombreros puntiagudos. Es decir, que las nubéculas que giraban y ondulaban alrededor de los agujeros en el aire se parecían muchísimo a las siluetas tridimensionales de un grupo de magos.

Rincewind salió del Equipaje.

—Oh, no —farfulló—. Sólo llevo un par de meses aquí. ¡Yo no tengo la culpa!

—Parecen fantasmas —dijo Neilette—. ¿Los conoces?

—¡No! ¡Pero tienen algo que ver con estos terremotos! ¡Y con algo llamado Lo-Que-Moja, sea lo que sea!

—Eso sólo es una vieja leyenda. Y en todo caso, señor mago, quizá te haya pasado por alto que este sitio se está llenando de humo. ¿Por dónde hemos entrado?

Rincewind miró desesperadamente alrededor. El humo lo ocultaba todo.

—¿Este sitio tiene sótanos? —preguntó.

—¡Sí! Yo solía jugar con Noelene en ellos cuando éramos pequeños. ¡Busca escotillones en el suelo!

Tres minutos después, el viejo escotillón de madera del callejón acabó cediendo ante la insistente ofensiva del Equipaje. Unas cuantas ratas salieron del hueco, seguidas por Rincewind y Neilette.

Nadie les prestó atención. Una columna de humo se estaba elevando por encima de la ciudad. Guardias y ciudadanos ya habían formado una cadena de cubos, y hombres provistos de un ariete intentaban derribar la puerta principal de la fábrica de cerveza.

—Me alegro de no estar ahí dentro —observó Rincewind—. Oh, ya lo creo que me alegro.

—Eh, ¿qué está pasando? ¿Dónde se ha metido la maldita agua? —gritó un hombre que accionaba en vano la palanca de una bomba en la calle. Un guardia le cogió del brazo.

—¡Hay otra en ese patio de ahí! ¡Muévete, compañero!

Un par de hombres empezaron a accionar la otra bomba. El caño emitió una especie de tos ahogada, escupió unas gotas de agua y un poco de óxido mojado, y se dio por vencido.

Rincewind tragó saliva.

—Creo que el agua se ha ido —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Neilette—. Siempre hay agua. ¡Hay mares enormes debajo del suelo!

—Sí, pero... no están muy llenos. Aquí no llueve.

—Ya estás otra vez con... ¿Qué es lo que sabes? Tienes cara de tener un plan, señor mago.

Rincewind alzó los ojos hacia la torre de humo. Las chispas giraban y bailaban dentro de ella, elevándose entre las oleadas de calor para acabar cayendo sobre la ciudad. Y todo debe de estar más seco que un desierto, pensó. Aquí no llueve. Aquí… Eh, espera un momento.

—¿Cómo sabes que soy un mago? —preguntó.

—Lo pone en tu sombrero —dijo Neilette—. No muy bien, pero lo pone.

—¿Sabes qué es un mago? Te lo pregunto muy en serio.

—¡Todo el mundo sabe lo que es un mago! ¡Tenemos una universidad entera llena de esos inútiles!

—¿Podrías enseñarme dónde está esa universidad?

—¡Encuéntrala tú solo!

Neilette intentó abrirse paso entre la multitud. Rincewind echó a correr detrás de ella.

—¡No te vayas, por favor! ¡Necesito a alguien como tú! En calidad de intérprete, ¿comprendes?

—¿Qué quieres decir? ¡Hablamos la misma lengua!

—¿De veras? ¿Aquí los chaparros son tipos muy bajitos o son botellitas de cerveza? ¿Con qué frecuencia confunden los recién llegados a los bajitos con las botellitas?

Neilette sonrió.

—No más de una vez.

—Llévame a esa universidad vuestra, ¿quieres? Presiento que no tardaremos en presenciar una Última Batalla.

Un alarido metálico resonó en las alturas y el regulador de un molino se estrelló contra la calle.

—Será mejor que nos demos prisa, porque de lo contrario lo único que podremos beber será cerveza —añadió.

—Dioses, ¿qué es eso?

—¿Una especie de rata? —sugirió Estudios Indefinidos.

—Eh, miren. El tesorero ha encontrado a uno de los lugareños... —El decano fue hacía el pintor, que estaba contemplando a los magos con la boca abierta—. Buenos días, amigo. ¿Cómo se llama esa cosa?

La mirada del pintor siguió la dirección del dedo.

—¿Canguro? —aventuró.

—Canguro, ¿eh?

—Puede que eso que ha dicho no sea su nombre, señor —dijo Ponder—. Quizá sólo está diciendo «No losé».

—No veo por qué no va a saberlo. Parece el tipo de hombre que encuentras en esta clase de sitios —dijo el decano—. Bronceado intenso, escasez de pantalones... Sí, no cabe duda de que es el tipo de hombre que sabe cómo se llaman los bichos.

—Sólo lo dibujó —dijo el tesorero.

—Oh, ¿de veras? Algunos de estos tipos son grandes artistas.

—No es Rincewind, ¿verdad? —preguntó Ridcully, que rara vez se molestaba en recordar una cara—. Ya veo que está bastante moreno, pero unos meses al sol cocerían a cualquiera.

Los otros magos se reunieron con ellos y miraron alrededor en busca de algún signo de rectangularidad móvil.

—No lleva sombrero —dijo Ponder, y eso puso fin a la discusión.

El decano estaba contemplando el muro de roca.

—Para ser arte nativo estos dibujos no están nada mal-dijo—. Unas líneas muy... interesantes.

El tesorero asintió. A sus ojos, los dibujos sencillamente estaban vivos. Quizá fueran tierra coloreada esparcida sobre la roca, pero estaban tan vivos como el canguro que acababa de irse a grandes saltos.

El anciano había empezado a dibujar una serpiente. Una línea llena de ondulaciones.

—Hace tiempo vi algunos de los palacios que los tezumen construyeron en la jungla —dijo el decano mientras le miraba—. Ni un gramo de cemento en todo el edificio, y las piedras encajaban tan bien que no podías hundir la hoja de un cuchillo entre ellas. ¡Ja! Las piedras eran lo único en lo que los tezumen no hundían cuchillos —añadió—. Un pueblo muy raro, desde luego... Siempre le estaban dando al cacao y al sacrificio humano a gran escala. Como combinación resulta bastante exótica, ¿no les parece? Mata a cincuenta mil personas y luego disfruta de una taza de chocolate bien caliente. Disculpe, ¿me permite? Antes se me daba bastante bien.

Para horror incluso de Ridcully, el decano cogió el trocito de rama despuntada de entre los dedos del pintor y lo deslizó delicadamente sobre la roca.

—¿Ve? Un punto para representar el ojo —dijo el decano, devolviéndole la ramita.

El pintor le dirigió una especie de sonrisa o, lo que es lo mismo, le enseñó los dientes. Como les había ocurrido anteriormente a muchos otros seres de multitud de planos astrales, no conseguía entender a los magos. Éstos poseían esa confianza en sí mismos de tamaño familiar a la que todo parece estarle permitido. Generaban un campo inconsciente que decía que era perfectamente lógico, natural y justo que estuvieran allí, pero que nadie debía atenderles o empezar a poner orden por ellos y que todo el mundo debía seguir adelante con lo que estuviera haciendo. Las víctimas más sensibles acababan teniendo la impresión de que cada mago empuñaba una tablilla para hacer anotaciones y estaba repartiendo calificaciones.

Una serpiente se escabulló detrás del decano con una rápida ondulación.

—¿Alguien ha notado algo raro? —preguntó Runas Recientes—. Acabo de sentir un cosquilleo en los dedos. ¿Alguno de ustedes ha hecho algo de magia?

El decano cogió una ramita quemada. El pintor se quedó boquiabierto mientras veía cómo el mago trazaba una línea sobre la roca.

—Me parece que le está ofendiendo —dijo Ponder.

—¡Tonterías! Un buen artista siempre está preparado para aprender —repuso el decano—. Es curioso, pero estos tipos parecen incapaces de entender la perspectiva...

Eso es debido a que la perspectiva es una mentira, pensó, o recibió el pensamiento, el tesorero. Si sé que un estanque es redondo, ¿por qué debería dibujarlo ovalado? Lo dibujaré redondo porque es redondo y ésa es la verdad. El que mis ojos me mientan no significa que mi pincel deba mentiros.

El pensamiento parecía lleno de irritación.

—¿Qué está dibujando, decano? —preguntó el prefecto mayor.

—¿A usted qué le parece? Un pájaro, por supuesto.

Pero un pájaro debe volar, pensó la voz que se había infiltrado en la cabeza del tesorero. ¿Dónde están las alas?

—Está posado en el suelo, y por eso no se le ven las alas —dijo el decano, y luego pareció sorprenderse de haber respondido a una pregunta que nadie había formulado—. ¡Maldición! La verdad es que dibujar encima de una roca resulta más difícil de lo que parece...

Yo siempre veo las alas, pensó la voz. El tesorero se apresuró a buscar su frasquito de píldoras de extracto de rana. Normalmente las voces no se expresaban con tanta precisión.

—Es un pájaro muy plano —dijo Ridcully—. Déjelo, decano, nuestro amigo está empezando a ponerse muy serio. Vamos a ver si conseguimos organizar un buen hechizo de embarcaciones...

—Pues a mí me parece una comadreja —dijo el prefecto mayor—.Por la cola, ¿sabe? No le ha quedado demasiado bien.

—Me ha resbalado la ramita.

—Los patos están más gordos —dijo Estudios Indefinidos—. No debería tratar de impresionarnos, decano. ¿Cuándo vio un pato por última vez? Uno que no estuviera rodeado por una guarnición de guisantes, quiero decir...

—¡Pues la semana pasada, sin ir más lejos!

—Sí, cenamos pato al horno. Con salsa de ciruelas, creo recordar. Venga, déjeme probar...

—¡Ahora tiene tres patas!

—¡Yo pedí la ramita y usted me la quitó!

—Oiga, yo entiendo bastante de patos y sé que lo que tiene ahí es risible —dijo Ridcully—. Démelo... Gracias. El pico se hace así...

—Está en el extremo equivocado y es demasiado grande.

—¿Me está diciendo que eso es un pico?

—Oigan, los tres le están ladrando al árbol equivocado. Déme esa ramita...

—¡Ah, pero es que los patos no ladran! ¡Ja! No hay por qué ponerse sarcástico...

La Universidad Invisible estaba hecha de piedra: en realidad, estaba tan firme y decididamente hecha de piedra que había muchos sitios en los que no se podía distinguir dónde terminaba la roca salvaje y empezaba la piedra domesticada.

¿Y con qué otra cosa se habría podido construir una universidad, después de todo? Si Rincewind hubiera tenido que redactar una lista de posibles materiales, nunca se le habría ocurrido incluir las planchas de hierro acanaladas.

Pero en respuesta a alguna clase de memoria ancestral de los magos, las planchas que enmarcaban las puertas habían sido expertamente dobladas y trabajadas a martillazos hasta darles la forma de un arco de piedra. Encima de ellas, grabadas a fuego sobre el delgado metal, se leía: sedatio et tranquilitas.

—No debería sorprenderme, ¿verdad? —murmuró Rincewind—. «Calma y tranquilidad.»

Las puertas, que también estaban hechas de planchas de hierro acanalado unidas a fragmentos de madera por un hombre que había utilizado clavos de segunda mano, se hallaban sólidamente cerradas. Una multitud las estaba golpeando con los puños.

—Parece que otras muchas personas han tenido la misma idea —dijo Neilette.

—Tiene que haber otra forma de entrar —dijo Rincewind, alejándose de las puertas—. Habrá un callejón... Ah, aquí está. Bien, estas paredes no son de piedra, así que no habrá ladrillos extraíbles, lo cual significa que... —Empujó las planchas de metal con los dedos y una de ellas onduló—. Ah, sí. Una plancha suelta que se hace a un lado para que puedas volver a entrar después que los porteros hayan cerrado las puertas.

—¿Cómo lo sabías?

—Esto es una universidad, ¿no? Vamos.

Alguien había escrito un mensaje con tiza al lado de la plancha suelta.

—«Nulli Sheilae sanguineae» —leyó Rincewind—. Pero tú no te llamas Sheila, así que no creo que haya problemas.

—Si significa lo que creo que significa, quiere decir que no se admiten mujeres —dijo Neilette—. Deberías haber traído a Darleen.

—¿Cómo dices?

—Oh, olvida que la he mencionado.

Rincewind se sorprendió al ver que al otro lado de la valla había una pequeña extensión de césped iluminada por las luces de un edificio no muy alto. Todos los edificios eran más bien bajos pero tenían techos enormes, con lo que se obtenía el efecto general de que alguien había pisado un montón de setas cuadradas. Quizá los hubieran pintado alguna vez, pero saltaba a la vista que el pintarlos había sido un auténtico acontecimiento histórico, probablemente acaecido en algún momento entre el Fuego y la Invención de la Rueda.

Y había una torre de unos seis metros de altura.

—Ya veo que aquí a cualquier cosa le llamáis universidad —dijo Rincewind, permitiéndose cierto sarcasmo—. ¿Seis metros de altura? Podría me... podría escupir desde lo alto de ella. Oh, bueno...

Echó a andar hacia la entrada en el mismo instante en que la luz se volvía más intensa y quedaba teñida de octarino, el octavo color íntimamente asociado con la magia. Las puertas estaban cerradas.

Rincewind las golpeó con el puño, haciéndolas temblar.

—¡Saludos fraternales, hermanos! —gritó—. Os traigo... Oh, ciel...

El mundo sencillamente cambió. En un momento dado Rincewind estaba de pie delante de unas puertas oxidadas, y al siguiente se encontraba en el centro de un círculo formado por media docena de magos que le miraban fijamente.

Recuperó el equilibrio.

—Bueno, nota máxima por el esfuerzo —logró decir—. En el sitio del que vengo, y si lo desean pueden llamarme señor Plomo, nos limitamos a abrir la puerta.

—¡Por todos los cuervos lapidados, cada vez nos sale mejor! —exclamó un mago.

Y eran magos. Rincewind no tenía ninguna duda de ello. Llevaban los sombreros puntiagudos de rigor, aunque las alas eran tan anchas que más bien parecían cornisas. Sus túnicas terminaban por debajo de la cintura, y debajo de ellas llevaban pantalones cortos, calcetines grises extralargos y grandes sandalias de cuero. Su atuendo no tenía mucho que ver con la típica indumentaria del practicante de la magia tal como Rincewind había llegado a entenderla, pero seguían siendo magos. Todos tenían ese inconfundible aspecto de dirigible que se dispone a elevarse por los aires.

El que parecía el líder del grupo dirigió una inclinación de cabeza a Rincewind.

—Buenas noches, señor Plomo, Debo decir que ha llegado mucho más deprisa de lo que esperábamos.

—Esto... digamos que ha sido una especie de desplazamiento asistido —repuso Rincewind.

—No tiene un aspecto muy demoníaco —dijo un mago—. ¿Se acuerdan del último que invocamos? Seis ojos y tres...

—Los que son realmente buenos en su oficio pueden disfrazar su apariencia, decano.

—Pues entonces éste debe de ser un auténtico genio, archicanciller.

—Gracias —dijo Rincewind.

El archicanciller volvió a asentir. Era muy mayor, por supuesto, con un rostro que parecía atornillado a su cuello, y una barbita que empezaba a encanecer. Tenía algo familiar que Rincewind no consiguió identificar.

—Le hemos invocado, señor Plomo, porque queremos saber qué le ha pasado al agua —dijo.

—Toda el agua se ha ido, ¿verdad? —dijo Rincewind—. Sí, ya me lo parecía.

—No puede irse —dijo el decano—. Es agua. Si profundizas lo suficiente, al final siempre acabas encontrando agua.

—Pero si continuamos bajando, algún elefante acabará teniendo serios problemas de espalda —dijo el archicanciller—. Así pues, decidimos...

Las puertas cayeron al suelo con un repentino estruendo metálico. Los magos retrocedieron.

—¿Qué cuernos es eso? —preguntó uno de ellos.

—Oh, es mi Equipaje —dijo Rincewind—. Está hecho de...

—¡No me refiero a la caja con piernas! Eso es una mujer, ¿no?

—Mi amigo no entiende mucho de esas cosas, así que será mejor que no le hagan ese tipo de preguntas —dijo Neilette, saliendo de detrás del Equipaje—. Lo siento, pero Baulito se hartó de esperar.

—¡No podemos consentir que haya mujeres en la Universidad! —gritó el decano—, ¡Querrán tomar una copa de jerez!

—Calma y tranquilidad —dijo el archicanciller, agitando una mano con irritación—. ¿Qué le ha pasado al agua, Plomo?

—Supongo que la habrán gastado toda —contestó Rincewind.

—¿Y cómo podemos conseguir más agua?

—¿Por qué todo el mundo me pregunta a mí? ¿No tienen hechizos para hacer llover o algo por el estilo?

—Esa palabra de nuevo —dijo el decano—. Agua que cae del cielo, ¿eh? ¡Lo creeré cuando lo vea!

—Intentamos crear una de esas... ¿cómo se llaman? Esas enormes bolsas grises llenas de agua, ya sabe. Las cosas que algunos marineros dicen ver en el cielo, vamos...

—Nubes.

—Exacto. Pues no hay manera de que floten, Plomo. La semana pasada lanzamos una desde la torre y luego tuvimos que sacar al decano de debajo de ella.

—Nunca he creído en esas viejas historias —dijo el decano—. Y supongo que además esperaron a que yo estuviera pasando por allí para lanzarla, ¿no?

—No hay que fabricarlas, sencillamente aparecen por sí solas —dijo Rincewind—. Oigan, no sé cómo hacer llover. Creía que cualquier mago medianamente decente sabría componer un hechizo para hacer llover —añadió.

—¿De veras? —preguntó el archicanciller con peligrosa jovialidad.

—Dicho sea sin ánimo de ofender —se apresuró a aclarar Rincewind—. Estoy seguro de que su universidad está muy bien, sobre todo viendo cómo andan las cosas. Salta a la vista que no es una auténtica universidad, claro, pero dadas las circunstancias no cabe duda de que es asombrosamente buena.

—¿Qué le pasa a la Universidad? —preguntó el archicanciller.

—Bueno... su torre es bastante pequeña, ¿no? Incluso en comparación con los edificios de los alrededores, quiero decir... Después de todo, no...

—Creo que deberíamos enseñarle nuestra torre al señor Plomo —dijo el archicanciller—. Me temo que no nos está tomando en serio.

—Ya la he visto —dijo Rincewind.

—¿Desde lo alto?

—No, evidentemente desde lo alto no...

—No tenemos tiempo para esto, archicanciller —dijo un mago bajito—. Mandemos de vuelta al infierno a este pesado y ya se nos ocurrirá algo.

—Disculpen, pero ¿cuando hablan del «infierno» se están refiriendo a un sitio muy caliente y muy rojo? —preguntó Rincewind.

—¡Sí!

—¿De veras? ¿Y cómo saben los ecksianos que han llegado allí? ¿La cerveza está más caliente, quizá?

—Basta de discusiones. Éste apareció enseguida que hicimos la invocación, así que es el que necesitamos —dijo el archicanciller—. Acompáñeme, Plomo. Será cosa de un momento.

Ponder meneó la cabeza y fue hacia la hoguera. La señora Panadizo estaba recatadamente sentada en una roca. Delante de ella, y manteniéndose lo más cerca posible del fuego, estaba el bibliotecario. Seguía siendo muy pequeño, y Ponder pensó que su glándula temporal quizá requería más tiempo del habitual para aclararse.

—¿Qué están haciendo los caballeros? —preguntó la señora Panadizo. —Tuvo que levantar la voz para hacerse oír por encima de la discusión, pero ella era el tipo de mujer capaz de ver cómo los magos les lanzaban bolas de fuego a los monstruos de las Dimensiones Desconocidas y preguntar si había alguna dificultad. Le gustaba que la informaran acerca de esas cosas.

—Se han encontrado con un hombre que estaba haciendo los dibujos más realistas y llenos de vida que he visto jamás —dijo Ponder—, así que ahora están tratando de enseñarle a dibujar. Ya han organizado un comité, y le están dando clases.

—Los caballeros siempre se toman mucho interés por las cosas —dijo la señora Panadizo.

—Siempre interfieren —dijo Ponder—. No sé qué les pasa a los magos, pero son incapaces de estarse quietos y mirar. Han estado discutiendo cómo hay que dibujar un pato, y el único punto sobre el que han conseguido ponerse de acuerdo hasta el momento es que los patos pertenecen a la familia de los cuadrúpedos. Yo no lo creo así. Sinceramente, señora Panadizo, son como unos gatitos en un cobertizo lleno de plumas... ¿Qué es eso?

El bibliotecario había vaciado la bolsa de cuero junto a la hoguera y estaba examinando su contenido para averiguar a qué sabía, tal como suelen hacer los mamíferos jóvenes en todas partes.

Cogió un trozo de madera pintado con líneas de muchos colores: había más pigmentos de los que el anciano estaba utilizando para pintar, y Ponder se preguntó por qué. El bibliotecario lo sometió a la prueba de la aceptabilidad gustativa, golpeó el suelo con él con gesto vagamente esperanzado y acabó tirándolo. Después cogió una especie de óvalo aplanado de madera unido a un trozo de cordel e intentó masticar el cordel.

—¿Eso es un yo-yo? —preguntó la señora Panadizo.

—Cuando era pequeño solíamos llamarlos ranas rugidoras —dijo Ponder—. Lo haces girar alrededor de tu cabeza y produce un ruido muy curioso —añadió, agitando la mano en el aire.

—¿Eeek?

—Oooh, qué monito tan encantador. ¡Está tratando de hacer lo mismo que usted!

El bibliotecario intentó hacer girar el cordel y sólo consiguió enrollárselo en la cara y golpearse la nuca con el óvalo de madera.

—¡Oh, pobrecito! Quíteselo, señor Stibbons, haga el favor.

El bibliotecario enseñó unos cuantos colmillos mientras Ponder desenrollaba el cordel.

—Espero que crezca pronto —dijo—. De lo contrarío la Biblioteca se llenará de libros sobre conejitos...

La torre era rechoncha. La base era de piedra, pero los constructores parecían haberse hartado de ella hacía la mitad de la torre y habían recurrido a planchas de latón oxidado clavadas sobre una estructura de madera. Una escalera de aspecto precario llevaba a lo alto de la torre.

—Muy impresionante —suspiró Rincewind.

—El panorama es todavía mejor desde arriba. Siga subiendo.

La escalera tembló bajo el peso de Rincewind hasta que consiguió llegar al suelo de tablones, donde se acostó y jadeó. Debe ser la cerveza y las emociones, pensó. Una escalerita de nada no debería hacerme esto.

—Aquí arriba se respira mejor, ¿verdad? —dijo el archicanciller, yendo hacia el parapeto y señalando la ciudad con una mano.

—Oh, desde luego —dijo Rincewind, yendo con paso tambaleante hacia las planchas de hierro acanalado—. Seguro que incluso puedes ver el sue... ¡Aaaargh!

El archicanciller le cogió de los brazos y tiró de él.

—Muy bien... —boqueó Rincewind.

—¿Quiere volver a bajar?

Rincewind miró al mago y después, centímetro a centímetro, empezó a retroceder hacia la escalera. Bajó la mirada, listo para volver a levantar la cabeza en una fracción de segundo, y contó los escalones.

Después, y siempre moviéndose con la misma cautela, fue hasta el parapeto y se atrevió a asomarse.

Podía ver el puntito llameante de la fábrica de cerveza incendiada. También podía ver Bugarup y su puerto...

Rincewind alzó la mirada y vio el desierto rojo reluciendo bajo la luz de la luna.

—¿Qué altura tiene esto? —graznó.

—¿Por fuera? Unos ochocientos metros —dijo el archicanciller.

—¿Y por dentro?

—Acaba de subir por ella. Dos pisos.

—¿Está intentando decirme que tienen una torre que es más alta por fuera que por dentro?

—No está mal, ¿verdad? —exclamó alegremente el archicanciller.

—Muy... muy astuto-dijo Rincewind.

—Los ecksianos somos muy astutos y...

—¡Rincewind!

La voz procedía de abajo.

—¿Sí? —dijo Rincewind.

—No, usted no —replicó el mago—. ¡Quiero hablar con el archicanciller!

—Yo soy Rincewind —dijo Rincewind.

El archicanciller le dio una palmadita en el hombro.

—Qué coincidencia —dijo—. Yo también.

Ponder le devolvió la rana rugidora al pequeño bibliotecario.

—Puedes quedártelo, ¿entiendes? —dijo—. Te lo estoy dando y, a cambio, quizá podrías apartar los dientes de mi pierna.

La voz de la razón llegó hasta ellos desde el otro lado de la roca.

—Nada de peleas, caballeros. Vamos a votar: bien, todos los que estén seguros de que un pato tiene los pies palmeados, que levanten la mano...

El bibliotecario hizo girar el artilugio unas veces más.

—No parece de las mejores —dijo Ponder—. Apenas hace ruido... Oh, ¿cuánto tiempo piensan seguir discutiendo?

... whum...

—¡Eek!

—Sí, sí, muy bien.

... whum... whum... whuuMMMMM...

Ponder alzó la mirada para ver cómo un resplandor amarillo se extendía sobre la llanura.

Un círculo de cielo azul había empezado a abrirse en las alturas. Estaba dejando de llover.

—¿Eek?

Ponder se preguntó qué habría llevado hasta allí a aquel anciano. ¿Por qué estaba pintando figuras sobre la roca en las tierras desérticas de un continente nuevo?

Y entonces todo se oscureció.

El anciano sonrió con aire de satisfacción y dio la espalda al dibujo que acababa de terminar. El dibujo había contenido un montón de sombreros puntiagudos, y acababa de desaparecer de la roca.

Y el anciano se había puesto muy contento, y había dibujado todas las arañas y unas cuantas zarigüeyas antes de descubrir qué era lo que faltaba.

Ni siquiera vio a la extraña criatura de expresión melancólica y pico parecido al de un pato que se estaba introduciendo silenciosamente en las aguas del río a unos metros de él.

—Tenemos que ser primos lejanos o algo así —dijo el archicanciller—. No es un nombre demasiado común, ¿sabes? Tómate otra cerveza.

—En una ocasión me dediqué a repasar los registros de la Universidad Invisible —dijo Rincewind con malhumor—. Antes de mí nunca habían tenido un Rincewind. —Invirtió la lata de cerveza y acabó de apurarla—. Y pensándolo bien, yo nunca había tenido un pariente. ¿Parientes? Nunca jamás. —Abrió otra lata—. Nunca he tenido a nadie que me hiciera todas esas cositas que se supone que hacen los parientes, como… como… bueno, como regalarte un suéter horrible para la vigilia de los cerdos. Ese tipo de cosas, ya sabes.

—¿Cómo te llamas? Aparte de Rincewind, quiero decir. Yo me llamo Bill.

—Es un buen nombre. Bill Rincewind... Sí, me gusta. La verdad es que no estoy muy seguro de cómo me llamo.

—¿Cómo suele llamarte la gente?

—Bueno, normalmente dicen «¡Alto!» o «¡Detente!» —repuso Rincewind, y bebió un sorbo de cerveza—. Eso no es más que un apodo, naturalmente. Cuando quieren ponerse más ceremoniosos gritan «¡No dejéis que se escape!». —Entrecerró los ojos y estudió la lata de cerveza—. Es mejor que la otra —dijo—. ¿Qué pone aquí? ¿«Redembudo»? Qué nombre más raro para una cerveza, ¿no?

—Estás leyendo la lista de ingredientes —dijo Bill.

—¿De veras? —farfulló Rincewind—. ¿Qué estaba diciendo?

—Sombreros puntiagudos. El agua se acaba. Canguros parlantes. Dibujos que cobran vida.

—Exacto —dijo el decano—. Y sí dices esas cosas cuando estás sobrio, queremos ver qué efecto tiene la cerveza.

—Verás, cuando salga el sol tendré que bajar a la cárcel para hablar con el primer ministro y explicarle por qué no sabemos lo que le ha pasado al agua —dijo el archicanciller Bill—. Cualquier cosa que puedas hacer para ayudarnos nos seria de gran utilidad. Déle otra lata, decano. La gente ya está golpeando las puertas. En cuanto la cerveza se haya acabado tendremos problemas.

Rincewind tenía la sensación de estar envuelto por una cálida niebla ambarina. Estaba entre magos, que siempre estaban discutiendo. Y la cerveza hacía que le resultara más fácil pensar.

Un mago se inclinó sobre su hombro y colocó un libro abierto delante de él.

—Esto es una copia de una pintura rupestre de Cangoolie —dijo—. Siempre nos hemos preguntado qué son esa especie de glóbulos que hay encima de las figuras...

—Lluvia —dijo Rincewind después de echarle un vistazo.

—Sí, ya la habías mencionado antes —dijo Bill—. Gotitas de agua que vuelan por los aires, ¿verdad?

—Que caen-le corrigió Rincewind.

—¿Y no duele?

—No.

—El agua pesa. Y todo eso de las bolsas enormes llenas de agua que van flotando de un lado a otro por encima de nuestras cabezas... Francamente, como idea no me parece nada atractiva.

Rincewind nunca había estudiado meteorología, pero llevaba toda una vida consumiendo sus productos.

—Son como... vapor —dijo mientras agitaba las manos en el aire, y después eructó—. Sí, eso es. Son muy bonitas: blandas, esponjosas... Como el vapor, vamos.

—¿Están hirviendo?

—No, no. Las nubes están muy frías. A veces llegan a bajar tanto que incluso tocan el suelo.

Los magos se miraron.

—Ya sé que sólo es cerveza, pero cada vez nos sale más condenadamente buena —dijo Bill.

—Pues a mí estas nubes me parecen condenadamente peligrosas —dijo el decano—. No queremos que vayan por ahí chocando con los árboles y los edificios.

—Ah, pero es que... es que son blandas. Son tan blandas como... como el humo.

—¡Pero has dicho que no estaban calientes!

Y de repente Rincewind dio con la explicación perfecta.

—¿Nunca le habéis jadeado encima a un espejo frío? —preguntó sonriendo.

—No de manera regular, pero sé a qué te refieres.

—¡Bueno, pues básicamente las nubes son eso! ¿Podría tomarme otra cerveza, por favor? Es asombroso: pomuchimisimo que bebaba, no paice tener solutamente ningún festo sobre mí. Me ayuda a pensar con más claclaclaridad.

El archicanciller Rincewind tabaleó con los dedos sobre la mesa.

—Tú y todo este asunto de la lluvia... Tenéis que estar relacionados de alguna manera, ¿no? Se nos ha acabado el agua y entonces apareces de repente...

Rincewind eructó.

—Y además he de arreglar algo que no va bien —dijo—. Sombreros puntiagudos, todos flotando en el aire...

—¿Dónde los viste por última vez?

—En la fábrica de cerveza donde no había cerveza. Dicen que está encantada, jajá. Encantada por un montón de sombreros puntiagudos, jajajaja...

Bill le miraba fijamente.

—Claro —dijo. Contempló la cada vez más encorvada silueta de su primo lejano, esta vez desde muy cerca—. Vayamos ahí. —Después volvió a mirar a Rincewind y pareció reflexionar—. Y nos llevaremos unas cuantas cervezas —añadió.

Ponder Stibbons intentó pensar, pero sus pensamientos discurrían muy despacio. Todo estaba oscuro y no podía moverse, pero eso no le preocupaba demasiado. Era como estar en la cama disfrutando de uno de esos momentos tan agradables en los que te encuentras suficientemente despierto para saber que todavía estás deliciosamente dormido.

Hay que ver lo deprisa que pasa el tiempo...

La cadena de cubos se había vuelto enorme, e iba desde el muelle hasta la fábrica de cerveza. A pesar del refrescante olor a roble especiado de sus Chardonnays, los ecksianos no eran la clase de personas capaces de cruzarse de brazos mientras una fábrica de cerveza arde hasta los cimientos. El que no hubiera cerveza dentro de ella carecía de importancia, porque estaba en juego un principio.

Los magos se abrieron paso a través de la multitud entre un coro de murmullos y algún que otro grito despectivo lanzado desde la segundad de las últimas filas.

Nubes de humo y vapor brotaban de la entrada principal, cuyas puertas habían sido derribadas por un ariete.

El archicanciller Rincewind entró, remolcando a su risueño pariente detrás de él.

El letrero de la Cerveza Ro, reducido a un esqueleto metálico, todavía humeaba en el centro del suelo.

—No paraba de señalarlo y decía no sé qué de unos sombreros puntiagudos —se atrevió a decir Neilette.

—Compruebe si es mágico, decano —dijo el archicanciller Rincewind.

El decano agitó una mano y unas chispas volaron por los aires.

—Nada —dijo—. Sigo insistiendo en que deberíamos...

Por un momento unas siluetas puntiagudas flotaron en el aire y después desaparecieron.

—Eso no es magia —dijo un mago—. Eran fantasmas.

—Todo el mundo sabe que este lugar está encantado. Espíritus malignos, dicen.

—Tendrían que haberse conformado con hacer cerveza —observó el archicanciller Rincewind.

Neilette señaló el escotillón.

—Pero no lleva a ninguna parte —dijo—. Hay una trampilla por la que puedes salir de la fábrica y unos cuantos almacenes, y eso es todo.

Los magos miraron hacia abajo.

Debajo sólo había oscuridad. Algo pequeño se apresuró a huir, correteando sobre lo que parecían mucho más de cuatro patas. El aire olía a cerveza muy vieja y muy rancia.

—Calma y tranquilidad —dijo Rincewind, agitando alegremente una lata—. Yo iré delante, ¿de acuerdo?

Aquello era divertido.

Debajo de él había una escalerilla oxidada atornillada a la pared. Crujió bajo su peso y se desprendió de la pared cuando Rincewind estaba a un metro del suelo del sótano, arrojándole contra las piedras. Los magos le oyeron reír.

—¿Alguno de vosotros conoce a un tipo llamado Dibbler? —gritó Rincewind, levantando la cabeza hacia ellos.

—¿El viejo Beneficio Justo y Razonable? —preguntó Bill.

—El mismo. Estará fuera vendiendo cosas a la multitud, ¿verdad?

—Muy probablemente.

—¿Alguien podría traerme uno de sus pasteles de albóndiga flotante con ración extra de salsa de tomate? Me parece que necesito comer algo.

El decano miró al archicanciller Rincewind.

—¿Cuántas cervezas se ha bebido? —Tres o cuatro latas. El pobre bastardo debe de ser alérgico a la cerveza.

—¡Creo que incluso podría comerme dos! —gritó Rincewind.

—¿Dos?

—Calma y tranquilidad. ¿Alguien tiene una antorcha? Aquí abajo está muy oscuro.

—¿Quieres los pasteles de alta cocina o los corrientes? —preguntó el decano.

—Oh, me conformo con los corrientes. ¡Viva la comida sencilla!

—Pobre bastardo —dijo Bill, y empezó a seleccionar unas monedas de entre la calderilla de su bolsillo.

Los sótanos estaban muy oscuros, pero la trampilla dejaba pasar luz suficiente para que Rincewind distinguiese enormes cañerías entre la penumbra.

Saltaba a la vista que poco después de que la fábrica de cerveza hubiera cerrado, pero antes de que la gente hubiera tenido tiempo de bloquear todas las entradas, los sótanos habían sido empleados por la juventud para lo que suelen emplearse ese tipo de lugares cuando estás viviendo con tus padres, la casa es demasiado pequeña y nadie ha tenido la genial idea de inventar los vehículos motorizados.

En resumen, que habían escrito en las paredes. Rincewind vio meticulosas inscripciones contándole a la posteridad que, por ejemplo, «B. Abosa es un Pozza». Rincewind no sabía qué era un pozza, pero estaba seguro de que a B. Abosa no le haría ninguna gracia. La forma en que la jerga parecía irradiar significado incluso en otro idioma era asombrosa.

Un golpe sordo indicó que el Equipaje acababa de aterrizar sobre el suelo de piedra detrás de él.

—Baulito, mi viejo compañero —dijo Rincewind—. ¡Calma y tranquilidad!

Otra escalerilla fue introducida en la abertura y los magos, moviéndose cautelosamente, se reunieron con él. El archicanciller Rincewind empuñaba un cayado cuyo extremo emitía luz.

—¿Has encontrado algo?—preguntó.

—Bueno, sí. No sé quién puede ser B. Abosa, pero me niego a estrecharle la mano —dijo Rincewind.

—Oh, cuando llegas a conocerle un poco acabas descubriendo que el decano no es tan mal tipo... ¿Qué pasa?

Rincewind estaba señalando el otro extremo de la sala.

Allí, encima de una puerta, alguien había dibujado varios sombreros puntiagudos con trazos rojos. Los sombreros relucían bajo la luz.

—Cielos. Es sangre-dijo Rincewind.

Su primo deslizó un dedo por las líneas.

—Es ocre —dijo—. Arcilla...

La puerta llevaba a otro sótano donde sólo había barriles vacíos, cajas rotas y oscuridad que olía a moho.

El polvo se arremolinó en el suelo, impulsado por la corriente de aire provocada por sus movimientos, y creó una serie de diminutos torbellinos invertidos. Más sombreros puntiagudos.

—Hmmmm. Paredes por todas partes —dijo Bill—. Será mejor que escojas una dirección, compañero.

Rincewind tomó un sorbo de cerveza, cerró los ojos y extendió un dedo, señalando al azar.

—¡Por ahí!

El Equipaje se lanzó hacia adelante y chocó con los ladrillos, que cayeron para revelar un espacio oscuro al otro lado.

Rincewind metió la cabeza por el hueco. Los constructores se habían limitado a levantar un muro de ladrillos para cerrar una parte de la caverna. A juzgar por el frescor del aire, la caverna era bastante grande.

Neilette y los magos le siguieron.

—¡Estoy segura de que este sitio no estaba aquí cuando construyeron la fábrica! —dijo Neilette.

—Es muy grande —dijo el decano—. ¿Qué puede haberla creado?

—El agua —dijo Rincewind.

—¿Qué estás diciendo? ¿El agua hace grandes agujeros en las rocas?

—Sí, y no me preguntes por qué. ¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—¿No habéis oído nada?

—Sí, a ti preguntando qué había sido eso.

Rincewind suspiró. El aire frío le estaba despejando la borrachera.

—Sois magos, ¿verdad? —preguntó—. Oh, sí, ya veo que eso es lo que sois. Lleváis unos sombreros con más ala que punta y toda la Universidad está hecha de latón, y además tenéis una torre minúscula que es, cielos, debo admitirlo, mucho más alta por fuera que por dentro, pero sois magos. Bien, ¿queréis hacer el favor de callaros de una vez?

Un plinc casi inaudible resonó en el silencio.

Rincewind intentó examinar las profundidades de la caverna. La luz de los cayados las volvía todavía más amenazadoras, porque proyectaba sombras. La oscuridad no era más que oscuridad, pero las sombras podían ocultar cualquier cosa.

—Estas cavernas tienen que haber sido exploradas —dijo.

Era más una esperanza que una declaración. Allí la historia tendía a volverse bastante flexible y fofa.

—Nunca había oído hablar de ellas —dijo el decano.

—Más puntas. Mirad —dijo Bill mientras avanzaban.

—Sólo son estalactitas y estalagmitas —dijo Rincewind—. No sé cómo funciona exactamente, pero el agua gotea sobre las cosas y deja montones de cosas. Se necesitan millares de años, pero ocurre continuamente.

—¿Estamos hablando de la misma clase de agua que flota por el cielo y abre grandes agujeros en las rocas? —preguntó el decano.

—Esto... sí... eh... obviamente sí-dijo Rincewind.

—Entonces es una suerte que sólo tengamos de la clase que sirve para beber y lavarse.

—Teníais —dijo Rincewind.

Un mago en período de prácticas llegó corriendo con una bandeja tapada por un plato.

—¡He traído el último que le quedaba! —dijo—. Y además es de los de alta cocina.

Levantó la tapa. Rincewind contempló el contenido de la bandeja y tragó saliva.

—Oh, cielos...

—¿Qué pasa?

—¿Queda alguna cerveza? Me parece que estoy empezando a... perder la... concentración...

Su primo, que ya estaba abriendo una lata de Redembudo, fue hacia él.

—Tape ese pastel y manténgalo caliente, Cartwright. Bébete esto, Rincewind.

Los magos lo observaron mientras Rincewind vaciaba la lata.

—Muy bien, compañero —dijo el archicanciller—. Y ahora, ¿te apetecería un exquisito pastel de carne en un gran cuenco de guisantes reblandecidos y recubierto con salsa de tomate? —Vio que el rostro de Rincewind empezaba a cambiar de color—. Necesitas otra lata —sugirió. Los magos vieron cómo se la bebía.

—Bueno —dijo el archicanciller—. Y ahora, Rincewind, ¿qué tal si nos tomamos uno de los deliciosos pasteles flotantes de Beneficio Justo y Razonable? Albóndiga de carne con sopa de guisantes y salsa de tomate, ya sabes... El rostro de Rincewind se desencajó levemente.

—Buena... idea —dijo—. ¿Con un poquito de coco por encima, quizá? Los magos se relajaron.

—Bien, ahora ya lo sabemos —dijo el archicanciller Rincewind—. Debemos mantenerte suficientemente borracho para que los pasteles de Dibbler te parezcan sabrosos, pero no tan borracho como para que tu cerebro sufra daños permanentes.

—Entonces estamos hablando de un margen muy estrecho —dijo el decano.

Bill alzó la mirada hacía el techo, donde las sombras bailaban entre las estalactitas, a menos que fueran estalagmitas.

—Estamos debajo de la ciudad —dijo—. ¿Cómo es que nunca habíamos oído hablar de este sitio?

—Buena pregunta —respondió el decano—. Los hombres que construyeron los sótanos tienen que haberlo visto.

Rincewind intentó pensar.

—Por aquel entonces no estaba aquí-dijo.

—Antes dijiste que esas estalacosas tardaban millares de años en...

—Probablemente el mes pasado no estaban aquí, pero ahora llevan miles de años en este sitio —dijo Rincewind, y eructó—. Es como vuestra torre —añadió—. Más alta por fuera que por dentro, ¿no?

—¿Eh?

—Probablemente sólo funciona aquí-dijo Rincewind—. ¿Nunca os habéis dado cuenta de que a más geografía, menos historia? Más espacio, menos tiempo. Apuesto a que este sitio sólo ha necesitado un par de segundos para estar aquí desde hace milenios. ¿Lo entendéis? Más corto por fuera. Está clarísimo.

—Creo que no he bebido suficientes cervezas para entender eso —dijo el decano.

Algo le empujó las piernas por detrás. El decano bajó la vista y vio al Equipaje. Una de las costumbres más molestas del Equipaje era la de pegarse tanto a las personas que cuando éstas bajaban la mirada, se sentían repentinamente aquejadas de un grave exceso de pies.

—O esto —añadió.

Los magos se fueron callando a medida que Rincewind los conducía hacia las profundidades de la caverna. Rincewind no tenía muy claro quién le conducía a él, pero estaba decidido a mantener la calma y la tranquilidad.

En contra de los procedimientos habituales, empezó a haber más luz, aunque la proliferación de hongos luminosos o cristales iridiscentes en cavernas dentro de las que el héroe —que no ha sido suficientemente previsor para coger una linterna— necesita ver representa una de las intrusiones más obvias de la causalidad narrativa en el universo físico. En este caso, las rocas brillaban no debido a alguna misteriosa luz interior sino sencillamente como si el sol estuviera bañándolas con sus rayos unos instantes después del amanecer.

El cerebro humano también se encuentra sometido a otros imperativos. Uno de ellos dice que cuanto más grande es el espacio más bajo será el tono de voz empleado dentro de él, y tiene su origen en la tendencia natural a hablar en voz muy baja cuando estás pisando algo enorme. Ésa fue la razón por la que cuando el archicanciller Rincewind entró en la gigantesca caverna dijo casi inaudiblemente: «¡Caray, es condenadamente grande!»

Pero el decano gritó «¡Yuuuuuuju!» porque siempre hay alguien que grita.

El techo de aquella parte también estaba lleno de estalactitas y, justo en el centro, había una estalactita gigantesca que casi rozaba a la estalagmita que le reflejaba. El aire estaba irrespirablemente caliente.

—Aquí hay algo que no... —empezó Rincewind.

Plinc.

Poco después localizaron la fuente del ruido. Un hilillo de agua estaba descendiendo por un lado de la estalactita y formaba gotitas que caían sobre la estalagmita.

Otra gota se formó delante de sus ojos, y quedó suspendida del extremo de la estalactita.

Un mago subió por la pendiente de roca reseca y la contempló.

—No se mueve —dijo—. El hilillo se está secando. Creo que... se está evaporando.

El archicanciller se volvió hacia Rincewind.

—Bueno, compañero, te hemos seguido hasta aquí —dijo—. ¿Y ahora qué?

—Creo que necesito otra cer...

—No quedan más latas, compañero.

Los ojos de Rincewind recorrieron desesperadamente la caverna y acabaron posándose en la enorme masa translúcida de piedra caliza que se alzaba delante de él.

Era puntiaguda, y además ocupaba justo el centro de la caverna. De hecho poseía cierta inevitabilidad.

Y pensándolo bien, el que algo semejante se hubiese formado precisamente allí abajo, donde podía relucir como una perla dentro de una ostra, no dejaba de ser bastante extraño. El suelo volvió a temblar. Arriba la gente ya empezaría a tener sed, y no tardarían en maldecir a los molinos como sólo los ecksianos eran capaces de maldecir. El que no hubiese agua ya era bastante grave, y cuando se acabara la cerveza... Bueno, entonces la gente empezaría a enfadarse de veras.

Todos los magos estaban esperando a que Rincewind hiciera algo.

Bien, en tal caso habría que empezar por la roca. ¿Qué sabía sobre las rocas y las cavernas de esa zona?

Aquella clase de momentos siempre traían consigo una curiosa sensación de libertad. Hiciera lo que hiciera acabaría metido en un buen lío, así que ¿por qué no intentarlo?

—Necesito un poco de pintura —dijo.

—¿Para qué?

—Para lo que he de hacer-contestó Rincewind.

—Bueno, quizá podríamos recurrir al joven Salid —dijo el decano—. Siempre está presumiendo de lo mucho que entiende de arte. Vayamos a verle y derribemos su puerta a patadas.

—¡Y traed más cerveza! —gritó Rincewind mientras se iban.

Neilette le dio una palmadita en el hombro.

—¿Vas a hacer algo mágico? —preguntó.

—En cualquier otro lugar lo haría, pero aquí... Bueno, no estoy muy seguro —dijo Rincewind—. Si no da resultado, procura mantenerte alejada.

—Ah. Entonces va a ser peligroso, ¿verdad?

—No. Quizá tenga que echar a correr sin mirar por dónde voy. Pero... ¿te has dado cuenta de que esta roca está caliente?

Neilette la tocó.

—Así es...

—Estaba pensando que... Supongamos que alguien estuviera en un país que no hubiese debido estar allí. ¿Qué haría?

—Oh, supongo que la guardia lo arrestaría.

—No, no. No me refería a la gente. ¿Qué haría la tierra? Creo que necesito otro trago. Antes lo veía más claro, pero ahora...

—Bueno, ya estamos aquí —dijeron los magos mientras entraban corriendo en la caverna—. No hemos podido encontrar gran cosa, pero hay un poco de lechada y un poco de pintura roja y una lata de algo que podría ser pintura negra o aceite de brea. De pinceles, en cambio, andamos francamente mal.

Rincewind cogió un pincel que parecía haber sido utilizado hacía mucho tiempo para encalar una pared muy rugosa y para limpiarle los dientes a un cocodrilo.

Rincewind nunca había tenido mucha mano para el arte. Las habilidades artísticas básicas y una familiaridad con la caligrafía oculta forman parte del adiestramiento inicial de un mago, pero en los dedos de Rincewind la tiza se partía y los lápices se astillaban. Probablemente fuera debido a una profunda desconfianza hacia cualquier intento de trasladar al papel cosas que ya estaban muy bien allí donde estaban.

Neilette le pasó una lata de Redembudo. Rincewind bebió un buen trago de cerveza y después metió el pincel en lo que quizá fuese pintura negra y, como primer intento, trazó unas cuantas uves invertidas sobre la roca y unos cuantos círculos debajo de las líneas, con tres puntos en una de las uves y una simpática curvita en cada uno.

Tomó otro trago de cerveza y comprendió que estaba haciendo mal. Tratar de mantenerse estrictamente fiel a la vida en aquel lugar no servía de nada: lo que debía hacer era tratar de producir una impresión.

Rincewind empezó a esparcir pinceladas sobre la piedra, canturreando entre dientes mientras pintaba.

—¿Todavía no habéis adivinado qué es? —preguntó por encima del hombro.

—A mí me parece un poquito moderno —dijo el decano.

Pero Rincewind ya le había pillado el truco. Cualquier idiota es capaz de copiar lo que ve (por lo menos cualquier idiota salvo, posiblemente, Rincewind), pero lo importante era pintar algo que se moviese, que expresase de forma clara y precisa el... que expresase de forma clara y precisa el lo-que-fuese, vamos. Lo que hacías era seguir la dirección que la pintura y el color querían que siguieras.

—Quizá sea por el ángulo de la luz y todo lo demás, pero... —dijo Neilette—. Bueno, podría ser un grupo de magos...

Rincewind entrecerró los ojos. Quizá fuese por la manera en que se movían las sombras, pero tenía que admitir que había hecho un trabajo magnífico. Aplicó un poco más de pintura.

—Parece como si estuvieran saliendo de la piedra —dijo alguien detrás de él, con voz débil y ahogada.

Rincewind se sintió como si estuviera cayendo dentro de un agujero. Ya había experimentado esa sensación con anterioridad, aunque normalmente sólo cuando estaba cayendo dentro de un agujero. Las paredes se habían vuelto borrosas, como si estuvieran desfilando junto a él a gran velocidad. El suelo temblaba.

—¿Nos estamos moviendo?

—Eso parece, ¿verdad? —dijo el archicanciller Rincewind—. ¡Pero permanecemos inmóviles!

—Moverse mientras permaneces inmóvil —murmuró Rincewind, y soltó una risita—. ¡Muy bueno, muy bueno! —Después entrecerró los ojos, sonrió y se dedicó a contemplar la lata de cerveza—. ¿Sabéis una cosa? ¡Con la cerveza que tenemos en casa nunca he podido aguantar más de un par de pintas seguidas, pero con ésta es como beber limonada! ¿Alguien tiene a mano ese pastel de carne...?

Tan estrepitosamente como una tempestad debajo de la cama pero tan suavemente como dos flanes colisionando, el pasado y el presente se encontraron por fin.

Y tanto el pasado como el presente contenían un montón de personas.

—¿Qué está pasando aquí?

—¿Decano? —¿Sí?

—¡Usted no es el decano!

—¿Cómo osa decir eso? ¿Quién es usted?

—¡Ook!

—¡Que lapiden a las vacas, pero sí hay un mono aquí dentro!

—¡No! ¡No! ¡Yo no he dicho eso! ¡Ha sido él quien lo ha dicho!

—¿Archicanciller?

—¿Sí?

—¿Sí?

—¿Qué? ¿Cuántos de ustedes hay?

La oscuridad pasó al púrpura, y el púrpura se fue deslizando hacia el violeta.

—¿Quieren dejar de gritar y hacer el favor de escucharme de una vez? —Para asombro de Rincewind, así lo hicieron—. ¡Miren, las paredes se están aproximando! ¡Este sitio está tratando de no existir!

Y después de haber cumplido con su deber hacia la comunidad, Rincewind giró sobre los talones y echó a correr sobre el tembloroso suelo de roca.

Un par de segundos después el Equipaje le rebasó, lo que siempre era una mala señal.

Rincewind oyó voces detrás de él. A los magos siempre les costaba mucho aceptar que, si había algo que caracterizara a los peligros claros e inminentes, era precisamente el hecho de ser claros e inminentes. Preferían los peligros ambiguos acerca de los que se podía discutir. Pero un techo que está descendiendo rápidamente tiene un no-sé-qué capaz de atraer la atención incluso del mago más empecinado en discutir.

—¡La salvaré, señora Panadizo!

—¡Por el túnel!

—¿A qué velocidad diría usted que se están aproximando las paredes?

—¡Cállese y corra!

Un canguro cubierto de pelo rojizo dejó atrás a Rincewind. El morfismo errático del bibliotecario, después de haberlo convertido por unos momentos en una estalactita roja debido al evidente éxito alcanzado por esa forma a la hora de sobrevivir en las cavernas, se percató de que la supervivencia de una estalactita en una caverna que se está empequeñeciendo muy deprisa tendría los minutos contados, y optó por un campo mórfico local especialmente diseñado con vistas a la velocidad.

Hombre, canguro y Equipaje saltaron por el agujero que daba al sótano y aterrizaron en el otro extremo.

Un estrépito repentino resonó detrás de ellos y magos y mujeres fueron impulsados hacia el sótano, donde varios de ellos aterrizaron encima de Rincewind. La roca gimió y crujió detrás del muro, expulsando a aquellos cuerpos extraños en lo que Rincewind pensó era una auténtica vomitona geológica.

Algo salió despedido del agujero y le golpeó en la oreja, pero eso sólo fue un problema menor comparado con el pastel de carne que, dejando tras de sí una estela de guisantes reblandecidos y salsa de tomate, surgió del agujero y le dio de lleno en la boca.

Rincewind comprobó que, en realidad, no sabía tan mal.

La capacidad para formular preguntas como «¿Dónde estoy y quién cuernos está haciendo esta pregunta?» es una de las cosas que distinguen a la humanidad de, por ejemplo, las sepias. Los magos de la Universidad Invisible —que dentro de cie[[23]](#footnote-23)rtos círculos estaban considerados la flor y nata de la intelectualidad de su tiempo, aunque la opinión más extendida era que formaban el yogur cerebral de su generación— pasaron por aquella fase en cuestión de minutos. Los magos poseen un don natural para hacer malabarismos con ciertas ideas. En un momento dado están discutiendo la forma de la cabeza de un pato, y al siguiente te están diciendo que se han pasado miles de años dentro de una roca porque el tiempo transcurre más despacio en el interior. Esto no le plantea ningún problema a un hombre que ha sido capaz de localizar los lavabos de la Universidad Invisible.

Había preguntas más importantes a las que responder después[[24]](#footnote-24) de que hubieran tomado asiento alrededor de la mesa de la Universidad Invisible.

—¿Hay comida? —preguntó Ridcully.

—Falta poco para que amanezca, señor.

—¿Quiere decir que nos hemos perdido la cena?

—Nos hemos perdido miles de años de cenas, archicanciller.

—¿De veras? Pues entonces más valdrá que empecemos a recuperar el tiempo perdido, señor Stibbons. De todas maneras, este sitio no está nada mal, archicanciller.

Ridcully pronunció la palabra con exagerada meticulosidad para dejar en claro que no empezaba con mayúscula.

El archicanciller Rincewind le dirigió un fraternal asentimiento de la cabeza.

—Gracias.

—Para ser una colonia, naturalmente. Me atrevería a decir que han intentado hacerlo lo mejor posible.

—Muchas gracias, Mustrum. Después me encantará enseñarle nuestra torre.

—Parece más bien pequeña.

—Eso dice la gente.

—Rincewind, Rincewind... Ese nombre me suena... —dijo Ridcully.

—Estábamos intentando encontrar a Rincewind, archicanciller-dijo pacientemente Ponder.

—¿Sí? Ah, pues yo diría que por fin ha aprendido a cuidarse. Veo que el aire fresco ha hecho un hombre de él.

—No, señor. Nuestro Rincewind es el flacucho del conato de barba y el sombrero torcido. ¿Se acuerda? El que está sentado ahí.

Rincewind levantó respetuosamente una mano.

—Yo-dijo.

Ridcully resopló.

—Bueno, qué se le va a hacer. ¿Y qué es esa cosa con la que está jugando, amigo mío?

Rincewind alzó la rana rugidora.

—Salió de la caverna con ustedes —dijo—. ¿Qué estaban haciendo con ella?

—Oh, sólo es un juguete que encontró el bibliotecario —contestó Ponder.

—Entonces todo resuelto —repuso Ridcully—. Oigan, esta cerveza no está nada mal, ¿verdad? Muy bebible, ¿no? Sí, estoy seguro de que podemos aprender muchas cosas los unos de los otros, archicanciller. Más ustedes de nosotros que nosotros de ustedes, por supuesto. Quizá deberíamos organizar un programa de intercambio de estudiantes o algo por el estilo...

—Buena idea.

—Puede quedarse con seis de los míos a cambio de una segadora de césped en buen estado. La nuestra se ha averiado.

—El excelentísimo señor Rince... El archicanciller Rincewind está intentando decir que el volver quizá resulte bastante difícil, señor —dijo Ponder—. Al parecer las cosas deberían haber cambiado ahora que estamos aquí, pero no han cambiado.

—Su Rincewind parecía convencido de que traerles aquí haría que lloviera —dijo Bill—. Pero no ha sido así.

... whummm...

—Oh, deje de jugar con esa cosa, Rincewind —pidió Ridcully—. Es obvio, ¿verdad, Bill? Como magos más experimentados que ustedes, naturalmente conocemos muchas maneras de hacer llover. No hay problema.

...whummm...

—Oiga, amigo, váyase a jugar fuera con esa cosa, ¿quiere?

El bibliotecario estaba sentado en lo alto de la torre de latón con una hoja encima de la cabeza.

—Es sorprendente, ¿no? —dijo Rincewind, sosteniendo la rana rugidora por el cordel—. Lo único que he de hacer es menear la mano y enseguida empieza a girar.

—Ook...

El bibliotecario estornudó.

—Awk...

—Ahora eres una especie de pájaro grande —dijo Rincewind—. Te encuentras fatal, ¿verdad? Bueno, en cuanto les haya dicho cómo te llamas...

El bibliotecario cambió de forma y se movió deprisa. Después hubo un breve lapso de tiempo durante el que ocurrieron muchas cosas.

—Ah —dijo calmadamente Rincewind cuando todo pareció haber terminado—. Bueno, empecemos por lo que sabemos. No veo nada. La razón por la que no veo nada es que mi túnica me tapa los ojos. A partir de esto, deduzco que estoy cabeza abajo. Me tienes agarrado por los tobillos. Corrección, por un tobillo, lo que indica que me has levantado del suelo y me has dado la vuelta. Nos encontramos en lo alto de la torre. Esto significa... —Rincewind se calló—. De acuerdo, volvamos a empezar —dijo pasados unos momentos—. Empezaremos dejando muy claro que no voy a decirle a nadie cómo te llamas.

El bibliotecario le soltó.

Un palmo de trayecto después, Rincewind cayó sobre los tablones de la torre.

—Eso no ha estado nada bien, ¿sabes?

—Ook.

—No volveremos a mencionar el tema, ¿de acuerdo?

Rincewind alzó la mirada hacia el enorme cielo vacío. Tendría que estar lloviendo. Había hecho todo lo que se suponía que debía hacer, ¿no? Y lo único que había ocurrido era que el cuadro académico de la Universidad Invisible al completo había caído sobre ellos para mostrarse condescendiente acerca de todo. ¡Y ni siquiera eran capaces de componer un hechizo para hacer llover! Para que uno de esos hechizos funcionara, necesitabas un poco de lluvia inicial con la que empezar. De hecho, siempre era más prudente asegurarse de que unos cuantos nubarrones bien negros venían hacia ti.

Y si no estaba lloviendo, entonces esas terribles corrientes de las que habían hablado probablemente seguirían haciendo de las suyas...

Aquel país no estaba tan mal, después de todo. Les encantaban los sombreros, en particular los sombreros enormes. Siempre podía ahorrar un poco de dinero, comprar una granja en el Nunca-Nunca y dedicarse a contemplar ovejas. Después de todo, las ovejas se buscaban la comida por sí solas y producían más ovejas. Lo único que tenías que hacer era recoger la lana de vez en cuando. El Equipaje probablemente acabaría aprendiendo a ser un buen perro ovejero.

Podría hacerlo, desde luego, si no fuese porque... porque ya no había agua, claro. No más ovejas, no más granjas. Loco, y Cocodrilo Cocodrilo, las hermosas damas Darleen y Leticia, Remordimiento y sus caballos, todas aquellas personas que le habían enseñado cómo encontrar las cosas que podías comer sin vomitar demasiado... todos irían secándose poco a poco hasta convertirse en polvo que sería barrido por el viento. Igual que él.

—BUENOS DÍAS.

—¿Ook?

—Oh, no... —gimió Rincewind.

—¿LA GARGANTA UN POCO RESECA, TAL VEZ?

—Oye, se supone que no debes...

—OH, TRANQUILO. TENGO UNA CITA EN LA CIUDAD. HA HABIDO UNA PELEA POR LA ÚLTIMA BOTELLA DE CERVEZA. SIN EMBARGO, TE ASEGURO QUE PUEDES CONTAR CON MI ATENCIÓN PERSONAL EN TODO MOMENTO.

—Bueno, muchas gracias. ¡Cuando llegue el momento de dejar de vivir, te aseguro que la Muerte será mi opción número uno!

La Muerte empezó a desvanecerse.

—¡Qué descaro, aparecer de esa manera! Todavía no estamos muertos —le gritó Rincewind al cielo abrasador—. ¡Podríamos hacer muchas cosas! Si consiguiéramos llegar al Cubo podríamos cortar un gran iceberg y remolcarlo hasta aquí, y eso nos proporcionaría agua de sobras... ¡sí consiguiéramos llegar al Cubo! ¡Donde hay esperanza hay vida! ¡Encontraré alguna manera! ¡En algún lugar hay una manera de hacer llover!

La Muerte había desaparecido.

Rincewind alzó amenazadoramente la rana rugidora y la hizo girar.

—¡Y no vuelvas!

—¡Ook!

El bibliotecario le cogió del brazo y olisqueó el aire.

Unos instantes después Rincewind también percibió el olor.

Rincewind hablaba una lengua bastante primitiva y no disponía de ninguna palabra para «ese olor que hueles después de que ha llovido» (aparte de «ese olor que hueles después de que ha llovido», naturalmente, y eso ya es toda una frase). Cualquier persona que tratara de describir ese olor habría tenido que abrirse paso a través de palabras como humedad, calor, vapor y, después de haber tragado aire, exhalación.

Aun así, el olor que hueles después de que ha llovido estaba allí. En aquella tierra reseca y calcinada era como una breve joya suspendida en el aire.

Rincewind volvió a hacer girar la rana rugidora. El trocito de madera produjo un ruido que no guardaba ninguna relación con el movimiento, y el olor volvió a flotar en el aire.

Rincewind examinó el juguete. Sólo era un óvalo de madera. No había ninguna marca o señal en él.

Sujetó el extremo del cordel y, a modo de experimento, lo hizo girar varias veces más.

—¿Te has dado cuenta de que cuando hago esto...? —dijo.

Pero la rana rugidora no quería detenerse. Rincewind descubrió que no podía bajar el brazo.

—Esto... Creo que quiere que lo hagan girar-dijo.

—¡Ook!

—¿Crees que debería hacerlo girar?

—¡Ook!

—Gracias, me has sido de mucha ayuda. Oooh...

El bibliotecario se apresuró a agacharse.

Rincewind giraba y giraba. Ya no podía ver la madera, porque el cordel se alargaba con cada nuevo giro. Un manchón borroso hendía el aire con sus curvas a cierta distancia de la torre, alejándose más a cada nuevo giro. Producía una especie de interminable zumbido.

Cuando hubo llegado a la ciudad, el sonido estalló en un gran trueno. Pero al extremo del cordel algo seguía girando como una nube de plata enrollada mientras dejaba tras de sí una estela de partículas blancas que, a su vez, iban formando una espiral cada vez más ancha.

El bibliotecario se había tirado al suelo y se cubría la cabeza con las manos.

Un chorro de aire subió rugiendo por el lado de la torre, arrastrando polvo, viento, calor y periquitos. La túnica de Rincewind aleteó alrededor de su mentón.

Soltar la rana rugidora era impensable. Rincewind ni siquiera estaba seguro de poder hacerlo, a menos que la rana rugidora quisiera que la soltase.

Tan tenue como un hilillo de humo, la espiral se alejó hacía la calima.

(...Y por encima del desierto rojo y los canguros que seguían saltando como si tal cosa, y mientras su cola se desplegaba sobre la costa y se introducía en el muro de tormentas, las corrientes de aire eternamente enfrentadas se confundieron las unas con las otras. Las nubes interrumpieron su majestuosa rotación alrededor del último continente, se alzaron en un hervor de confusión y nubarrones tempestuosos, invirtieron su dirección y empezaron a desplomarse sobre la tierra...)

Y el cordel escapó de la mano de Rincewind. La rana rugidora salió despedida y Rincewind no la vio caer.

Eso quizá fue debido a que aún estaba haciendo piruetas, pero la gravedad acabó imponiéndose a la inercia y Rincewind se desplomó sobre los tablones.

—Me parece que se me han incendiado los pies —murmuro.

El calor, opresivo y asfixiante, flotaba sobre la tierra como un sudario. Clancy se secó el sudor de la frente y después exprimió el trapo en un frasco de mermelada vacío. Tal como estaban yendo las cosas, después se alegraría de haberlo hecho. Luego, sosteniendo el frasco con cuidado, bajó por la escalera del molino.

—Al taladro no le ocurre nada, jefe —dijo—. Lo que pasa es que la maldita agua se ha acabado.

Remordimiento meneó la cabeza.

—Fíjate en esos caballos —dijo—. ¿Los ves? Tumbados en el suelo, sin fuerzas para levantarse... Mal asunto, mal asunto. Esta vez va en serio, Clancy. Las hemos visto de todos los colores y siempre hemos salido adelante de una manera u otra, pero me temo que esto es el fin. Quizá deberíamos cortarles el cuello a esos pobres animales; así al menos aprovecharíamos la carne...

Una ráfaga de viento le ahorró la molestia de quitarse el sombrero y esparció una oleada de aroma por encima de las matas resecas del campo de mulgas. Un caballo levantó la cabeza.

El cielo se estaba llenando de nubes que, deslizándose como las olas en una playa, eran tan negras que en el centro pasaban a un azul iluminado por destellos ocasionales.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Clancy.

El caballo se levantó torpemente y fue con paso tambaleante hasta el abrevadero oxidado que había debajo del molino.

El aire había empezado a relucir con destellos plateados debajo de las nubes que se arrastraban sobre la tierra.

Algo chocó con la cabeza de Remordimiento, que bajó la mirada. Algo hizo plut junto a su bota, dejando un pequeño cráter en el polvo rojizo.

—¡Es agua, Clancy! —exclamó—. ¡Condenada agua cayendo del condenado cielo, eso es lo que es!

Remordimiento y Clancy se miraron boquiabiertos mientras la tormenta descargaba, los animales empezaban a removerse y el polvo rojo se convertía en una masa de barro cuyas salpicaduras les llegaban hasta la cintura. Aquello no era una tormenta corriente. Era Lo-Que-Moja. Como diría Clancy después, tuvieron la gran suerte de encontrarse cerca de un maldito promontorio.

Pero, y aunque nunca se lo dijo a nadie, aún tuvieron la suerte de poder recuperar sus sombreros porque los corchos impidieron que se hundieran.

Aquel año todo Tetrajisteunabirra había discutido si debían organizar la regata, dada la sequía. Pero era una tradición. Montones de personas acudían para verla. Además, la noche anterior los organizadores habían discutido acaloradamente durante horas en el bar del hotel Pastoral y acabaron llegando a la conclusión de que, calma y tranquilidad mediante, todo iría bien.

Había categorías para embarcaciones remolcadas por camellos, embarcaciones optimistamente impulsadas por velas y, uno de los momentos culminantes del acontecimiento, esquifes impulsados por un método especial, tan sencillo como práctico, consistente en que la tripulación les arrancara el fondo, agarrara los costados y echara a correr lo más deprisa posible. Ver sudar a los tripulantes siempre hacía reír a la gente. Dos equipos avanzaban desesperadamente río arriba en la semifinal cuando los espectadores vieron la nube negra que se estaba esparciendo por encima de la colina del Semáforo como una masa de mermelada hirviendo.

—Los matorrales están ardiendo —dijo alguien.

—Un fuego de los matorrales sería blanco. Vamos...

Eso era lo bueno de los fuegos. Si veías uno, todo el mundo iba a apagarlo. Los incendios podían crecer con una rapidez increíble.

Pero cuando se disponían a ir hacia allí, oyeron un grito procedente del cauce del río.

Los equipos doblaron el último recodo del cauce cuello con cuello, acarreando sus embarcaciones a una velocidad nunca vista. Llegaron a la pendiente resbaladiza, colisionaron en sus esfuerzos por superarla, alcanzaron el final del tramo el uno al lado del otro y se desplomaron entre un estallido de astillas y alaridos.

—¡Detened la regata! —jadeó uno de los timoneles—. El río... el río...

Mas para entonces ya todo el mundo podía verlo. Doblando el recodo y avanzando lentamente porque empujaba ante ella un gigantesco amasijo de arbustos, carretas, rocas y árboles, llegaba la riada.

La riada atronó por el cauce y la presa móvil siguió adelante, raspando el fondo del río y llevándose por delante todas las obstrucciones. El agua espumeante llegó detrás de ella, llenando el río de orilla a orilla.

Cancelaron la regata. Con un río entero lleno de agua, era imposible proseguir.

Las puertas de la Universidad acababan de caer, y la turba enfurecida había irrumpido y estaba golpeando los muros.

Por encima de aquel estruendo, los magos examinaban febrilmente los libros.

—Bueno, ¿tienen algo del estilo del Impresionante Separador de Maxwell? —preguntó Ridcully.

—¿Qué es lo que hace eso? —preguntó el archicanciller Rincewind.

—Separa dos cosas que se han mezclado, como... azúcar y arena, por ejemplo. Utiliza nenes demonios.

—Nanodemonios, posiblemente —murmuró Ponder con cansancio.

—Oh, ¿como el Super-Cedazo de Bonza Charlie, quiere decir? Sí, tenemos algo parecido.

—Ah, evolución paralela. Estupendo. Tráiganlo ahora mismo.

El archicanciller Rincewind dirigió una inclinación de la cabeza a uno de los magos y después se sonrió.

—¿Está pensando en utilizarlo sobre la sal? —preguntó.

—¡Exactamente! Un hechizo, un cubo de agua de mar y se acabó el problema...

—Eh... no se trata exactamente de eso —dijo Ponder Stibbons.

—¡Pues yo creo que es una idea genial, muchacho!

—Requiere mucha magia, señor. Y los demonios tienen derecho a dos semanas de descanso por pinta, señor.

—Ah. Un pequeño detalle digno de ser tomado en cuenta, Stibbons.

—Cierto, señor.

—Sin embargo, el mero hecho de que no hubiera funcionado no significa que fuera una mala idea... ¡Oh, me gustaría que dejaran de gritar!

El griterío del exterior cesó de repente.

—Quizá le han oído, señor —dijo Ponder.

Pang, pang, pang...

—¿Están lanzando cosas contra el tejado? —preguntó el archicanciller Rincewind.

—No, probablemente sólo es lluvia —dijo Ridcully—. Bien, supongo que habrán intentado evaporar...

Pero nadie le estaba escuchando. Todos miraban hacia arriba.

Los golpes se habían fundido en un martilleo continuo, y desde el exterior llegaba una algarabía de gritos y vítores enloquecidos.

Los magos se apelotonaron en la puerta y finalmente lograron salir para encontrarse con que el agua estaba cayendo del tejado en una densa cortina que empezaba a abrir un surco en el césped...

El archicanciller Rincewind se detuvo y extendió una mano hacia el agua como un hombre que se dispone a comprobar que la ducha realmente está caliente.

—¿Cae del cielo? —murmuró.

Se abrió paso a través de la cortina líquida. Después se quitó el sombrero y le dio la vuelta para recoger la lluvia.

La multitud había llenado el recinto universitario y se estaba esparciendo por las calles circundantes. Todos los rostros se hallaban vueltos hacia arriba.

—¿Y esas cosas oscuras? —gritó el archicanciller Rincewind.

—Son las nubes, archicanciller.

—¡Demonios, pero si hay un montón!

Realmente había un montón de nubes, y se estaban acumulando encima de la torre formando un gigantesco nubarrón.

Un par de personas bajaron la mirada para mirar al grupo de magos empapados, y hubo unos cuantos vítores. De repente los magos se convirtieron en el nuevo centro de atención, y fueron levantados en vilo.

—¡Creen que hemos sido nosotros! —gritó el archicanciller Rincewind mientras empezaba a ser paseado.

—¿Y quién dice que no hemos sido? —gritó Ridcully, tocándose la nariz con un dedo mientras adoptaba su mejor expresión de conspirador.

—Esto... —se oyó.

Rincewind ni siquiera se molestó en volver la cabeza.

—Cállese, señor Stibbons —dijo.

—Muy bien, señor.

—¿Han oído ese trueno? —preguntó Ridcully mientras un retumbar lejano se esparcía sobre la ciudad—. Será mejor que nos pongamos a cubierto...

Las nubes suspendidas sobre la torre se estaban amontonando tan rápidamente como el agua atrapada contra una presa. Posteriormente Ponder diría que el hecho de que la torre de la Universidad fuese muy corta y alta al mismo tiempo quizá hubiera sido la causa del problema, dado que la tormenta estaba intentando dar un rodeo alrededor de la torre, atravesarla y pasar por encima de ella, todo a la vez.

Desde el suelo las nubes parecían abrirse lentamente, dejando tras de sí una chimenea resplandeciente y cada vez más ancha que se fue llenando con la neblina azulada de las descargas eléctricas...

... hasta que éstas atacaron de repente. Un haz de azul sólido golpeó la torre en toda su extensión al mismo tiempo, lo cual es técnicamente imposible. Trozos de madera y fragmentos de hierro acanalado saltaron por los aires con un gran rugido y llovieron por toda la ciudad.

Y después sólo hubo un tenue siseo y el ruido de la lluvia.

La multitud volvió a ponerse en pie, despacio y con cautela, pero los fuegos artificiales se habían acabado.

—Y eso es lo que llamamos rayo —dijo Ridcully.

El archicanciller Rincewind se levantó e intentó quitarse el barro de la túnica, pero enseguida descubrió por qué es imposible hacerlo.

—Aunque normalmente no es tan grande, claro —prosiguió Ridcully.

—Oh. Me alegra saberlo.

Un ruido metálico surgió de los escombros humeantes acumulados en el punto donde se había alzado la torre, y una lámina de hierro fue echada a un lado. Lentamente, dos figuras ennegrecidas emergieron de los escombros. Una de ellas todavía llevaba un sombrero, que estaba ardiendo aunque la lluvia ya había empezado a apagar las llamas.

Apoyándose el uno en el otro y haciendo eses, las dos figuras se acercaron a los magos. Una de ellas dijo «Ook» en un murmullo casi inaudible y se desplomó hacía atrás.

La otra lanzó una mirada vidriosa a los dos archicancilleres y les dirigió un tembloroso saludo militar. Eso hizo que una chispa brotara de sus dedos y le quemara la oreja.

—Esto... Rincewind-dijo.

—Ah, muy bien. ¿Tendría la bondad de decirme qué ha estado haciendo mientras yo me encargaba de todo el trabajo? —preguntó Ridcully.

Rincewind miró alrededor. Pequeños chispazos azules chisporroteaban ocasionalmente en su barba.

—Bueno, la verdad es que todo parece haber ido bastante bien. Dadas las circunstancias, quiero decir... —murmuró, y se cayó de narices dentro de un charco.

Llovió. Y siguió lloviendo. Luego llovió un poco más. Las nubes se amontonaban sobre la costa. Y llovía. Sobre todo, llovía.

Las torrenteras bajaron rugiendo por las rocas y anegaron las pozas y charcas secas. Una variedad de quisquilla realmente minúscula cuyo mundo se había reducido durante millares de años a un pequeño agujero debajo de una piedra fue transportada a un lago que estaba creciendo más deprisa de lo que podía correr un hombre. Apenas había unos millares de ellas, pero al día siguiente ya había muchas más. Incluso en el caso de que hubieran podido contarlas, las quisquillas estaban demasiado ocupadas para perder el tiempo con semejantes tonterías.

En los nuevos estuarios, llenos de aluviones y comida inesperada, unos cuantos peces empezaron a experimentar con una dieta libre de sal. Los mangles iniciaron su conquista a cámara lenta de los nuevos barrizales.

Siguió lloviendo.

Luego llovió un poco más.

Y después de eso, llovió.

Habían transcurrido varios días.

El navío cabeceaba lentamente junto al muelle. El polvo y las partículas de tierra en suspensión sobre las que flotaban hojas y ramitas habían teñido el agua de rojo.

—Una semana o dos en Nadalandia y ya casi estaremos en casa —dijo Ridcully.

—Prácticamente en el mismo continente, al menos —dijo el decano.

—Han sido unas vacaciones muy interesantes, ¿verdad? Y largas —dijo el catedrático de Runas Recientes.

—Probablemente las más largas de toda la historia —señaló Ponder—. ¿Qué ha dicho la señora Panadizo de su camarote? ¿Le ha gustado?

—A mí me encantará dormir en la bodega —dijo el prefecto mayor, siempre dispuesto a dar ejemplo.

—En la sentina, querrá decir —le corrigió Ponder—. La bodega está llena de ópalos, cerveza, ovejas, lana y plátanos.

—¿Dónde está el bibliotecario?

—En la bodega, señor.

—Me alegra ver que vuelve a ser el de siempre.

—Creo que quizá fue el rayo, señor. No cabe duda de que ahora está alegre y animado.

Y Rincewind estaba en el muelle, sentado encima del Equipaje. Tenía la vaga sensación de que habría debido estar ocurriendo algo. Los peores momentos de tu vida siempre eran aquellos en los que no pasaba gran cosa, porque eso quería decir que no tardaría en ocurrirte algo horrible.

En cosa de un mes podía estar de vuelta en la Universidad Invisible y entonces, ¡venga, a reiniciar una vida de clasificar libros! Un día aburrido tras otro, con períodos ocasionales de aburrimiento. Rincewind ardía en deseos de empezar. Cada minuto no desperdiciado era, bueno, un minuto desperdiciado. ¿Emociones? No, gracias.

Rincewind había estado contemplando cómo los comerciantes cargaban el navío. El casco se hallaba bastante hundido, porque el resto del mundo iba a querer disfrutar de montones de cosas ecksianas. El navío volvería más ligero, naturalmente, porque a nadie se le había ocurrido ninguna maldita cosa susceptible de ser importada que fuera mejor que cualquier maldita cosa de EcksEcksEcksEcks.

Incluso había unos cuantos pasajeros deseosos de ver mundo, la mayoría jóvenes.

—Eh, ¿no eres uno de los magos extranjeros?

La voz pertenecía a un muchacho cargado con una enorme mochila coronada por un saco de dormir. Parecía el líder improvisado de un grupito de personas similarmente sobrecargadas, con rostros llenos de afable jovialidad y expresiones ligeramente preocupadas.

—Se me nota, ¿verdad? —dijo Rincewind—. Esto... ¿querías algo?

—Si vamos a Nadalandia o como se llame ese sitio, ¿crees que podríamos comprar una carreta?

—Supongo que sí.

—Verás, es que a Clive, Shirl y Gerleen se les ocurrió comprar una carreta e ir a... a... —Miró alrededor.

—Ankh-Morpork-dijo Shirl.

—Exacto, y luego la venderíamos y buscaríamos trabajo por allí y nos quedaríamos una temporadita viendo cosas nuevas y todo eso, ya sabes... sólo una temporadita, claro. ¿Crees que puede salir bien?

Rincewind miró al resto de jóvenes. Desde la invención del escarabajo pelotero, que de hecho había tenido lugar a poca distancia de allí, probablemente ningún ser vivo había transportado tanto peso a cuestas.

—Creo que va a ser el inicio de una nueva moda —dijo.

—¡Calma y tranquilidad!

—Pero...

—¿Sí, compañero?

—¿Podrías dejar de canturrear esa balada? Sólo era una oveja, y ni siquiera la robé...

Alguien le dio una palmadita en el hombro. Era Neilette. Leticia y Darleen, inmóviles detrás de ella, estaban sonriendo. Eran las diez de la mañana y las damas llevaban trajes de noche cubiertos de lentejuelas.

—Hazme sitio —dijo Neilette, y se sentó junto a él—. Pensamos que... bueno, hemos venido a darte las gracias y todo eso, ya sabes. Leticia y Darleen han decidido asociarse conmigo. Volveremos a abrir la fábrica de cerveza.

Rincewind miró a las damas.

—Me han tirado tanta cerveza encima que debería saber unas cuantas cosas sobre ella, ¿no? —dijo Leticia—. Creo que podríamos darle un color más atractivo. El que tiene ahora es tan... —agitó una manaza llena de anillos en un gesto de vaga irritación— tan agresivamente masculino...

—¿Por qué no probáis con el rosa? —sugirió Rincewind—. Y luego quizá podríais incluir una cebolleta pinchada en un palillo.

—¡Una sugerencia condenadamente buena! —dijo Darleen, asestándole una palmada tan vigorosa en la espalda que a Rincewind el sombrero le cayó encima de los ojos.

—¿No te gustaría quedarte? —preguntó Neilette—. Tienes cara de hombre con ideas.

Rincewind consideró aquella atractiva proposición, y luego meneó la cabeza.

—Creo que debería seguir dedicándome a lo que sé hacer mejor-dijo.

—¡Pero todo el mundo dice que la magia no se te da nada bien! —exclamó Neilette.

—Sí, es cierto. Soy un auténtico experto en no saber hacer magia —dijo Rincewind—. Gracias de todas maneras.

—Por lo menos deja que te dé un besazo de esos que hacen época —dijo Darleen, agarrándole por los hombros mientras Rincewind, mirando de reojo, veía cómo Neilette levantaba un pie y lo dejaba caer—. ¡Vale, vale! —dijo Darleen, soltándole y apartándose—. ¡Tampoco me lo iba a comer, señorita!

Neilette depositó un rápido beso en la mejilla de Rincewind.

—Bueno, ven a vernos cuando pases por aquí—, dijo.

—¡Por supuesto! —dijo Rincewind—. Y si veo unos paraguas de color malva delante de una taberna, ya sabré dónde encontraros.

Neilette se despidió agitando la mano y Darleen lo hizo con un gesto muy gracioso mientras las tres echaban a andar y estaban a punto de tropezar con un grupo de hombres vestidos de blanco.

—¡Eh, pero si ese tipo es...! —gritó uno de ellos—. Perdón, señoras…

—Oh, hola, Charley... Ron... —dijo Rincewind mientras los cocineros convergían sobre él.

—Oímos decir que te ibas —dijo Ron—, y Charley dijo que teníamos que venir a estrecharte la mano antes de que te marcharas.

—El Melocotón Nellie fue todo un éxito —dijo Charley, sonriendo de oreja a oreja.

—Me alegra saberlo —dijo Rincewind—. Y me alegro de veros tan animados y contentos.

—¡Pues todavía tenemos más buenas noticias! —dijo Ron—. Acaban de contratar a una nueva soprano y estoy seguro de que causará sensación, y además se llama... No, Charley, díselo tú.

—Germaine Trufillas —dijo Charley, y si su sonrisa hubiera sido un poco más grande se habría juntado en la nuca.

—Me alegro por vosotros —dijo Rincewind—. Ya podéis empezar a preparar kilos de nata.

Ron le dio una palmadita en el hombro.

—Un par de manos extra en la cocina nunca están de más —dijo—. Basta con que lo digas, compañero.

—Sois muy amables, y cada vez que saque un pañuelo de papel de la caja me acordaré de vosotros y de la Ópera, pero...

—¡Allí está!

El carcelero y el capitán de la guardia venían corriendo por el muelle. El carcelero agitaba la mano.

—¡No, no, tranquilo, no hace falta que huyas! —gritó—. ¡Te traemos un indulto oficial!

—¿Perdón?

—¡Un indulto! —El carcelero se detuvo delante de Rincewind e intentó recuperar el aliento—. Firmado... por... el primer ministro —consiguió balbucear—. Dice que eres... un buen hombre y que no vamos a... ahorcarte... —Se irguió—. Claro que ahora nunca se nos ocurriría ahorcarte. ¡No después de la mejor fuga que hemos tenido desde los tiempos del maldito Cabeza de Cubo Ned!

Rincewind bajó la mirada hacia el impreso penitenciario oficial y lo leyó.

—Oh. Qué bien —dijo—. Por lo menos alguien piensa que no robé el maldito bicho.

—¡Oh, todo el mundo sabe que lo robaste! —exclamó alegremente el carcelero—. Pero después de esa huida y esa persecución... ¡Bluey dice que nunca había visto correr tan deprisa a alguien, y no es hablar por hablar! —Le atizó un jovial puñetazo en el brazo—. Estuviste magnífico, compañero —añadió sonriendo—. ¡Pero la próxima vez te atraparemos!

Rincewind, que no entendía nada, clavó la mirada en el perdón oficial.

—¿Me estáis diciendo que se me ha otorgado el indulto por... por haber sido tan buen delincuente?

—¡Calma y tranquilidad! —dijo el carcelero—. Y hay una cola de granjeros diciendo que sí la próxima vez quieres robar una de sus ovejas les encantará ser despojados de su propiedad, siempre que tengan derecho a una estrofa en la balada.

Rincewind se dio por vencido.

—¿Qué puedo decir? —repuso—. Tenéis una de las mejores celdas a prueba de fugas en las que haya estado jamás, y he estado en muchas. —Contempló el brillo de admiración de sus caras y decidió que, dado que la fortuna había sido magnánima con él, había llegado el momento de corresponder a sus favores—. Pero os agradecería que no la redecoraseis nunca.

—Calma y tranquilidad. Ten. Hemos pensado que debíamos darte esto —dijo el carcelero, tendiéndole un paquetito envuelto en papel de regalo—. Ahora ya no nos sirve de nada.

Rincewind lo abrió.

—Estoy impresionado —dijo—. Qué considerado por vuestra parte. ¿Qué es? ¿Bocadillos?

—¿Te acuerdas de esa cosa marrón y pegajosa que preparaste? Bueno, pues todos los chicos la probaron y dijeron que era asquerosa pero después quisieron más, así que se nos ocurrió preparar una olla —dijo el carcelero—. He estado pensando que podría montar un pequeño negocio por mi cuenta. No te importa, ¿verdad?

—Calma y tranquilidad. Será un placer.

—¡Así se habla! Alguien más fue hacia él mientras los cocineros se alejaban.

—He oído decir que te marchas —dijo Bill Rincewind—. ¿Quieres quedarte aquí? He hablado con tu decano, y te ha proporcionado unas referencias condenadamente buenas.

—¿De veras? ¿Qué dijo exactamente?

—Dijo que si conseguía que llegaras a hacer alguna clase de trabajo podría considerarme afortunado.

Rincewind contempló la ciudad que relucía bajo la lluvia.

—Es una oferta muy atractiva —dijo—. Pero... no sé... Todo este sol, mar, oleaje y arena no me sentarían muy bien. Gracias de todas maneras.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Bill Rincewind le tendió la mano.

—Calma y tranquilidad —dijo—. Te enviaré una tarjeta de felicitación y algo de ropa que no sea de tu talla para la vigilia del día de los cerdos. Bien, ahora será mejor que vuelva a la Universidad. Tengo a todo el cuadro académico en el tejado reparando las goteras...

Y eso fue todo.

Rincewind siguió sentado viendo cómo los últimos pasajeros subían a bordo, y echó un último vistazo al puerto empapado por la lluvia. Después se puso en pie.

—Bien, vamos —dijo.

El Equipaje le siguió por la pasarela, y se fueron a casa.

Llovió.

Los torrentes gorgoteaban a lo largo de viejos cauces fluviales y se desbordaban, extendiéndose en un encaje de riachuelos y pequeñas avenidas de agua.

Y seguía lloviendo.

Cerca del centro del continente, allí donde las cascadas descendían por los flancos de una gran roca roja que humeaba con el calor acumulado a lo largo de un verano de diez mil años, un muchacho desnudo estaba sentado en las ramas de un árbol junto con tres osos, varias zarigüeyas, innumerables loros y un camello.

Aparte de la roca, el mundo era un mar.

Y alguien avanzaba a través de él. Era un anciano con un saco de cuero a la espalda. Se detuvo, los remolinos del agua llegándole hasta la cintura, y alzó los ojos hacia el cielo.

Algo se aproximaba. Las nubes se movían, dejando un claro plateado que fue subiendo rápidamente hasta llegar al cielo azul, y se oía un estrépito como de truenos.

Un puntito apareció y fue haciéndose mayor. El hombre alzó un delgado brazo y de repente su mano sostenía un óvalo de madera del que colgaba un cordel, que golpeó su mano con un sonido parecido al de una palmada.

La lluvia fue cesando.

El chico rió.

El anciano alzó la mirada, vio al muchacho y sonrió. Guardó la rana rugidora debajo de la tira de cuero que envolvía su cintura y cogió un bumerán multicolor.

El anciano lo lanzó hacia arriba y lo pilló al vuelo un par de veces y después, con una rápida mirada de soslayo para asegurarse de que su público le estaba observando, volvió a lanzarlo.

El bumerán ascendió hacia los cielos y siguió ascendiendo hasta dejar muy atrás el punto en que cualquier objeto normal habría empezado a caer. Las nubes se separaron para dejarlo pasar. Y entonces el bumerán se detuvo, como repentinamente clavado en el cielo.

Como ovejas que, después de haber sido llevadas a unos pastizales, pueden desplegarse para comer cuanto quieran, las nubes empezaron a esparcirse por el cielo. El sol del atardecer atravesó las aguas inmóviles. El bumerán seguía suspendido en el cielo, y el muchacho pensó que el mundo tendría que encontrar una nueva palabra para describir la forma en que resplandecían los colores.

Después bajó la vista hacía las aguas y, por primera vez y para empezar a familiarizarse con ella, pronunció la palabra que le había enseñado su abuelo, al que a su vez se la había enseñado su abuelo, y que había permanecido guardada durante millares de años hasta que llegara el momento en que volviera a ser necesaria.

La palabra significaba «el olor de después de la lluvia».

Y el muchacho pensó que la espera había merecido la pena.

FIN

1. Que es mucho más fácil de descubrir que el fuego, y sólo ligeramente más difícil de descubrir que el agua. [↑](#footnote-ref-1)
2. No por qué tiene el aspecto que tiene, sino meramente por qué existe. [↑](#footnote-ref-2)
3. Un cruce entre un portero y un alguacil. Los canceleros nunca son escogidos por su imaginación, ya que normalmente carecen de ella. [↑](#footnote-ref-3)
4. El veterinario más eminente de Ankh-Morpork, cuyos servicios suelen ser utilizados por quienes padecen enfermedades tan graves que su tratamiento no puede ser confiado a la profesión médica. El único defecto de Donet era su tendencia a dar por sentado que, en mayor o menor grado, cada paciente era un caballo de carreras. [↑](#footnote-ref-4)
5. En el caso de la fusión fría, todavía se tardaba un poco más de lo habitual. [↑](#footnote-ref-5)
6. Los magos están seguros de la existencia de la glándula temporal, a pesar de que ni los alquimistas más invasivos han conseguido descubrir su ubicación y de que la teoría predominante en la actualidad le atribuye una existencia incorpórea, como si fuera una especie de apéndice etéreo. Dicha glándula lleva la cuenta de la edad del cuerpo, y es tan susceptible a la influencia de un campo mágico de alta intensidad que incluso podría llegar a invertir su funcionamiento normal y absorber las reservas de crononina del cuerpo. Los alquimistas afirman que es la clave de la inmortalidad, pero también lo han dicho del zumo de naranja, el pan integral y el beberse la orina. Si creyera que eso le haría vivir más tiempo, un alquimista sería capaz de cortarse la cabeza. [↑](#footnote-ref-6)
7. Básicamente, consiste en que un mago ascienda rápidamente por la jerarquía de la magia matando a magos más veteranos. La práctica cayó en desuso después de que varios intentos de eliminar a Mustrum Ridcully dieran como resultado el que un mago perdiera la audición durante dos semanas. Ridcully no sólo creía que había un lugar en la cumbre, sino que además estaba decidido a ocupar hasta el último centímetro de ese espacio. [↑](#footnote-ref-7)
8. A veces Ponder pensaba que si conseguía obtener resultados de Maleficio eso se debía a que éste era muy listo y, al mismo tiempo, muy estúpido. Si querías que entendiera algo, antes debías descomponer la idea en trocitos lo bastante pequeños para que pudieran ser masticados y eliminar cualquier probabilidad de que se produjera un malentendido. Después de pasar cinco minutos con los magos de los primeros niveles, las horas de paz y silencio con Maleficio solían ser un auténtico descanso. [↑](#footnote-ref-8)
9. El catedrático de Incertidumbre Creativa, por ejemplo, sostenía que se hallaba en un estado simultáneo de presencia y ausencia hasta el momento en que alguien llamaba a su puerta y colapsaba el campo, y afirmaba que era imposible mostrarse categórico al respecto antes de que se hubiera producido tal acontecimiento. La lógica es maravillosa, pero a veces obtienes mejores resultados pensando. [↑](#footnote-ref-9)
10. A los magos también les gusta bromear y divertirse, pero nunca han tenido demasiadas ocasiones de desarrollar el vocabulario adecuado. [↑](#footnote-ref-10)
11. Esto no es magia. Es una simple ley universal. Las personas siempre esperan que unas vacaciones al sol les proporcionen la oportunidad de leer esos libros que llevan años queriendo leer, pero a los cuales la combinación alquímica de la luz solar y los cristales de cuarzo y el aceite de coco metamorfosean en otro libro bastante más grueso cuyo título contendrá como mínimo una letra o palabra griega (El imperativo gamma, La estación delta, El proyecto alfa, y en los casos más extremos, El timo Mu Kau Pi). A veces una hoz y un martillo se materializan en la cubierta. Esto probablemente sea debido a la actividad de las manchas solares, ya que la hoz siempre está ocupando el lugar que correspondería al martillo y viceversa. El bibliotecario tuvo mucha suerte al estornudar en el momento en que lo hizo, ya que de lo contrario podría haber acabado teniendo mil páginas y estando repleto de descripciones de armamento. [↑](#footnote-ref-11)
12. En una ocasión el prefecto mayor pasó por delante de las habitaciones de la señora Panadizo cuando la puerta estaba abierta, y vio el maniquí de modista sin cabeza, sin brazos y sin ropa que usaba para confeccionar sus prendas. Después de aquello el prefecto mayor tuvo que permanecer acostado durante un buen rato, y desde entonces la señora Panadizo había pasado a ocupar un lugar privilegiado en sus pensamientos. [↑](#footnote-ref-12)
13. Los genes de los magos carecen del cromosoma HW. Las investigadoras feministas que han aislado este cromosoma creen que es el que permite que las personas vean la colada en el lavadero antes de que las formas de vida que están creciendo en ella hayan inventado la rueda o descubierto el slood. [↑](#footnote-ref-13)
14. Existe cierto tipo de gerente conocido por su proclama de «Mi puerta siempre está abierta», y si tienes que escoger entre trabajar para él y abrirte las venas con tu propio curriculum, probablemente deberías optar por la segunda alternativa. En el caso de Ridcully, sin embargo, lo que realmente quería decir era: «Mi puerta siempre está abierta porque así, cuando estoy aburrido, puedo disparar mi ballesta a través del vestíbulo y darle a la diana que he colgado encima del escritorio del tesorero.» [↑](#footnote-ref-14)
15. Lo que equivale a decir que, aunque jamás lo habría proclamado en voz alta, los tenía por unos seres egoístas y depravados en los que no se podía confiar. [↑](#footnote-ref-15)
16. De la misma manera, cuando alguien como la señora Panadizo utiliza este término no está intentando sugerir que los sujetos posean una rica tradición oral y un complejo sistema de derechos tribales y sientan un profundo respeto hacía los espíritus de sus antepasados. Lo que está dando a entender es que suelen recurrir a la clase de conducta generalmente asociada con, por sorprendente que pueda parecer, personas que llevan traje y chaleco, a menudo con la misma insignia. [↑](#footnote-ref-16)
17. Ponder había sido esa clase de niño. Todavía conservaba todas las piezas de cada uno de los juegos que le habían regalado a lo largo de su infancia. Ponder había sido la clase de niño que lee atentamente la etiqueta de cada envoltorio antes de abrir el regalo, anota en una libretita quién se lo ha regalado y, además, ya tiene escritas todas las cartas de agradecimiento para la hora del té. Sus padres, impresionados, comprendieron que habían traído al mundo un niño que haría grandes cosas o sería perseguido y linchado por una multitud de ciudadanos indignados antes de haber cumplido los diez años. [↑](#footnote-ref-17)
18. Las personas que viajan mucho enseguida aprenden a evitar cualquier oferta alimenticia ofrecida dentro de la categoría «especialidad regional», dado que en realidad el significado del término se reduce a que el plato es tan horrendo que la gente que vive en otros lugares prefiere arrancarse las piernas a mordiscos antes que comérselo. Pero eso no impide que los anfitriones que han acogido a un invitado extranjero sigan insistiendo: «Venga, hombre, pruebe la cabeza de perro rellena de repollo macerado y morros de cerdo... Es una especialidad regional.» [↑](#footnote-ref-18)
19. De hecho, los historiadores que han dedicado más atención al tema, y particularmente aquellos que han pasado muchas horas en el mismo bar que los físicos teóricos, creen que la historia humana puede ser considerada como una especie de metedura de pata prolongada. Todas esas guerras, todas esas hambrunas provocadas por pura estupidez rabiosa y toda esa obstinada repetición de los viejos errores de siempre son, dentro del gran plan cósmico de las cosas, el equivalente a que las orejas del señor Spock se desprendan súbitamente de su cráneo y caigan al suelo. [↑](#footnote-ref-19)
20. Por increíble que suene, existe un pastel de carne a la sopa no sólo comestible sino hasta delicioso que emplea guisantes reblandecidos, una salsa de tomate picante e incluso un relleno de carne proclive a utilizar zonas del animal provistas de nombre. También existen hamburguesas platónicas hechas con buey, en vez de con pezuñas y labios de vaca. Hay puestos de pescado con patatas fritas en los que el pescado es algo más que una gelatina blanca acechando en el fondo de una masa de partículas aceitosas y en las que las patatas fritas no sirven para afeitarte con ellas. Existen salchichas que tienen algo más en común con la carne que el mero color rosado, y sus afortunados consumidores no recurren a la mostaza ¡porque echaría a perder e! sabor! El gran problema es que se puede adiestrar a las personas para que prefieran la otra clase y dediquen sus horas libres a buscarla. Es como si Maquiavelo hubiera escrito un libro de cocina. Aun así, poner piña en una pizza es imperdonable. [↑](#footnote-ref-20)
21. Y ésa es la razón por la que los manifestantes que se oponen a que los seres humanos se cubran con pieles de animales nunca han embadurnado con pintura a ningún Ángel del Infierno. [↑](#footnote-ref-21)
22. A las convenciones narrativas les encantaría poder decir que esta experiencia le enseñó una lección muy valiosa a Ponder y que a partir de entonces fue más amable y considerado con las personas mayores. De hecho, eso fue exactamente lo que ocurrió. Pero el efecto se disipó a los cinco minutos. [↑](#footnote-ref-22)
23. Aunque naturalmente no es la más obvia y, de hecho, existen ciertas engañosas similitudes, particularmente la tendencia a tratar de esconderse detrás de una gran nube de tinta. [↑](#footnote-ref-23)
24. Especialmente si ha conseguido encontrar los del primer piso, que presentan una curiosa anomalía gravitatoria. [↑](#footnote-ref-24)